

# encuentro

DE LA CULTURA CUBANA

*otoño de 1998*

10

900 ptas.

## HOMENAJE A MANUEL MORENO FRAGINALS

**LUIS ANTONIO DE VILLENA**

Crítica y elogio de mi viaje a La Habana

**ALBERTO GARRANDÉS**

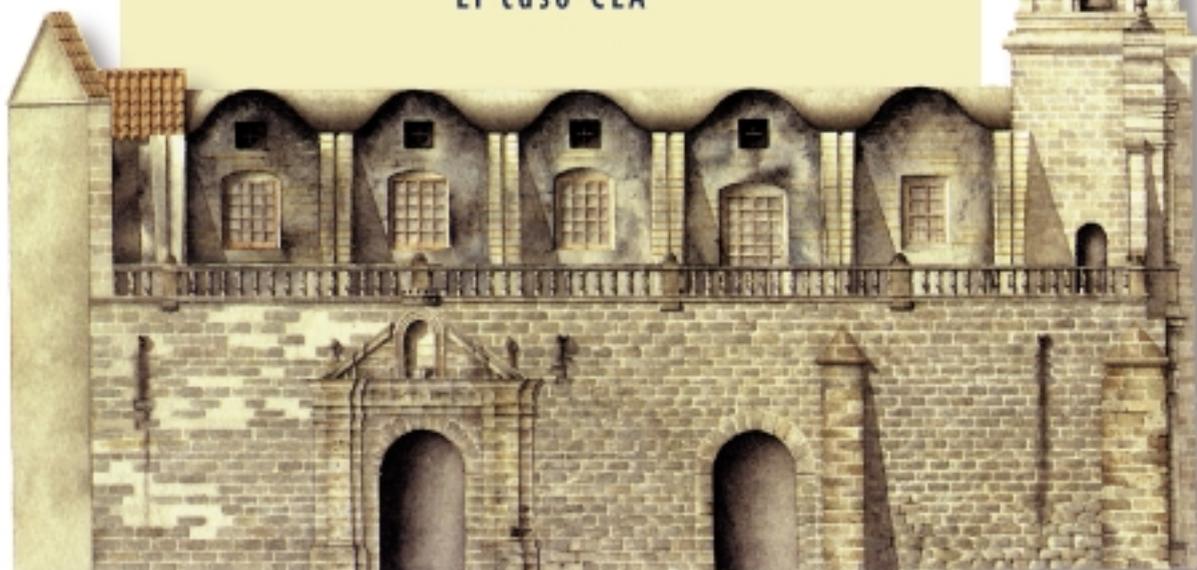
Ezequiel Vieta y la experiencia de la literatura

**ALBERTO RECARTE**

La transición y el futuro de Cuba

**MARIFELI PÉREZ-STABLE**

El caso CEA



REVISTA  
**encuentro**  
DE LA CULTURA CUBANA

DIRECTOR  
Jesús Díaz

REDACCIÓN  
Manuel Díaz Martínez  
Luis Manuel García  
Iván de la Nuez  
Marifeli Pérez-Stable  
Rafael Rojas  
Rafael Zequeira

EDITA  
ASOCIACIÓN ENCUENTRO  
DE LA CULTURA CUBANA  
c/ Luchana 20, 1º Int. A  
28010 • Madrid  
Teléf.: 91-593 89 74  
Fax: 91-593 89 36  
E-mail: encuentro@nexo.es

COORDINADORA  
Margarita López Bonilla

DISEÑO GRÁFICO  
Carlos Caso

COLABORADORES

Eliseo Alberto • Rafael Almanza • Uva de Aragón •  
Guillermo Avello Calviño • Gastón Baquero † •  
Carlos Barbáchano • Víctor Batista •  
Antonio Benítez Rojo • Beatriz Bernal •  
Natalia Billotti • María Elena Blanco •  
Elizabeth Burgos • Olga Cabrera •  
Madelaine Cámara • Daina Chaviano •  
Edmundo Desnoes • Josefina de Diego •  
Reynaldo Escobar • Carlos Espinosa •  
María Elena Espinosa • Tony Évora • Lina de Feria •  
Miguel Fernández • Josep Fontana •  
Flavio Garcíandía • Alberto Garrandés •  
Mario Guillot • Bert Hoffmann • Isabel Ibarra •  
Emilio Ichikawa • Lázaro Jordana • Andrés Jorge •  
José Kozler • Eduardo Labarca • Alberto Lauro •  
Juan Leyva Guerra • César López •  
Agnes Lugo-Ortiz • Eduardo Manet •  
Carmelo Mesa-Lago • Julio E. Miranda •  
Oscar Montero • César Mora • Joaquín Ordoqui •  
Mario Parajón • Enrique Patterson •  
Waldo Pérez Cino • Marta María Pérez Bravo •  
Antonio José Ponte • José Prats Sariol •  
Tania Quintero • Alberto Recarte •  
Andrés Reynaldo • Raúl Rivero •  
Guillermo Rodríguez Rivera •  
Efraín Rodríguez Santana • Carlos Luis Rodríguez •  
Miguel Ángel Sánchez • Fidel Sendagorta •  
Pío E. Serrano • Osbel Suárez •  
René Vázquez Díaz • Carlos Victoria •  
Fernando Villaverde • Alan West • Luis Antonio de  
Villena • Yoss (José Miguel Sánchez) •

**10**

*o t o ñ o de 1998*

## Homenaje a Manuel Moreno Fraginals

FRAGMENTOS DE UNA  
CONVERSACIÓN INTERRUMPIDA  
Olga Cabrera / Isabel Ibarra • 3

UN NUEVO PASADO PARA CUBA  
Rafael Rojas • 11

PRESENTACIÓN  
Josep Fontana • 16

### ■ La mirada del otro ■

PRECISIONES Y RECUERDOS —CRÍTICA Y ELOGIO—  
DE MI VIAJE A LA HABANA  
Luis Antonio de Villena • 19

EL NO CUBANO  
Eduardo Labarca • 31



LA CRISIS DE OCTUBRE Y LA VERDADERA  
HISTORIA DEL AÑO 1959 A LA LUZ  
DE LOS ARCHIVOS SECRETOS  
DE LA URSS Y DE LOS ESTADOS UNIDOS  
Miguel Ángel Sánchez • 43

DEVORACIONES  
María Elena Blanco • 45

EZEQUIEL VIETA Y LA EXPERIENCIA  
DE LA LITERATURA  
Alberto Garrandés • 61

### ■ Poemas ■

MÍNIMO DISCURSO SOBRE EL POETA,  
LA PALABRA Y LA POESÍA  
Manuel Díaz Martínez • 68



LA REFORMA QUE NO FUE  
Bert Hoffmann • 71

EL CASO CEA  
Marifeli Pérez-Stable • 85

LA TRANSICIÓN Y EL FUTURO DE CUBA  
Alberto Recarte • 89

## ■ Textual ■

ENCUENTRO, ENTRE LA ISLA Y EL EXILIO

François Masperó • 101

¿REQUIEM POR AMISTAD 404?

Carlos Luis Rodríguez • 104

## ■ Cuentos de Encuentro ■

BESTIARIO

Juan Leyva Guerra • 109

EL CUENTO ÉSE DE LA PATRIA

Andrés Jorge • III

■ ■ ■

CASAL Y MACEO EN LA HABANA ELEGANTE

Oscar Montero • 117

NOTAS EN TORNO A PLÁCIDO

Agnes Lugo-Ortiz • 133

EL NOVENTA Y OCHO

Edmundo Desnoes • 147

INVASIONES MUSICALES

Tony Évora • 151

## ■ Buena Letra ■

MORIR DEL TEXTO Y VIVIR... / Carlos Espinosa • 157

UNA POÉTICA DEL ÉXODO / Rafael Rojas • 159

DE LO PROFANO Y LO DIVINO / Daína Chaviano • 161

INVENTARIO DE ASOMBROS / Rafael Rojas • 162

LA HISTORIA QUE ESPERA / Joaquín Ordoqui • 163

EL SUEÑO COMO EXORCISMO / Pío E. Serrano • 165

DOS LIBROS QUE HACEN TRILOGÍA / Tony Évora • 168

SIENTE LA HABANA... / Guillermo Avello Calviño • 173

DE LAS FORMAS DEL ECO / Waldo Pérez Cino • 177

LAS DOS HAMBRES... / Madeline Cámara • 180

INSTANTÁNEAS DE NÉSTOR... / Antonio José Ponte • 182

LA OSCURA MEMORIA / Natalia Billotti • 183

CANTOS DE IDA Y VUELTA... / Tony Évora • 184

## ■ Cartas a Encuentro ■

188

## ■ La Isla en peso ■

195

MAQUETACIÓN

Equipo Nagual, S.L.

IMPRESIÓN

Navagraf, S.A., Madrid

Precio del ejemplar: 900 ptas.

Ejemplar doble: 1.500 ptas.

Precio de suscripción (4 núm.):

España: 3.600 ptas.

Europa y África: 6.250 ptas.

América, Asia y Oceanía:

7.500 ptas. / \$ 52.00

No se aceptan

domiciliaciones bancarias.

ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA ES UNA publicación trimestral independiente que no representa ni está vinculada a ningún partido u organización política dentro ni fuera de Cuba.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de los autores.

Todos los textos son inéditos, salvo indicación en contrario.

No se devolverán los artículos que no hayan sido solicitados.

D.L.: M-21412-1996

ISSN: 1136-6389

Agradecemos al Profesor Modest Masides y Serracant y a los estudiantes de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona / UPC la autorización para el uso de los dibujos que acompañan este número.

Portada, contraportada e interior, Tomado de *La Habana I. Laminario del Patrimonio Arquitectónico cubano*.

Contraportada  
*Conjunto de edificios malecón. Fachadas*

Portada  
*Convento e Iglesia de San Francisco de Asís. Fachada lateral.*



## **Manuel Moreno Fraginals**

### **ENTREVISTO**

*por Olga Cabrera e Isabel Ibarra*

---

# Fragmentos de una conversación interrumpida

Las historiadoras cubanas Olga Cabrera, actualmente becaria de post-doctorado en Madrid por CAPES, de Brasil, e Isabel Ibarra, becaria doctoranda de la Agencia Española de Cooperación Internacional, le hicieron una larga entrevista a Manuel Moreno Fraginals entre los días 8 y 16 de mayo de 1998, en Madrid, con vistas al homenaje de *Encuentro* al insigne historiador. La conversación fue tan extensa como interesante y resultó interrumpida cuando Fraginals terminó su estancia en esta ciudad; por razones de espacio nos vemos obligados a ofrecer sólo algunos fragmentos de la misma.

**PREGUNTA:** *¿Hubo algo en tu infancia que favoreció u obstaculizó tu vocación?*

**RESPUESTA:** Mi padre me ayudó mucho; él tenía la idea de que un hombre sin memoria podía fracasar fácilmente en la vida. Él mismo tenía una memoria de elefante; contaba, por ejemplo, que mi abuelo Manuel Lico Moreno era un gran improvisador, y que en la Nochebuena del año 1868 tenía una castaña en la mano e improvisó:

*¿Quién dijo que a la castaña  
se le puede llamar fruta?  
Sólo algún hijo de puta  
que haya nacido en España.*

También se le atribuye a mi abuelo una décima preciosa, de mucho valor poético, dedicada a Eusebio Pueyo, un general del ejército español que era negro y que llegó a Cuba desde Santo Domingo. Dice así:

*¡Albricias, nuevo Pelayo!  
Español carabalí.  
Cuando te vayas de aquí  
ojalá te parta un rayo.*

*No te sienta bien el sayo  
de Gobernador, compadre,  
y cuádrete o no te cuadre  
al terminar esta plaza  
vete a gobernar la casa  
de la puta de tu madre.*

**P.:** ¿Qué te hizo dedicarte a la historia?

**R.:** Lo primero fue la presencia de mi padre, que era historia viva; segundo el ir descubriendo la gesta de mi familia, una gesta no en el sentido grandioso (...) Creo que hay belleza en las cosas innominadas, que cientos de esas pequeñas cosas van formando un poco la savia de la historia. En parte eso me llevó a ser historiador (...) Después, ya en la Universidad, me pasaba el día entero en la biblioteca. Además estaban algunos profesores... Herminio Portell Vilá, que tenía unas malas pulgas de todos los diablos, pero que ayudaba a los buenos alumnos. El viejo Elías Entralgo, muy buena persona. Roberto Agramonte, que pese a su pedantería y a su empaque de profesor de la Sorbona era un tipo estupendo; era un hombre muy gordo, la gente le decía «cara de nalga». (...) Además me convertí en un devorador de libros sin ninguna técnica, pero sencillamente eso es algo que te va formando, se va sedimentando en uno (...) En 1942 la Sociedad Colombista Panamericana convocó un premio —entonces se cumplía el noveno cincuentenario de la llegada de Colón—. Yo me entusiasmé enormemente y me dije «Ése premio me lo voy a llevar yo».

**P.:** ¿Lo ganaste?

**R.:** Sí, trabajé muchísimo y envié un texto: *Los viajes de Colón en aguas de Cuba*. Me acuerdo que quería saber el resultado, llamé por teléfono a Herminio Portell Vilá y me dijo: «Moreno, tú tienes el premio; es el trabajo más documentado, el mejor escrito, una prosa excelente». Bueno, me convertí en el héroe familiar.

**P.:** ¿Publicaste el trabajo?

**R.:** No, no quise publicarlo. Yo creo que la segunda parte del cuento sobre ese trabajo es más importante que la primera. Por aquel entonces llegó a Cuba un personaje para mí increíble y uno de los hombres que más influyó en mi vida, Silvio Zabala, el historiador mexicano. Zavala era yucateco, y el yucateco es un personaje con una gran calma, muy trabajador. Zavala es para mí una de las cumbres de la historia moderna; tiene una obra enorme, yo no sé cómo ha podido escribir tanto. Don Silvio nos da una conferencia en la Universidad y después nos dice: «Se ha fundado el Colegio de México» (...) Ya a mí se me metió en la cabeza ir al Colegio de México y esta idea se me renueva en una segunda visita de Don Silvio en el año 44. (...) No había vuelos porque era el final de la II Guerra Mundial; los aviones estaban muy espaciados, había que hacer una cola de tres o de cinco meses para ir a México en avión. Salía un barco llamado *Emancipación* y me acuerdo que fuimos varios; el escultor Lozano, el pintor Arche, José Antonio

Portuondo, Leovigildo González... Salimos de Cuba 150 personas en un barco que tenía 2 camarotes. Al fin llegamos a México y entonces me dije: «Ya estoy aquí, ahora al Colegio de México».

**P.:** ¿Tenías una beca?

**R.:** No, yo no tenía beca ni un carajo.

**P.:** ¿Ibas a buscártela allí?

**R.:** Sí. Me fui al Colegio de México y dije: «Aquí estoy». Y me dijeron: «Ah, bueno, ahí está, pero usted no tiene beca. Así que adiós». Entonces pasé las de Caín. Hasta que un día me llamó Don Silvio Zavala y me dijo: «He hablado su asunto aquí y están dispuestos a darle media beca. Los estudios duran cuatro años; esa media beca se le da con la condición de que usted los haga en dos». (...) Pasé dos años en el Colegio, el tercero y el cuarto, saqué todas las asignaturas correspondientes a esos años y al mismo tiempo las que correspondían a primero y segundo. Hay una cosa de Silvio Zavala que nunca podré olvidar. Un día me dice: «¿Qué ha escrito usted?, ¿qué ha hecho?» Y yo, con mucho orgullo, le presento *El viaje de Colón en aguas de Cuba*, con el que había ganado aquel premio, ¿te acuerdas? Nunca olvidaré que una semana después volví a ver al viejo Zavala —que entonces todavía era joven—; él miraba mi libro con cierta displicencia y me dijo: «Las citas están muy mal hechas; además cita usted libros de segunda categoría con los que no se trabaja».

**P.:** ¿Te desbarató el libro?

**R.:** Totalmente. Me desbarató totalmente el libro que otros habían calificado de obra maestra y que además me había dado fuerzas para ser historiador. Me acuerdo que al final de aquella conversación yo me quería defender por lo menos en algo, otros me habían dicho que el libro estaba muy bien escrito, y voy y le pregunto a Don Silvio qué opinaba sobre el estilo del libro. Todavía me acuerdo de su respuesta: «¡Está muy mal escrito! ¡Usted no tiene idea de cómo se escribe en español! ¡Tiene que aprender a redactar!» Por eso nunca publiqué ese libro. Me convencí de que estaba muy mal escrito y además del daño que hacen los profesores diciéndoles a los alumnos que un trabajo malo está bueno.

**P.:** ¿Y cómo hiciste para aprender a escribir?

**R.:** Escribir. A escribir sólo se aprende escribiendo.

**P.:** Después de México viniste a España; ¿en qué año?

**R.:** Vine en diciembre del 47, estuve todo el 48 y regresé a Cuba en el 49.

**P.:** ¿Qué te aportó España?

**R.:** Bueno, España me ha aportado varias cosas en dos formas totalmente distintas. Primero, yo logré parte de mi formación con españoles exiliados en México; estudié en el Colegio de México que es una derivación de la Casa de España. Allí pude trabajar con algunas de las figuras intelectuales más grandes de España; por ejemplo Medina Echevarría o Don Agustín María Villares Cardo, uno de los mejores latinistas que ha dado España. Después, aquí en la península, es curioso, mi relación no fue con historiadores sino con el magnífico grupo de literatos que frecuentaba el Café Gijón. Recuer-

do las tres obras que más se discutían en España en aquellos momentos. *Nada*, la novela de Carmen Laforet; una colección de poemas reunidos bajo el título de *Cuando ya no hay remedio*; y la novela *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos. Fui amigo de Buero Vallejo, de Camilo José Cela y de otros, en el café Gijón que está frente a la Biblioteca Nacional, donde yo investigaba (...) Aprendí mucho y creo que me vino bien unirme con gentes que estaba un poco fuera de la historia como disciplina profesional. Me acostumbraron a algo que no sé si es un defecto o una virtud, que es trabajar la Historia no sólo con historiadores sino buscando otra dimensión en poetas, políticos y novelistas...

- P.:** *Y después, ¿qué fue de tu vida? Hay una etapa en que te dedicaste a otras cosas. Esas otras cosas que tuviste que hacer para ganarte la vida, ¿afectaron o contribuyeron a tu formación?*
- R.:** Mira, ¿cómo se forma un muchacho en Cuba? Le gusta la historia y comienza a leer un libro y a tratar de poner en orden todo. Pero, historiadores en Cuba que dejen plasmado un pensamiento teórico, ¿quiénes son? Prácticamente no existen. Me refiero a una forma de pensar la historia. Entonces, ¿qué hacía uno? Cogía datos, los separaba en historia social, económica, política, en historia geocultural, que es la división más típica y la más fatal para entender la historia. Lo que hacen esas divisiones es romper la posible continuidad del pensamiento, y dejar viva sólo la continuidad más fácil, la cronológica. En el Colegio de México me rompieron un poco ese esquema y comencé a estudiar economía. Recuerdo que después de crearme marxista cayó en mis manos *La decadencia de Occidente*, de Spengler. Te confieso que es uno de los libros que me ha dejado sin dormir, he amanecido con ese libro en las manos, como después pasé días enteros leyendo la famosa revista francesa *Les Annales*, donde venía otro mundo teórico (...) Las matemáticas me abrieron un camino que yo de ninguna forma pensaba que estaba abriéndose para la historia. Después de regresar a Cuba me fui a Venezuela y trabajé en la cervecería Caracas y luego de agente publicitario y creé mi propia agencia. Hacíamos investigaciones sociales, estudios de mercado, y sin las matemáticas no hay forma de hacer esas cosas. Te puedo decir que durante mis primeros cuatro años en Venezuela tuve el ritmo de lectura más fabuloso de toda mi vida, muy parecido al que tuve cuando estuve en España. Leía libros de economía, de ciencias sociales, de investigación social, de test, etc.... Entre el 54 y el 57 leí y «tarjeté» decenas y decenas de libros que aparentemente no tenían que ver con la historia. Además me vi obligado a enredarme en cosas concretas, a trabajar con personal, con programas de ventas, con el funcionamiento de una planta (...) En el 59 regreso a Cuba y poco después decido escribir *El ingenio*, pero escribirlo a base de la experiencia ganada en una realidad económica que fue para mí un gran aprendizaje. Me metí de cabeza en *El ingenio* no sólo buscando los libros que se habían escrito sobre ingenios azucareros. Quise saber, por ejemplo, cómo era la contabilidad en los ingenios y encontré cerca de quinientos libros de contabilidad de ingenios que para mí fueron valiosísimos. Les apli-

qué matemáticas, estadística, y decidí una cosa más fuerte. Senté a mi padre delante de mí y le dije: «Vamos a hablar del ingenio, papá». Él había sido administrador del *Baraguá*, del *Jatibonico*, y cogió una hoja de papel de contabilidad y se puso a explicar: «Estos eran los gastos; en esto era en lo que hacíamos trampas» (...) Empecé a buscar a los viejos técnicos de los ingenios y con ellos obtuve cada vez mayor información...

**P.:** ¿Publicaste la primera parte de *El ingenio* en 1964, ¿cómo fue ese proceso?

**R.:** Había un señor, Corrales, que estaba de Jefe de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO. Su secretaria era amiga mía y me dijo: «Mañana te van a decir que tienes que entregarle el original a Julio Le Riverand y a Sergio Aguirre para que decidan si el libro se publica». Bueno, había un administrador de imprenta, Efraín, un mulato buenísimo, que era amigo mío. Me fui a verlo y le dije: «Necesito que esto se publique lo más rápidamente posible». Entonces Efraín, que me estaba muy agradecido por razones personales, me dijo: «Se va a meter en imprenta ahora mismo»... A la semana estaba montado; se hicieron las pruebas de plana y yo empecé a revisarlo, le inventé un pretexto a Corrales y no fui a verlo hasta una semana después, cuando ya el libro estaba prácticamente impreso. Corrales me dijo: «Moreno, necesito que me traigas urgentemente *El ingenio* porque tienen que verlo. No queremos que haya ningún problema». Después la historia es larga, presionaron y se prohibió la circulación del libro; decían que decía cosas en contra de la revolución, lo mismo de siempre. Mientras tanto yo estaba ayudando en unas cosas de matemáticas en el Banco Nacional a Salvador Vilaseca, que en esos momentos era segundo de Che Guevara. Y le dije: «Mira, Salvador, hazle llegar este libro al Che». Y es entonces cuando el Che me escribe la famosa carta de elogio (...) Olga, entonces yo tuve una venganza estúpida, pero que me divirtió muchísimo. Un día estoy con Corrales y su secretaria me dice: «Moreno, esta llamada es para ti, es muy importante, ¿puedes atenderla ahora?» Era el Comandante Guevara. Fue mi segunda o tercera conversación con él. El Che me dijo: «El libro es estupendo», y me pregunta que si puede repartir trescientos ejemplares entre los azucareros cubanos. Y yo digo: «Corrales, ¿puedes disponer de trescientos ejemplares de *El ingenio*?» Y Corrales: «Olvídate, ese libro no existe». Y yo: «Me lo están pidiendo». Y Corrales: «Pues diles que se vayan al carajo». Y yo: «El que está al teléfono es el comandante Che Guevara, ¿le digo que tú dices que se vaya al carajo?» Él no quería crearme y le dije: «Habla tú para que veas». Corrales cogió el teléfono, supongo que el Che se identificó, y me acuerdo de que lo único que Corrales decía era: «Sí, comandante; sí, comandante».

**P.:** ¿*El ingenio* es la obra con la que más te identificas?

**R.:** Sí, creo que es la obra con la que más me identifico; aunque siento más cerca de mí como visión general al último libro, *Cuba / España. España / Cuba: una historia común*.

**P.:** Háblanos de tus últimos libros.

**R.:** Después de los tres tomos de *El ingenio* hay un libro del que fui editor y lo hice con mucho cariño, *África en América Latina*, que contó con una serie

de colaboradores importante tales como, por ejemplo, Germán Cámara Dámara y Theotonio Dos Santos. Más tarde organicé con un grupo de amigos de la Universidad de Columbia un gran coloquio: *Del esclavo al obrero asalariado en el Caribe*, en el que participaron Sidney Mintz, Herbert Klein y Rebecca Scott, entre otros distinguidos historiadores, y que la Universidad de Baltimore publicó en forma de libro. Más tarde publiqué *El ejército español como vía emigratoria* y *Cuba a través de su moneda*. Uno de mis grandes hobbies es la numismática y esa obra es una especie de historia social cubana en la que tomo a la moneda como motivo para enlazar los acontecimientos. Mi último trabajo, en realidad espero que sea el penúltimo, es el ya mencionado sobre la historia común de Cuba y España. Ahora me doy cuenta de que no hemos hablado del primero, *Visiones cubanas en archivos europeos* publicado por el Instituto Hispanoamericano de Geografía e Historia en 1953. Además tengo un montón de folletos y también ensayos publicados en revistas de historia francesas, españolas, norteamericanas, brasileñas, argentinas, mexicanas, etc.

- P.:** Si fueras a hacer una selección, ¿cuáles de esos folletos publicarías de nuevo?
- R.:** Publicaría Agustín Itúrbide, caudillo, escrito en México bajo la dirección del gran novelista Agustín Yáñez; un trabajo sobre Anselmo Suárez y Romero que incluye un índice detallado de los manuscritos y una bibliografía, además de un estudio sobre el personaje que me parece esencial para interpretar la vida cubana. Quizá publicaría también un folleto que escribí sobre la esclavitud, y especialmente otro texto, *Veinte puntos sobre la historia de Cuba*, publicado originalmente en la *Revista de la Universidad de La Habana*, que según el historiador cubano Jorge Ibarra es lo mejor que he escrito.
- P.:** Estamos hablando de una visión antológica, como historiador y como persona, ¿qué no volverías a hacer?
- R.:** No demorarme tanto en sacar los títulos universitarios como patente de corso para entrar al mundo académico.
- P.:** ¿Qué otras cosas no repetirías?
- R.:** No repetiría, por ejemplo, ciertos errores políticos. La primera traducción al inglés de *El ingenio* fue un compromiso hecho por el Instituto Cubano del Libro con una editorial de gente muy buena pero de segunda categoría aunque, por supuesto, superizquierdista. En aquellos momentos la Universidad de Yale me lo estaba pidiendo y lo iba a prologar Sidney Mintz. Yo perdí una oportunidad y aunque creo que *El ingenio* tuvo siempre una magnífica acogida, pienso también que hubiera caminado mucho mejor que como lo hizo por haber sido dado a conocer en un medio que no era el más notable desde el punto de vista académico en Estados Unidos. También estuve menos tiempo en la Universidad de Columbia del que pude haber estado; después que llegué me sentí muy contento pero ya había renunciado a un largo contrato. Y cuando tuve el pulso exacto de lo que era la Universidad de Columbia ya era demasiado tarde. Algo parecido me sucedió en el Wilson Center. En estas decisiones había casi siempre una cosa medio política y un cierto temor a un enfrentamiento cultural con el

régimen cubano. No por mí, que nunca he tenido ese miedo, sino por mis hijos, que entonces eran todos pequeños, menores de edad, y yo temía que no me los dejaran sacar de Cuba. No sé, creo que mi manera desordenada de estudiar fue para mí sumamente ventajosa; fui un lector desesperado de novelas y poesías desde que tenía doce años. Creo que eso me vino sumamente bien. Creo que hay ciertos novelistas que más que novelistas son ensayistas, y creo que la poesía, la gran poesía, la poesía al más alto nivel es una fuente histórica realmente insuperable. No me avergüenzo de ninguno de mis escritos, ni siquiera de aquéllos con relación a los cuales estoy en contra hoy en día, porque fueron hechos con una gran sinceridad y con el máximo de estudio que pude ponerles. Creo que cuando uno ha sido sincero y ha puesto todo su esfuerzo intelectual en una obra no tiene por qué avergonzarse de ella. Creo que tengo en el pasado, en ciertas obras, un marxismo mal entendido, aunque no me he movido, como otros, de la posición marxista a la posición antimarxista. Pero creo que este marxismo un poco de manuales es muy negativo y además no tiene nada que ver con el propio Marx. Y si me preguntaran cuáles son las obras que más profundamente me impactaron yo mencionaría obras totalmente distintas e incluso contrarias en su pensamiento teórico. Estudié *El Capital* con su gran traductor, el español Wenceslao Roses, que estaba por entonces trabajando con el Fondo de Cultura Económica de México. Sin embargo, creo que en un momento dado tuve a Marx, como todos los jóvenes, más allá de su punto real. Me curó un poco una obra que ya cité en esta entrevista, *La decadencia de Occidente*, hoy a la gente le da un poco de vergüenza nombrarla, pero yo creo que contiene algunas de las páginas más bellas que jamás se han escrito.

**P.:** *Entre otras cosas trajo para América Latina la preocupación de problematizar a partir de sí misma.*

**R.:** Es que ese ir hacia la filosofía de la historia tiene que estar respaldado en un proceso de investigación de fuentes históricas concretas, en búsqueda de una verdad parcial en cualquier lugar, en cualquier tiempo. Creo, por ejemplo, que aplicarles esquemas a las guerras cubanas —a la misma guerra del 98— sólo sirve para disminuir la propia historia de Cuba. Uno se asombra de cómo se trata de escribir una historia de Cuba y se pierde la sensación de esa extraordinaria burguesía cubana de la primera mitad del siglo XIX; a veces ni siquiera se les menciona. Otro ejemplo, es necesario entender la historia de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos sin extremismos, sin odios, sin rencillas personales, que no sea una historia de buenos y malos, de patriotas y antipatriotas. Sencillamente hay que entender a la gente. Odio la postura del historiador juez; los historiadores no somos nadie para juzgar a los demás a través del tiempo. Creo que nuestra misión es tratar de entender ese pasado que se nos va entre las manos. Creo que es necesario el estudio de la familia, del día a día, del gran papel de la familia en la institucionalización de un pueblo. Me parece horrendo que los libros no hablen de las mujeres. Uno, con la mujer, tiene que tener un trato igual y desigual.

- P.:** *Diferente mejor que igual / desigual.*
- R.:** Mujeres y hombres tienen la misma calidad, la misma fuerza, el mismo entendimiento de los problemas. Pero los van a ver como un paisaje que se domina desde dos cumbres distintas; y entonces ese paisaje tiene que ser en parte igual y en parte distinto para ambos. Por ejemplo, el otro día te di las cifras estadísticas de un estudio parcial de mujeres criollas casadas con soldados y oficiales españoles en los años anteriores a la Guerra de Independencia. Sin entender esos matrimonios, esa vida común, donde el hombre tiene una posición y la mujer tiene otra y otro sentimiento patrio, es difícil entender nada; eso debió haber sido tremendo en la Guerra de Independencia. Quizá el siglo XXI pueda traernos una nueva visión de la historia no pensada en términos de hombres o de mujeres, sino que incluya esa doble visión que se diferencia tanto y que sin embargo tantos puntos comunes cubre.
- P.:** *Vamos a volver a tu relación con la literatura, con la novelística. ¿Qué autores cubanos son los que más te interesan en el siglo XIX, por ejemplo?*
- R.:** Cirilo Villaverde tiene una cámara fotográfica en la mirada; creo que en eso se parece a Anselmo Suárez y Romero. Son capaces de fotografiar una situación con una justeza tremenda, con un valor gráfico increíble, aunque no la entiendan, digamos, en profundidad. El fotógrafo no entiende la fotografía (...) Los grandes novelistas cubanos del XIX son pocos pero supieron ver esa realidad del siglo pasado; sin embargo no eran psicólogos ni psiquiatras y se quedaron en el apunte, en la fotografía. O sea, ver la fotografía de un crimen no significa necesariamente saber quién es el culpable ni cuál es el móvil, y sin embargo la fotografía es exacta.
- P.:** *¿Y si se habla de lecturas hispanoamericanas, digamos de literatura universal latinoamericana? ¿A quién mencionarías?*
- R.:** Uno de mis primeros ensayos fue un análisis de tres obras que leí en el mismo año y que pudiera decir sin exageración que me traumatizaron: *Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada; *Casa Grande y Senzala*, de Gilberto Freire, y *Contrapunteo del tabaco y el azúcar*, de Fernando Ortiz. (...) A mí me gusta el libro que hace pensar, aunque no sea totalmente cierto, aunque a veces cometa errores. Por ejemplo, todo lo que dice Don Fernando de la cubanía del tabaco es en realidad al revés, hay que hablar de la cubanía del azúcar. El tabaco siempre fue español.
- P.:** *El tabaquero era cubano.*
- R.:** Me refiero a los dueños, a las posiciones con respecto a Cuba, independientemente de que los obreros fueran cubanos. También hubo muchos canarios (...) En cuanto a fuentes e influencias, a veces hay gente que tiene como un sentido histórico, un sentido del tiempo. En cierta ocasión le di las gracias en un libro a un viejo de 90 años que conocí sentado en la escalinata exterior de la Catedral de La Habana. Yo me sentaba ahí y al lado mío se sentaba un negro llamado Wenceslao, que había sido esclavo. Pues bien, Wenceslao contaba cosas de una Habana Vieja vistas desde el punto más bajo de la escala social, y eso me ha quedado impreso en la mente toda la vida.

# Un nuevo pasado para Cuba

Rafael Rojas

SI ALGO DISTINGUE LA OBRA DEL HISTORIADOR CUBANO Manuel Moreno Fraginals es su pertinaz desconfianza frente a los mitos nacionales que puede acumular una historiografía oficial. Como todo revisionista incorregible, Moreno va plagando sus libros con frases como «según la historia tradicional...» o «los historiadores oficiales suponen que...», «... pero la realidad histórica es otra», «lo cierto es que...». Esta idea —plenamente moderna— del saber como una continua desmitificación se percibe en sus textos más difundidos: el estudio sobre José Antonio Saco, los ensayos sobre plantación y esclavitud recogidos en *La historia como arma* y *El Ingenio*, una monumental reconstrucción del complejo agro-industrial del azúcar en Cuba, durante los siglos XVIII y XIX.

En su último libro, *Cuba / España. España / Cuba*, el tono desmitificador se acentúa. Tal vez porque en esta obra la batalla parece librarse en el mismo terreno de la historiografía tradicional. Moreno incursiona en la escritura de una historia general de la isla, a la manera de Ramiro Guerra, Emeterio Santovenia, Herminio Portell Vilá, Leví Marrero y otros historiadores de la época republicana. El libro abarca —sólo explícitamente— cuatro siglos del tiempo cubano: desde la *conquista-colonización*, en las primeras décadas del siglo XVI, hasta la pérdida definitiva de la soberanía española sobre la isla, en 1898. Y aquí salta a la vista la gran diferencia entre este texto y el de la historiografía republicana que, al fin y al cabo, no se ha transformado sustancialmente en la época revolucionaria. A pesar de su narrativa en *longue durée*, Moreno no intenta historiar la nación cubana desde su época formativa. Su objetivo no es narrar el devenir nacional de Cuba a partir de los orígenes coloniales.

En este libro, los cuatro siglos del tiempo colonial aparecen actuando sobre un espacio que no es, fundamental-

mente, *proto-nacional*. Cuba, en términos políticos, es narrada como lo que era: nada más y nada menos que un territorio de España. Se trata, como lo reconoce Josep Fontana en su *Presentación*, del primer intento de historiar a Cuba dentro de España y a España dentro de Cuba. Una interrelación tan decisiva, en el contexto hispanoamericano, que la independencia no llega a verificarse hasta un siglo después. Un vínculo tan intenso y singular que las *élites* criollas, como señala Moreno, nunca, ni siquiera en 1898, logran imaginarse totalmente como los grupos subalternos de un orden colonial. En fin, una interdependencia tan estrecha que José Martí, el líder del último movimiento separatista, dedica un poema a la Madre Patria y los soldados españoles, al final de la guerra, se esconden en el monte para no regresar a la Península.

De modo que Moreno Fragnals logra apartarse del paradigma historiográfico nacionalista de la República y la Revolución en la medida en que no recurre al tiempo colonial para describir el nacimiento de la nación cubana. Este escape de la teleología nacional lo consigue reemplazando, en la escritura de la historia, la hegemonía de un discurso político rígido con la de un discurso cultural flexible. Es decir, Moreno, como todo historiador, hace lo que recomendaba Marc Bloch: desenrolla la bobina, va del presente al pasado para narrar, simbólicamente, desde allí. Sólo que su presente, en vez de ser imaginado como una comunidad política cerrada, se lo representa como una comunidad cultural abierta. La nación no es, para él, el resultado político definitivo del devenir de la isla, sino una construcción cultural viva e inconclusa.

Esta perspectiva le permite hacer confluir en el texto varios enfoques historiográficos. Así, por ejemplo, en el acápite «La tierra y el mar», se aproxima a la geografía cultural practicada por la escuela de los *Annales* y, en especial, por Fernand Braudel en su canónico estudio *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. En «Corsarios, piratas, contrabandistas y oficios similares» se percibe la influencia de la historia social inglesa, a la manera de Edward P. Thompson y Eric Hobsbawm, en la que las asociaciones gremiales son entendidas como grupos donde los miembros comparten un imaginario social y una moralidad económica. Los acápites dedicados a la oligarquía azucarera y sus representaciones ideológicas demuestran un uso creativo de la teoría marxista de las clases. Así como los que estudian los ritos culturales de cada estamento social y el imaginario simbólico, generado por la economía azucarera, ilustran una aplicación original de los métodos de la historia de las mentalidades, cuyo paradigma se ha fijado en las obras de Jacques Le Goff, Georges Duby y Philippe Ariés.

Sin embargo, tampoco faltan en este libro los pasajes donde Moreno Fragnals regresa a las dos avenidas que predominan en sus investigaciones: la historia económica y la demografía histórica. El acápite «Tabaco, azúcar, ganado» es una pequeña muestra de cómo puede interpretarse, en la mejor tradición de Henri See y Ernest Labrousse, la continuidad económico-cultural de ciertas producciones y mercados. Por otro lado, en «Negros y mulatos: vida y sobrevivencia» y «Un nuevo paisaje cubano» se intenta desmontar el cuadro demográfico

de la isla, durante los siglos XVIII y XIX, a través del volumen poblacional de cada grupo étnico y su respectivo modo de representación cultural.

Llama la atención, en este libro, el eficaz tratamiento del sistema político colonial como un contenido más del orden cultural de la isla. Moreno, al igual que Francois-Xavier Guerra, entiende que en Hispanoamérica la sociabilidad política moderna se inicia a finales del siglo XVIII y principios del XIX, con las reformas borbónicas y la Constitución de Cádiz. Pero en Cuba, esos años de descomposición del antiguo régimen son, precisamente, los años en que las élites criollas alcanzan una mayor autonomía administrativa dentro del imperio español. Ésta es una de las condiciones que explica la postergación de la independencia hasta fines del siglo XIX.

La pluralidad de enfoques historiográficos se hace acompañar del uso de conceptos provenientes de las ciencias sociales. Las nociones de *modernidad* y *modernización*, en el sentido que les atribuyó Max Weber, son constantemente referidas en el texto. La idea de *semiperiferia*, que aparece en la sociología histórica de Immanuel Wallerstein, es aplicada a la economía colonial de servicios que ofrece Cuba en los siglos XVI y XVII. También los conceptos de *inculturación*, *deculturación* y *transculturación*, acuñados por la antropología, son hábilmente transferidos al estudio de las relaciones de poder entre los distintos grupos culturales que forman la nacionalidad cubana.

Esta apertura conceptual y metodológica del último libro de Manuel Moreno Fraginals contrasta con la rigidez marxista que aún predomina en la historiografía de la isla. Dos de los más creativos historiadores cubanos, Jorge Ibarra y Oscar Zanetti, ya reconocen que la escritura de la historia, durante las últimas décadas de la Revolución, ha caído en un marasmo dogmático que le impide abordar ciertas zonas del pasado.<sup>1</sup> Todavía en un artículo reciente, el historiador de las ideas, Eduardo Torres Cuevas, defiende una *idea* de la *historia* en tanto «oficio con reglas del juego muy precisas», «profesión con perfiles muy definidos» o «ciencia social» autónoma y cerrada, que no debe contaminarse con otras formas del saber. Cualquier infiltración, en el texto historiográfico, de nociones procedentes de la filosofía, la sociología o la antropología; cualquier intelección narrativa o poética de la historia, es considerada como un acto de «paracaidismo» intelectual que desvirtúa el trabajo del historiador.

Frente a esta imagen hermética, gremial y parcelada del saber histórico, que recuerda las peores manías del positivismo burgués, Moreno Fraginals ofrece una lección de apertura y permeabilidad intelectual. Las referencias y documentos que ordenan las interpretaciones del texto son de una diversidad admirable. Junto a las series estadísticas, aparecen coplas, versos, artículos periodísticos, informes, memoriales y grabados. Toda esta amalgama documental se inserta en una narración animada, que prescinde de los rituales académicos de la cita, la tabla, el gráfico y la nota aclaratoria. En este sentido,

<sup>1</sup> Jorge Ibarra, «Historiografía y Revolución», revista *Temas*, N° I, La Habana, 1995, págs. 5-17; Oscar Zanetti Lecuona, «La historiografía social en Cuba», en la misma publicación, págs. 119-128.

*Cuba / España. España / Cuba* debe más a las obras históricas del antropólogo Fernando Ortiz, como *El contrapunteo cubano del azúcar y el tabaco* y su *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, que a los textos canónicos de la historiografía republicana y revolucionaria.

Como decíamos, el amplio registro de metodologías y referencias que hay debajo de este libro asegura una narrativa histórica cuyo fin primordial es despojarse de los mitos nacionales. Moreno desconfía de esa *lógica del cambio* que los historiadores oficiales, en la impaciencia por llegar al presente, atribuyen al orden —sumamente conservador— del pasado. Así, por ejemplo, Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Antonio Saco y otros ideólogos de mediados del siglo XIX, a quienes se considera fundadores de la nación cubana, son caracterizados como representantes tardíos de una cultura criolla blanca, surgida a finales del siglo XVIII, cuyo fundamento es la plantación azucarera esclavista. Este enfoque, que Moreno toma de Raúl Cepero Bonilla y que aparece ya en su temprano ensayo *José Antonio Saco. Estudio y bibliografía*, le permite concebir la mentalidad oligárquica del criollismo cubano como una estructura de larga duración, que sobrevive a través del siglo XIX.

El libro está lleno de discordancias similares con la historiografía oficial. Salta a la vista, por ejemplo, el retrato amable de don Tomás Estrada Palma, quien fuera sustituto de José Martí en la dirección del Partido Revolucionario Cubano y primer Presidente de la República de Cuba. En la ideología revolucionaria este personaje es una encarnación de todos los males del pasado: agente del imperialismo, anexionista, corrupto, traidor, etc., etc. Moreno, en cambio, habla de la «vida vertical..., completa honestidad y dedicación absoluta a la causa cubana» de este político. Su juicio no podría ser más comprensivo: «obró de acuerdo a su formación social y cultural, haciendo siempre lo que pensó que era lo mejor». De ahí que arremeta contra aquéllos que «en un acto de soberbia a destiempo derribaron la estatua que le levantó el pueblo de La Habana».

Sin embargo, la mayor desmitificación es que este libro concluya sin un desenlace nacionalista. El último acápite, «La huella indeleble», dedicado a la intervención de los Estados Unidos en la guerra de independencia, se aleja demasiado de la imagen histórica oficial. Aquí Moreno desarrolla la idea de que en 1898, al sumarse los Estados Unidos al conflicto separatista, se desató una intensa comunicación entre españoles, cubanos y norteamericanos que aceleró la integración nacional. Este «acercamiento mutuo» permitió el montaje político de la República, no como una imposición neocolonial, sino como un pacto entre las élites políticas involucradas. Moreno insiste en que dicho entendimiento tuvo un punto negativo: la población negra. Este grupo, que representaba uno de los elementos originarios de la nacionalidad, quedó al margen del pacto republicano.

De modo que el final de la narración se ubica en la caída del orden colonial español. Pero ni siquiera en ese momento, es decir, en los inicios de la época republicana, la nación es un sujeto enteramente conformado. Las tensiones entre los grupos étnicos y culturales se mantienen bajo nuevas formas.

La independencia no interrumpe el proceso de *españolización* de la isla, ni el régimen republicano logra la integración social del negro. Este desenlace abierto, o esta falta de desenlace, permite comprender el devenir cubano más allá de las rupturas simbólicas que la ideología oficial impone. Para Manuel Moreno una historia de la Cuba colonial no es la teleología nacionalista de la Cuba independiente, sino la narrativa de un proceso cultural continuo e inacabado. Por ese camino sus textos van descubriendo el territorio de un nuevo pasado cubano.



LUIS SANTACRU : TODS

# Presentación<sup>1</sup>

ESTE LIBRO HA NACIDO DE DOS PASIONES: EL AMOR A LA historia y el amor a Cuba. El amor a la historia «como arma», que tal era la función que para ella reclamaba Manuel Moreno Fragnals en un apasionado trabajo, el primero de los suyos que pude leer, hace ya muchos años. Aquel texto estaba dedicado al comandante Ernesto Guevara, el hombre que facilitó, con su apoyo explícito, que se publicara la primera edición de esa obra maestra de la investigación histórica que es *El ingenio*, cuyo manuscrito había tenido que enfrentarse a las reticencias de algunos académicos cubanos, «pacientes trabajadores de la humedad, el polvo y las polillas», como los había calificado Moreno, con demasiada generosidad tal vez, olvidando que también había entre ellos algún que otro roedor movido por el despecho y la envidia. A esos historiadores «oficiales», que se encargarían de cerrarle al autor el acceso a la enseñanza universitaria, les molestaba la audaz novedad de un libro que hablaba de los hombres y sus trabajos sin recurrir a las fórmulas de la liturgia establecida, y les escandalizaba, sobre todo, que se atreviese a denunciar a quienes se planteaban su trabajo de historiadores como una mera inversión en su carrera personal.

Este libro es fruto también, como he dicho, del amor a Cuba: a una Cuba más allá de cualquier contingencia partidista. Manuel Moreno Fragnals colaboró con la revolución en sus horas de esperanza y se distanció críticamente, dolorosamente, de ella, cuando creyó ver defraudadas unas ilusiones colectivas que había compartido. Sin que ello signifique que se pasaba al enemigo, porque la Cuba que él quería no era ni la de los unos ni la de los otros, sino la tierra de razón y libertad que habían soñado construir.

En *La historia como arma* había proclamado la obligación moral que el historiador tiene de comprometerse con la sociedad en que vive, y de sentir, por ello, «la alegría infi-

---

<sup>1</sup> Prólogo a *Cuba / España. España / Cuba*. Ed. Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1997.

Josep Fontana

nita de estar aquí, en este mundo revuelto y cambiante, peligroso y bello, doloroso y sangriento como un parto, pero como él creador de nueva vida». No sólo en Cuba. Fuimos muchos los que, en otras latitudes, compartimos este empeño y tuvimos que experimentar, al cabo, decepciones parecidas a la suya. De ellas salieron algunos para el desengaño, el conformismo o la traición. Otros, como Manuel Moreno, se mantuvieron en las mismas posiciones que siempre habían sustentado, a costa de quedarse solos, convertidos en conciencia crítica que molesta por igual a los dos bandos.

Quien haya leído con anterioridad *La historia como arma* o *El ingenio* podrá advertir que este nuevo libro no se distingue de aquéllos en los substancial de su carácter. Su autor no ha tenido que hacer ninguna reconversión: no ha cambiado su lenguaje, porque nunca empleó la retórica oficial, y no ha cambiado tampoco sus principios. El Manuel Moreno Fragnals que recordaba en 1974, en el prólogo a la segunda edición de *El ingenio*, al «comandante Ernesto Che Guevara, para siempre presente», es el mismo que denuncia ahora la miseria del «marxismo-leninismo» catequístico impuesto por una errada disciplina partidista. No hay contradicción alguna en ello.

A mí, que conservo vivo el recuerdo del revolucionario cabal y buen amigo que fue Juan Pérez de la Riva, y que nunca he estado ni estaré al lado de los enemigos de la revolución cubana, Manuel Moreno Fragnals me merece respeto como hombre, además de admiración como historiador. Hace muchos años que aprendí de Isaac Deutscher la diferencia que existe entre los herejes y los renegados, y que lamento que la izquierda no haya incluido entre sus principios el de «conviene que haya herejes», enunciado hace cerca de dos mil años por Pablo de Tarso. Entre otras razones porque, con el paso del tiempo y la acomodación de los dirigentes, sucede con frecuencia que los herejes acaban siendo los únicos que se mantienen fieles al espíritu de la vieja ortodoxia.

Este libro, que debería ser de lectura obligada para los cubanos, tiene, además, un interés muy especial para los españoles. Cuba no fue una parte más del viejo Imperio, sino que estuvo asociada a la metrópoli en mayor grado que cualquier otra colonia, no sólo porque la unión duró más tiempo, sino porque los lazos personales entre peninsulares y cubanos fueron más intensos, lo que explica que no se rompieran ni siquiera con la separación política. Nadie ha contado tan bien, con tanta objetividad y tanta comprensión, la historia del desencuentro que culminó en 1898 como el autor de este libro, que nos descubre que muchos de los soldados españoles derrotados se escondieron para no abandonar Cuba, y se integraron así en ese colectivo de centenares de miles de inmigrantes que acentuaron la españolización de la isla.

Si la historia de Cuba hasta 1898 no puede contarse separada de la historia de la metrópoli, la de España en el siglo XIX no cobra pleno sentido si ignoramos la importancia que tuvo en ella la Cuba azucarera, como fuente de riqueza y de influencia política para los de arriba, o como esperanza de trabajo y de fortuna para los de abajo. Quienes quieran comprender, en concreto, la crisis española de 1898 —sobre la que tanto se ha escrito en vano y sobre la que temo que tanto se va a volver a escribir, y no menos en vano, con el pretexto de

su próximo centenario— deberían buscar en este libro algunas de las claves explicativas fundamentales.

He dejado para el final lo que debí escribir al principio. Que este libro no necesitaba presentación alguna, porque se basta a sí mismo. Sólo el temor a que se entendiera mal mi actitud, si me negaba a la petición del autor, me ha movido a escribir estas inútiles palabras. Porque ni a Manuel Moreno Fragonals le hace falta que nadie le avale, ni a su libro que alguien lo presente e introduzca, porque se explica solo. El lector que se adentre en sus páginas descubrirá muy pronto que se trata de un libro de historia «distinto»: sabio sin erudición innecesaria, riguroso aunque haya prescindido de las imprescindibles andaderas que en muchas ocasiones representan las notas a pie de página, muy innovador en su enfoque y capaz de conseguir el raro milagro de fundir en una narración bien hilvanada los hechos políticos, los grandes hitos de la evolución económica, los rasgos que definen una compleja sociedad mestiza y aquel carácter singular que ha nacido de la mutua fecundación de sus diversas herencias culturales. Y descubrirá también, y sobre todo, que está maravillosamente escrito.

Éste es el homenaje que un gran historiador ha dedicado a su tierra natal. Como lector, me ha permitido renovar y ampliar la fascinación que me habían producido sus obras anteriores, porque ésta es posiblemente la mejor de todas: su obra maestra. Como historiador he admirado su extraordinaria capacidad de síntesis y esa rara combinación de apasionamiento y objetividad que sólo puede alcanzarse con la doble madurez de la persona y de la inteligencia. Se trata, en suma, de uno de los libros de historia más vivos y más hermosos que jamás haya leído.

JUNIO DE 1995



FRAGONALS  
1995

# Precisiones y recuerdos —crítica y elogio— de mi viaje a La Habana

Luis Antonio de Villena

POR LA LITERATURA PRIMERO, Y POR LOS AMIGOS CUBANOS después, siempre he sido cubanista o cubanófilo. José Olivio Jiménez (que a veces se sentía lejos de Cuba, pero que es muy cubano) me hizo conocer, desde hace muchísimos años, letras cubanas y costumbres de Cuba. Siempre recuerdo la palabra *huititío* —ignoro su grafía— que sería alguien muy delgado, un alfeñique. Pero cuando la dije en La Habana, sólo la recordaban los mayores. Y, por ejemplo, en el *Diccionario del español de América* de Marcos A. Morínigo (1993) la voz no figura. Por eso, poder decir *huititío* me otorga a mí mayor cubanidad. Después de José Olivio —por hablar de cubanos con nombre— conocí y traté, más entonces, a Guillermo Cabrera Infante y a Miriam Gómez, dos británicos ahora, que jamás han dejado de vivir en La Habana que hubieron de abandonar.

Después quise y traté mucho a Gastón Baquero con quien pasé largas noches de charla —él se acostaba temprano, pero hacía excepción conmigo— en su destartalado piso madrileño. Entre sus muchísimos libros, sobre la mesa camilla que le servía de salón, había una gran foto de Lezama. Yo leí *Paradiso* de adolescente (en la edición mexicana que cuidó Cortázar) y me embriagaba su culturalismo exagerado y su prosa para gnósticos. A mis veinte años —1971— Lezama Lima era uno de mis santones, que siempre prefería minoritarios. Gastón Baquero (cuando aún cocinaba y lo hacía muy bien) me preparó una noche *ropa vieja* y casabe —*cazabe* escribíamos acá— la más antigua comida del Caribe, el pan de los extintos indios taínos, hecho con mandioca. Luego Gastón me regaló —yo fumo tabacos— su antiguo cortador de puros, como una guillotina dorada de bolsillo, pues él había dejado de fumar...

Como desde muy joven oí contar las miserias del castrismo nunca simpatice con su revolución. Pero (aclaro) cualquier hombre sanamente libre simpatiza con una necesaria revolución. Aunque es imposible simpatizar con un dictador. Fidel Castro ha sido, finalmente, no la gloria, sino la miseria, de su, al inicio, tan prometedora y hoy tan fallida Revolución.

Cuento todo lo que antecede para dejar claro cuánto podía gustarme ir a La Habana (la tierra de muchos amigos que se fueron o que aún estaban) y cuánto a la par temía ir. Fui a algún país comunista europeo antes de la caída de la URSS y nunca me gustó aquel aire oprimido. Aquella evidente y elemental falta de libertad. Dudé mucho. Pero al fin —en una ocasión propicia, invitado con otros dos escritores amigos, por el Ministerio español de Asuntos Exteriores— estuve unos días en La Habana, en mayo de 1993. Era un viaje largo que se había iniciado en México (donde Octavio Paz me desaconsejó visitar Cuba) y que concluiría en ese país remoto —respecto a Cuba— que es la República Dominicana. Casi nadie me auguraba nada de La Habana (no iba a haber tiempo para visitar otros lugares) y la aprensión no me era ajena. Pero fui. Con Luis García Montero y Francisco Brines, excelentes compañeros de viaje. Aunque hablaré de mí, puesto que son mis impresiones, y no puedo hablar por ellos.



Del aeropuerto *José Martí* —donde nos aguardaba Carlos Barbáchano, gran anfitrión y entonces agregado cultural de la Embajada de España— sólo recuerdo una sensación de hangar (aeropuerto militar más que civil) y una aduana dura, con guardias de rostro severo, que miraban minuciosamente el visado. Actitudes nada simpáticas, pero que ocurren en muchas partes del mundo. Luego se ocupó de todo Barbáchano, que nos llevó en su auto al hotel. Hotel que primero iba a ser un desportillado caserón de El Vedado, y que —por no sé qué problemas— concluyó siendo el *Habana Riviera*, gran hotel de lujo en el Malecón (en los finales años 50) detenido como casi todo en la ciudad entonces, pero sin ya *glamour* y sin lujo...

¿Cómo diré mi impresión de las primeras calles de La Habana, mientras íbamos, charlando, hacia el hotel, en un auto español nuevo, es decir distinto de cuantos nos reodeaban? Me pareció un aire limpio y un mundo pobre. Y más. Todo parecía arrasado, desolado, como si hubiese habido una guerra —diría yo— pocos meses antes. Hacía sol y calor —Camus decía que al sol todo es menos pobre— pero aquello no parecía un mundo luminoso. Pocos coches y casi todos viejos, modelos norteamericanos de los años 50. Bastantes bicicletas. Luego creo que ha habido más. La gente —su vestido, aunque veraniego— tiene un aire *corriente*, como se dice en España. Eso quiere decir, en realidad (y otra vez brota la palabra) escasez y pobreza. Ello apenas podrá decirse. Nadie lo puede negar.



Mi habitación en el *Habana Riviera* era grande y debió haber sido espléndida. Daba el ventanal a una gran piscina (en la que una tarde me bañé, era agua de mar) que falta de sombrillas, de hamacas y de cierta sofisticación, parecía una gran poza en el cemento. La habitación —otra vez con innegables residuos lujosos de los años 50— no era confortable, aunque sí grata. El agua de la cañería del lavabo se salía (apenas abierto el grifo) y tuve que avisar para que un fontanero hiciera un rápido arreglo. El aire acondicionado —que sí funcionaba— no era fuerte (eso no me importaba) y hacía mucho ruido. Zumbaba como un viejo animalote cansado. Todo era normal. Eran aparatos viejos. Y todo pedía un arreglo o una jubilación que no tenía. Se quejaban, los pobres, de viejos. Nada más.

En los ascensores nunca faltaban —ni entrada la noche— unas mujeres bien maduras y uniformadas (gruesas por lo general) que manejaban los mandos del ascensor, como los ascensoristas de los años 20, tan elegantes, pero no era su caso. Eran mujeres serias, que te miraban con respeto. Cuando entendían que eras español, te saludaban con mayor amabilidad idiomática. Una me dijo una noche —cuando yo salía, perfumado, a cenar— *lleva una colonia muy rica*. No sé por qué vine a entender que me la pedía, o que podríamos llegar a algún buen acuerdo (fuera el que fuese) si yo se la regalaba. Pero es sólo una sensación, porque me limité a sonreír: *Gracias. Muchas gracias*.



Desde el *Habana Riviera* (rodeado de gente joven que pululaba por el Malecón, y por algún coche patrulla policial, de cuando en cuando) fuimos caminando, una tarde, hasta la célebre heladería *Coppelia*, en un parquecito ajardinado. Fuimos caminando, preguntando. Llegamos desolados.

Nada más comenzar a andar se nos acercaron multitud de niños y adolescentes que, al oírnos, nos hablaban, nos preguntaban, y sobre todo nos pedían. Algunos desistían pronto. (Yo llevaba caramelitos y chicles que iba repartiendo, de a poquitos, para no gastarlos el primer día.) Otros —pocos— eran incluso muy perseverantes. Por ejemplo aquéllos tres o cuatro que nos llevaron hasta *Coppelia*, sin querer o queriendo. Un negrito de unos doce años, sumamente vivaz y simpático, era el que llevaba la batuta. Tenía la despierta listeza del que tiene que apañarse pronto en la vida. Atravesamos, caminando, zonas de El Vedado. Antiguas casas en su mayor parte dejadas, vecinales, medio destruidas, descuidadas, al menos. Sí, parecía, en efecto, que hubiese habido una guerra. Una refriega, si poco. O un huracán o un vendaval. Alguna revolución, pero cualquier cosa, apenas unas semanas atrás... La gente nos miraba con simpatía. A mí me daba mucha pena.

En *Coppelia* —que tiene dos zonas, entre árboles— había larguísimas colas en ambas puertas. Esperando para comer helado. Ya sabíamos que a los turistas (portadores de dólares, de hecho apenas llegamos a ver un peso cubano) se les evitaban las colas. Nos lo habían dicho y así era. Un guardia de la puerta, apenas vernos —los chiquitos, con el negro a la cabeza, semejaban haber

desaparecido— nos hizo un gesto amable, indicándonos que podíamos pasar. Los de la cola, naturalmente, miraban en silencio. Nos sentamos. Todo tenía un aire cordial —no demasiado bullidor— y sencillo. Se acercó un camarero. ¿Qué queríamos? Helado, claro. Pero ¿de qué gusto? Sólo había dos: Vainilla y chocolate (Hoy parece inevitable recordar *Fresa y chocolate*, como en la película de Gutiérrez Alea, tan recatada y tan bella). Trajeron las dos bolitas de helado en un recipiente de plástico, muy vulgar. Probé ese helado. No me gustó. No era helado italiano ni nada parecido. Lo iba a dejar y salir de allí (me estaba deprimiendo la pobreza, la carencia, el aire desolado de la ciudad) cuando observé que, tras las rejillas, al lado de nuestra mesa, había reaparecido los muchachillos, con el negrito a la cabeza: Miraban al helado como un tesoro de piratas bucaneros en una isla perdida. Miraban al helado como hubiese Stevenson descrito una maravilla. Se lo dí —tendrían que devolver el envase de plástico malo— y me marché. La cola había desaparecido de ese lado de *Coppelia*, pero se multiplicaba en el de enfrente. Pregunté: ¿Qué ha ocurrido? Me contestó sin asombro el guardia: Aquí se acabó el helado, y deben ir a la otra parte... Corriendo me fui en busca de un taxi, de los que hay para turistas, que marcan la carrera en dólares. De hecho (como otra paradoja más del castrismo) el dólar es hoy la moneda *real*, la verdadera moneda de Cuba.

A mí, como a otros, el primer contacto con La Habana me deprimió. Vi una ciudad bella y abandonada y —por qué no decirlo— algo así como un pueblo bello, abandonado también...



Al día siguiente —tras paseos por el Malecón, La Habana Vieja y los alrededores del gran Capitolio— apareció el primer amigo: El estupendo César López. Poeta y hombre vivaz y tierno a quien yo había tratado ya —varias veces— en Madrid, en Las Palmas de Gran Canaria y en Ciudad de México. César era y es verdaderamente un amigo. No invitó a ir a su casa (muy cerca del Malecón) a beber algo en el jardincito, por la noche. Una noche caliente y suave...

Cuando llegamos, César estaba feliz, y me dijo que estaba leyendo a Julián del Casal, preparándose para mi visita. Hicimos bromas y reímos. César sabía mi admiración por Casal, sobre quien escribí —hace años— un largo estudio, a instancias de José Olivio Jiménez, *El camino simbolista de Julián del Casal* (1979) recogido después en mi libro *Máscaras y formas del Fin de Siglo* (1988). Ese año, además, se cumplía el centenario de la muerte de Casal —en el que se me invitaría luego a participar— pero, qué lejos parecía todo del aire suntuario del *Soneto Pompadour: Amo el bronce, el cristal, las porcelanas...* César López recitaba, con emoción: *y el lecho de marfil, sándalo y oro, / en que deja la virgen hermosura / la ensangrentada flor de su inocencia*. Casal es la gran columna que sostendrá a Lezama, pero alrededor, aquella casa cordial, mostraba el mismo desamparo que la ciudad entera. Todo deslucido, viejo, y en las estanterías de una sala de estar, libros antiguos —libros de años atrás— envejecidos por el salitre o la humedad, amarillentos, quebradizos diría... El mismo desamparo.

Carlos Barbáchano nos había dicho, cauteloso, que cada vez que alguien nos invitase a su casa llevásemos una botella de algo —comprada con dólares en las tiendas para turistas— porque nadie tenía nada. Yo creo haber llevado, sistemáticamente, botellas de ron negro (*Habana 7*) y eso es lo que siempre (o casi siempre) bebimos. Por ejemplo aquella noche grata, en el pequeño jardín de César López, junto a su casa desamparada que, entonces, no podía abandonar sin que le reemplazase su hija —estudiante de medicina— en la guardia, porque se había roto la cerradura de la entrada, en alguna tormenta o ventisca marina, y como todavía no habían encontrado otra nueva, tenían que vigilar, uno u otra, porque no había cerradura y la puerta de entrada permanecía semanas abierta.

Como ocurre con casi todos los cubanos que viven en la isla (incluso cuando están fuera de ella) César no dijo ni una palabra contra el castrismo o la Revolución y tampoco dijo nada a favor. Ni palabra. Hablamos de literatura y de vida. Todo lo demás, la resistencia, la heroicidad, el espanto —el relativo espanto— ¿no saltaba a la vista, más que visible, protuberante? Yo creo —por algún gesto de César— que él sabía que todo estaba dicho. ¿No lo estaba contemplando yo? Mejor hablar de Lezama y de Casal y de los poemas que César sigue escribiendo, por encima de la ola y de las olas, admirable...



Otra noche al volver al Hotel, solo, se me acercaron tres muchachas, bien arregladas, que andaban (como tantas y tantos) por el contorno, esperando. Estaban especialmente arregladas y eran, además, muy guapas, las tres. Dos blancas y una negra. Me pidieron si quería subir las al bar del Hotel que estaba arriba, en la terraza —aunque no era nada lujoso, sino más bien modesto— e invitarles a beber algo. Supuse que la petición era más rica que la mera demanda de una coca-cola, y aunque yo no estaba interesado en ese *más*, no me pareció bien decirles que no a aquellas señoritas, insisto, tan guapas... Entramos juntos y fuimos a los ascensores. Se me había olvidado a mí la existencia de aquellas estrictas y gruesas gobernantas ascensoristas. La gorda nos miró —tras decirle yo que íbamos arriba, al bar— y enseguida me dijo: *¿Las señoritas van con usted?* Aseguré que sí. Y añadió entonces: *Pues tienen que estar siempre con usted. No pueden quedarse solas.* Ellas —las muchachas guapas y arregladitas— nada decían. Ni palabra. Así (con una mueca displicente hacia la gobernanta) llegamos al bar, una terraza al aire libre, prácticamente vacía. El clima era muy agradable. Pedimos sendos refrescos, y enseguida la negra —con mucho la más decidida, las otras dos no perdieron un comportamiento discreto o hasta modoso— vino a sugerirme algo sexual. Como a la habitación era (o parecía) difícil ir podríamos hacerlo allí mismo, en los lavabos que había en la misma terraza. Se abrió lentamente de piernas. La negrita iba preparada y no llevaba ropa interior. Me lo mostró sin ningún alarde... No, yo no estaba interesado y además tenía que volver a salir. Con mucho gusto les invitaba al refresco y a quedarse pero —según había oído— esto último era imposible. Tenían que salir cuando yo

saliera. Las tres hermanas del cuento caribe. Hablamos sobre todo de diversión. Aquellas chicas (especialmente la negra, hermosa y ardiente) se querían divertir y no sabían cómo ni dónde. Para aquella negra la Revolución verdadera hubiese sido una discoteca cualquiera, abstracta y feliz, en Madrid, en Miami o en Nueva York... Ella quería pasárselo bien, era joven y el cuerpo le pedía guerra. Quería divertirse, no necesariamente paseando por el Malecón. ¿Por qué eso no podía ser? Jamás he visto mayor desdén por la política. Mayor desdén tácito por el castrismo: Una chica negra quería ser golfa, decente y feliz —todo al tiempo— y no podía. Estaba indignada. Era una hija del coraje hacia la libertad. Era anticastrista —muda— por amor al chachachá. O simplemente porque libertad es, así de simple, poder vivir. Poder salir, poder ligar, poder pasárselo bien sin miedo a la represión. Sin sabuesas ascensoristas. ¡Cómo deseé que aquella guapa negra, con los labios rojos, fuera —como merecía— libre y feliz! Yo hice lo que pude. Nada prácticamente.



Una tarde —hacía mucho calor— Brines, García Montero y yo, leímos nuestros poemas en la famosa (en los buenos tiempos de la Revolución) Casa de las Américas. El recibimiento fue muy cordial y el público, culto y especializado. Una mujer rubia y de aire distinguido —lamento no recordar su nombre— y que debía ser una autoridad en la Casa, nos presentó brevemente. Antes —o después— en su despacho, que tenía aire acondicionado (no así el salón, sofocante, en que leímos) nos ofreció una tacita de café solo. Aquello tenía todo el aire de ser —el gesto, las pequeñas tazas— un lujo o una distinción ofrecida sólo a visitantes distinguidos. Entre los asistentes estaban Eliseo Diego y Miguel Barnet, a los que yo había visto —sobre todo al segundo— varias veces en España. Haciéndose el portavoz de los tres lectores españoles, Brines empezó diciendo (sin más comentarios) que nuestra lectura, la de los tres, *estaba dedicada a dos amigos cubanos: Gastón Baquero y José Olivio Jiménez* (dos exiliados). Las palabras fueron acogidas con tranquilidad y respeto. Pero al terminar todo —yo sudaba— Miguel Barnet, muy simpático, se me acercó: *Chico, tú has sido el mejor*. Me alabó, cosa natural si se tiene en cuenta que era al que más conocía. En España siempre encontré a Barnet simpático y festivo, incluso levemente *loca*. Ahora estaba más serio, más prudente, más controlado. Y así, tras lisonjear mis poemas, declaró que Paco Brines había hecho mal en decir lo que había dicho. Al parecer no era un gesto amable. Me limité a repetirle que lo había hecho en nombre de todos, y que sólo había mencionado —sólo— a un gran poeta y a un gran crítico literario. Barnet se despidió amablemente de mí (sólo de mí) y ya no lo volvimos a ver más. Un año después —creo— me envió dedicado —vía EEUU— su tomo de poesía *Con pies de gato*, que leí con interés, aunque siga prefiriendo su prosa. Me dijeron —saliendo de la Casa de las Américas— que Barnet era entonces un escritor vinculado directamente al Régimen de Castro (incluso detentaba algún cargo) y vivía muy bien con su novio. Siempre me extrañó —con todo— pues hasta comprendí su necesidad de relativa

ortodoxia, ¿por qué un personaje así me enviaba su libro, editado e impreso en Cuba, La Habana 1993, a través del correo yanqui? Todos los asistentes, de otro lado, insistían (y lo hicieron durante toda nuestra estancia en La Habana) en excusar a Cintio Vitier y a Fina García Marruz, que no habían podido venir. Fue una excusa constante, nunca entendí por qué.



Las librerías de La Habana (las normales, en las que se pagaba en pesos) eran un verdadero horror. Montañas de ediciones soviéticas —en español— de las obras de Marx y de Lenin. Poco más. Pequeñas —mejor minúsculas— novedades de poesía, en papel malo y frágil como ala de libélula enferma. No tenían ningún interés y las vi siempre minimísimamente concurridas. Había, además, otras librerías (cerradas y con aire acondicionado, una muy cerca del *Floridita*) donde, por supuesto, se pagaba en dólares. Curiosamente en esas librerías —más pequeñas— había clásicos cubanos, que no se encontraban ya en las librerías normales. Libros agotados —pensé— o libros para circulación reducida. Allí había obras de Lezama y de Antón Arrufat, por ejemplo. Y también un libro con letras de boleros, que compré: *300 boleros de oro* de Helio Orovio. ¿Por qué esa barrera de cristal, entre dos librerías —ambas cubanas esencialmente— pero que parecían y eran dos mundos? En una de las librerías con obras de Lenin (otro día) se me acercó, cautamente, un chico con barba y aire de estudiante —en España, en los setenta, hubiéramos dicho que con aire *progre*— que me dijo si quería comprar libros antiguos. Le contesté que sí, y me rogó que le acompañase a su casa —en La Habana Vieja— que estaba muy cerca. Resultó, luego, que los libros viejos que guardaba (bastantes españoles, del antiguo Aguilar) o los tenía o no me interesaban en exceso. Pero tanto me impresionó su necesidad (su deseo de ahorrar dólares y marcharse) y la penuria general del entorno, que decidí comprarle tres o cuatro libros, para ayudarlo. El mejor —encuadernado y antiguo, aunque muy aviejado— era un tomo (Vol. XXIII de la colección de Libros Cubanos) titulado *Selección de poesías* de Julián del Casal, muy bien publicado en La Habana en 1931 con larga introducción de Juan J. Geada y Fernández. Lo conservo gustosamente por Casal, pero también porque me evoca —desde su avejentado lujo— lo que ahora voy a narrar: Lo avejentado y descuidado, a secas.

La casa en la que entramos, donde vivía aquel estudiante anheloso de ahorrar dólares, era un edificio antiguo, que en los años 20 —por ejemplo— debió ser casi esplendoroso. Pero todo en la casa estaba deteriorado hasta extremos —me pareció— cercanos a la ruina. Uno de los pasillos volados que daba al patio interior tenía un gran boquete, que se salvaba, a tres pisos de altura, simplemente por una tabla que servía de puente. Y el pequeño apartamento del estudiante (supongo que se había parcelado un antiguo piso) aparte de su sencilla pobreza natural, tenía grietas —grandes grietas— en las paredes. Aquel profundo deterioro lo miré con pena —nuevamente— y sin hablar. Había oído decir que La Habana estaba entonces peor porque habían habido, meses

antes, ciclones o grandes tormentas, y faltaban repuestos. Pero, aunque ello fuese verdad, no explicaba el desastre. Todo aquello estaba abandonado — todo— desde hacía, cuando menos, 30 años. En ese tiempo (por incuria, por desinterés) nadie había arreglado ni cuidado nada, y era una lástima, porque la Habana Vieja es un recinto bello y admirable cuya pervivencia —me temo— no está asegurada. La imagen que —para mí— lo resumía todo quedaba plasmada en el inservible y antiguo ascensor que yacía, derrengado como un viejo paquidermo, en el portal. Negro, cubierto de suciedad, de grasa, de polvo, caído entre las rejas, el ascensor —30 años parado— era el emblema de la ruina, del desinterés, de la desesperanza. Casi no se sabía que era un ascensor. Era un mohoso poliedro negro, opaco, inservible. Había que subir andando. Nadie se fijaba en el ascensor. Era un bulto. Una ruina maya sin descubrir. Una tumba. Un fetiche. Nada y todo.



Otra tarde leímos nuestros poemas —ante un público muy selecto de escritores y profesores— en el pequeño Salón Lezama Lima (con aire acondicionado, eso es superlujo en la tropical Habana) dentro del elegante Teatro Nacional, que era, me parece, el antiguo y rico Centro Gallego. Allí recuerdo, cordial y en primera fila, muy atento, a Eliseo Diego. Un poeta cubano nos presentó (eran textos escritos) a cada uno de nosotros. César López presentó a Paco Brines. Y a mí un poeta al que yo, aún, no había leído: Rafael Alcides —un hombre grande, de voz fuerte— que luego me regaló un libro suyo, *Agradecido como un perro*, de 1983. Alcides leyó un texto noble y liberal sobre mis poemas y sus amores heterodoxos, que defendió aunque había comenzado su discurso diciendo *¡Camaradas!*, para rectificarse enseguida, entre sonrisitas del público, con el clásico *Señoras y señores...* Recuerdo, con cariño, la cálida presentación que me hizo Rafael Alcides, que —externamente— me parecía alguien muy lejano a mí, y que resultó amigo en la poesía o en la palabra, que es un sentimiento mayor que la psicología. ¿Seguirá siendo revolucionario Rafael Alcides? ¿O tenía sólo esa profunda *revolución* que está siempre en los corazones limpios, pese a la escoria?



Una noche literaria —que *a priori* no lo era— tuvo lugar en casa de Pablo Armando Fernández, poeta y novelista, de barba whitmaniana y blanca, a quien yo conocía de años atrás, siempre muy felizmente, en España. Aunque acaso debiera haberme percatado de que la casa de Pablo Armando, en la zona de Miramar, era una de las pocas arregladas y repintadas. Porque eso en La Habana —en aquella Habana— significaba mucho. Por ello cuando yo me presenté, atardeciendo, con mi botella de ron, para contribuir a la fiesta, Pablo Armando, que me recibió muy contento con un par de besos, me dijo: *No tenías por qué traer nada. No debías haberte molestado. ¿Te apetece un whisky?*

Digamos que como si estuviésemos en Roma o en Madrid. No, la casa de Pablo Armando y su mujer no era lujosa (según lo que aquí entendemos por lujo) pero sí arreglada, pulida, cuidada, lo que —como he repetido— parece insólito en La Habana. En efecto, había whisky y lo bebimos. También había (además de algo que comer) varias botellas de ron. Me parece que allí, esencialmente, nada faltaba. Había profesores, poetas y amigos, en un aire distendido y cordialísimo. Terminamos medio borrachos y cantando, y hasta alguno de los caballeros presentes soltó su *pluma* cubana y concluyó, feliz, hablando en femenino. Hasta el propio Pablo Armando, al fin, finalizó entre risas y boleros hablando en femenino. Claro que, cuando bien entrada la madrugada, yo me iba —supongo que en el coche de Barbáchano y sus mulatas— Pablo Armando, encantador y entre besos, no dejó de decirme, con sus barbas blancas whitmanianas y su tez morena y solar, que pensara lo que pensara de Cuba, por favor —insistía— *nunca estés de acuerdo con el bloqueo norteamericano, porque el bloqueo es una gran cabronada...*

Querido Pablo Armando: Hace años que no te veo. Desde esa noche habanera en tu casa, me parece. Pero quiero decir, en honor a tu hospitalidad, y también a mis muchos amigos y conocidos cubanos, que te doy la razón. Estoy en contra del bloqueo yanqui, que me parece una gran cabronada. Pero estoy también en contra del bloqueo de Fidel que se ha convertido, tristemente, en la mayor piedra en medio del camino de Cuba. No debió ser así, lo sé. Nunca debió ser así, sino al contrario. Pero así ha sido. Así es que, querido Pablo Armando, te cuento amistosamente que estoy contra todos los bloqueos. Te abraza...



Recuerdo como una noche muy tranquila, lúcida y cálida, la noche en que visité —provisto, ahora con todo sentido, de mi botella de ron negro— la casa de Eliseo Diego, uno de los grandes poetas de *Orígenes*. Era una casa, con pequeño jardín, noble y vieja. Y estuvimos sentados, noche adentro, en el despacho de Eliseo, lleno de libros y curiosidades, con un aire augusto —un despacho sabio y culto— que parecía recubierto (cierta dejadez) por un aire de incuria y de tristeza. La pobreza y la carencia, como reptiles raros, deambulan por La Habana en todas partes, eficientes y calmosos, y todo lo llenan y terminan contaminándolo casi todo. Con Eliseo hablé de libros y de poesía. Él —muy cordial— parecía cansado, pero hablar de libros y de literatura (hablar como si todo fuese normal) le animaba. Su aire cansado y quizá enfermo se trasmutó en alegría charlando de libros... Por lo demás, para acompañar la botella de ron (que concluimos) no había sino vasos y agua. Nada más. Sin hielo. Nos despedimos, emotivamente, madrugada larga, cuando el aire habanero parece más sutil. Recuerdo que, camino del Hotel, pasamos por delante del caserón —desportillado también— de Dulce María Loynaz. La viejita estaría, en ese momento, ahí dentro, en sus delirios dulces de silencio. Nunca volví a ver a Eliseo. Pero cuando, no mucho después, supe que se había ido a México y

que no volvía a Cuba, y en México murió, no pude extrañarme. Aunque yo no le oí una sola queja a Eliseo Diego, sí vi —como he dicho— a un gran hombre con una abrumadora sensación de tristeza encima. Un hombre derrotado y que se había cansado de luchar. Un hombre —de fino talento, como muchos de sus versos— que había perdido la esperanza. En un poema suyo titulado *El viejo*, de su libro *Por los extraños pueblos*, dice: *Cruzar las manos ásperas, / cruzarlas a oscuras, / cruzar sus tiempos...*

Había esperado, aguardado, y se había ido, al fin. ¿Qué reprobar? Nada, por supuesto.



Naturalmente existen en La Habana cinco o seis lugares, famosos de siempre o de ahora, donde hay cierto lujo y que se conservan como metidos en un fanal de fósiles. Hablo del bar y restaurante *Floridita* —con sus adornos y fotos de Hemingway— *La bodeguita del Medio*, más modesta, el cabaré *Tropicana* y algún otro restaurante, cuyo nombre he olvidado, como uno con aire de *bungalow*, cruzando la bahía de La Habana por el túnel submarino que va hacia El Morro. Aquel restaurante (en el que, como en todos los demás aludidos, se paga en dólares) era tropical y tranquilo. Se comía sencillo y bien, con un servicio muy esmerado, me llevó a él Carlos Barbáchano, y me pareció que los clientes ni siquiera eran turistas (que tampoco hay tantos en La Habana, prefieren las playas) sino diplomáticos todos o amigos de diplomáticos. En el céntrico *Floridita* tomamos un daiquirí y almorzamos otro día. Era lujoso, caro y se comía bien. Pero era terrible salir luego a la calle desde ese ilustre gueto dorado, pues resultaba como pasar de un sueño en tecnicolor —una película de hadas y reyes— al más ríspido neorrealismo italiano, al más seco y duro. Esos bares y restaurantes conservados son un total sinsentido, pues han perdido el clima vital que les hizo florecer —justo o injusto— y han quedado como saurios prehistóricos fuera de su natural clima. Cadáveres exquisitos, restos arqueológicos, parques jurásicos —reliquias— fuera de su verdad y de la Historia. Además los cubanos (al menos económicamente, si no más) tiene prohibido entrar ahí. ¿Irían a llorar la carencia? ¿O entenderían que la Revolución tiene el deber contrario de explotar a los capitalistas? Entrar al *Floridita* no es ir a beber o a comer, ni mucho menos a divertirse. No creo que eso sea posible. Se va por literatura. Y se entra como a un museo, en el peor sentido de la palabra. Un museo del que —como sea— ha huído la vida. A *Tropicana* no fui (Lo he visto, después, en Madrid.). Al *Floridita* no volvería. ¿Para qué? ¿Se imagina usted *Maxim's* —el restaurante parisino— en el centro de Belgrado, en plena guerra fría? ¿No se daría usted un susto, caballero amigo, al entrar o salir según su ideología? Y a lo peor —como en *Floridita* a mí— le ocurren, y no es bueno, ambos sustos a la vez. Inevitablemente, torva y cansina, la palabra *pena* vuelve a florecer en mi cabeza. Pena. Como ceniza. Pese a la belleza y a la bondad, pena.



Mi encuentro más querido en aquella visita a La Habana (había oído hablar mucho de él, en primer lugar a Miriam Gómez, la mujer de Guillermo Cabrera, pero yo no lo conocía) fue con Antón Arrufat. Sereno, apesadumbrado, lúcido, muy digno —pese a haberlo pasado, por razones político/sexuales, años atrás, muy mal— Antón seguía en su casa de la calle Trocadero, muy cerca del entonces desportillado edificio donde viviera Lezama Lima. Vi a Antón en lecturas y en la velada de Pablo Armando, pero, sobre todo, un par de días, a solas, en que paseamos por la ciudad, observando hermosos mulatos, y terminamos —charlando y charlando— en unos jardines, frente al puerto, oreados por la brisa. Antón me mostró una novela mía (impecablemente forrada de plástico) y que llevaba detrás una lista de los lectores que la habían tenido y que la aguardaban. No sólo la leían, la mimaban. Siempre pienso que deben haber sido los mejores lectores de *Fuera del mundo*, que era la novela en cuestión. Tiempo después —cuando Antón vino a Madrid— me dio un hermosísimo libro suyo de poemas, *Lirios sobre un fondo de espadas*, aparentemente neo-medieval y modernísimo. Recuerdo siempre que, en La Habana, al regalarme otro libro suyo, y pedirle yo que me lo firmara, como no llevaba bolígrafo, le di yo un negro *Montblanc*, grueso y lujoso, que me habían regalado. Noté que Antón no había visto (al menos hacía mucho) objetos de escritura así, lo tomó para dedicarme, mientras me decía sonriendo: *Chico, no sé si ya sabré usarlo...*

Antón Arrufat me pareció —y me parece— la pura imagen de la dignidad de una Cuba intelectual que ha sufrido (y sufre, de otro modo) pero que intenta mantener la altura mental a cualquier precio. Él no pertenece a los vencedores de Castro —¿lo son aún?— ni a los otros vencedores primeros de Miami, que tampoco aceptaron —de entrada— a los *marielitos*. Esa gran Cuba sigue siendo la más sólida, íntimamente, la más culta, la más sufrida, la más inteligente. Cuando leí (encantado) *Lirios sobre un fondo de espadas* le escribí a Antón —aún sabiendo las dificultades del correo en Cuba— una carta espontánea de felicitación y aliento. Hace más de un año. Naturalmente no sé aún si le ha llegado alguna vez.

Mi otro encuentro cubano —plural— más grato y de recuerdo mejor, fueron los varios grupos de poetas jóvenes que vinieron, llenos de entusiasmo, a hablar conmigo, a proponer intercambios poéticos, a comentar de versos y de futuro. A preguntarme por lo que no conocían y tanto querían conocer. Esos poetas (que aún no habían publicado libro) estaban entre los 20 y los 24 años, todos eran *hijos de la Revolución* y todos esperaban, realmente, un tiempo nuevo. Me enamoré de alguno de ellos. Hubiese querido ayudarles. Nunca habían probado otra cerveza que no fuera *Hatuey* —la cerveza oficial de la isla— y cuando les invité a mi Hotel a beber otra cerveza extranjera (en el Hotel había hasta dos marcas) tuvimos la mala suerte —era mi último día de estancia en La Habana— de que esas marcas foráneas acabaran de quedarse, de momento, sin existencias. Los poetas jóvenes pusieron una cara de resignación que no era, por supuesto, nueva. Me preguntaban, sobre todo, por dos escritores que yo conocía bien, y que estaban —y están, me temo— prohibidos en la isla: Gastón Baquero y Guillermo Cabrera Infante. Yo le regalé a uno

de esos poetas el cortapuros dorado que, años antes, me había regalado Gastón a mí. Le pareció un objeto sagrado. Y desde aquí les digo que la cinta grabada (ellos leyendo sus poemas) que me pidieron le llevase a Gastón, se la llevé en efecto. Y la oímos Gastón y yo juntos, una noche, aún en su vieja casa. Le gustaron los poemas y le gustaron las voces. Se sabía querido y eso le alentaba. Él no estaba por el rencor —por ningún rencor— sino por el encuentro. Fue emocionante oír la voz de aquellos chicos, en Madrid, mientras Gastón, sentado en su destartado sillón, asentía con la cabeza.



La Habana me pareció gloria y llanto. Como la gran cultura cubana —y ese pueblo airoso— tan resistentes. Ese pueblo —sufrido, pobre— que vi pasear y merodear, insistentemente, por el Malecón, en busca de placer, de subsistencia y también —por qué no— de felicidad.

Una tarde —a punto de irme, no me quedaban ya los chicles que había llevado en cantidad, y que repartí por la calle— me cercaron, cordialmente, junto al mar, un grupo de niños y niñas (una mayorcita, sabía ya en la vida, terriblemente coqueta) que me pidieron algo: caramelos, chicle... Les dije —era verdad— que sólo me quedaba un chicle, y ellos eran cinco o seis. Entonces imaginé y propuse: Pienso un número y al que lo adivine le doy el chicle. Lo rifo porque sólo hay para uno. Pero, entonces —para mi bella sorpresa— uno de los chicos me responde: *No, mejor dánoslo, y lo repartimos*. Era un gesto más que emotivo. ¿Solidaridad socialista? ¿O solidaridad entre los pobres? No lo sé. Acaso ambas.

Cuba es, ciertamente, un grito de cambio. No para volver a atrás (en ningún sentido) sino para ir adelante. El grito de un pueblo —pese a tantos tumbo, pese a tantas injusticias— lleno de fuerza y de vida.

Aunque son palabras duras —y están escritas dos años después del viaje que acabo de narrar— cierro estas páginas con las líneas de un artículo de Andrés Trapiello titulado (como el libro de Arrufat) *De las pequeñas cosas: Todo cuanto se diga de la desesperada situación de Cuba en general y de la Habana en particular; cuanto pueda imaginar el lector de la miseria, el deterioro, la desolación moral y la desesperación de sus habitantes; todo cuanto podamos adivinar del albañal en el que Fidel Castro y sus colaboradores han convertido una isla maravillosa y una ciudad que es patrimonio de la Humanidad; todo cuanto podamos decir de lo que está pasando en aquel infierno será sólo un pálido reflejo de la realidad*.

¿Exagerado? Rabioso, sobre todo. No falso. No mentira. He preferido no utilizar palabras mías. Cuba —La Habana— es un grito silencioso. Pero también una gran esperanza. Y la cultura de Cuba —esa cultura que siempre ha sido excelente— no ha caído. No ha caído. Las palabras de Martí (tan gran prosista) habrán de ser, de nuevo, leídas e interpretadas: *Hombres somos y no vamos a querer gobiernos de tijeras y de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas, sacado del molde de nuestro país*. ¡Que sea pronto y en libertad segura!

# El no cubano

*Eduardo Labarca*

E-mail dirigido por el escritor chileno Eduardo Labarca a su esposa cubana, la poeta María Elena Blanco, a raíz de un intercambio de opiniones habido la víspera en un restaurante mexicano de Viena, donde residen.

María Elena, mi querida:

La mesa del *Pancho*, en torno a cuyas enchiladas nos codeábamos ocho nacionalidades y cuatro parejas de pasaportes mixtos, no era tal vez anoche el mejor lugar para dilucidar las virtudes, defectos y limitaciones de los pueblos del planeta o de nuestro continente latinoamericano. Sin embargo, lo poco que se dijo en la punta en que estábamos con Guillermo Horta y todo lo que pudo decirse quedó humeando dentro de mi cabeza y esta carta que te tecleo en pantalla con mucho cariño quizás sea la válvula que por instinto yo necesitaba para darle tiraje a las ideas.

Al abordar el tema trataré de despojarme del afán generalizador tan arraigado entre nosotros los primates homínidos de extrapolar a tribus, nacionalidades o países enteros las características buenas, malas o no tan malas ni tan buenas que advertimos en algunos de sus individuos.

Sin perjuicio de lo anterior, cabe tener presente que cierto grado de generalización y a veces de exageración de las posiciones en debate ha sido tradicionalmente un recurso intelectual de buena ley que permite poner de realce determinados rasgos que por demasiado vistos y extendidos a veces campean bajo nuestras narices sin que seamos capaces de olerlos o distinguirlos.

Al referirme aquí a lo que llamaré el *no cubano* pondré el acento en sus lados negativos, lo que no quiere decir que ese *no* y el espíritu que en él se manifiesta no puedan tener aspectos loables. Largo podríamos hablar también de las superlativas virtudes del *ser cubano*, especialmente de los sobresalientes méritos de la intelectualidad de Cuba de todas las épocas, pero no es ésa la finalidad de mi modesto envío electrónico.

Creo que un requisito básico del debate intelectual es que éste se entienda como una confrontación de ideas absolutamente libre, con total independencia de la raigambre nacional o social de los dialogantes, e incluso de sus rela-

ciones afectivas, por lo que en nuestro caso concreto hemos de inmunizarnos ante el peligro de que una discusión ideológica entre nosotros tome el sesgo de un absurdo pimpón doméstico o nacional de hombre versus mujer o chilenidad versus cubanidad. Desde ya dejo en claro que al referirme negativamente a este tic cubano no pretendo desconocer los rasgos negativos que abundan entre nosotros los chilenos, por ejemplo en lo que se refiere a nuestra forma muchas veces oblicua de dialogar.

Lo que anoche estuvo en el tapete fue la costumbre cubana de replicar al interlocutor comenzando la oración con un «no», aunque a continuación venga una frase que reitere lo que él haya dicho. Tú sostuviste que ese «no» es irrelevante y que se trata de una figura retórica inocua. Guillermo también le restó importancia y creo recordar que dio a ese «no» connotaciones afectuosas.

Los ejemplos abundan. Lázaro dice: «Hace muchísimo frío»; Raynel le contesta: «No, hace un frío terrible»; Migdalys replica: «No, estoy congelada»... Otro: «La abuela se murió»; «No, la abuela se murió hace un mes»; «No, la enterramos en el Cementerio de Colón», etc., etc.

Aunque ustedes los cubanos no le den importancia al asunto, yo considero que el análisis del *no cubano* es una de las claves para comprender la actual encrucijada en que se encuentra la sociedad cubana entendida en un sentido amplio y abarcador, vale decir, con todos sus heterogéneos componentes de dentro y fuera de la isla o en desplazamiento en balsas, aviones y otros medio de transporte en una u otra dirección.

Frente a la endémica crisis política que Cuba arrastra desde hace más de un siglo, y tal vez debido a la propia profundidad y complejidad de esa crisis, la intelectualidad cubana ha dado pruebas desde antes de la independencia de una notabilísima perspicacia y lucidez. ¡Cómo quisiera yo que algún intelectual chileno de campanillas escudriñara hasta los tuétanos la tan celebrada *talla chilena*, esa manifestación simpaticona pero a menudo esterilizante y torva del humor negro nacional, en la forma en que el cubano Mañach supo agarrar por los pelos el tema del *choteo cubano* y desentrañar autocriticamente sus esencias!

La raíz del *no cubano* es para mí obviamente española. Existe un *no español* conversacional muy parecido que asoma al comienzo de muchas respuestas, aunque su uso me parece menos generalizado que en Cuba. Se resume en la caricaturesca afirmación del recién llegado: «No sé de qué estáis hablando, pero yo estoy en contra.» ¡Cuántas veces las conversaciones entre nuestros amigos españoles nos han sonado a un diálogo de sordos! Muchas de tales conversaciones constituyen un conjunto de monólogos entrecruzados en los que sólo se reiteran ideas preconcebidas, y a menudo los participantes saltan al ruedo únicamente en busca de un auditorio o con el solo fin de oírse a sí mismos. Dicho sea de paso, no creo que el *no español* sea totalmente ajeno al historial de inestabilidad y sangrientas guerras civiles de España...

Pero centrémonos en el *no cubano*. Para mí, ajeno a la sociedad cubana —a veces los turistas ven más que quienes han nacido y se han criado en un lugar— el *no cubano* es un fenómeno curioso y digno de estudio: a) Cuando se

refiere a una *idea* a la que se va a dar una respuesta discrepante, ese *no* me parece normal como expresión inicial de desacuerdo. b) Referido a una *opinión* con la que a continuación el hablante va a coincidir explícitamente, el *no* me llama la atención. c) Cuando atañe a un *hecho* cuya existencia será reconocida sin objeciones por quien dice *no*, me resulta francamente chocante.

El significado del *no cubano* sólo puede explicarse a mi juicio buceando en las profundidades de la psicología individual y social. Lázaro dice: «Llueve»; Raynel le contesta: «No, está lloviendo». Dado que el hecho *lluvia* es reconocido y aceptado por ambos, ¿qué quiere decir Raynel con su *no*? De los infinitos diálogos de este tipo que he escuchado a lo largo de muchos años creo deducir que el *no* con que se replica automáticamente a una afirmación, sea cual sea, de un tercero, satisface una necesidad primordial de reafirmación subjetiva que se sobrepone a la propia realidad. Lloverá no porque esté lloviendo, sino porque lo dije *yo*.

El *no cubano* funciona en una sociedad muy verbalizada, donde lo que se hace o se ha hecho suele adquirir plena significación sólo al ser explicitado y ratificado con palabras. Tú dices que está lloviendo y al hacerlo hablas de *tu* lluvia, pero esa lluvia a mí no me interesa porque no es ella la que me está mojando. Yo contesto que *no* y agrego que está lloviendo, y con ello me estaré refiriendo a la única lluvia que sí me moja a mí, que es *mi* lluvia y no la *tuya*. De ahí en adelante todo lo que yo diga sobre la intensidad o temperatura de la lluvia y sobre las posibilidades o no de que amaine emanará de la percepción de mis propios sentidos: se referirá a *mi* lluvia y lo que afirmes en tu contrarréplica versará sobre la *tuya* y no sobre la *mía*. Cada uno habrá edificado su lluvia propia y exclusiva: las coincidencias de opinión serán sólo puntuales, pasajeras y de valor relativo, pues estaremos hablando de dos lluvias subjetivamente diferentes.

El *no cubano*, revelador de una actitud profundamente arraigada en el alma nacional, se me presenta de este modo como símbolo del antidiálogo. Se trata de la manifestación de un estado de espíritu que bloquea el diálogo desde sus inicios. Lo que podría convertirse en un constructivo intercambio de opiniones que progresara con aportes sucesivos y complementarios de los hablantes hacia una conclusión común se ve abortado y reducido a una sucesión de afirmaciones rotundas y autónomas que suelen retornar una y otra vez estérilmente al punto de partida y que por lo general no llegan a ninguna parte.

En mi opinión este rechazo al diálogo ha dificultado y dificulta enormemente la evolución que la sociedad cubana a todas luces necesita para salir del actual atolladero. Es sintomático que en el aparente punto muerto en que se halla esta sociedad, los enemigos del diálogo ocupen posiciones simétricas en ambos extremos. Dentro de Cuba el diálogo es oficialmente descartado, y se le castiga como fuente de peligrosas infiltraciones y contagios ideológicos. Fuera de Cuba, los partidarios del diálogo son agredidos con el remoquete descalificatorio de *dialogueros*.

El *no cubano* me parece revelador de un individualismo exacerbado en el que incuban gérmenes anárquicos. En el caso de la isla, muchos observadores

temen que un derrumbe de las actuales estructuras autoritarias pudiese traducirse en la atomización de los aparatos de poder, en dispersión política, en estallidos incontrolables. En el caso del exilio, y en especial de su epicentro maiamense, las pugnas entre decenas de grupos y la incapacidad de sus actores para ponerse de acuerdo demuestran el predominio de los individualismos y las fuerzas centrífugas.

En las estructuras verticales de poder, el *no cubano* sólo puede ser fuente de totalitarismo. El *no* del jefe que rechaza toda idea o propuesta nueva que no provenga de él mismo niega de entrada validez a lo que los simples individuos puedan decir y convierte la participación en caricatura grotesca. La demostración de que llueve no estribará en que todo el mundo se esté mojando, sino en la declaración del jefe de que está lloviendo. Así, un problema que salte a la vista de todos sólo existirá cuando sea expresamente reconocido por ese jefe, lo que generalmente sucederá muy tarde. Recibida la idea nueva con el mandoble del *no cubano*, la única esperanza que le quedará al proponente será que con el transcurso de los días, meses o años, aquél que encarna el poder llegue por sí mismo a una conclusión similar a la suya... o que se muera.

Esta situación favorece el imperio de un conservadurismo estático a todos los niveles y en todos los bandos. Por eso la sociedad cubana en su sentido amplio, acostumbrada como está al *no cubano*, se ve cansada, paralizada. En la práctica el *no cubano* viene traducándose en un anquilosamiento inmovilista de los diversos centros de poder de esa sociedad. La juventud y las ideas nuevas se estrellan con aparatos esclerotizados que responden automáticamente con un *no* a toda idea fresca. El debate y la democracia son en esas instancias desconocidos.

El *no cubano* que flota en todas las esferas es explotado intencionadamente en forma perversa. La idea de que si a los cubanos se les dieran demasiados derechos y libertades sucedería lo peor justifica la eternización de las verdades absolutas de los poderosos de todas las banderías y niveles, eternamente habilitados a oponer un *no* rotundo, definitivo a cualquier opinión ajena.

María Elena:

Como tú investigas actualmente la evolución de las ideas en Cuba con miras a producir un ensayo, he querido en mi calidad de observador forastero llamar tu atención sobre este tema apasionante y crucial. Estoy seguro de que si te inclinases con espíritu crítico sobre el *no cubano* tal como en su hora tus mayores hicieron descarnadamente respecto de otros asuntos de importancia capital para Cuba, podrías entregarnos al respecto ideas infinitamente más profundas y esclarecedoras que los balbuceos desordenados que aquí he tecleado apresuradamente y que te envío con un ¡click! desde esta pantalla luminosa.

Con todo amor.

EDUARDO

# La crisis de octubre y la verdadera historia del año 1959 a la luz de los archivos secretos de la URSS y de los Estados Unidos<sup>1</sup>

Miguel Ángel Sánchez

UN MANANTIAL DE INFORMACIÓN DESCUBRIERON LOS historiadores cuando el gobierno de los Estados Unidos desclasificó los últimos fragmentos de las cintas confidenciales que tenían grabadas todas las discusiones en las que participó el presidente John F. Kennedy cuando la llamada «Missile Crisis», que los cubanos conocemos como la «Crisis de Octubre». Cintas que Ernest R. May y Phillip D. Zelikow decidieron presentar editadas de manera muy minuciosa y útil bajo el título *The Kennedy Tapes*. Pero casi al mismo tiempo se abrió al conocimiento público una fuente informativa que contenía secretos aún más reveladores: las minutas de las reuniones y decisiones tomadas por el Buró Político de la Unión Soviética (el llamado Presidium del Comité Central del PCUS) y los archivos tanto de la KGB como de la GPU (inteligencia militar de las Fuerzas Armadas de la URSS) relacionadas con Cuba, antes de las graves jornadas de octubre de 1962.

Es precisamente este segundo libro *One Hell of a Gamble* —escrito por los investigadores Aleksander Fursenko y

---

<sup>1</sup> El presente artículo analiza la Crisis de Octubre a partir de la reciente edición de *The Kennedy Tapes (Inside the White House during the Cuban Missile Crisis)*, de Ernest R. May & Phillip D. Zelikow. Belknap Harvard. 728 pp. 1997 y *One Hell of a Gamble (The Secret History of the Cuban Missile Crisis)*, de Aleksander Fursenko & Timothy Naftali. Norton. 420 pp. 1997.

Timothy Naftali— el que sin proponérselo pone en entredicho la mayoría de las obras que racionalizaron, desde diversos puntos de vista, los vertiginosos sucesos que ocurrieron en Cuba en 1959, y que numerosos historiadores intentaron explicar como un proceso de radicalización inevitable ante una torpe política seguida desde Washington. La hipótesis de que «Castro fue empujado a manos de los rusos» resultó el motivo central de libros que, en su tiempo, fueron considerados clásicos en la materia, tales como *Anatomía de una Revolución* de los marxistas norteamericanos Leo Huberman y Paul M. Sweezy, *Huracán en el Caribe* de Jean Paul Sartre, y de otros muchos que siguieron esos patrones, entre los que cabe destacar más recientemente *Fidel Castro, un retrato crítico* de Tad Szulc. En este caso es necesario hacer la salvedad de que Szulc intentó sacar a la luz pública la corriente oculta de poder que existía en la isla en 1959, a la cual llamó «el gobierno secreto», comentario que causó ira y fue negado de forma vehemente por las más altas autoridades de La Habana cuando el libro fue publicado. Sin embargo, el autor no hizo más que sugerir un grupo de hechos que indicaban una trama clandestina que sin lugar a dudas, de ser cierta, apuntaba a una conspiración para la toma del poder y la imposición «del comunismo desde arriba». Así lo comprendió desde un primer instante Nicolai Leonov, jefe de la *residentura* de la KGB en México, tras una reunión secreta en febrero de 1959 con Emilio Aragonés. Al parecer, Aragonés no era tan sólo un miembro prominente del Partido Socialista Popular, sino también un agente de los servicios de inteligencia soviéticos, que viajó a esa ciudad en busca de explicar los pasos que se estaban dando para instaurar un poder comunista en la isla. La documentación ofrecida en la obra de Fursenko y Naftali prueba esa gestión paralela oculta de poder —insinuada por Szulc— mediante una detallada cronología de encuentros clandestinos con autoridades y espías soviéticos, confiriendo al libro el potencial para convertirse en origen de nuevos estudios históricos, al tiempo que brinda a los investigadores la posibilidad de adentrarse en un terreno que hasta entonces fue absolutamente vedado en vista del conocido hermetismo que reinaba en la desaparecida Unión Soviética.

La obra de Fursenko y Naftali no persigue el propósito de responder en qué momento la sociedad civil cubana recibió su tiro de muerte y mucho menos cuáles fueron los motivos de la derrota de las fuerzas democráticas en la isla. Pero al poner en evidencia el sistemático rol conspirativo de los hermanos Castro y Che Guevara, abre una nueva línea de interpretación con datos que por primera vez ofrecen pruebas de que los nunca escuchados lamentos sobre la «Revolución Traicionada» de los primeros exiliados cubanos no carecían de elementos de veracidad, ni merecieron ser tan menospreciados incluso por aquéllos que en diversas obras eran críticos con el régimen de Cuba pero se burlaban de esta «teoría de la conjura», como es el caso de Hans Magnus Enzerberger en su ensayo «Imagen de un Partido» publicado junto con otros de sus trabajos en forma de libro por la Editorial Anagrama de Barcelona en 1985, bajo el título *El Interrogatorio de La Habana*.

A casi cuarenta años de los sucesos de 1959, la tesis de la «continuidad histórica» de un proceso insurreccional —que supuestamente tuvo desde un

principio el objetivo de instaurar una sociedad comunista en Cuba— se resquebraja a la luz de estos numerosos documentos de los archivos de la antigua URSS, mientras que la muy elogiada concepción majestuosa del proceso queda definitivamente empañada ante la conspiración a la sombra, que se llevaba a efecto a espaldas de la mayoría de los que participaron en el derrocamiento del régimen de Batista, unidos en la lucha insurreccional sobre la base de unos claros lineamientos democráticos cuyo pilar básico era la restauración de la constitución de 1940, y una plataforma de reformas sociales que ni siquiera el más audaz de los críticos de los programas anunciados por el Movimiento 26 de Julio se hubiera atrevido a calificar más allá de socialdemócratas.

Gracias a la posibilidad de acceder a esas fuentes tan insospechadas, los lectores del libro descubren hechos tales como la manutención que la KGB comenzó a otorgar a Fidel Castro a partir de mediados de junio de 1960 bajo el acápite de «personalidad progresista internacional». El primer dinero, entregado personalmente por el entonces agente de la KGB y con posterioridad embajador de la URSS en Cuba, Alexander Alexeiev, fue la suma de 365 dólares, que Castro agradeció con desproporcionada alegría pues —según el relato de Alexeiev muchos años más tarde, confirmado por un cable cifrado a sus superiores, la sede central de la inteligencia soviética (file 78825)— hizo la broma de que estaba tan carente de recursos que para comprar una cajetilla de cigarrillos había tenido que pedir prestados diez pesos a Che Guevara, el que también se hallaba presente en el lugar en el momento de la entrega del dinero.<sup>2</sup>

Como el propósito del libro no era revelar este tipo de detalles, los autores seguramente pasaron por alto otros documentos semejantes para concentrarse en el análisis y desarrollo de los sucesos que condujeron a la decisión de instalar cohetes con ojivas nucleares en Cuba. No obstante, en otro momento de la obra, aparece la aprobación por parte de Nikita Kruschev, en febrero de 1961, para la entrega de 8,000 dólares a Fidel Castro, no sólo como consecuencia de una mayor valoración espontánea por parte del Kremlin de su nuevo aliado, sino también como una respuesta a los, al parecer, cada vez más apremiantes pedidos de dinero por parte de Castro para atender sus gastos personales. Éste, con toda seguridad, quería a su vez medir el alcance de las intenciones y bondades de la jerarquía soviética con la que apenas iniciaba el largo peregrinaje que habría de prolongarse por tres décadas.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> La justificación de estos pagos sería por publicación de artículos en los medios de comunicación del campo socialista. No hay detalles de compensaciones semejantes para otras figuras tales como Raúl Castro o Che Guevara. La cifra mencionada es tan ridícula que uno tiende a considerar dudoso todo el asunto, pero lo cierto es que ambos autores mencionan a Alexeiev y cables cifrados como fuentes de su información.

<sup>3</sup> Antonio Núñez Jiménez es el nombre que Alexeiev cita como el encargado de recordarle que Fidel Castro no disponía de dinero para sus gastos personales. Núñez Jiménez era entonces Presidente del INRA (Instituto de la Reforma Agraria) pero sobre todo un supersecretario de Castro, situado justamente en el centro de lo que Szulc llamó el «gobierno secreto».

*One Hell of a Gamble*, que a los amantes del ajedrez nos gustaría traducir en español como «un gambito del diablo», es una frase de John F. Kennedy cuando todavía en Washington trataban de establecer la veracidad y las consecuencias de los reportes de inteligencia, cada vez más alarmantes, sobre la instalación de proyectiles estratégicos en tierras cubanas. A partir de documentos y entrevistas, el libro conduce a través de sinuosos senderos a una alianza de intereses que comenzó a gestarse en secreto desde abril de 1959, cuando una delegación del PSP se reunió en Moscú con miembros del Secretariado del Partido Comunista Soviético y con el Mariscal Sokolovsky para solicitar el envío de armas y de personal militar a Cuba. Los documentos demuestran la sospecha, por parte de la jerarquía soviética, de que los comunistas cubanos estaban sobrevalorando sus influencias en el nuevo gobierno para acrecentar su estatura ante el Kremlin; en consecuencia, para poder convencer a Moscú del rumbo secreto que se le imprimiría a la revolución, comenzaron a informar por adelantado de los próximos pasos que se iban a dar tanto en el aspecto político (eliminación paulatina de figuras anticomunistas del gobierno), como en el económico (promulgación de una ley de reforma agraria que se gestaba a la sombra). Este texto secreto contrastaba y se oponía a los debates y sugerencias públicas que, sobre ese mismo proyecto, se producían entonces en el seno de la sociedad cubana. Al ser promulgado como ley, mostró por primera vez a gran escala el papel totalitario y monopolizador que el estado nacional se arrogaba para sí mismo. Fue esta misma ley la que en lugar de repartir la tierra a los campesinos o crear cooperativas agrícolas genuinas e independientes las hizo propiedad estatal y sirvió de base a los «gigantismos» agrícolas que fueron posteriormente criticados por el agrónomo francés René Dumont en su libro *¿Cuba Socialista?*

Esa relación se mantendría a diversos niveles durante los primeros 24 meses, incluso después de que tanto Fidel como Raúl Castro prescindieran del papel intermediario de los cuadros profesionales del PSP. Los documentos de la KGB archivan los mensajes que, desde Cuba o México, avisaban de las futuras intervenciones de propiedades norteamericanas o cubanas, textos de declaraciones de marcado tono antinorteamericano, supresión de los medios independientes de prensa, olas de arrestos de figuras relevantes de la insurrección pero obstaculizadoras de la instauración comunista, aniquilamiento del sindicalismo libre, como se comprueba en un informe secreto del entonces jefe de la KGB, Alexander Shelepin, al Presidium del CC del PCUS, del 15 de septiembre de 1959, y que los autores encontraron en el folio 3, listado 65, file 891 del fondo APRE, que son los actuales archivos presidenciales de Rusia.

Esa incesante comunicación secreta apunta claramente a un plan premeditado y no a la hipótesis de que el proceso de radicalización fue una consecuencia inevitable ante presiones o sanciones de Washington. Tanto es así que cuando se firma el primer tratado económico con Moscú en 1960, a raíz de la visita de Anastas Mikoyan, Fidel Castro estaba bien al tanto de las muy desfavorables condiciones del trueque de azúcar por petróleo, pero consideraba que esta diferencia de precio —respecto al subsidio norteamericano e incluso

a los precios del azúcar en el mercado mundial— estaba compensada por el factor político de que podría provocar una reacción por parte del gobierno de Eisenhower, en el caso muy probable de que las plantas gasolineras de La Habana se negaran a procesar el crudo ruso, tal como ocurrió con el argumento de que el gobierno cubano les debía una gruesa suma de dinero y no aceptarían ningún otro encargo hasta que esa deuda quedara saldada. La reacción de Washington, explicó Fidel Castro a Alexeiev, «sería un magnífico pretexto para la nacionalización de las compañías norteamericanas en Cuba».

La KGB también conoció con varias semanas de anticipación el plan de establecer un sistema de vigilancia entre la población civil, lo que luego se presentó como una idea espontánea de Fidel Castro, el 28 de septiembre de 1960, cuando anunció la creación de los denominados «Comités de Defensa de la Revolución», como una respuesta a varios artefactos dinamiteros que estallaron esa noche en La Habana mientras pronunciaba un discurso. A la luz de la conducta histórica de los gobernantes cubanos, es lícito sospechar que esas bombas formaron parte de una planificada puesta en escena para dar mayor dramatismo y urgencia a la convocatoria de una red nacional de delatores.

En agosto de 1960, la dirección política suprema de la URSS —y Nikita Kruschev en particular— no necesitaba más pruebas de Fidel Castro. En ese mes el nombre clave de Cuba en la KGB cambió de «Jovenzuelos» a «Cabeza de Playa». Las nuevas y grandes aventuras estaban por venir.

#### LA CRISIS DE OCTUBRE

¿De quién fue la idea de instalar cohetes nucleares en Cuba? Fidel Castro queda descartado como interlocutor serio. Tantas veces dijo que fue ocurrencia suya y tantas veces lo negó que su palabra en este sentido carece de validez. El libro de Fursenko y Naftali parece demostrar de forma fehaciente que se trató de una decisión de Nikita S. Kruschev. En el texto se citan las transcripciones de la intervención del entonces primer ministro de la URSS cuando explicaba ante los miembros del Buró Político la racionalidad del plan de situar en el traspasio de Estados Unidos esas armas estratégicas, a partir de lo cual la Unión Soviética doblaría de un golpe su capacidad de bombardear nuclearmente el territorio estadounidense.

Bajo Kruschev la Unión Soviética había alcanzado algunas hazañas tecnológicas tales como la explosión de una bomba de hidrógeno en 1955, y la puesta en órbita de una nave espacial alrededor de la tierra en 1957. Esto hizo posible en ese momento, al menos teóricamente, que la URSS pudiera colocar una cabeza nuclear en un cohete intercontinental y alcanzar cualquier zona de los Estados Unidos, sin que existiera defensa frente a tal eventualidad. Semejante posibilidad fue considerada de una significación histórica de la misma magnitud que el descubrimiento de la pólvora, o aún mucho más importante. Como dijeron no sin una dosis de amargura varios pensadores, al fin el hombre había alcanzado los medios para destruirse de una vez por todas. En Moscú la combinación atómica y de cohetes intercontinentales provocó el nacimiento de una nueva doctrina estratégica militar, en la cual los

ejércitos de tierra quedaban prácticamente obsoletos para dar paso a la teoría de los golpes nucleares, según expuso en un largo artículo el entonces ministro de defensa, mariscal Rodión Malinovsky, quien proclamó la existencia de una revolución en el campo militar.

El libro de Fursenko y Naftali no se detiene en estos aspectos pero sí resulta muy instructivo por la manera en que vincula la suerte tanto de Nikita S. Krushev como de John F. Kennedy a la aparición de la figura de Fidel Castro. La obsesión con Castro fue decisiva en la fase esencial de las vidas de cada uno de ellos, y el nombre del cubano se cita de forma indisoluble a la trágica suerte que ambos corrieron.

De lo que carece *One Hell of a Gamble* es de una explicación conceptual de los motivos que impulsaron a Krushev a apartarse de una manera tan radical de las reglas de juego de las esferas de influencia de ambas superpotencias. Es un terreno que no quisieron explorar, y que los lectores de la obra resienten. En todo caso queda el consuelo de que uno de los ensayos más lúcidos del historiador Donald Kagan, en su magistral *On the Origins of Wars*,<sup>4</sup> sea precisamente sobre la Crisis de Octubre, por lo que todos los interesados en ampliar sus conocimientos sobre el tema tienen a mano esta obra —que complementa en el plano de la teoría histórica la reconstrucción narrativa de *One Hell of a Gamble* y el tesoro documental que reúne *The Kennedy Tapes*— que brinda en su conjunto la visión más completa y detallada de las tensas semanas de octubre de 1962.<sup>5</sup>

«Nosotros los sobrevivientes ¿a quiénes debemos la sobrevivida?», se pregunta Roberto Fernández Retamar en uno de sus poemas. Tras conocer en su propia fuente la manera en que el presidente Kennedy abordó el tema de la presencia de proyectiles nucleares en tierra cubana, mi convicción es que debemos nuestra sobrevivida a ese hombre señalado tantas veces como un líder sin carácter y profundamente dubitativo. La crítica de que Kennedy siempre deseaba postergar para el día siguiente las decisiones más trascendentales fue en este caso el elemento que evitó una conflagración mundial, o al menos

---

<sup>4</sup> *On the Origins of Wars and the Preservation of Peace*, Donald Kagan, Doubleday, 1995, 606 págs. Kagan es profesor de historia clásica de la Universidad de Yale, y el curso que sirvió de base al libro es considerado uno de los más populares de esa institución en los últimos 25 años. Según él, Krushev cometió dos errores: 1) Pensar que los cohetes podían ser instalados en secreto y luego presentarlos como *fait accompli*. 2) Desconocer el sistema político norteamericano y sobreestimar el poder de un gobernante electo, sometido a las presiones tanto de la oposición como de los medios de prensa. En opinión de Kagan, estas circunstancias forzaron a Kennedy a tomar una actitud de enfrentamiento aun cuando muchas de sus posturas y las de sus más íntimos asesores tendían a justificar los criterios que Krushev se formó de él.

<sup>5</sup> Las grabaciones de Kennedy no fueron dadas a conocer todas al mismo tiempo. De hecho, las primeras versiones datan de los años 60 y se supone que sirvieron a Robert F. Kennedy de material de consulta para su libro *Thirteen Days*, Nueva York, 1969. Tras conocer todo el trabajo realizado para extraer de las cintas las verdaderas frases, en un momento en que la tecnología no estaba tan avanzada como ahora, no queda otro calificativo que considerarlo un esfuerzo monumental. La versión completa puede adquirirse en la oficina de historia del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

libró a Cuba de un ataque masivo, descomunal y devastador por parte de los Estados Unidos. Es necesario aquí distinguir entre la retórica habitual de la cúpula del gobierno cubano —en el sentido de que existía la amenaza de borrar la isla del mapa mediante un ataque nuclear, cuyo plan, proyecto o alternativa de acción no aparece en ningún momento en las discusiones sostenidas entre Kennedy y sus más cercanos colaboradores— y el hecho, desconocido entonces, de que las tropas soviéticas acantonadas en Cuba tenían la autorización de emplear las armas nucleares tácticas para repeler un desembarco norteamericano. Como señalaron diversos analistas, esto habría llevado a que una guerra en territorio cubano hubiera comenzado con el uso de un arma que en casi todos los textos doctrinarios militares se menciona para ser utilizada en «último extremo». Ni los máximos jefes del Pentágono, ni los más altos espías de la CIA tenían la menor idea de la presencia de armas nucleares tácticas y, mucho menos, de que los generales soviéticos tenían autorización para emplearlas en caso de un desembarco de las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Esto fue conocido casi dos décadas después, cuando los viejos adversarios se reunieron en Moscú y La Habana para debatir aquellos sucesos, justificar la posición de cada bando y pensar en la elaboración de una metodología que evitara tales sorpresas en el futuro. No caben dudas de que haber otorgado a las tropas soviéticas en Cuba la orden de disparar los cohetes nucleares tácticos contra tropas de desembarco fue una decisión aún mucho más irresponsable que la misma dislocación de proyectiles intercontinentales de alcance medio; éstos, por lo menos, podían explicarse bajo una racionalidad estratégica, y sobre ellos pesaban órdenes muy estrictas de empleo que sólo podían ser impartidas desde Moscú. Tanto era así, y queda incluso definido en el estudio hecho por Fursenko y Naftali, que en caso de que las comunicaciones quedaran rotas debido a un ataque norteamericano a Cuba los cohetes nucleares de alcance medio no podían ser disparados. Ante estas precauciones, la delegación de autoridad en el empleo del armamento nuclear táctico resulta más incomprensible y cabe preguntarse si Kruschev y Malinovsky podían creer en serio que Estados Unidos, ante la pulverización de sus tropas de desembarco mediante armas nucleares tácticas, no iba a responder con una réplica devastadora, lo mismo contra Cuba que contra la URSS. Al menos contra Cuba la respuesta iba a ser apocalíptica.<sup>6</sup>

Precisamente en ese aspecto es necesario dar crédito a la intuición de Kennedy, en el sentido de que una vez desatado el demonio militar nadie podía

---

<sup>6</sup> Estos cohetes de corto alcance (35-50 Km) y que podían transportar cabezas nucleares tácticas, los 'FKR' y los 'Luna', fueron pocos meses después incorporados a las Fuerzas Armadas de Cuba en dos unidades especiales de las recién creadas tropas coheteriles terrestres con los números 3441 y 3447, ambas situadas en La Habana bajo el mando respectivo de los entonces capitanes Fernando Vecino Alegret y Aropajito Montero. Los oficiales cubanos decían que estaban «capados», es decir, carecían de las cabezas nucleares. Castro los hacía desfilar en sus paradas militares del 2 de enero, siempre con el oculto mensaje de que tal vez no todas las ojivas habían abandonado la isla.

asegurar cuándo se le volvería a controlar, ni cuál sería el alcance destructivo que su furia iba a dejar sobre la tierra. Y es en la edición hecha por Zelikow y May donde se puede apreciar mejor la transmutación de personalidad que se produjo aquellos días entre las figuras más relevantes del mundo político norteamericano. Los más connotados pacifistas —tales como el senador William Fullbright, «paloma» por excelencia según la ya conocida y maniquea división conceptual— abogaron, junto con la inmensa mayoría de su estirpe, por una rápida y contundente intervención militar en Cuba, mientras que «halcones» como John McCone, entonces jefe de la CIA, o el general Maxwell Taylor, jefe del estado mayor conjunto, si bien formaban parte del grupo que consideraba imprescindible una intervención militar, a la hora de ofrecer una opinión que podría ser definitiva, siempre insistían en dos elementos esenciales: no podían garantizar la eliminación de todos los cohetes en territorio cubano y tampoco prever en todo su alcance la magnitud de la respuesta soviética ante los llamados «ataques quirúrgicos» aéreos para la destrucción de los cohetes, o la intervención general a fin de ocupar y neutralizar esas armas. Fue este respeto ante lo insospechado lo que abrió espacio a la política de establecer una cuarentena, ganar tiempo y dejar las puertas abiertas a la comunicación y el arreglo.

Lo curioso de esto es que la misma debilidad de Kennedy —la imagen que ofreció a Nikita S. Krushev de un estadista inseguro, y que en criterio de Donald Kagan fue la razón esencial que motivó al jerarca soviético a instalar cohetes nucleares en Cuba— se reveló como la paradoja que evitó una conflagración mundial. Kennedy estuvo sometido esos días a presiones que difícilmente experimentaron otros gobernantes antes que él para que cambiara sus puntos de vista, que por suerte mantuvo. Tanto las cintas de Zelikow y May, como la reconstrucción minuciosa de Naftali y Fursenko ofrecen al lector, de una forma muy elocuente, la manera paulatina en que la idea de la cuarentena deja de convertirse en una posibilidad marginal para devenir, a medida que avanzaban las discusiones, en la estrategia principal de respuesta al reto de la Unión Soviética. El bloqueo naval contra Cuba tomó totalmente por sorpresa a Krushev, que estaba convencido por muy diversas señales que recibía de las más altas esferas de Washington, de que la instalación de cohetes estratégicos en el Caribe no representaba un acontecimiento que iba a ser impugnado con violencia, pues según comentarios que se atribuyeron al modo de pensar de la administración demócrata «no importaba si los cohetes eran lanzados desde Europa, Asia u otro lugar». En el ensayo ya mencionado de Kagan buena parte del argumento gira alrededor de la interpretación que pudo dar Krushev a esas argumentaciones de figuras públicas de alto rango que en la práctica política estadounidense suelen ser utilizadas para dar a conocer las opiniones del gobierno de una manera indirecta, y que el líder soviético, con razón, pudo atribuir a debilidades de un presidente joven, inexperto y sin garras.

Pero de la misma manera que Krushev creyó firmemente en sus posibilidades de salirse con las suyas en el proyecto de instalar cohetes en Cuba, es notable observar su cambio de actitud ante la firmeza de Kennedy, una faceta desconocida y hasta entonces menospreciada por él, y resulta sorprendente su capacidad

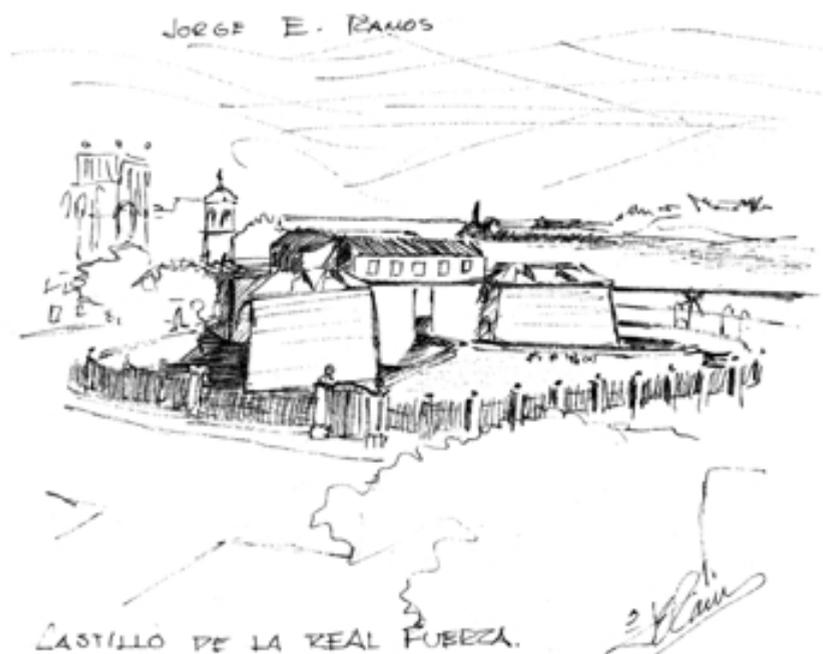
instantánea de reconocer íntimamente el error monumental que había cometido, tanto que cuando aún no era evidente que podía llegarse a un acuerdo, instruye de urgencia la orden de cancelar el posible empleo de armas nucleares tácticas en territorio cubano en caso de invasión a la isla y las coloca bajo el mismo y estricto nivel de subordinación a Moscú que los proyectiles estratégicos.

El libro de Fursenko y Naftali es minucioso en los detalles sobre la manera en que se realizó el traslado de los proyectiles a Cuba, la cantidad de armas nucleares y su poder destructivo, los nombres y las responsabilidades de los jefes militares encargados de esa misión y no deja espacio para otras muchas historias apócrifas o imprecisas que han circulado sobre la Crisis de Octubre. Para resumir, el que quiera saber lo que realmente ocurrió tiene que leer este libro. No hay aquí terreno para leyendas nibelungas ni rastros de un Fidel Castro apretando al descuido un botón rojo con el que destruye al azar un avión U2 que por casualidad andaba por allá arriba. El mismo Castro desaparece del escenario como personaje protagónico los días en que la cosa estaba realmente candente y en que los mensajes eran exclusivamente entre Washington y Moscú, lo cual siempre fue su motivo esencial de queja. Si algo vale la pena resaltar de estas fugaces apariciones de Fidel Castro, una vez que la crisis se desata con la intervención de Kennedy ante las cámaras de televisión, es su famosa carta a Kruschev en la que pide un ataque nuclear preventivo a los Estados Unidos en aras de salvar a la humanidad del imperialismo. Según Alexander Alexeiev, el líder cubano estaba muy agitado y fuera de sus cabales cuando le dictaba ese mensaje. Castro negaría con los años que hubiera solicitado semejante cosa y achacaría la mala interpretación de sus ideas a un error de traducción por parte de Alexeiev.

Un par de anotaciones más. Los que están familiarizados con los estudios anteriores sobre la Crisis de Octubre observarán en el libro de Fursenko y Naftali la ausencia del espía Oleg Penkovski, el coronel soviético de cohetes que supuestamente desempeñó un papel decisivo al advertir a Washington sobre los planes de Moscú. Es un nombre que tampoco aparece como material sensible de inteligencia en los informes verbales que la CIA ofreció a Kennedy. Es muy posible que los nombres de los espías no se mencionen a la autoridad civil, por muy alta que ésta sea. Otro aspecto sumamente curioso, por catalogarlo de alguna manera, es que, una vez en suelo cubano, los cohetes no fueron camuflados, como si una oculta autoridad, en algún momento, hubiera decidido que fueran vistos. Es uno de los grandes enigmas que aún quedan por resolver de esa época. Hagamos un resumen: Moscú pone a la operación el nombre de «Anadyr», que es una región del ártico; viste a sus tropas con ropas invernales antes de partir en los barcos; elabora numerosos planes de desinformación y al final... olvida camuflar los cohetes. Un error de tal magnitud es siempre caldo de cultivo para las especulaciones.

Volviendo a Fidel Castro, su marginación en las grandes decisiones para la solución del conflicto provocó en él un desprecio monumental a todo lo que tuviera que ver con esos acontecimientos. A ello se debe el hecho de que en Cuba nunca se haya publicado una historia de la Crisis de Octubre, lo cual es

sumamente insólito en un régimen que ha impreso por centenares de miles y elevado a categoría épica el más intrascendente tiroteo en la Sierra Maestra. Recuerdo haber hecho algunos sondeos sobre el tema a finales de la década de los 70, cuando como consecuencia de haber publicado un libro sobre Playa Girón mantenía algunos contactos con varios jefes militares, y ninguno dio calor a la idea de realizar una investigación sobre tales sucesos. Esa manera uniforme de evadir el asunto me hizo comprender que se trataba de un tema tabú que no era del agrado de las más altas esferas, como me decían algunos de esos generales de manera eufemística para no referirse a Fidel Castro por su nombre. Tras tantas declaraciones contradictorias suyas sobre diversos aspectos esenciales de este suceso, lo que él diga ahora va a quedar empañado por su prolífica variedad de versiones, pero siempre queda la posibilidad de que le sobrevivan sin ser editados sus más íntimos comentarios durante esas semanas. Es sabido que un equipo de taquígrafos toma nota de todas las conversaciones de Castro y esta práctica se remonta cuando menos a abril de 1961, lo que comprobé en 1975 cuando fortuitamente encontré en los archivos de la sección de historia de las Fuerzas Armadas de Cuba un portafolios que contenía las conversaciones y órdenes suyas durante las 72 horas de Girón y que ni siquiera aparecían como material conservado en esos fondos. Pero no cabe duda de que tras las dos últimas obras publicadas, lo único que resta por conocer, aunque fuera para terminar de colocar las piezas restantes de este rompecabezas, es el verdadero relato de la actuación esos días del hombre que con su profundo influjo personal llevó tanto a Kruschev como a Kennedy al borde de la guerra. Y a nosotros los cubanos a un paso del exterminio.



# Devoraciones

A Antonio José Ponte  
por Las comidas profundas<sup>1</sup>

M a r í a E l e n a B l a n c o

EL APÁTRIDA TIENE HAMBRE DE PATRIA. DE CASA EN SU tierra, del aire que le arrancó el primer llanto. De su mar, si insular fuere como yo. Yo soy Apátrida. Así constaba en uno de mis primeros documentos de viaje que, aunque efímero, ha expresado en definitiva mejor que ningún otro, en ese momento y desde entonces, mi verdadera condición nacional. Que ello se tome sin dramatismo alguno. Un golpe inesperado, lo fue sin duda para la que dio el documento al funcionario de un civilizado país de Europa al descender allí, los libros bajo el brazo: *apátrida*, tradujo él mirándola avizor (era la guerra fría). Mas al poco tiempo un flamante pasaporte federal se ofrecería para compensar con creces cualquier inconveniente previo. No obstante, aquello estaba dicho y la palabra repercutiría intermitentemente como un gong en sus meninges. Luego habría otros gestos, de obra y de palabra, digeridos y excretados.

En su ensayo, Ponte se declara carente de comidas y poseedor de metáforas —esos «castillos en España» que erige su escritura— y a continuación nos depara un banquete virtual de siete platos en el que sirve, entre otros, a Carlos V (y una piña), a Silvestre de Balboa (y una jicotea), a un Samurai (y una calabaza), a Bertrand Russell (y un albaricoque), a la Marquesa de Mont-Roig (y unas raíces), a Apollinaire (y unos zapatos) y a anónimos habitantes hambreados de La Habana (y una frazada de piso). Estos manjares parentéticos, ausentes de todo recipiente como la flor de Mallarmé o tan difíciles de ingerir que en ello se va la vida, son, según el caso, objeto de un deseo

<sup>1</sup> Antonio José Ponte, *Las comidas profundas*, Angers, Éditions Deleatur, 1997.

voraz o sujeto de una clara atracción para la víctima que quiere poseer o ser poseída. Creo no pecar de corta ni perezosa si, a mi vez, a tales privados de alimentos los bautizo *Famélicos*, con sazón criolla y sin la mala leche de aquel guardafrontera hostil.

En mi mesa las comidas no son de hule como en la de Ponte, no están impresas en el mantel. Es una mesa con una superficie y cuatro patas hecha en algún rincón del imperio austro-húngaro; habrá olido a bosque en su día, mas la calefacción ha resecado sus savias naturales y ahora no huele a nada. Mi castillo en España es una casa postiza en tierra doblemente prestada, tierra que fue de moros, tierra de olivos, almendros y naranjos. Están —comidas, casa— donde el sol de Cuba no me alcanza, bajo el cual ya no tendré una profesión o descendencia que prolongue mi nombre cubano, un techo o una tumba.

Pero por más que coma, bien o mal, el Apátrida adolece de un hambre insaciable. No es que falte bocado. Su hambre, al no ser apetito sino apetencia, no depende de la abundancia o escasez de comida; es, pues, hambre de contenido distinto y aparentemente inverso a la del Famélico, pero de semejante signo estructural. Nadie se engañe, son palabras violentas: Famélico, Apátrida. No casuales ni, sobre todo, hipócritas: estamos más allá del eufemismo, por suerte. La literatura universal se ha encargado de dar derecho de ciudadanía a tales personajes. (Léanse, emblemáticos, el *Lazarillo*, Kafka.) Por tanto, al amparo de esa larga y excelsa tradición, nombro al Apátrida y al Famélico categorías simbólicas y personajes literarios de esta ficción ensayístico-poética.

El Apátrida posee una mesa llena en un vacío de patria. El Famélico, en su Isla, frutas pintadas en la mesa. Ambos escriben de lo que no tienen y al hacerlo, escriben también de lo que tienen, de cómo lo tienen y a quién lo dan. Sarduy, ese otro Apátrida *avant la lettre*, lo dijo: «Escribir es apoderarse de lo dable y de sus exclusiones»<sup>2</sup>. Así pues, ciertos Apátridas pintan, no sobre el mantel sino en el lienzo, el fruto prohibido, como las frutabombas de Ramón<sup>3</sup>, que inspiraron a Sarduy una décima:

*Qué bien hiciste, Ramón,  
en pintar una papaya,  
de ese color y esa talla,  
con técnica perfección...<sup>4</sup>*

y a un tal Caín, Apátrida *honoris causa*, un sabroso prólogo titulado ¡*Vaya papaya!*<sup>5</sup>, aunque es muy posible que estos veteranos de la diáspora no hayan probado una frutabomba en muchos años.

<sup>2</sup> Severo Sarduy, *Escrito sobre un cuerpo*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1969, pág. 86.

<sup>3</sup> Ramón Alejandro, pintor cubano.

<sup>4</sup> Severo Sarduy, *Un testigo perenne y delatado*, Madrid, Eds. Hiperión, 1993, pág. 83.

<sup>5</sup> Guillermo Cabrera Infante, *¡Vaya papaya!*, París, Le Polygraphe, 1992.

Me ha faltado la dudosa delicadeza de Carlos V, quien se abstuvo de gustar la piña ofrecida a su real apetito por temor a ser presa de un embrujo que inevitablemente se convertiría en carencia, y he sucumbido a ese «placer que bordea el dolor por la fiereza y locura de su goce»<sup>6</sup>. Mi piña es Cuba, la carne de Cuba, y ella impera sobre mi espíritu; mas sólo he conseguido una ración de Apátrida, hueca, roída por el tiempo y la distancia. Mi primer libro<sup>7</sup> acusa posesiones pero insiste en potenciar la pérdida: Cuba, en consecuencia, lo abre y desaparece discreta tras un velo de humo. El segundo<sup>8</sup>, empeñado en asir una quimera, pone el corazón sobre la tierra y se restriega los ojos para reinventar lo perdido. Puras palabras.

Para el Famélico «llega el momento en que un albaricoque no puede comerse inocentemente»<sup>9</sup>. En efecto, antes de comerse, o en vez de comerse, como procedimiento dilatorio es aconsejable recurrir a la etimología, o incluso a la mayéutica. El Apátrida, algo versado en curiosidades histórico-idiomáticas ajenas, aporta el dato —que habría gustado al Sacro Emperador— de que en sus tierras de Austria al albaricoque, de raíz claramente arábiga pese a lo que diga el precoz Bertrand Russell, se dio en llamar *Marille* por su hispánico color de gualda, nombre que conserva hasta hoy día. Y en Chile, corroborando su procedencia mora, se le llama *damasco*, que el Apátrida confunde invariablemente con *marruecos*, mote que en ese peculiar país se da a la portañuela. Tales digresiones, bien llevadas, pueden amainar el apetito, o al menos distraerlo. El Apátrida, acostumbrado en cambio a atacar el plato incontinenti, afirma que en su caso tampoco puede un cuadro mirarse, un país visitarse, un libro escribirse, ni mucho menos un albaricoque aceptarse u ofrecerse inocentemente, so pena de ser tachado, entre otras cosas, de amarillo o de castaño oscuro.

Sospecho que tanto para el Apátrida como para el Famélico la cocina cubana, en cuanto coordinada física, suele ser un no lugar, una utopía; como proposición o actividad (frecuentemente especulativa), una aporía; como dimensión psicolingüística, un lapsus o un chiste. La cocina de mis abuelos en La Víbora, espacio idílico si lo hubo, utópico si lo hay, ámbito de un constante quehacer armónico y generoso y pleno de sentido, ha sido con el tiempo elevada en mi estimativa a la categoría de mito. Ponte, por su parte, idealiza aquellos platos odiados en la infancia, añorados hoy. Ambos tenemos la nostalgia de unas gentiles *vacas gordas*, de una edad de oro irrepetible. El mito, como es sabido, no llena la barriga, pero tiene la virtud de llenar hasta ponerla morada la pradera albísima de la hoja de papel.

La mesa del Famélico, lisa de manjares y etiqueta, huele a luz caliente, a aire de mar y, cuando va a llover, a *aire de agua*. Su misma disponibilidad febril la hace propicia a la inspiración, como la página en blanco, soporte de escritura,

<sup>6</sup> Antonio José Ponte, op. cit., pág. 10.

<sup>7</sup> María Elena Blanco, *Poseción por pérdida*, Santiago de Chile, Ed. Libra, 1990; Sevilla, Ed. Barro, 1990.

<sup>8</sup> María Elena Blanco, *Corazón sobre la tierra / tierra en los Ojos*, Eds. Vigía, Matanzas (Cuba), 1998.

<sup>9</sup> Antonio José Ponte, op. cit., págs. 15-16.

y conduce al Famélico a un cierto estado de ascetismo saludable. Le facilita el arduo oficio de pensar. Lo empuja hacia el tortuoso camino de la retórica. Agudiza y aceita su manejo del *arte de ingenio*<sup>10</sup>. Dice Ponte que comer es siempre metaforizar. De hecho, puntualizo, *todo* carecer o desear nos lleva a dar el salto metafórico o el corte metonímico.

En una nota culinaria del *New York Times Magazine* de 27 de enero de 1985 titulada *The Cuban Connection*, uno de múltiples recortes de mi papelería insertado en mi ejemplar pirata de *Cocina al minuto* de Nitza Villapol, el conocido *chef* y gastrónomo Craig Claiborne se pregunta si no fue por influjo del potaje cubano de frijoles negros (o quizá, se me ocurre, de nuestros moros y cristianos) que el plato de frijoles colorados con arroz al estilo de Louisiana, una de las comidas de su niñez, llegó a la mesa sureña de los Estados Unidos. Por si las moscas, Craig proporciona ambas recetas y funda su intuición en el principio clásico de que las cocinas francesa, española y africana forman la base de la llamada *soul food*: comida para el alma (suponiéndose que el nexo cubano procede como derivación de las vertientes ibérica y negra). Por su parte, Ponte cita oportunamente otro tipo de comida para el alma más asequible al Famélico, la del taoísta, que tal vez por afán de novedad o espíritu de contradicción me resulta más tentadora que los frijoles (sin esperanza, empero, de consumación ni consumo, salvo como poesía pura): «un poco de rocío, un pedazo de nube, algún celaje, arcoiris»<sup>11</sup>.

Investigo el binomio anorexia / bulimia, pienso que hay algo ahí que tiene que ver con todo esto. Es posible que al Famélico el hambre inmemorial le haga a la larga perder el apetito y refugiarse en la apetencia anoréxica de saberes cada vez más sofisticados, en la insaciabilidad afectiva, en la insociabilidad meditativa o arisca. Y que la prolongada causa material de esa hambre le haya hecho perder asimismo la memoria culinaria, olvidar, pese al roce cotidiano con la fauna y la flora tropicales, el punto de las yemas dobles, el picor dulzón de un enchilado, la clave cremosa del boniatillo: le haya hecho caer en la reducción al absurdo del rito gastronómico o en la repetición *ad nauseam*, si acaso, del arroz con frijoles.

El Apátrida, en cambio, sometido a una incesante deriva por el mundo, tiende a la acumulación y al preciosismo en la alimentación y, cual bulímico, caprichoso, prueba y deja un manjar por el siguiente, salta de un continente culinario a otro sin solución de continuidad, en un frenético vaivén en pos de la exquisitez suprema que a menudo no cabe calificar sino de esnobismo. Pero como la suya es memoria adquisidora, agregativa, en contraste con la memoria olvidadiza —*malgré lui*— del Famélico, y como nada ágilmente en la espesura de la oferta, se apodera también de la vieja tradición del ajiaco, la incorpora en masa a fin de compensar la lejanía y el ya desvanecido aroma de la piña y, de paso, la aúpa al rango de cocina *gourmet* para amantes de lo exótico. Como

<sup>10</sup> Véase Baltasar Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, Madrid, Ed. Castalia, 1969.

<sup>11</sup> Antonio José Ponte, op. cit., pág. 31.

digo el ajiaco, digo la ropavieja o el tamal en cazuela, que en su versión *nouvelle cuisine* susceptible de figurar en restaurantes apátridas como Patria o Yucca vendrían a ser *julienne de falda real al pimiento morrón à la havanaise* y *mousse granulée de maíz tierno aux carreaux de cerdo créole*, respectivamente. Y, por supuesto, digo el arroz con frijoles.

El Famélico observará que esa incorporación es posible gracias a un par de actos heroicos, que también los hay por aquí fuera. De un lado, a un acto de piratería editorial nada raro en la Isla pero muy mal visto en las tierras de nadie del Apátrida. Y de otro, a la opulenta memoria transgeneracional de una familia de ex tabacaleros pinareños y de su cocinera, evocada por una hija que si no es Apátrida merecería serlo. Este otro libro, tan bueno como el de Nitzza, se llama, con absoluta propiedad, *Memories of a Cuban Kitchen*<sup>12</sup>. Botín pirata o tesoro mnemótico, el Libro demuestra ser, una vez más, vial y vehículo del deseo.

La carencia, ya sea de contenido o de contexto, de comida o de luces, redundante en tropo: metáfora o metonimia, que Lacan compara a los procesos de condensación o desplazamiento en el lenguaje del sueño<sup>13</sup>. *Comerse un cable* y *comer basura* dependen de un mismo procedimiento, metafóricamente hablando; *comer gofio* (batido de) y *comer catibía* (buñuelos de), metonimias obsoletas en la era del *shopping*, remedan el doble arcaísmo de comerse una frita en El Recodo del Malecón (objeto masticable y sitio de interés arqueológico cuya rehabilitación se impondrá como tarea urgente al tercer milenio). Los Famélicos de Apollinaire que trae, literalmente, a colación Ponte<sup>14</sup> van más lejos, recurren a una figura extrema, la sinécdoque: se comen el zapato en vez de hincarle el diente a su dueña. Resumiendo, tenemos: una imagen sobre otra, una parte por otra, la parte por el todo; superposición, sustitución y elipsis. Ni más ni menos, hitos de la trastocada cocina cubana.

El Apátrida abunda en esta idea. La versión insular de la comida para el alma, comida-confort o comida hogareña, asociada siempre con la más tierna edad y el nido (o nudo) familiar, constituye una superposición de tres categorías que arbitrariamente decide ilustrar con el fufú de plátano, el guarapo y los churros: allí, como bien intuyó el *chef* Claiborne y mucho antes el etnólogo Fernando Ortiz, en el tupido telar de fibras africanas, criollas y españolas, vislumbramos también la abigarrada composición de nuestra cultura culinaria. En esa *summa* pugnan, y así lo ha visto el autor de *Las comidas profundas*, los alimentos solares y sombríos<sup>15</sup>, claves complementarias del comer / ser cubano: la ufana o frívola efusividad y «esa parte oscura y siniestra que no sabemos

<sup>12</sup> Mary Urrutia Randelman y Joan Schwartz, *Memories of a Cuban Kitchen*, Nueva York, Macmillan, 1992.

<sup>13</sup> Véase Jacques Lacan, *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Eds. Nueva Visión, 1970, págs. 63-124.

<sup>14</sup> Antonio José Ponte, op. cit., págs. 25-28.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 31.

qué cosa es, de dónde viene, pero en la que uno fácilmente cae, un desorden de algún modo espiritual»<sup>16</sup> en el que ha hurgado hondo el Apátrida *cum laude* que lo dice, dramaturgo y poeta.

El Famélico, consabido ratón de biblioteca, ha encontrado, en su carrera loca tras algún sucedáneo alimentario, la edición *princeps* de un insólito manual anónimo: *El Cocinero de los Enfermos Convalecientes y Desganados. Arte de preparar varios caldos, atoles, sopas, jaleas, gelatinas, ollas, agiacos, frituras, azados, &c. Dulces, pastas, cremas, pudines, masas, pasteles, &c. Dedicado a las madres de familias, arreglado todo al gusto de la Isla de Cuba*, fechado en La Habana, Imprenta y Librería La Cubana, Calle de O'Reilly núm. 52, año de 1862. El Famélico devora ansioso esas recetas consignadas con auténtica compasión cristiano-budista y, selectivo, retiene de preferencia las siguientes: *Caldo de enfermo grave, Estofado de tierra-dentro, Buñuelos de viento, Matahambre a lo quiero repetir*. Al menos por su nombre, estos platos parecerían ser de índole afín a los de aquellos recetarios europeos de *período especial* o a las sutiles raciones supletorias de reciente confección habanera que cita Ponte, como unas hamburguesas aderezadas con picadillo cítrico o textil.

En el plano subliminal, el fufú nos habla de un sueño, de una baudelairiana *vida anterior*: en la indolente, la vibrante África, o en la edénica Cuba; nos habla al mismo tiempo de una pesadilla: nuestras esclavitudes, nuestros exilios, nuestra aberrante desmembración. El Apátrida, súbitamente sumido en dulce duermevela, recuerda que ha saboreado sobre el terreno, bajo diversos nombres, las fuentes del fufú (*mfufu; faba*; y en preparaciones análogas, *tatale, ndizi; matoke*), así como del quimbombó o bombó cubano<sup>17</sup>, quimbo o quingo al vago decir de Corominas<sup>18</sup>: voz bantú, que a ritmo de tema y variaciones se declina también como guingambó o quingombó puertorriqueño<sup>19</sup>, gumbo de Nueva Orleans<sup>20</sup>, molondrón o bolondrón de Santo Domingo<sup>21</sup>), y por último, del elemental y cubanísimo plato de harina (*ugali; sima*): especialidades caseras de sendas latitudes —caribeña, africana— en las que se concentra cual apretado beso la alta ciencia del mimo. Arrullado por esos olores y sabores primordiales, el Apátrida cae de un brinco en la infancia, donde se queda fantaseando un buen rato.

<sup>16</sup> José Triana, «José Triana entrevista: *Siempre fui y seré un exiliado*», entrevista de Christilla Vasserot, *Revista Encuentro de la cultura cubana*, Madrid, N° 4/5 (primavera/verano de 1997), págs. 33-45; cita en pág. 41.

<sup>17</sup> Esteban Pichardo, *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1985.

<sup>18</sup> J. Corominas y J. A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, vol. IV, Madrid, Ed. Gredos, 1981.

<sup>19</sup> Carmen Aboy Valldejúli, *Cocina criolla*, South Braintree, Massachusetts, The Alpine Press, 1979, págs. 204-205.

<sup>20</sup> Craig Claiborne y Pierre Franey, «Southern Cuisines», *The New York Times Magazine, Part II: Home Entertaining*, Nueva York, 6 de mayo de 1984, págs. 42-46.

<sup>21</sup> Esteban Pichardo, op. cit.; Elizabeth Lambert Ortiz, *The Book of Latin American Cooking*, Londres, Penguin Books, 1985, pág. 233.

Entretanto, el Famélico constata preocupado que esa pequeña mina de la *bonne chère* decimonónica es asaz engañosa, pues bajo escuálidos títulos esconde un prurito de calidad y abundancia sólo concebible a la luz de una mentalidad alimentaria peninsular y ultramarina, que ironizaba con histriónica perfección mi abuela cuando, uno a uno, los hambrientos de la casa desfilaron a cualquier hora del día o de la noche por su despensa en pos de algún antojillo o tentempié: *¡Que esto no es España, caballeros!*, decía con tono de leve exasperación. Pero, ironía aparte, yo pisé alguna vez esos templos secretamente oscuros de La Habana Vieja, por la calle Muralla o vías alledañas hacia el puerto: des(a)lumbramiento sólo comparable al de mi primera entrada en la iglesia del jorobado de París o en la del Ángel de la jiribilla, jamones de pata negra por fulgurantes lágrimas de cristal y altos mostradores de maciza caoba a guisa de áureo tabernáculo.

El Apátrida pasa a considerar el guarapo, híbrido y central, seña de apego inconsciente a recónditas raíces telúricas, extraído de una trituradora en la que prima el contacto sensual y generalmente sucio de la caña con la mano: popular, servido en puesto improvisado bajo toldos o soportales, evoca hoy para el Apátrida las periódicas excursiones escolares al Central Hershey y la extraña familiaridad de aquellos nombres en inglés coronando las sedes de la riqueza nacional. Al tiempo que es cubano hasta la médula, pues deriva de nuestro más codiciado bien aunque ya no sea sino acervo simbólico —el azúcar—, el guarapo participa de modo complejo e insospechado en las dos vertientes fundacionales y las supera y resume en una *Aufhebung* criolla. La RAE lo define como «jugo de la caña dulce exprimida...; bebida fermentada hecha con este jugo»<sup>22</sup>. Fernando Ortiz, siguiendo a otros eruditos, sugiere que proviene de *garapa* (zumo de maíz o yuca oriundo de Angola y el Congo), palabra derivada de la voz portuguesa *xarope* y de la española *jarabe*, que a su vez vienen del árabe *xarab*, bebida. Estamos, concluye Ortiz, ante «una genealogía etimológica de zigzag: del árabe al español y portugués, de éstos al congo, y del congo otra vez al español y portugués de las colonias»<sup>23</sup>. Para los entendidos en flamenco, algo así como los cantes de ida y vuelta.

Redondeando su idea, el Apátrida invoca los churros, cifra del talante español fiestero y remolón que heredamos, manjar de esquina o feria, de desayuno, merienda o fin de juerga al filo de la madrugada. La Academia, con ese estilo de boca llena que la caracteriza, dice en su primera acepción: «churro: *fruta* de sartén, de la misma masa que se emplea para los buñuelos y de forma cilíndrica estrecha»<sup>24</sup>. (¿Y qué serán los buñuelos? se preguntará algún incauto que consulte ese diccionario laberíntico de remisiones infinitas.)

<sup>22</sup> Citado en Fernando Ortiz, *Nuevo catauro de cubanismos*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1985, pág. 277; Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, vigésima primera edición, 1992.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pág. 278.

<sup>24</sup> Real Academia Española, *op. cit.*

Así es que fruta... Y nos asegura María Moliner, en su propio recetario del uso del idioma, que el churro se fríe «generalmente con las puntas unidas»<sup>25</sup>, redondo como albaricoque o serpiente enroscada, o a la usanza de mi churre-ro de Carmen y Felipe Poey, en forma de ocho, doble círculo o elipse. Sin embargo, por muy de puertas afuera que sean, los churros también han solazado al Apátrida provisto del utensilio *ad hoc* en lo más profundo de su hogar en lontananza, junto a un tazón de chocolate caliente, tras departir sobre lo humano y lo divino con otros Apátridas, Famélicos o Bárbaros de varia especie. Unánimes y unificadoras, deleite de moros, cristianos, chinos y judíos *del país*, estas comidas-tótem como el fufú, el guarapo y los churros son metáforas de la íntima Cuba culinaria, la que habla al oído de chiviricos, congrí y torti-cas de Morón.

El Famélico, siguiendo el previsor ejemplo de Carlos V, se cuida de dete-nerse demasiado en ciertas recetas, pues reza el prólogo de aquella obrita<sup>26</sup> que «hay alimentos que restauran las fuerzas de tal modo, que producen un Sansón de un decadente ó desfallecido». Lo que sería de hecho contraprodu-cente si luego no se pudiera volver a «deborar como un Eleogábalo». La para-doja de la piña ha surtido fruto —valga la redundancia— y el Famélico parece condenado por un nefasto círculo vicioso a ser, hasta otro día, famélico. Así pues, busca y rebusca en insondados fondos bibliotecarios otras páginas devo-rables que refrenen su hambre, retrocede más aun en el tiempo, llega al siglo de las luces. Allí es recompensado regiamente su esfuerzo: un libro, el tratado en la materia, *La Physiologie du goût, ou Méditations de gastronomie transcendante, ouvrage théorique, historique et à l'ordre du jour* de Jean-Anthelme Brillat-Savarin (1755-1826), sucesivamente Ciudadano de la República, exiliado político y *Chevalier de l'Empire*, condecorado en 1808 de la mano de otro Emperador por su recia conducta a la hora álgida de la Revolución.

Como oleadas sustitutivas que parecían amenazar la cubanidad del yantar —cuenta el Apátrida— llegaron del Norte los *perros calientes*, el *pickin' chicken*, la *pizza* (del Norte, sí, como la *soda* y el *sundae*, por conducto del *Tencén*<sup>27</sup>), el *Kitchen Bouquet* y los polvos *Royal*, junto con los útiles indispensables según la mismísima Nitza, camaleónica ella: la *Osterizer* (de donde el verbo *osterizar*: *osterice* los huevos, póngalos en...), el molde *Pyrex*, la plancha para *waffles*, el sartén de *pancakes*. Comidas y *gadgets* que también algo indicaban, como bien sabe o debería saber el Famélico, sobre clases sociales, propiedad de los medios de producción, consumismo, alienación cultural. A la vez, eran signos aparentes de modernidad y progreso, de afluencia, y muchos los ostentaban con un orgullo que se confundía con el orgullo patrio. *Estamos más adelantados que el resto de Latinoamérica*, decían. ¡Cómo no! Isla prodigio con ínfulas de

<sup>25</sup> María Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Ed. Gredos, 1984.

<sup>26</sup> Anónimo, *El Cocinero de los Enfermos Convalecientes y Desganados*, La Habana, Imp. La Cubana, 1862.

<sup>27</sup> W. W. Woolworth & Company, tienda de La Habana precomunista llamada popularmente «el Tencén», del inglés *ten cents*.

grandeza. Hoy la sustitución es intrínseca, no importada. Gato por liebre. Ojo por diente, diente de león por ojo de la cara. Todo tiene su precio.

Agotado por tanta actividad, el Famélico se entrega a los brazos de Morfeo. El tiempo es todo suyo: se lo legaron Eliseo<sup>28</sup> y la racha del dólar. *Una tacita de té flojo, una siesta y resuelvo el enigma del almuerzo*, calcula. Pero unos sueños atroces hostigan su reposo. Gatos, un gato, el gato: mascota de la cuadra, pionero, compañero de ayunos, lo mira fijamente con ojos de oro mientras clava el colmillo (¿quién a quién?), le escuece el retintín de la saga bramánica que glosa Ponte: «el alimento que el hombre coma en este mundo lo comerá a él en el otro»<sup>29</sup>, razón de más para declararse inapetente o santo. Un gato que se trae o se lleva la parte del león, un gato engatusado guisado o aguzado por la debilidad, un gato de lo más asimilable al león, digo, al lechón de la foto —cruel— de la Nochebuena en Miami, ésa que mandaron los tíos. Tras batallar contra unos pozos de petróleo, el Famélico parece al fin sosegar-se. Con respiración ya apenas audible, planifica el hurto de secretas *Delikatesen*, según él al mero alcance de la mano: hurga, araña ¿pero dónde? De pronto se estremece, como pujando por levantarse. Y el rostro beatífico ahora: a las rocas de Bacuranao, a los mangles de Boca Ciega, al agüita espumosa del río Tarará. Ostiones, cangrejitos de tierra, caracoles. Ancas de rana, algas del Mar de los Sargazos. *Todo para mí, que aquí la gente no sabe lo que es bueno...*

El Apátrida asegura que hace tiempo compró a un *bouquiniste* el mentado libro de Brillat-Savarin<sup>30</sup> y se empeña en rescatarlo del fondo de sus estanterías. Cree recordar que en él se hablaba de cosas insólitas para una obra de... ¿*fisiología del gusto*? ¿o filosofía de la nutrición, historia razonada de las costumbres culinarias desde la antigüedad hasta el romanticismo, anécdotas del Terror, teoría de los sueños, reflexión escatológica sobre la muerte y la última revolución sublunar, o psicología del exiliado? Al hojearlo, las páginas reseca se van despegando de su lomo al par que ondean de derecha a izquierda y revelan, volátiles, los secretos del *Grand Gourmand*: propiedades eróticas de las trufas; locura de las españolas de Indias por el chocolate, degustado hasta en misa y en cuaresma y llevado a Francia por Ana de Austria, hija de Felipe II y consorte de Luis XIII; efecto de la buena mesa en la armonía conyugal; dieta rica en lípidos para flacas, catastro de manjares curiosos y sus procedencias (como el albaricoque *de Armenia*); esfera de influencia y culto de Gasterea, la décima Musa; industriosidad e industria gastronómicas de los emigrados; poesía dionisiaca; memorias de exilio; privaciones (como la ejemplar de Carlos V y la piña); y lista de abastecedores favoritos de la zona parisina. De todo ello, el

<sup>28</sup> Eliseo Diego, «Testamento», *Los días de tu vida*, La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1993, pág. 80.

<sup>29</sup> Antonio José Ponte, op. cit., pág. 44.

<sup>30</sup> Jean-Anthelme Brillat-Savarin, *Physiologie du goût, ou Méditations de gastronomie transcendante; ouvrage théorique, historique et à l'ordre du jour, dédié aux gastronomes parisiens, par un professeur, membre de plusieurs sociétés littéraires et savantes*, París, 1826; París, Garnier, 1926 (fuente de todas las citas y paráfrasis conexas incluídas en este párrafo y los siguientes, traducidas por la autora).

Apátrida retiene algo sobre la naturaleza humana, a saber, «que el hombre nunca puede ser completamente feliz mientras su paladar no sea saciado, y que esta necesidad imperiosa ha llegado a dominar incluso la gramática, a tal punto que para expresar la perfección en cualquier cosa se dice que se ha hecho con gusto»; y algo sobre la invasión de los bárbaros (del Norte, entre otros), cuya irrupción sumió el hasta entonces glorioso avance de la gastronomía desde Grecia y Roma en siglos de tinieblas: «el arte culinaria se esfumó, junto con todas las ciencias a las que brindaba compañía y consuelo».

Así pues, continúa el Apátrida, tras toda esta historia de superposiciones y sustituciones se ha llegado a la fase elíptica, cimentada en aquella altisonante figura, la sinécdoque: *pars pro toto*. Una fracción de vida por la vida. Justamente, hablando de jineteras, Reynaldo Escobar, escritor camagüeyano, pone sobre el tapete (de la mesa) un bombón de argumento, aplicable a todo Famélico y a todo régimen que lo no-sustenta: «El hambre es también un problema cultural. No sólo se pasa hambre cuando se llega al nivel de inanición de un naufrago abandonado sobre una roca estéril. Hambre es también no poder elegir los alimentos, no poder condimentarlos a nuestro gusto, no tener una dieta balanceada. Pero además, las necesidades humanas no son sólo digestivas. Una persona necesita asearse, vestirse, rodearse de objetos útiles. Renunciar al consumismo no significa volverse un anacoreta. Pretender comprar un ventilador cuando se vive en una habitación sin ventanas no es un acto consumista»<sup>31</sup>. El Cocinero del XIX y el *Connoisseur* del siglo de las luces, vigentes como nunca y opuestos por principio a cualquier forma de imposición o dependencia, amiga o enemiga, que menoscabe la alacena doméstica, no podrían estar más de acuerdo.

Filósofo en la cocina, Brillat-Savarin deslumbra al Famélico. Ante todo, el autor de las *meditaciones de gastronomía trascendente* lo sorprende con ciertas nociones bastante inmanentes de seguridad nacional, civilidad, economía política, biología y condición gastro-socio-genérica del escritor. A nadie se le había ocurrido en la Isla, como a este auténtico pensador, que una raza vegetariana (o desnutrida, que a su juicio es lo mismo) sería fácilmente subyugada (en todos los posibles sentidos de la palabra, digo yo) por un ejército carnívoro. Luego, ésta era verdaderamente una cuestión de supervivencia. Nadie había insinuado jamás que el buen comer es uno de los vínculos fundamentales de la sociedad, que gracias al sentimiento de bienestar y al trabajo que crea hace más por la unidad y solidaridad de un pueblo que todas las medidas imaginables de expropiación y equiparación de bienes. No sólo proporciona ese engrudo interno, sino el nexo común que enlaza a las naciones en un intercambio fructífero e imprescindible para proveer y proveerse de lo que a unas falta y a otras sobra. ¡El buen comer —y no la lucha de clases— era, en suma, el motor de la Historia! Este Brillat-Savarin empieza a parecerle subversivo al Famélico.

---

<sup>31</sup> Reynaldo Escobar, «Los ángeles perdidos», *Revista Encuentro de la cultura cubana*, Madrid, N° 4/5 (primavera/verano de 1997), pág. 67.

La alusión al siglo de las luces recuerda al Apátrida un pasaje de una toca-ya, la novela de Carpentier<sup>32</sup>, en el que Sofía se esmera por ofrecer a Esteban, que regresa del viejo continente tras una larga ausencia del suelo natal, una opípara cena concebida para quien «por tanto haber vivido en Europa debía tener el paladar tremendamente aguzado en la ponderación de lo exquisito». Esteban, sin embargo, confiesa que «acaso por su *urgencia de acomodarse*, durante meses, con los pimentones, bacalaos y pilpiles de la comida vasca, (...) se había aficionado a los manjares agrestes y marineros, prefiriendo el sabor de las materias cabales al de lo que llamaba, con marcado menosprecio por las salsas, *comidas fangosas...*». En resumidas cuentas, que ansía comer boniato, lechón y plátanos verdes fritos. «Me he matado toda la tarde estudiando libros de cocina, para esto», le espeta Sofía, como haría mercedamente cualquier anfitriona a semejante majadero. Pero en justa descarga de Esteban, no deja de ser síntoma, esa *urgencia de acomodarse*, del hambre existencial del exiliado: insatisfecha siempre en el regreso fugaz, no sólo a las comidas, sino a la tierra y a los seres dejados: Esteban, «que tanto había soñado con [ese] instante (...), no sentía la emoción esperada. Todo lo conocido (...) le era como ajeno, sin que su persona volviese a establecer un contacto con las cosas»<sup>33</sup>. Hambre de identidad y de pertenencia del Apátrida...

Ducho gastroenterólogo, Brillat-Savarin sostiene que el conocedor goloso (no así el glotón) es más longevo y duerme mejor, tiene sueños más vívidos, si bien en las etapas tempranas de la digestión es peligroso ejercitar la mente y mucho más dañino aun ejercitar la carne. Por otra parte, el escritor, que en un medio gastronómicamente propicio es altamente cotizado —y hasta seducido *à table*— por su exacerbada y a veces perversa imaginación, elige su género (literario) en función de un idiosincrático ritmo intestinal: los poetas cómicos suelen ser periódicos, los poetas trágicos, constipados; y los poetas pastorales y elegíacos, laxos. El Famélico se extraña de que a éste y otros respectos el francés no haya apreciado la bondad del guarapo, que califica de «líquido insípido y desechable», pero conviene —vicariamente, *hélas!*— en que de todas las artes la culinaria es sin duda la que más ha hecho avanzar la civilización.

El Apátrida despierta sobresaltado con la pesadilla entre los labios, yace en la cama frente a la puerta blanca de la *huelga* calle en estado *atentado* de alerta tiene sed como haciendo guardia es de día estaba escrito *bomba* en el guión tratan de entrar *al suelo tiroteo* empuja *paloma de la paz* con el cuerpo la reja *hoy vienen a almorzar los guajiros* logra de golpe una *reforma* abertura hace sol en que *defensa* se traba una cartera de mujer pide un guarapo *intervenido* a gritos pero el que entra es hombre *nos lleva al aeropuerto* corre al colegio que ya llegan [guión: sueño de persecución centrífuga] *le quitan el anillo de bodas* le cortan un mechón vomita [guión: sueño de expulsión] *no mires hacia atrás* la enfermería no es nada *sus carteras a ver* [sueño de asunción] *pueden salir* [de

<sup>32</sup> Alejo Carpentier, *El Siglo de las Luces*, México, Cía. General de Ediciones, 1962, págs. 220-221.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pág. 215.

una odisea] *abróchense el cinturón* [de una catarsis] *la máscara de oxígeno* que pugna por abrirse paso *en caso de aterrizaje en mar* *fluir el comandante informa* qué habrán sentido ellos *que por razones técnicas* se atraca de comida engulle los platos intactos de vecinos exánimes *invertir nuestro rumbo* de vecinos histéricos *volvemos a La Habana...* El Apátrida, empachado y confuso, se incorpora con dificultad, lo achaca todo al siglo de las luces, al color del verano, a las palabras, la ciudad, las comidas perdidas...

El Famélico, sugiere Ponte, se alimenta también de incorporaciones sexuales —otra táctica desviacionista y de las más llenadoras—, acotando a continuación que la palabra *incorporar*, al ser empleada por Lezama como «sinónimo de amar y de comer, debió parecer un raro, caprichoso uso lingüístico en los años en que escribía *Oppiano Licario*, una voluta más de su barroquismo» pues «en la Cuba de los años setenta incorporarse no podía ser otra cosa que volverse sumando de organizaciones políticas, entrar a la obligatoriedad del servicio militar o marchar a cortes de caña»<sup>34</sup>. Cabe precisar, sin embargo, que en este universo transpuesto en que se mueven nuestros personajes es el sutil erotismo lo que mejor sienta y satisface al ansia de auténticos Famélicos y Apátridas, cuya máxima expresión hallamos, sin ir más lejos, en el magno edificio erigido por el propio Lezama en vida y obra. Se trata, aquí también, de advertir la diferencia que señala Brillat-Savarin entre el glotón y el *gourmand*, así como las condiciones que exige lo segundo: delicadeza orgánica (que no excluye la obesidad noble, como la del príncipe de Trocadero) y poder de concentración (por cierto ausente en el desafortunado —y editorialmente rentable— *templar* puesto de moda en el mercado por ciertas plumas que no son ni chicha ni limonada). El melindroso banquete lezamiano es acto erótico por excelencia, y las posesiones de *Paradiso* encarnan con prolija selectividad la devoración *gourmande*.

Atendiendo a una petición del Famélico, siempre ávido de datos curiosos, Sarduy nos instruye desde el cielo sobre la elipse, figura geométrica singular de la astronomía kepleriana, y su contraparte retórica, la elipsis<sup>35</sup>. La primera ilustra el descentramiento o desdoblamiento de un centro único que pasa a ser una «trama abierta, no referible a un significante privilegiado que la imante y le otorgue sentido». Ese descentramiento opone dentro de una misma figura un «foco visible» a «otro igualmente operante, igualmente real, pero obturado, muerto, nocturno, el centro ciego (...), el ausente»: «doble centro virtual» en el que se establece una relación «especular y negativa». La elipsis, figura representativa del barroco gongorino, remeda el mecanismo de su prima estelar al ser «ocultación teatral de un término» (*alimentos y otras amenidades*, piensa enseguida —monotemático— el Famélico) «en beneficio de otro que recibe la luz abruptamente» (*consignas, ídolos o estímulos morales*, le soplaría un Apátrida, telepático).

<sup>34</sup> Antonio José Ponte, op. cit., pág. 21.

<sup>35</sup> Severo Sarduy, *Barroco*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1974, págs. 55-78 (paráfrasis y citas).

¿No habló Pascal de un círculo de centro inexistente y circunferencia ubi-  
cua? Absorto en teórica reflexión, el Apátrida observa que al irrumpir la dife-  
rencia o el azar, como el Extranjero en el círculo socrático, la brusca aparición  
de otro polo desencadena un reto entre identidad y alteridad que se juega en el  
campo del lenguaje<sup>36</sup>. Al mismo tiempo y más cerca de los lares de marras, aque-  
lla bimembración astral refleja en sus dos soles alternos el odioso contrapunto  
dentro / fuera, cuyos términos son intermitentemente iluminados, a modo de  
canon, al estrepitoso compás de equívocas victorias o viles desmanes. Escéptico,  
el Apátrida duda que tales contiendas astronómicas, por desafiar nuestro preca-  
rio, mortal equilibrio entre Eros, Ethos y Thánatos, no acaben, como diría Seve-  
ro, en un fenomenal *big bang*. Y a propósito de Sarduy, retorna al tema de las  
frutas y recoge el final pendiente de aquella décima sobre la papaya:

...  
*Tu gesto es de tradición:  
Heredia se volvió loco  
y vio una mata de coco  
en el Niágara brumoso.  
Más al norte y más sabroso,  
¡tú coronaste el barroco!*<sup>37</sup>

La papaya: barroca y alejada de su tierra. ¿Y la piña? Veamos:

*Puse una piña pelona  
sobre tres naranjas chinas,  
y le añadí en las esquinas  
la guayaba sabrosona.  
Así, en exilio, corona  
la reina insular, barroca,  
la naturaleza —poca—  
y muerta que le he ofrecido.  
Y el emblema que la evoca:  
‘No habrá más penas ni olvido’.*<sup>38</sup>

La piña: barroca y exiliada de su isla. ¿Y el templado albaricoque?:

*Barroco*: en la sordina del flujo consonántico, la *a* y la *o*; el barroco, como el  
*Abricot* de Ponge<sup>39</sup>, va de la *a* a la *o*. *Barroco*, ‘al oído, se abre y se cierra con un  
lazo (*boucle*): las letras *a* y *o*: la palabra se repliega sobre sí misma en una figura

<sup>36</sup> Véase Jean-François Mattéi, *L'Étranger et le Simulacre*, París, Presses Universitaires de France, 1983.

<sup>37</sup> Severo Sarduy, *Un testigo perenne y delatado*, pág. 83.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pág. 82.

<sup>39</sup> «*L'Abricot*» (El albaricoque), texto de Francis Ponge, poeta francés.

circular, serpiente que se muerde la cola. Comienzo y fin son intercambiables. La palabra, en su inscripción, ofrece la imagen sensible de ese regreso, de esa vuelta. ... Ese lazo (*boucle*), si creemos las pruebas de la etimología, es una boca: *boucle* [en español, bucle], del latín *buccula*, diminutivo de *bucca*, boca. La figura del lazo, ligada a la de la vuelta (de llave, de escritura, de saltimbanqui) está sobredeterminada: se encuentra situada en un cruce de sentidos, en un cruce de caminos donde se superponen, enlazadas en la forma de la fruta, escritura, geometría, astronomía, retórica, música y pintura'.<sup>40</sup>

Así pues, el albaricoque / abricot barroco se trueca en *Cobra*<sup>41</sup> que hace un doble bucle con la cola en la boca, *copa de Baco*<sup>42</sup>, *Colba*<sup>43</sup>, Cuba. Nada está en su santísimo lugar en esta cadena de desplazamientos: las frutas autóctonas, fuera; pero el albaricoque, joya expulsada, por forastera, de ambas *coronas de las frutas*, las de Lezama y Sarduy, viene entonces paradójicamente, en un rodeo retórico, a ser el vehículo de la vuelta a los orígenes, al útero insular solar, trayectoria análoga al rodeo simbólico —diferimiento y lenta aproximación— que opera la escritura para el Apátrida respecto de su patria y para el Famélico respecto de su fruta. Esa vuelta al origen persigue la recuperación no sólo del mero goce de un cierto entorno físico y anímico, sino de un «estado de salud» más gregario, «la situación armoniosa [del sujeto hablante y devorante] en la isla y en el cosmos»<sup>44</sup>: aspira a restablecer, como sugiere Lezama en aquel texto<sup>45</sup>, «el opulento sujeto disfrutante»<sup>46</sup>. Reinstaurado en su dorida regla como *virtus*, es un disfrute que no harta, antes bien aprovecha y cultiva, sin derrocharla, esa que Artaud llamó «la fuerza viva del hambre»<sup>47</sup>.

Rodeo: regodeo. Es la escritura, ese regodeo de / en la lengua materna, lo que permite *materializar* en potencia, en «un punto del espíritu desde el cual

<sup>40</sup> Severo Sarduy, *Barroco*, pág. 18 (incluye una cita del artículo de Gérard Farasse «La portée de l'Abricots», *Communications* 19, París, Seuil, 1972).

<sup>41</sup> Anagrama de Copenhague, Bruselas y Amsterdam que identifica al grupo de artistas experimentales que colaboraron en forma independiente entre 1948 y 1951 en torno a la revista del mismo nombre con el fin de presentar una alternativa dispersa frente a las corrientes surrealista y abstraccionista centradas en París y que utilizaron ocasionalmente como símbolo la serpiente homónima. Título de una novela de Severo Sarduy en que resuenan los elementos anteriores, así como asociaciones con el barroco y el budismo tántrico.

<sup>42</sup> Luis de Góngora, *Fábula de Polifemo y Galatea*, en Dámaso Alonso, *Góngora y el «Polifemo»*, vol. III, Madrid, Ed. Gredos, 1980, pág. 19.

<sup>43</sup> Nombre de Cuba tal como lo consigna por primera vez Cristóbal Colón en su *Diario*. Véase Antonio Núñez Jiménez, *El Almirante en la Tierra Más Hermosa. Los viajes de Colón a Cuba*, Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz, 1989, pág. 51.

<sup>44</sup> Oscar Montero, «El 'compromiso' del escritor cubano en 1959 y la 'Corona de las frutas' de Lezama», *Revista Iberoamericana*, Univ. de Pittsburgh, Pennsylvania, N° 154 (enero-marzo de 1991).

<sup>45</sup> José Lezama Lima, «Corona de frutas», en *Lunes de Revolución*, La Habana, 21 de diciembre de 1959. El texto figura también en J. L. L., *Imagen y posibilidad*, La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1992.

<sup>46</sup> José Lezama Lima, *Imagen y posibilidad*, pág. 141.

<sup>47</sup> Antonin Artaud, *Le Théâtre et son double*, París, Gallimard, 1964, págs. 11-12.

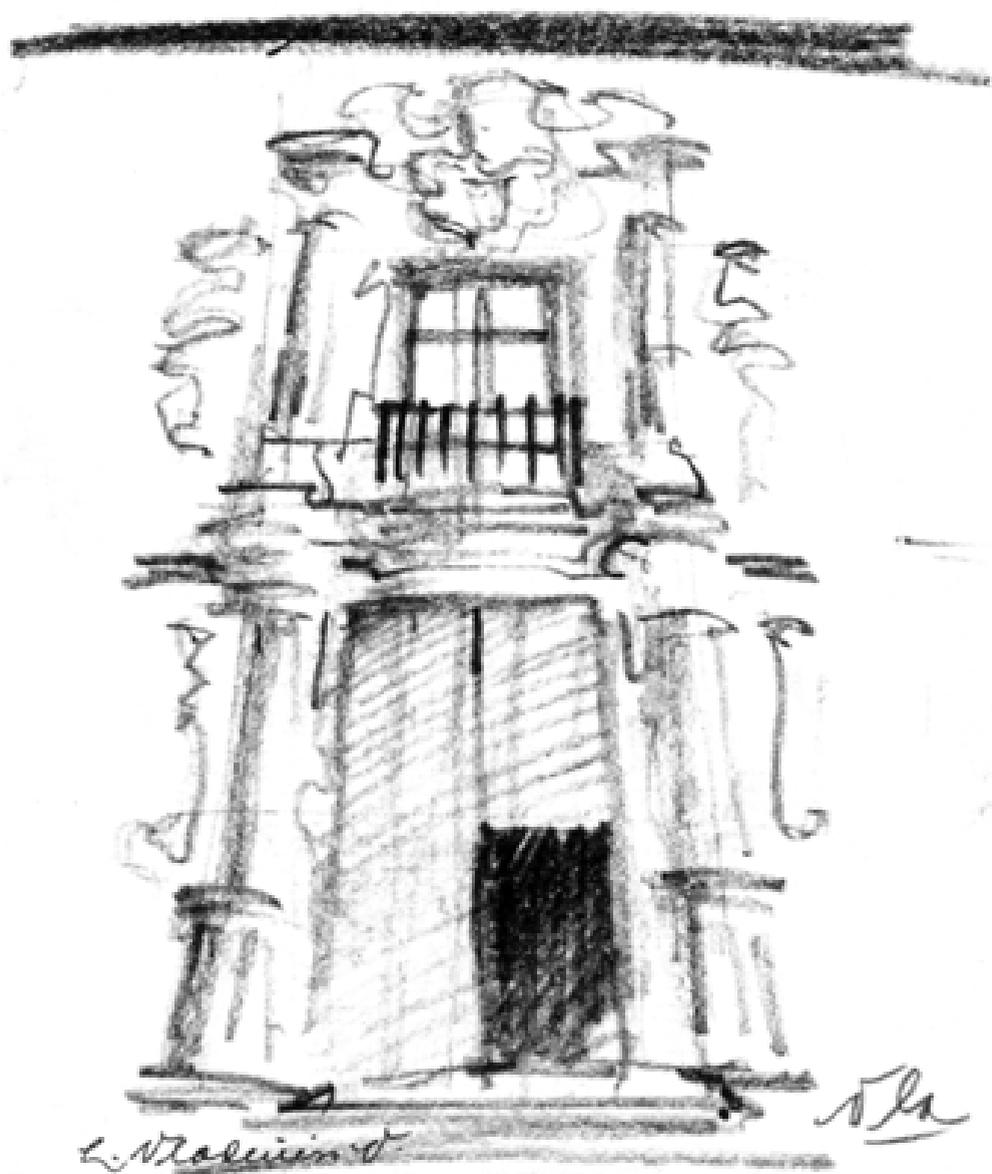
la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incommunicable dejan de ser percibidos contradictoriamente»<sup>48</sup>, las devoraciones originales que son comer / amar a / en Cuba, hoy. Devoraciones que reflejan un proceso constante de inscripción, borramiento y sobreescritura (de capas étnicas, comestibles, textuales, kármicas), la huella de una deuda material y espiritual: *debo raciones* (de comer), *debo oraciones* (de orar, de escribir: oralidad y oráculo), deuda que se *cobra*, y que se paga —para *recobrar* la solvencia, la *salus*— mediante el ejercicio de una *bocalización* y de una *bocación* obstinadas en pregonar a voces el término elidido, en modular el «nudo patógeno»<sup>49</sup> de la ecuación del ser.

*En busca de las comidas perdidas para encontrar al Otro que es el Mismo*: diálogo a distancia entre el Apátrida y el Famélico, quienes, antes de ser lo que son, extraño y natural deseantes de una *polis*, polos lejanos de un (descomunal, mancomunado, incommunicado) descentramiento o desdoblamiento, fueron niños nutridos por un mismo y único suelo que ya no los nutre. Con su falta (o carencia) quizás expíen, interpósitamente, la falta (o culpa) de otras generaciones: la desmesura de revoluciones escamoteadas o exhaustas, de repúblicas venales; y la precipitada fuga hacia adelante de los cautos y los cómodos. Mas como Sísifo, no se cansan de volver a elevar sobre la página su precario andamiaje de palabras, que se desmorona cada vez que desciende inexorable cima abajo el punto o el ojo.

<sup>48</sup> André Breton, *Segundo manifiesto del surrealismo*, citado por Severo Sarduy en *Escrito sobre un cuerpo*, pág. 9.

<sup>49</sup> Severo Sarduy, *Escrito sobre un cuerpo*, pág. 58.





L. Nolcini

Sta

# Ezequiel Vieta y la experiencia de la literatura

— ¿Quién eres?

Era un comienzo de diálogo poco tranquilizador. Alicia le contestó vergonzocilla:

— Yo... yo misma no sé quién debo ser en estos momentos, señor. Puede que sepa quién era esta mañana al levantarme, pero creo que he cambiado una porción de veces durante el día.

— ¿Qué quieres decir? —repuso el Gusano de Seda severamente—. Expílicate mejor.

— Creo, señor, que no hay manera de explicármelo siquiera a mí, porque, ¿no ve usted que yo no soy yo misma?

L. CARROL

*Alicia en el País de las Maravillas*

---

CONOCÍ PERSONALMENTE A EZEQUIEL VIETA A UNOS metros del mar, en los días finales del verano de 1982, unos meses después de la aparición de *Mi llamada es*, su quinto libro desde el entonces ya lejano (y clásico) *Aquelarre* (1954). Por lo general, estas cosas suceden cuando uno se ha acercado bastante a los libros de un escritor. Pero en mi caso, y más bien por medio de un azar (según Vieta, Dios expresa sus designios a través del azar), sucedió al revés. Había leído tan sólo un par de cuentos suyos, incluidos en *Swift: la lata de manteca*, y esbocé tímidamente una opinión de estudiante universitario. Sin embargo, una semana después me invitó a visitarlo en su casa, y tuve la impresión de haber entrado en un mundo aparte, un universo (comprendería luego) que era el reflejo de una personalidad extraña con respecto a casi todas las cuestiones habituales de este mundo. Recuerdo un conjunto de habitaciones barrocas, llenas de objetos y de torres de libros

que nacían en el piso. Habitaciones de un desorden casi novelesco, en el estilo, supongo, de Huysmans y el Duque Des Esseintes, con tapices y cortinas de hechura oriental. De un lugar del techo pendía una gruesa cadena solitaria. Parecía, o era, un adorno más, junto a piezas de bronce, cobre, porcelana, barro y diorita. Había un sofá ocupado en su totalidad por otros libros y muchos papeles en carpetas. Vieta me mostró una especie de librero secreto, alejado de la observación intrusa. En él convivían, creo, algo más de cien volúmenes de / sobre Dostoievsky y Kafka. Allí empezó todo.

En aquel primer diálogo Vieta aludió a la resurrección de su proyecto en torno a *Pailock* y calibró la magnitud de mis lecturas, que estimó muy pobres. «Lee a los clásicos españoles —en especial a Quevedo, Cervantes, Unamuno, Miró, Azorín— y aléjate de las novedades», me dijo. Más tarde introdujo a Strindberg en la conversación, y, por último, a Dostoievsky y Kafka. «Sin ellos, la literatura contemporánea no habría nacido aún», me comentó. Se refería, obviamente, al «auspicio tutelar» (estos términos pertenecen a Vieta) de D. K. S. Al final me dio a leer unas páginas, de reciente elaboración, destinadas a incluirse en *Pailock*. Cuando terminé, le hice una pregunta irreverente que no hizo más que acentuar mi impericia: «¿Usted leyó la novela *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal?» «No lo conozco», contestó impávido. El colmo de mi atrevimiento fue la duda que le expresé de inmediato: «¿Está seguro?» Vieta sonrió casi benévolo. «No leo a escritores latinoamericanos», dijo.

D. K. S. son las tres luces que lo han guiado desde *El hombre subterráneo de Fyodor Dostoievsky*, su ahora inencontrable conferencia, publicada en 1953, hasta el presente. En dicho periplo se incluyen también, como es de rigor, sus textos inéditos: una pieza teatral titulada *Los perorantes*, un grupo de cuentos que podrían conformar un volumen, y su cuaderno de poemas *Y se antojan las velas*. Esa irregular sinusoide que trazan sus libros no siempre es el resultado de la larga meditación sobre D. K. S., lo que se evidencia en los altibajos, consecuentes sin embargo con su personalidad creadora, de una escritura cuyos nexos más profundos muestran la avidez contradictoria de Vieta. Hay que repetir, por otra parte, que es difícil eludir las trampas de la historia. La sorpresa de 1959 prácticamente lo extrajo de su orbe personal. Entonces se hallaba estudiando el existencialismo religioso, en específico a Gabriel Marcel. El proyecto de *Pailock*, totalmente diseñado en sus detalles, se adentró en la oscuridad de la espera, de lo latente. Vieta retomó su texto mayor, que en 1958 se encontraba escrito hasta la mitad, en 1981: dejó transcurrir veintitrés años. Estas dilaciones se pagan, naturalmente. El *Pailock* histórico se inscribe en la década de los noventa, pero el lógico es de los sesenta, al lado de *Paradiso*, *El siglo de las luces*, *Rayuela* y *Cien años de soledad*.

El vanguardismo cubano tiene en Vieta su última expresión auténtica, y aunque las irradiaciones de ese movimiento producen, en lo esencial, actos de lenguaje más bien externos, o —para ser más exactos— torsiones de lenguaje que procuran desautomatizar la percepción del mundo, es inadecuado pensar en la literatura de Vieta como si ella fuese un experimento. Nada autoriza a considerarla un rejuego en busca del sujeto que pervive en esos corrimientos

semánticos del discurso. El sujeto es el hombre, el individuo típicamente atípico de nuestra época, y cabe decir, pues, que Vieta es un vanguardista situado en el centro mismo de la querrela entre los cálculos del intelecto y las imprecisiones del espíritu. *Pailock*, su obra distintiva, constituye el reflejo más abarcador de ese combate, al menos en lo que concierne a la narrativa cubana del siglo veinte.

Pero veamos más de cerca a esta *rara avis* de los límites, las fronteras y la demasía. ¿Qué aportan Dostoievsky, Kafka y Strindberg a la conformación de su poética? ¿En qué medida intervienen en la hechura de sus entramados argumentales? ¿Por qué los lectores, incluso aquéllos para quienes la dificultad de un texto representa un estímulo, exclaman a veces: «no entiendo a Vieta»? Estas preguntas exigen pronta contestación. Por otra parte, hay que partir de un hecho: Vieta posee un público minoritario que, además, lee sus textos con recelo, en medio de alarmas, bajo el asedio del aburrimiento y la irritación. «Soy un francotirador y no puedo evitarlo», me dijo una vez.

De Dostoievsky absorbió las maneras de ese cavar insistente en los estratos de la naturaleza humana, en las capas ocultas de la persona (máscara, antifaz simulador que cae y enseña los matices de la abyección y de lo angélico). Kafka lo adentró en los pliegues del universo cotidiano, pero desde la óptica de un escrutinio que podía exponer a la luz los costados irracionales de la conducta. Strindberg le facilitó ciertos medios para recorrer, con ambigüedad extrema, la línea diurna y a la vez nocturna que hace de la *perturbación* un ámbito contaminado por la alegría, la fatalidad y la culpa. D. K. S., molécula que traza (y gira en) la órbita de la desilusión humana, que visita los abismos del ser y desnuda al hombre, ha fecundado los textos de Vieta desde la perspectiva del *yo es otro* de Rimbaud. El ángulo que aquí se abre para la captación de esta otredad anómala es el mismo, sin duda, que deviene circunstancia para la actitud visionaria. El lenguaje de Vieta está lleno de sobresaltos y constituye un camino tanto más irregular cuanto más se aproxima a la develación del rostro del hombre en nuestro siglo. Lo que ese rostro deja ver es la fragmentación incesante de la identidad, proceso cuyo residuo activo se transforma en palabras. Ellas se organizan en un estilo que viene a indicar la existencia de una utopía del texto literario: el conocimiento. Al no renunciar a éste, Vieta suscribe sin saberlo una afirmación de José Martí. En su cuaderno de apuntes N° 13 leemos: «El espíritu humano necesita hallar o fingir que ha hallado».

Las cambiantes expresiones de la cara del hombre hacen pensar en él como en la única especie inextinguible del universo, condición que ha obtenido, obtiene y obtendrá para siempre junto a toda la gloria y todo el castigo que la imaginación sea capaz de formular. Este juicio es incompleto, pues en el hombre hay cara, pero también máscara. Entre la cara y la máscara (entre la vida común y la puesta en escena) se encuentra, sin embargo, un actor ocupado en desprenderse de una personalidad o en asumirla. He aquí las ganancias fundamentales que se derivan de D. K. S. Todos los hombres son actores realizándose conciente o inconcientemente, y con igual intensidad, bien en un cuarto de maquillaje, o bien en un escenario.

Mucho hay de lo expresado en los dramas de Vieta. Ellos se deben ver, creo, en tanto apéndices o prolongaciones de su obra en prosa. *Los inquisidores*, *Los perorantes* y *Sin palabras / En compañía* son piezas de una precisión alarmante en lo que se refiere al discurrir físico de los personajes y al conjunto de sus expresiones y gestos. Apenas un paso muy corto va de esa precisión a la exactitud, observable con equívoca naturalidad, de sus cuentos y novelas. Es necesario recordar algo que ejemplifica la rareza literaria de Vieta. *Sin palabras / En compañía* se origina en una engañosa colaboración con Samuel Beckett. El autor de *Molloy* había escrito un único *Acto sin palabras*. Vieta le adiciona una segunda parte antitética. Lo curioso es que de esa adición nace un díptico en cuyo equilibrio se funda un efecto estético nuevo, y sin que la pieza de Beckett experimente modificación alguna en su trasfondo conceptual.

Cuando me decidí a escribir *Ezequiel Vieta y el bosque cifrado*, en los meses iniciales de 1984, el escritor me prestó su ejemplar de *Aquelarre*, uno de los trescientos que se habían impreso treinta años antes. Entonces nadie soñaba con emprender la segunda edición del libro, hecha en 1991. Leí despacio el volumen y tomé muchas notas, pero no fue hasta 1989, después de estudiar la cuentística cubana de 1923 a 1958, que comprendí la importancia cabal de *Aquelarre* desde los años de la vanguardia hasta esa última fecha. O, dicho sea con mayor exactitud, desde la lengua estereoscópica empleada por Carpentier en *¡Ecue-Yamba-O!* (1933), hasta la codificación casi algebraica de Onelio Jorge Cardoso en *El cuentero* (1958), pasando por esa fisión nuclear del estilo que es *Carne de quimera* (1947), de Enrique Labrador Ruiz. Tengo, ahora, la oportunidad de decir que su estilo es único en el panorama narrativo de la República, pues se trata, en rigor, de una de las poquísimas excepciones en cuanto a la experiencia radical de la literatura. Esto significa situarse en el vórtice de la pelea del lenguaje por alcanzar a constituirse en un objeto con identidad propia, un objeto que hace alusión tan sólo al proceso de su nacimiento como aluden las aves, en su vuelo, a las convenciones de la psique, la levedad del espíritu y la llama hipotética de la vida.

Estos rasgos han de sumarse a una tendencia contumaz en los libros de Vieta: su orientación hacia el dominio del hombre en el subsuelo. No puede haber, para un escritor, sendero más auténtico ni más comprometido con la insatisfactoria mediación de las palabras. No hay una vía que conduzca tan directamente a lo literario, a la pregunta / respuesta sobre el ser y la existencia desde la perspectiva del rendimiento de determinados usos lingüísticos.

D. K. S. habían fundado un repertorio de motivaciones y dudas que empezaron a diversificarse en *Libro de los epílogos* (1963) pero bajo la regencia, en lo referido a los temas y los asuntos, del volumen de 1954. *Aquelarre* es, me parece, un embrión totalizador: doce relatos incoativos que establecen un vínculo de continuidad con ese cuaderno, el segundo en la trayectoria narrativa de Vieta. Los textos que lo integran poseen la cualidad de obligarnos a entrar en tiempos, espacios y personajes disímiles, si bien estas disparidades se encuentran destinadas a la orquestación de un rico contrapunto de voces. Tenazmente

supeditadas al orden mitopoético, acaban ofreciendo una imagen coral de la existencia sin fronteras en cierto imaginario: el de la soberbia humana.

Ya para entonces la escritura de *Pailock* se hallaba diferida, no así el ‘curso’ de una poética que, con la publicación de la primera parte de esa novela en 1966, alcanzó su madurez esencial. La coherencia originaria, por así decirlo, de esa poética se sostiene en la desasosegada severidad con que Vieta practica su inquisición en los complementos sombríos del hombre real. Para llevarla a cabo era necesario imprimir al lenguaje dos tipos de torsión. Uno es de índole sintáctico-lexical. El otro se refiere al viejo acto de «suspender la incredulidad» (Coleridge, *Biographia Literaria*) por medio de la caída *in media res*: el orbe mental de lo otro, el dominio sólido del subsuelo. Certidumbres tales invitan a asegurar que *Aquelarre*, *Libro de los epílogos* y *Pailock* son el centro del desenvolvimiento literario de Vieta. Estos libros abarcan, por lo que cuestionan y gracias a la forma de ese cuestionar, todo el espectro de sus inquietudes mayores.

Desde el punto de vista lógico cabe decir que el mundo reconocible y cotidiano, mundo también de lo inusual, figura en textos cuyas fuentes se alejan de la reflexión metafísica (en el sentido de Johnson) y de las variantes arquitectónicas deducibles del pensamiento mitopoético moderno. Así ocurre, en alguna medida, en *Vivir en Candonga* (1966), *Mi llamada es* (1982) y *Baracutey* (1984), textos circunstanciales porque se atienen a ciertas particularidades del discurrir de la historia, independientemente del grado de sublimación que ella adquiere.

Siempre me han resultado extraños esos cambios de percepción, tesitura, tono y entorno en un escritor como Vieta, en quien se adivina la preponderancia del mundo construido entre *Aquelarre* y *Pailock*. Sin embargo, ahí está la novela *cubana* de 1966, los relatos *cubanos* del libro de 1982, y las narraciones (también coyunturales y anecdóticas) de la colección de 1984. Vieta se las arreglaría muy bien para explicar el motivo de dichos cambios, refiriéndose acaso a la fuerte estimulación literaria que constituyen el Che, por una parte, y el tópico del hombre desgarrado por su necesidad de elegir entre dos conjuntos: el arte, el ideal del yo, la aventura meditativa, y la vida exterior, el ideal de los otros, la aventura de actuar fuera de sí. Sin embargo, aunque la oposición establecida por esos conjuntos es verosímil a primera vista, conviene precisar que ella se deshace en determinada *última instancia*: la de una escritura dispuesta a hurgar con perentoriedad en las extrañezas de la ‘fenomenología’ que el discurso histórico y sus testimonios ‘construyen’ para la literatura. Este ir y venir de lo aparente a lo esencial aniquila, es cierto, los tipos de jerarquización que se producen en este caso (la escritura de *Aquelarre*, *Libro de los epílogos* y *Pailock* representa un grupo de actos regentes, mientras que la de *Vivir en Candonga*, *Mi llamada es* y *Baracutey* representa un conjunto de actos regidos). Pero la oposición continúa existiendo. De lo cual se podría extraer, al menos, una conclusión: en Vieta hay dos poéticas: la de naturaleza electiva, que sirve para construir un mundo, y la de naturaleza tributaria, que sirve para representar, interpretar y problematizar el mundo. Estas diferencias, creo, sí son irreductibles.

Pero (siempre habrá un *pero*) son muy pocos los buenos escritores en quienes se observa una poética electiva de principio a fin, una poética que implique renunciar por completo a la intención de comentar e interpretar el mundo conocido. Se trataría en cualquier caso, si tuviésemos que nombrar a tres o cuatro, de escritores lógicos y, por lo mismo, aquejados de cierta irrealidad. E, incluso, si intentáramos nombrar textos en lugar de escritores, lo que sería menos arduo, nos veríamos también obligados a admitir la índole ilusoria de dichos textos, su conversión al credo de un habla que se ve perpetuamente autoabolida. Pienso que tal vez Rimbaud renunció a la escritura *literaria* al darse cuenta de este dilema titánico entre el silencio emancipador del texto y su locuacidad obligadamente referencial.

Esta digresión me permite insistir en el hecho definitivo que es una trayectoria literaria con razones para escindir en dos niveles. Porque más allá de las experiencias diversas del lector, del crítico, del investigador, y más allá también de la voluntad de un escritor, figura el juicio inexorable del tiempo, el veredicto de una posteridad que conoce con precisión dónde está la literatura. La posteridad sabe que la literatura es, para decirlo con inexactitud y apresuramiento, aquello que no existe, o que nunca existió, o que no existirá, o que *podría* existir si *algo* existiera. Es el momento, pues, de señalar que *Vivir en Candonga* (la única novela cubana que explora con ambigüedad consecuente y dolorosa el diferendo entre las urgencias del artista y las urgencias de la sociedad), *Mi llamada es* (el único conjunto cubano de relatos que, de forma casi novelesca, *explica* el mito del Che en la historia) y *Baracutey* (libro que contiene dos cuentos antológicos: «Sandra West» y «La salida») son las obras 'impuras' de un destino que estuvo llamado a ser esencial y puramente literario, y a discurrir hacia formas expresivas cada vez más objetuales.

Estas consideraciones no dejarán entrever una insensata idea de culpabilidad en cuanto al derrotero deseable (lógico, abstracto e irreal) en Ezequiel Vieta. Nadie es culpable de sus sentimientos primordiales ni de sus afinidades, así como nadie puede hacerse responsable de sus sueños. Desde el principio D. K. S. habían estado ahí, mezclando vigos confesionales y disensiones del existir demoníaco, absurdos de la comunicación humana e imposibles de la verdad, zonas impermeables de la mente y fantasías sobre el bien. Resulta comprensible, así, que el «auspicio tutelar» determinara la aparición de esos meandros de género tanto más digresivos cuanto menos ilustran el proceder originario de Vieta, es decir, la elección de un estilo nuclear (estilo como totalidad, no sólo como insignia léxico-sintáctica) apto para la corporización del combate entre el ingenio y el espíritu en quiebra, el intelecto teorémico y las ideas cruciales en torno a la disolución de lo humano.

Semejantes extrañezas ocupan hace mucho tiempo ya, sin embargo, un islote casi virgen y despoblado con respecto a la literatura cubana de este siglo, en especial la narrativa y, más específicamente, lo escrito y publicado en Cuba desde fines de los años cincuenta hasta hoy. Es necesario, además de subrayar las posibles 'inconsecuencias' de la poética de Vieta, recordar otra vez su extraterritorialidad en nuestras letras, que se distinguen *grosso modo* (es

lamentable) por una territorialidad mayormente pernicioso, por una especie de insolvencia que significa valor provisional y que es congruente con lo efímero de la literatura: vocación social y roles de conciencia.

La lección de Vieta impugna esos mitos tan ilustres como huecos, que hacen de las antologías (es un ejemplo) un grupo de semilleros supernumerarios. Esa lección se repite en su último libro terminado, *Y se antojan las velas*, que contiene poemas en verso y prosa. Se destacan especialmente tres: «Rito de primavera», «La nuit tombante» y «La queue des sirenes». Estos dos se refieren a los cuadros homónimos de Chagall y constituyen, con el primero, experiencias que aluden al desenvolvimiento analógico del lenguaje, a la claustrofobia de las palabras (y del escritor) cuando anhelan integrarse también en el estado de la música (Stravinsky) o en el de la pintura.

Tentativas de esa estirpe son las que dan fe del intenso vigor de Ezequiel Vieta. Un día, hará un año y algo más, me atreví a decirle: «Los muy jóvenes lo recordarán a usted, entre otros textos, por *Aquelarre* y *Pailock*». Se limitó a sonreír. La totalidad de su producción pasará, como la de todos los demás, a la historia (la *mera* historia, según Borges) de la literatura, no así sus retos espléndidos, que ya ocupan esa región marginal y solitaria donde el silencio es una respuesta admirativa.



# Mínimo discurso sobre el Poeta, la Palabra y la Poesía

Manuel Díaz Martínez

*Discúlpeme,  
si pueden y si quieren,  
este discurso sumario,  
acaso ingenuo, acaso pretencioso,  
sobre el Poeta, la Palabra y la Poesía,  
o, si lo prefieren,  
sobre la inútil paradoja que sería el Universo  
si no contase con la angustia del hombre que lo mira.  
Quizás sea el momento de decirles  
francamente  
lo que pienso sobre materia tan resbaladiza,  
sin tomar, es un decir, las debidas precauciones.*

*En primer lugar no creo que nosotros los poetas  
—los filósofos sonríen en la mesa vecina—,  
pastoreando las Dudas como cabras en la noche,  
hagamos otra cosa que mentir:  
mentir para existir;  
mentir para querer;  
mentir para indagar;  
mentir ¿para saber?  
¿Alguna vez sabremos?,  
¿alguna vez, en la madeja iridiscente de la mentira  
—ah, maestro Eliseo Diego, háblenos, que usted ya sabe—  
hallaremos el camino, o los caminos,  
hacia esos distritos nocturnos de las cosas  
que tanto nos intrigan?  
La impostura, la treta, el maquillaje  
son los instrumentos de nuestro menester  
(oficio, para algunos, de vida paralela,  
y, para otros, de hundirse hasta el alma en la que hay).  
Véanlo, si no, cuando decimos  
vendrá la muerte y tendrá tus ojos, o  
tus otoños me arrullan en coro de quimeras obstinadas,  
o la noche se puebla de muecas de locura,  
y más: polvo serán, mas polvo enamorado.*

*Uno de nosotros,  
por ser fiel a una nostalgia,  
mintió de esta manera:  
Por la hoja del caimito van dos colores trepando.  
Y otro, para ser fiel a la norma del coraje,  
grabó en nuestra memoria esta mentira:  
¡La celeste zancada de los que caen siempre en la batalla!  
Así queda demostrado que no es en absoluto aconsejable  
que al pie de la letra se tomen,  
como se dice,  
ni versos ni poemas,  
así sean odas bravas o breves madrigales.  
Y es aberración aborrecible negarse a comprender  
que el espíritu acosado invente una puerta de emergencia.  
Débese tener presente, pues, que la poesía  
es agua discursiva, oscura pradera, rosa melancólica,  
carnívoro cuchillo, grano de trigo en el silencio,  
guitarra del mesón de los caminos,  
manotazo, águila audaz, guijarro,  
mosca, miedo, mástil, horizonte, todo  
menos un acta notarial,  
por más que su destino sea,  
al menos el que su índole prescribe,  
dejar constancia permanente de no se sabe qué.*

*Y atención, toda la atención les ruego:  
no caer en esa trampa de pensar que la Poesía está en las cosas  
como un budoque de bulla en una mina,  
como un pan en la despensa, como  
una estrella hundida en el corazón de una bellota,  
y de pensar que el Poeta,  
escarbando en las cosas asistido de una espátula y un cirio,  
la descubre y nos la pone entre las manos,  
neta,  
nívea,  
nítida,  
unívoca,  
inequívoca y fosforecente.*

*Amigos míos,  
cómplices y parroquianos de mutuas soledades,  
estoy en condiciones de afirmar rotundamente,  
con el viejo búbo Stéphane Mallarmé,  
y siguiendo mis propias experiencias,  
que la Poesía habita sólo en el idioma:*

*por más que a lo largo de mi vida lo intentara muchas veces  
nunca logré*

*—el pauvre Lélian asimismo ha fracasado—*

*ni un solo romance sin palabras.*

*Poesía eres tú, Gustavo Adolfo,*

*en Sevilla y en Veruela*

*y muriéndote de sífilis en Claudio Coello 26,*

*y lo soy yo,*

*y no porque seamos ni musas ni modelos,*

*sino porque somos los que hablamos:*

*sin nosotros no hay mirada,*

*no hay asombro,*

*no hay desgarró,*

*no hay desvelo,*

*no habrá un alma para la montaña,*

*ni una traducción del cielo,*

*ni eternidad para la espiga,*

*ni una gramática para el misterio,*

*ni un horizonte cuadrado,*

*ni un oboe sumergido,*

*ni un antílope de evaporados pasos.*

*Sin nosotros y nuestros cómplices de siempre*

*no habría un verso respirando en este mundo,*

*y un verso, sólo un verso,*

*si es un verso, todo un verso,*

*es toda la Poesía.*

*La Poesía no mana del jardín, sino del jardinero,*

*y mana de mí, que descubro el jardín de otra manera,*

*que lo miro y no lo miro,*

*que lo nombro y no lo nombro,*

*que al llevarlo a mi lengua lo sumerjo en una luz y en una sombra*

*que jamás le dieron y nunca le darán*

*ni la aurora más radiante ni la noche más sombría.*

*La Poesía es el verbo incandescente que la crea.*

*Digámoslo sin arrogancia,*

*más bien sobrecogidos,*

*y que Gustavo Adolfo, hermano mío, me perdone*

*desde todos los Olimpos que sin duda se merece:*

*podrá no haber poetas,*

*en cuyo caso tampoco habrá Poesía.*

# La reforma que no fue

---

## El resurgimiento de las ciencias sociales en Cuba y la reacción del Estado. Un panorama de las recientes publicaciones sobre la crisis económica, política y social de la isla

Bert Hoffmann

EL PODER HA SIDO DEFINIDO POR KARL W. DEUTSCH DE una forma original: «Power is the ability to afford not to learn». Acorde a ello el gobierno cubano en marzo de este año demostró en forma contundente que sí ejerce el poder. La ocasión la brindó el V Pleno del Comité Central del Partido Comunista, cuando el Jefe de las Fuerzas Armadas y Vicepresidente del Consejo de Estado, Raúl Castro, leyó el llamado *Informe del Buró Político*.<sup>1</sup> En este discurso la dirigencia cubana lanzó un ataque fulminante contra las ciencias sociales de la Isla, en las que vio la amenaza de «una variante de la Glasnost», «diversionismo», «orientación anexionista» y «el surgimiento en Cuba de quintacolumnistas».

En el pasado, generalmente había sido la esfera cultural el escenario en el cual se estatuyeron los ejemplos que de forma indirecta pero efectiva definieron los límites de los espacios de libertad para la sociedad en su conjunto. Pero la nueva «cruzada ideológica» proclamada por el *Informe del Buró Político* centra sus ataques en los científicos sociales de la Isla, específicamente en el Centro de Estudios sobre América (CEA) en La Habana, así como también en otros centros de investigación y revistas académicas. El poder estatal quiere así poner fin a una dinámica,

---

<sup>1</sup> Un fragmento del mismo que contiene las citas de Raúl Castro hechas en este ensayo, se reprodujo en *Encuentro de la cultura cubana*, Nº 1, Madrid, Verano de 1996, págs. 18-24.

en la cual el *establishment* académico de Cuba llegó a plantear un debate sobre los problemas del país de una forma tan abierta y controvertida como no había sido planteada nunca en los últimos 25 años.

Este artículo se propone esbozar un panorama de este renacimiento de las ciencias sociales cubanas a través de algunas publicaciones de los últimos años. La primera parte se dedica en forma algo extensa a un trabajo que sin duda representa la piedra angular de las discusiones cubanas sobre la reforma de la economía del país. En la segunda parte se muestra una perspectiva sobre publicaciones que recorren nuevos caminos en el análisis de la realidad política y social. En la tercera y última parte se discute, aunque de forma más breve, algunas de las recientes publicaciones editadas fuera de la Isla sobre el desarrollo económico, político y social de Cuba.



La publicación de *Cuba —La reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate* por una editorial estatal cubana produjo una mediana sensación para el mundo académico de la Isla. El libro fue escrito por Julio Carranza Valdés, subdirector del Centro de Estudios sobre América, y los investigadores del CEA Luis Gutiérrez Urdaneta y Pedro Monreal González. La misma noche de su presentación pública se agotó toda la tirada destinada a la venta en pesos cubanos.

Más que cualquier otra publicación anterior, el libro de Carranza / Gutiérrez / Monreal demostró el elevado nivel de propuesta política y la alta calidad científica con que se podía escribir en Cuba sobre la crisis que atraviesa el país, y más aún, sobre las alternativas posibles a la actual política del gobierno. Sólo tenía una falla: la publicación del libro no abrió un amplio debate como había sido la intención de sus autores, sino que en retrospectiva el libro significó el apogeo de esa «primavera académica» declarada *temporada non grata* por el Buró Político.

Ya el título señala en qué terreno se mueve el trabajo de Carranza / Gutiérrez / Monreal: Primero, el libro trata no sólo aspectos particulares de la crisis o sectores específicos de la economía nacional como es el caso de la inmensa mayoría de los aportes recientes de economistas cubanos, sino que presenta un programa integral y coherente para la «reestructuración de la economía» cubana en su totalidad. En segundo lugar, el subtítulo deja claro que este programa no es una versión académica de la política oficial, sino «una propuesta para el debate»; una propuesta para, como lo definen los autores, «una alternativa socialista viable de reforma del sistema económico» (pág. 4). La formulación de esa alternativa cuestiona uno de los pilares fundamentales de la actual política: que ella sea «la única posible».

Más aún. La publicación del trabajo de Carranza / Gutiérrez / Monreal hace más visible que antes un déficit de la política oficial, el no haber explicado nunca en ningún documento o discurso en forma tan sistemática y extensa, cuál es la «propuesta» del propio gobierno para el desarrollo y funcionamiento de la economía en Cuba a mediano o largo plazo más allá de las consignas de «¡Resistir!» y los llamamientos a «tener fe» en los dirigentes.

En el libro de Carranza / Gutiérrez / Monreal al concepto en sí para la «reestructuración» le precede un balance de la situación actual de la economía cubana. En ese balance se sigue el análisis sobrio y sin triunfalismos que ya había caracterizado el muy destacado ensayo de Julio Carranza *Cuba: Los retos de la economía*. Aquí Carranza había tocado, entre otras cosas, un tabú al mencionar el comienzo de la crisis actual no en 1989/90 sino ya tres años antes. Como señala el autor, ya en 1986 se vieron claramente en la economía interna los límites del modelo dominante de crecimiento extensivo. 1986 marca también en el sector externo de la economía un momento de ruptura causada por el estallido de la crisis de la deuda cubana en divisas. Cuba ya no podía pagar los servicios para la deuda y perdió por ello su credibilidad financiera internacional. «Por estas razones, en 1986 el gobierno cubano toma la decisión de mantener reducidas al mínimo posible las relaciones económicas con los países capitalistas y concentrar la mayor proporción de éstas con los países del CAME, sobre todo con la URSS» (pág. 133). Esa decisión política de retraerse a las relaciones con el mercado mundial y reconcentrarlas en el intercambio socialista —simultáneamente con el comienzo de la Perestroika promovida por Gorbachov en la URSS— hizo que pocos años más tarde fuera tan dramático para la economía cubana hacer frente al derrumbe de los aliados socialistas.

«A partir de 1990, se fracturan de forma abrupta las articulaciones internacionales de la economía cubana», escriben Carranza / Gutiérrez / Monreal en la introducción de su libro y resumen la problemática en tres puntos: «El país queda expuesto al mercado mundial, se hace más efectivo el bloqueo norteamericano, ahora reforzado por la Ley Torricelli, y también se hacen más evidentes y costosos los problemas de la eficiencia económica no resueltos hasta entonces» (págs. 2 y 3).

Incidir en los dos primeros puntos —la política de EEUU y las estructuras del mercado mundial— difícilmente esté en el poder del gobierno de La Habana. El gobierno de Fidel Castro ha dado dentro de lo posible respuestas a ellos: ha resistido a la política de bloqueo de EEUU, y ha realizado con cierto éxito una reintegración en el mercado mundial, para el cual también fue necesario aceptar una relativa apertura externa de la economía cubana. Esta apertura comenzó con la promoción del turismo internacional, el establecimiento de «Sociedades Anónimas» para-estatales en el sector de divisas y empresas mixtas con capital extranjero, y condujo, simbolizado por la legalización del dólar estadounidense en Cuba en julio de 1993, a una verdadera división de la economía cubana en una esfera dólar y una esfera peso cubano. Es en la abismal brecha entre esas dos esferas donde se paga el precio de haber negado una respuesta al tercero de los puntos que enumeraron Carranza / Gutiérrez / Monreal: los problemas de la eficiencia de la economía cubana prácticamente no han sido enfrentados por la política gubernamental, al contrario, han crecido enormemente, expresándose en la devaluación de la moneda cubana. A mediados de 1994 el salario promedio en la economía estatal de 180 pesos equivalía, cambiado «en la calle», apenas a un dólar y medio. Si el manteni-

miento del *statu quo* político fue la primacía de toda la política económica, la caída de la economía peso fue su variable inferior ilimitada.

Una tal brecha monetaria conlleva tanto tensiones sociales como gravísimos problemas económicos. Carranza / Gutiérrez / Monreal explican por ejemplo los efectos negativos de la casi total desvalorización de los salarios: una muy reducida disciplina laboral en prácticamente toda la economía, una baja productividad laboral, ausentismo temporal o permanente, obtención de los ingresos necesarios a través de actividades informales o ilegales por una parte creciente de la sociedad, etc. «Todo esto tuvo un impacto muy negativo para una sociedad de trabajadores, no sólo en términos económicos, sino además en términos ideológicos, cuando el salario, reconocimiento económico y social al trabajo, dejó de ser la vía fundamental para la obtención del bienestar personal y familiar» (pág. 30 f.).

Es justamente para salvaguardar el contenido social de la Revolución que Carranza / Gutiérrez / Monreal enfatizan la urgente necesidad de poner fin a ese dualismo monetario —una posición distinta a la política del gobierno, el cual en el verano de 1994 optó en contra de una reforma monetaria, buscando más bien la recuperación económica en base a una expansión de los sectores dolarizados.

Aquí es necesario explicar el origen del trabajo de Carranza / Gutiérrez / Monreal. El libro es una versión elaborada y actualizada de un proyecto que en abril de 1994 los autores presentaron (por supuesto de forma no pública) a los responsables en el gobierno cubano. La fecha es importante: el proyecto de los investigadores del CEA era para el gobierno efectivamente una posible alternativa de acción a aquel programa para el «saneamiento de las finanzas» sin reforma monetaria, que fue puesto en marcha a partir de mayo de 1994. También vale recordar que así el proyecto de Carranza / Gutiérrez / Monreal fue esbozado antes de los sucesos espectaculares del verano de 1994, los disturbios callejeros en La Habana el 5 de agosto y el siguiente éxodo masivo de más de 30.000 cubanos en balsas improvisadas. En respuesta directa a estas abiertas manifestaciones de la crisis social es que el gobierno decide reabrir los mercados campesinos en otoño de 1994. Pero con eso el gobierno da el paso hasta hoy más importante en la transformación de los mecanismos de funcionamiento de la economía cubana, no como parte de un bien pensado programa de reforma, sino como un paliativo cortoplacista en el manejo de la crisis.

Carranza / Gutiérrez / Monreal critican este cortoplacismo y esa falta de una visión más integral de los cambios al enfatizar una y otra vez la necesidad de coherencia y de una adecuada interrelación y *sequencing* de las medidas. Como la economía cubana era altamente inflacionaria, según se expresó en el inmenso «exceso de liquidez» y en el rápido incremento de los precios en el mercado informal o «negro», «el canje de la moneda es una medida central para la desmonetización de la economía» (pág. 120). Carranza / Gutiérrez / Monreal argumentan que este canje de moneda «debe tener lugar *antes* de cualquier otra medida que promueva la creación de mercados» (pág. 120). Esto adquiere enorme importancia en un momento, en que las distorsiones

en los precios y salarios han llevado a una situación donde la concentración de la riqueza en Cuba ha adquirido dimensiones «latinoamericanas» ya antes de la legalización de mercados.

Se encuentran datos oficiales sobre esta concentración de la riqueza en un estudio del Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC) en La Habana, donde en una nota a pie de página se dice: «[En mayo de 1994] el 15% de la población controlaba el 70% de la liquidez acumulada y un 6% de los ahorristas poseían más del 50% de los depósitos de banco» (Marquetti, pág. 19). El texto sigue explicando que además «el sector de la población que poseía una parte significativa de la liquidez [en pesos cubanos] es, a su vez, quien controla la mayor parte de la masa monetaria existente de dólares» (ibid.).

En este contexto la cuestión de una reforma monetaria no es una «discusión técnica» para expertos, sino que define los fundamentos económicos y sociales de esa nueva Cuba que vemos nacer. Sin ese paso se perdería la relativa igualdad material de la sociedad cubana antes de empezar con las reformas de mercado. Carranza / Gutiérrez / Monreal señalan lo siguiente sobre la política del gobierno de Castro de hacer un programa de ajuste sin canje de la moneda: «Esta variante de desmonetización lenta conllevará a una polarización aún mayor del efectivo, a una concentración de la contracción de la demanda en los trabajadores del sector estatal y a una tendencia hacia la depresión de los sectores no estatales recién legalizados» (pág. 120).

El dramatismo de esta concentración de riqueza y de pobreza en Cuba todavía está amortiguado hoy por lo que ha sobrevivido de un otrora amplio sistema de subvenciones estatales y de la distribución de bienes racionados a través de la «libreta». Pero no hay lugar a dudas que en los próximos años esta economía subvencionada será más reducida aún y que el rol central para la aloca-ción de bienes será transferido gradualmente (y quizás no tan gradualmente) al dinero.

Para la idea de justicia social resulta fatal que el gobierno haya empezado su programa de salvación de la moneda cubana sin un anterior canje de la moneda. Partiendo de una distribución tan desigual, todos los éxitos en la estabilización del peso no reducen esta desigualdad, sino que la potencian. Ésta es la amarga lección que dan Carranza / Gutiérrez / Monreal: el retorno de una fuerte desigualdad social en Cuba no fue solamente la consecuencia inevitable de coacciones externas, sino por lo menos en buena medida, el resultado de una política específica del gobierno cubano a la cual sí hubieran existido alternativas.

La discusión sobre el canje de la moneda es sólo un punto, aunque un punto muy central, en el proyecto de reforma que esbozan Carranza / Gutiérrez / Monreal. En su trabajo ponen mayor énfasis en la «arquitectura» general de la reforma más que en sus aspectos particulares y detallados (lo cual tampoco sería posible en un libro de 200 páginas). Para la elaboración conceptual y teórica de esa «arquitectura», los autores aprovechan ampliamente la discusión internacional, sea los estudios de Przeworski sobre reformas en Europa Oriental y América Latina o el análisis de Kornai sobre los «soft budget constraints» en

economías del socialismo del este europeo. Además, lo realizan con una naturalidad y franqueza que no tiene par en las ciencias sociales cubanas.

Para prevenir cualquier malentendido: los autores del CEA buscan un proyecto de reforma explícitamente socialista, no una «transición al capitalismo». (El libro dedica todo un capítulo a la crítica de diversas «propuestas de transición» para Cuba publicadas en EEUU. El argumento de Carranza / Gutiérrez / Monreal es justamente que hay que reformar sustancialmente la economía, no para abandonar el socialismo, sino para darle futuro.

Para muchos esto puede sonar ilusorio. Sin embargo, Carranza / Gutiérrez / Monreal logran evitar una retórica vacía y dan cierto contenido, en las condiciones concretas de Cuba y limitado a la esfera económica, a su meta de un «paso del modelo socialista clásico a otra forma de socialismo». En este planteo es clave la diferenciación que hacen entre los mecanismos de mercado y las relaciones de propiedad. Así, a mediano plazo, un «mercado regulado» (pág. 151) debe tener una muy fuerte (aunque no absoluta) función de coordinación para la economía. Además, esos mecanismos de un mercado regulado deben ser vistos no como males menores en tiempos adversos, sino como parte integral e importante «de un funcionamiento normal de una economía socialista» (pág. 14), que ha aprendido del fracaso de los modelos soviéticos y del este europeo: «Con frecuencia se ha considerado al socialismo como la primera de las sociedades no mercantiles, cuando en realidad es, en el mejor de los casos, la última de las sociedades mercantiles» (pág. 14).

En consecuencia los autores no afirman la negación del mercado, sino «la hegemonía de la propiedad social como elemento *sine qua non* de un proyecto socialista» (pág. 6). Aquí, Carranza / Gutiérrez / Monreal dan un lugar preferencial a formas cooperativas, pero señalando a la vez que partes centrales de la economía deberían permanecer en manos del Estado. Para los autores eso no equivale a una conservación del *statu quo*: también las empresas estatales tienen que sentir un correctivo en forma de las señales de mercado, debiendo contar sólo en casos fundados con subsidios estatales. Los autores llegan a proponer hasta una ley de quiebra de empresas, ya que en última instancia ni siquiera una empresa estatal puede tener una garantía de eternidad sin relación con su producción. A pesar de que «la batalla por hacer más eficiente la empresa estatal» se ha convertido en un tema preferido del discurso oficial, propuestas como éstas siguen siendo consideradas una herejía.

Carranza / Gutiérrez / Monreal enfatizan además el concepto de *hegemonía* de la propiedad social, lo que deja espacio también para un amplio y dinámico sector de empresas privadas pequeñas y medianas (hasta un tamaño que hay que definir para los casos concretos). Esas empresas privadas podrían alquilar locales e instalaciones del Estado y podrían emplear trabajo asalariado, todos elementos que están presentes desde hace tiempo, por ejemplo, en el socialismo vietnamita, pero que en Cuba exceden ampliamente las celosamente limitadas posibilidades del «trabajo por cuenta propia» legalizado hasta ahora.

En el prefacio los autores escriben que son concientes del «riesgo de hacer historia, esfuerzo loable, pero que no ha sido el propósito de este libro» (pág.

VII). Entre el momento de la elaboración del proyecto, abril de 1994, y el de su publicación, otoño de 1995, se ha perdido mucho tiempo y la política oficial optó en algunos puntos clave por otros rumbos. Los autores han hecho diversos intentos de actualizar su concepto y adecuarlo a las circunstancias cambiantes. Sin embargo, a partir del demoledor *Informe del Buró Político* sobre «la amarga experiencia con el Centro de Estudios de América» el libro de Carranza / Gutiérrez / Monreal se lee también como un «texto de historia», como «la reforma cubana que no fue», como la oportunidad desaprovechada de hacer por lo menos el intento de una profunda transformación desde adentro y de signo socialista de la economía cubana.



Se debe subrayar que el ataque de la dirigencia política no fue en contra de la publicación o persona en particular. Aun cuando el discurso de Raúl Castro mencionó explícitamente el CEA, su blanco fue más bien todo el desarrollo reciente de las ciencias sociales cubanas, las que habían empezado a buscar nuevos caminos en una amplia variedad de áreas.

Sobra aclarar que esas discusiones siempre se mantuvieron dentro del marco del actual sistema político. Y sobra también decir que esa dinámica no alcanzó a todos de la misma forma y que buena parte del establishment académico siguió trabajando en las formas «de siempre».

El resurgimiento de las ciencias sociales se centró además del debate económico en una serie de nuevos planteos temáticos y concepciones para llegar a un nuevo entendimiento de una realidad social y política bastante cambiada. La descentralización, la participación, la diferenciación social y la creciente heterogeneidad de la población, la sociedad civil, la emigración y la comunidad cubana en el exterior fueron algunas de las palabras clave repetidas con carácter de *leit motiv*.

Por otra parte hubo un cambio en las formas en las cuales se realiza el quehacer académico cubano. Se hicieron grandes esfuerzos por volver a entrar en las discusiones internacionales; se organizaron debates con autores extranjeros en las propias publicaciones; y más importante aún: se hizo sentir un debate más plural y más controvertido dentro de los intelectuales cubanos mismos; se adoptó una mirada más sobria sobre los problemas del país; una autocomprensión de los académicos de actuar más bien como una vanguardia para preguntar, problematizar y buscar que como caja de resonancia para la política del poder ejecutivo.

Un buen ejemplo de esas nuevas discusiones es el libro *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos*, compilado por Haroldo Dilla, Jefe del Departamento de Relaciones Interamericanas en el Centro de Estudios sobre América. El libro reúne las ponencias presentadas en una conferencia que tuvo lugar en el CEA en mayo de 1994, y a la cual fueron invitados también investigadores extranjeros. La publicación contó con apoyo financiero por parte de la fundación alemana «Buntstift» y de la centroamericana «Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales» (CRIES).

Entre los autores extranjeros se encuentran nombres tan ilustres como el de Jorge I. Domínguez de la Universidad de Harvard (EEUU) o el de Wayne Smith, quien dirigió la sección de intereses de EEUU en La Habana durante la administración de Jimmy Carter. Basándose en una clara limitación del espectro político (todos los invitados son considerados «moderados» en el escenario político estadounidense) Dilla enfatiza en su introducción un ambiente de tolerancia mutua: «El libro se caracteriza por una diversidad de puntos de vista todos ellos razonablemente argumentados» (pág. 6). El compilador marca al mismo tiempo un claro deslinde con las posiciones de los autores no socialistas: «Smith y en particular Domínguez proveen un análisis crítico desde una matriz implícitamente democrático liberal, que (...) pudiera implicar una redefinición sistémica en detrimento de un futuro socialista» (pág. 7).

De hecho, Domínguez presenta un breve estudio del concepto y de la realidad de la democracia en el sistema político cubano, siendo sus conclusiones realmente poco alentadoras. Al final de su balance crítico Domínguez no deja ninguna duda de que para él la única forma de democracia aceptable sería una democracia basada en el pluripartidismo y elecciones libres (pág. 129). Dilla y otros autores cubanos contraponen a eso artículos que, aún teniendo algunos puntos de crítica respecto al actual estado de cosas, defienden fundamentalmente la alternativa del sistema socialista. En las palabras de Dilla: «una crítica al funcionamiento democrático existente [en Cuba B. H.] a partir del reconocimiento de un entorno sistémico general que proveyó virtudes y déficits, pero que al mismo tiempo constituye una hegemonía popular que debe ser potenciada en las nuevas condiciones como garantía del proyecto socialista» (págs. 6 y 7).

El artículo de Haroldo Dilla en la compilación empieza así: «Escribir, como me propongo, sobre el problema de la democracia (y la democratización) de la sociedad cubana es siempre andar a tientas sobre un campo minado» (pág. 169). Sin duda alguna la instrumentalización de la palabra «democracia» por parte de la política hostil de EEUU señalada por Dilla crea un obstáculo de primer orden para cualquier discusión más libre en Cuba. En consecuencia, el lector tiene muchas veces que buscar el contenido crítico en los artículos de los autores cubanos entre líneas o en los matices de lo escrito. A quien camina de puntillas, difícilmente se le oye bien. Se dejan de lado muchos aspectos importantes; Fidel Castro es, por ejemplo, un tema completamente tabú. Otras partes aparecen muy tímidas, y las propuestas de cambio indicadas parecen insuficientes teniendo en cuenta la dimensión de los problemas. En retrospectiva se sabe que aun teniendo en cuenta las relaciones de fuerza existentes en el país, se fue «demasiado lejos».

El libro tiene un sucesor (casi se podría decir, una segunda parte): *La participación en Cuba y los retos del futuro*, también compilado por Haroldo Dilla y editado en el CEA. Si el primer libro se concentró en el sistema político en sí, el segundo libro trata los problemas de la «participación» en las diversas áreas de la sociedad (esta vez con autores exclusivamente de la Isla). En la introducción Dilla escribe: «Se puede señalar un lugar común de todos los trabajos aquí reunidos: la idea de que la sociedad cubana debe ser más participativa

(...) y que tal participación debe ser pensada en términos de una mayor autonomía de los sujetos y organizaciones» (pág. 8).

Un ejemplo de los nuevos terrenos que abordan los investigadores cubanos es el artículo de María Isabel Domínguez sobre «Generaciones y participación en Cuba», ya que desde los años 70 en Cuba existía «una virtual ausencia de la categoría *generación* en el pensamiento social y el quehacer investigativo» (pág. 96).

Niurka Pérez Rojas y Cary Torres Vila de la Universidad de La Habana plantean la cuestión de autonomía y participación para el caso de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) establecidas en 1993. La gran mayoría de las granjas estatales fueron en pocos meses convertidas a esta nueva forma de cooperativa. Como subrayan las autoras, se trató de «una transformación promovida *desde arriba* [...] que...] responde a la profunda crisis económica, no así a demandas por parte de los obreros agrícolas» (pág. 169). La idea central en la creación de las UBPC fue el incremento de la eficiencia productiva y no una mayor democratización de las relaciones de trabajo en el campo.

A través tanto del análisis de documentos oficiales, como en base a numerosas entrevistas con funcionarios estatales y miembros de las UBPC, Pérez / Torres demuestran de forma bien concreta cómo el Estado se reservó tal grado de control sobre las UBPC, que en la práctica no queda mucho de la autonomía que formalmente se les había otorgado.

En consecuencia los trabajadores de las UBPC siguen sintiéndose en realidad más como obreros agrícolas que como campesinos cooperativistas. «La única diferencia de la UBPC con la granja es que tiene una cuenta bancaria», resume un miembro de la UBPC en una entrevista realizada por Pérez / Torres (pág. 180). El mensaje de las autoras es que si las UBPC quieren ser más que un nuevo rótulo de las mismas empresas, se les tiene que dar mayor vida propia a esas nuevas cooperativas, no sólo en el papel, sino también en la práctica. Pérez / Torres muestran al final un optimismo cauteloso, fundándose sus esperanzas más en los trabajadores mismos de las UBPC que en iluminaciones desde arriba: «De hecho comienza a percibirse cierto movimiento *desde abajo* que expresa, por un lado, la resistencia de los miembros al excesivo control y, por otro, el anhelo por la ampliación de la autonomía» (pág. 182).

Bajo este trasfondo de discusiones sobre la creciente heterogeneidad de la sociedad cubana y la necesaria ampliación de la autonomía de los sujetos sociales se implantó el concepto de «sociedad civil» muy rápidamente en el centro del debate. La discusión sobre la sociedad civil, que internacionalmente parece tan amplio como difuso, ganó en las circunstancias cubanas una dinámica propia con alta relevancia política.

En el libro *La participación en Cuba y los retos del futuro* Rafael Hernández, Jefe del Departamento de América del Norte del CEA, describe en su artículo a la sociedad civil no como antítesis o en oposición al Estado socialista, sino como un área que siempre está en múltiples y complejas relaciones con el Estado. Hernández cambia la óptica en 180°: es justamente una tarea del Estado socialista organizar la articulación de la sociedad civil con el sistema político y al mismo tiempo respetar sus espacios de autonomía. «Como esfera

donde tienen lugar las tensiones y conflictos que se plantean al Estado es interés y responsabilidad de éste la búsqueda de nuevas fuentes de legitimación y áreas de consenso en la sociedad civil» (pág. 88).

Rafael Hernández es también el director de la revista trimestral *Temas*, publicada desde principios de 1995. Como los artículos de mediano tamaño han sido la forma dominante de publicación en las recientes discusiones en las ciencias sociales cubanas (la monografía de Carranza / Gutiérrez / Monreal es la excepción que confirma la regla), es inevitable mencionar la revista *Temas*. «*Temas surge*», según las Palabras Iniciales del primer número, «en medio de la crisis económica e ideológica» —el discurso oficial sólo conoce la primera— «más intensa que ha conocido Cuba en las últimas décadas» (pág. 3). La respuesta que *Temas* da a ella es la búsqueda de respuestas en plural: «Queremos estimular la discrepancia y el intercambio. Intentamos recoger la pluralidad cubana actual...» (ibid.). *Temas* se establece como el foro central para las discusiones de las ciencias sociales del país, tomando en serio esos propósitos ya desde su primera edición.

Bajo el título «¿Qué se piensa en Cuba?», *Temas* N<sup>o</sup> 1 intenta una suerte de inventario crítico del presente desde los ángulos de las diferentes disciplinas, desde la historiografía hasta la sociología, desde la filosofía hasta la psicología. Ese inventario adquiere una relevancia especial porque en muchas áreas el trabajo de los últimos años casi se parece a una «segunda fundación». Hay que recordar que la carrera de sociología en la Universidad de La Habana fue disuelta completamente en los años 70 (y reemplazada por la de Comunismo Científico), siendo restablecida recién a finales de los 80. La facultad de Ciencias Políticas, que también fue disuelta en los años 70, no se ha vuelto a abrir hasta hoy en día.

El segundo número de *Temas* continúa ese inventario cambiando la pregunta a: «¿Cómo piensan a Cuba desde afuera?» respondiendo así a la gran sed de muchos académicos cubanos de revitalizar los contactos internacionales y superar el parcial aislamiento en que cayó el mundo académico de la Isla después de 1989. La revista contiene tanto artículos llegados desde afuera como de autores residentes en la Isla que, por ejemplo, intentan presentar un panorama de los Estudios Cubanos en los EEUU.

Esa mirada hacia afuera puede conducir a una mirada hacia la propia sociedad, como lo hace Ernesto Rodríguez Chávez (CEA) en su «balance crítico del debate cubano sobre la ‘cubanología’». Es tiempo, argumenta el autor, de que en Cuba se deje de lado el término peyorativo «cubanología» otorgado a los estudios sobre Cuba realizados fuera de la Isla que no sean lo suficientemente conformes a la línea oficial cubana. Aun cuando haya discrepancias ideológicas debería haber un debate más abierto y más respetuoso. Los trabajos sobre Cuba publicados en el exterior, hasta ahora guardados en un departamento cerrado al público en general en la Biblioteca Nacional, deberían ser más accesibles: «No es posible avanzar en el saber científico sobre la sociedad cubana —concluye Chávez— sin conocer el pensamiento de los que nos ven con ojos mucho más críticos desde el exterior» (pág. 84). La respuesta

oficial a estas ideas se leyó unos meses después en el *Informe del Buró Político* con su fulminante ataque contra todo aquel investigador cubano «que de hecho se ha vuelto un cubanólogo con ciudadanía cubana y hasta con el carné del Partido, divulgando sus posiciones con la complacencia de nuestros enemigos».

En el momento en que Raúl Castro lanzó esa campaña contra la subversión ideológica, el cuarto número de *Temas* ya estaba en imprenta. Además de una interesante y amplia discusión sobre las religiones cubanas, este número contiene un notable ensayo de Hugo Azcuy (CEA) sobre «Estado y sociedad civil en Cuba». Retomando la línea de pensamiento desarrollado por Rafael Hernández, Azcuy argumenta que dada la pluralidad y diversidad de intereses emergentes en la sociedad cubana, ella ya no puede ser organizada de forma suficientemente representativa en las seis organizaciones de masas existentes. Por eso el concepto de sociedad civil debería «ser utilizado como instrumento no sólo de análisis, sino también de *proyecto*» (pág. 105). A continuación Azcuy mismo problematiza la instrumentalización del concepto de «sociedad civil» en la política de EEUU. Pero una tal manipulación por parte de un enemigo, argumenta Azcuy, no debería dictar *ex negativo* el pensamiento cubano (mucho menos cuando se trata de un concepto arraigado en la tradición marxista): «No es conveniente dejar que nuestras respuestas se acoten o autolimiten defensivamente, ni que otros piensen por nosotros la realidad nacional» (pág. 110).

En el Buró Político no se quiso oír nada de eso. El *Informe* leído por Raúl Castro castiga a la «sociedad civil» y «las llamadas Organizaciones No Gubernamentales» como un Caballo de Troya [por] fomentar aquí la división y la subversión». El discurso se lee durante párrafos enteros casi como un negativo del artículo de Azcuy.

Aparte de esto, las acusaciones en el *Informe* fueron muy duras, pero casi completamente sin precisiones concretas. No se menciona el nombre de ninguna publicación, persona o evento que hubiera violado las reglas. Únicamente al Centro de Estudios sobre América se nombra explícitamente como institución, y su director, Luis Suárez Salazar, fue separado del cargo por el pleno del Comité Central inmediatamente después del discurso. Más allá de eso se anunciaron sanciones para los presuntos «quintacolumnistas» en durísimas palabras, pero no se dijo ni qué ni contra quién. Es justamente esta incertidumbre calculada la que hace que la intimidación sea tan globalmente efectiva: nadie sabe para quién son los golpes, pero todos bajan la cabeza.

Medio año después del discurso de Raúl Castro todavía no se presenta un cuadro claro. El clima intelectual, eso sí se puede afirmar, se ha hecho notablemente más frío, pero no ha tenido lugar una «depuración» abierta a gran escala. Se crearon comisiones para examinar la labor de cada uno de los centros de estudios a la luz de las «orientaciones» del *Informe*. En el caso del CEA estuvo nada menos que José Ramón Balaguer, alto miembro del Buró Político y por muchos años Jefe del Departamento Ideológico del Partido Comunista, al frente de esa comisión. Los resultados de esas evaluaciones nunca han sido hechos públicos. (Extraoficialmente, y por ende sin confirmar, se dijo que al

CEA le será vetado seguir trabajando sobre Cuba y que en adelante se deberá dedicar exclusivamente al estudio de los demás países de América).

Aunque no fuera mencionada explícitamente, también la revista *Temas* debería considerarse entre los atacados por el *Informe del Buró Político*. El número 4 se publicó normalmente, pero como Hugo Azcuy había fallecido por un infarto cardíaco poco después del discurso de Raúl Castro, la presentación pública de la revista tuvo lugar bajo una atmósfera bastante agobiante. Habrá que esperar para saber de qué forma la ofensiva lanzada por Raúl Castro se hará sentir en el contenido y perfil futuro de *Temas*.

Mientras tanto el liderazgo del Partido Comunista lanzó un producto propio para dejar establecido cómo debería hacerse, en su opinión, una revista «políticamente correcta». Se ha relanzado la revista trimestral *Cuba Socialista*, editada por el Comité Central del Partido Comunista de Cuba, y que obviamente tiene una función orientadora para el discurso político-académico. Como Presidente del Consejo Editorial figura justamente el interventor del CEA, José Ramón Balaguer. El editorial del primer número de *Cuba Socialista* habla un lenguaje claro: «No cederemos el espacio al pensamiento extraño a nuestras intenciones, ni a querellas bizantinas. (...) Nuestra inserción en la economía internacional, así como la inversión del capital extranjero, nunca supondrá una apertura a la invasión ideológica ajena o contrapuesta a nuestros principios martianos y marxistas. Como tampoco la asimilación de un aparato conceptual, aparentemente desideologizante que tiene asidero en quienes, aunque no quieren reconocerlo, han plegado las banderas de la Revolución y el socialismo. Ellos aquí no tienen cabida» (pág. 3). En el mismo editorial se escribe, que la revista no pretende «erigirse en el decálogo oficial ante quien todos deban rendirse» (ibid.). Dadas las circunstancias de su lanzamiento y el organismo que la edita, esto parece un caso ejemplar de un desmentido, cuyo mensaje real es justamente lo que desmiente.

El contenido del primer número de *Cuba Socialista* sobrepasa aún las expectativas que crea el editorial. Es el retorno a un trabajo académico netamente afirmativo que recuerda las palabras con las que el profesor de filosofía Limia David en el primer número de *Temas* calificó el pasado que le parecía superado de las ciencias sociales en Cuba «como *otra forma de existencia* del discurso político oficial» (pág. 21). Es de suponer que los editores de *Cuba Socialista* ni siquiera considerarían esta definición como una crítica. El artículo de introducción sobre «Cuba y la lucha por la democracia en el mundo de hoy» es escrito por Ricardo Alarcón, antiguo Ministro de Relaciones Exteriores y hoy Presidente de la Asamblea Nacional Cubana. A éste le sigue un artículo con el unívoco título: «Cuba 1990-1995: reflexiones sobre una política económica acertada» escrito por nadie menos que el propio Ministro de Economía, José Luis Rodríguez.

Más aún que esa recentralización, asusta la caudillización del discurso académico, mostrado por *Cuba Socialista*. La foto de la portada muestra a un Fidel Castro joven en postura combativa; antes del editorial citas de Fidel, en el editorial citas de Fidel, a lo largo de la revista en un sinnúmero de recuadros citas

de Fidel y más citas de Fidel. Y cuando José Luis Rodríguez, quien antes de asumir como ministro había sido uno de los más destacados economistas de la Isla, termina su artículo con: «... fiel a las ideas de Marx y Lenin, de Martí y de Fidel» (pág. 28), entonces el mensaje queda claro: *Cuba Fidelista*.

Habrá que esperar lo que resulte a mediano plazo de esta situación de conflicto para el «Renacimiento» aquí descrito de las ciencias sociales en Cuba. Por un lado, la reacción del liderazgo en contra de esa dispersión del discurso fue de una hostilidad categórica. Por el otro, tampoco se puede imaginar que la dinámica intelectual de los últimos años se pueda eliminar de forma duradera *per ordre de mufti*. «No es posible retractarse de lo que una vez se ha pensado», escribe el autor suizo Friedrich Dürrenmatt en su obra *Los Físicos*. Quizás se podría pensar esto de forma optimista.

#### Bibliografía

- Carranza, Julio / Gutiérrez, Luis / Monreal, Pedro: *La reestructuración de la economía cubana. Una propuesta para el debate*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales 1995. 212 pp. (editado también por Nueva Sociedad, Caracas 1997); en inglés: *Cuba: Restructuring the Economy - A Contribution to the Debate*, Institute of Latin American Studies / University of London 1996.
- Carranza, Julio: «Cuba: Los retos de la economía», en: *Cuadernos de Nuestra América*, Vol. IX, N° 19, Centro de Estudios sobre América, La Habana, julio-diciembre de 1992 (publicado en 1993): págs. 131-159. También en: Hoffmann, Bert (ed.): *Cuba - Apertura y Reforma económica. Perfil de un debate*. Caracas: Nueva Sociedad 1995, 168 pp.
- Castro, Raúl: *Informe del Buró Político* (en el V Pleno del Comité Central del Partido, 23.3.1996); en: *Granma Internacional*, 10.4.96, págs. 4-8. Documentado también en el *Boletín de Prensa Latinoamericano* 3/96 del Instituto de Estudios Iberoamericanos de Hamburgo.
- *Cuba Socialista* (Revista trimestral editada por el Comité Central del Partido Comunista de Cuba); 3ª época, N° 1 de 1996, 64 pp.
- Dilla, Haroldo (comp.): *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos*, La Habana: Ediciones CEA (Centro de Estudios sobre América) 1995, 216 pp.
- Dilla, Haroldo (comp.): *La participación en Cuba y los retos del futuro*, La Habana: Ediciones CEA (Centro de Estudios sobre América) 1996. 240 pp.
- Marquetti, Hiram: *La liberalización de la circulación de divisa en Cuba - Resultados y Problemas* (manuscrito); La Habana: CEEC, Octubre de 1995, 22 pp.
- *TEMAS - Cultura, Ideología, Sociedad* (Nueva época); revista trimestral, La Habana; N° 1: enero-marzo de 1995, 132 pp.; N° 2: abril-junio de 1995, 134 pp.; N° 3: julio-septiembre de 1996, 134 pp.; N° 4: octubre-diciembre de 1995, 134 pp. (Dir.: Calle 4 N° 205 entre Línea y 11, El Vedado, Ciudad Habana, CP 10400, Cuba).

PUBLICADO EN NOTAS N° 9, FRANKFURT / M.: VERVUERT (1997), PÁGS. 48-65.

# La nueva ensayística cubana

"Este es, sin duda, el trabajo más importante que he leído sobre Cuba contemporánea. Es un estudio competente que pretende alcanzar, y consigue, una notable imparcialidad".

*FRANKLIN W. KNIGHT*  
*John Hopkins University*



Marifeli Pérez-Stable

La revolución cubana.  
Orígenes, desarrollo y legado

EDITORIAL  
Colibrí

 EDITORIAL  
**Colibrí**

**Pídalo a**

Apartado Postal 50897 • Madrid, España  
Telf. / fax: 91-560 49 11  
e-mail: [editorialcolibri@mail.sendanet.es](mailto:editorialcolibri@mail.sendanet.es)

# El caso CEA

NO ES FÁCIL COMENTAR ESTE LIBRO.<sup>1</sup> EL SUEÑO DEL colectivo del CEA —que, aparentemente, muchos de sus ex miembros, ahora dispersos en otras instituciones, aún mantienen vivo— también fue el mío. La revolución y el socialismo, bien fuera en Cuba o en cualquier otra parte, necesitaban a intelectuales orgánicos que pudieran expresar libremente sus ideas. Un breve intercambio entre los dos personajes principales en *Antes de la revolución*, filme de Bernardo Bertolucci que vi hace ya unos cuantos años, resume concisamente la función de esa soñada intelectualidad orgánica. El viejo maestro comunista le dice al joven burgués aspirante a revolucionario: «¿Es que no te das cuenta de que sólo se puede discutir a fondo entre los que estamos básicamente de acuerdo?» Hoy recuerdo la pregunta con nostalgia, por el sueño y por la joven universitaria que era yo entonces, pero sin ninguna ilusión de que el maestro tuviera razón, al menos en el sentido de que esa discusión a fondo se pueda dar realmente en base a la gama completa de opiniones dentro de ese marco común.

¿Hasta cuándo hay que esperar para que el socialismo (o lo que quede de él) produzca los espacios (un eufemismo ya que de lo que se trata es de un estado de derecho que garantice plenas libertades individuales) que permitan esa discusión a fondo? Ninguna experiencia histórica del socialismo real pudo ni ha podido crear y mantener esos espacios. Punto. Ese sueño —sin duda hermoso— siempre ha terminado convirtiéndose en pesadilla. Algunas pesadillas han sido realmente aterradoras como los juicios estalinistas de los años 30 y la revolución cultural china; otras se previnieron de esos extremos, entre ellas, la ofensiva que el Partido Comunista de Cuba (PCC) dirigió contra el Centro de Estudios sobre América entre abril y agosto de 1996. Pero las pesadillas, pesadillas son.

---

<sup>1</sup> Maurizio Giuliano, *El caso Cea: Intelectuales e inquisidores en Cuba. ¿Perestroika en la isla?* Ediciones Universal, Miami, 1998, 288 pp.

¿Qué fue el CEA? Una institución creada por el propio Partido Comunista en 1977 y que desde sus inicios reunió a valiosos científicos sociales que siempre desarrollaron su trabajo bajo el lema que rezaba en el cartel que uno de ellos tenía colgado en la puerta de su oficina: «Aquí está prohibido pensar que no se puede pensar». Los documentos recogidos en este valioso libro compilado por el joven cientista político Maurizio Giuliano constituyen un testimonio excepcional sobre el sistema político cubano. El balance político del quinquenio 1991-1995 hecho por el Consejo de Dirección del CEA en abril de 1996, después de haber recibido lo que resultó ser el golpe mortal del informe del Buró Político al Comité Central leído por el general Raúl Castro Ruz unas semanas antes,<sup>2</sup> narra una breve historia del centro que a cualquier intelectual del mundo occidental le parecería semi-kafkiana. No por el CEA en sí, claro está, sino por la intrincada red de controles impuesta por el PCC a la labor intelectual. Así es, simple y llanamente, en un sistema político de partido único y es triplemente admirable que el CEA haya logrado todo lo que logró intelectualmente a lo largo de casi veinte años en medio de tantas telarañas. No obstante, el control absoluto se tornó imposible. La producción científica y editorial del CEA era de tal cuantía que, en el transcurso de los 80, el entonces miembro del Buró Político Jorge Risquet lo eximió de presentar al Departamento Ideológico del Comité Central todos y cada uno de los artículos que se fueran a publicar y todas y cada una de las ponencias que se fueran a leer en un evento nacional o internacional para su previa aprobación o desaprobación. Esta relativa autonomía —la responsabilidad hasta la crisis de 1996 recayó sobre los hombros del Consejo Científico del propio CEA— fue considerada un fallo en los controles por la Comisión del PCC que dirigió la investigación de los ceístas.

En la década del 90, el colectivo del CEA se convirtió en uno de los centros principales de las ciencias sociales en la isla. La obra de sus investigadores, casi todos de primera línea, representaba la defensa más coherente posible del proyecto del socialismo cubano (frase de ellos) en medio de las nuevas realidades nacionales e internacionales nada propicias a ese proyecto. Alcanzaron un reconocimiento internacional que les significó un buen número de viajes (un problema muy serio, según la Comisión) y que supuestamente se basaba en que al CEA se le percibía como una alternativa al gobierno cubano. Según los comisionados, los ceístas pecaron de ingenuidad y pedantería. Fueron ingenuos porque creyeron que se podía caer bien en el extranjero y no ser cooptados para los fines de Washington y de todos los que quieren destruir a la revolución. Fueron pedantes porque se creyeron importantes, necesarios y, sobre todo, pensaron que podían prescindir del lenguaje oficial. José Ramón Balaguer, miembro del Buró Político y jefe de la Comisión, les recordó: «Fidel Castro es el hombre que admiramos y queremos y a través de él está

---

<sup>2</sup> Un fragmento del mismo se reprodujo en *Encuentro de la cultura cubana*, N° 1, Madrid, Verano de 1996, págs. 18-24.

el discurso oficial. No se comete ningún crimen académico si no hay distanciamiento del lenguaje oficial. El lenguaje oficial es el lenguaje de Fidel Castro» (p. 203).

Uno de los «errores» del Centro de Estudios sobre América fue llevar a cabo estudios sobre la Cuba contemporánea ya que, según la Comisión, este tema rebasaba los lineamientos de trabajo sentados por el PCC. Pero el plan de trabajo del CEA había sido siempre aprobado por el Comité Central y el mismo incluía los temas cubanos que nunca sobrepasaron el 30% del total de las investigaciones. El centro, además, siempre había recibido una evaluación positiva de parte de las instancias superiores del partido, la última firmada por el propio Balaguer en 1995. Esta contradicción entre lo valorado antes de 1996 y lo condenado después nunca quedó aclarada en 125 páginas de documentos. A lo largo de la actual década, el CEA estableció relaciones con otras instituciones cubanas fuera del mundo académico. Sabemos de al menos cinco: con el Poder Popular cuando las elecciones de 1992-1993 para precisar el concepto cubano de la democracia; con la Central de Trabajadores de Cuba para intercambiar ideas sobre las reformas económicas; con la oficina del vicepresidente Carlos Lage para la elaboración de propuestas sobre la economía; con el Ministerio de Relaciones Exteriores que se apoyaba en las investigaciones del CEA para la preparación de sus cuadros y en sus relaciones con la prensa internacional, y con los medios de comunicación que acudían al CEA como fuente de análisis e información. Fue la dimensión cubana la que realmente impulsó la destrucción del CEA.

En el exterior algunos han visto en esta purga una manifestación de la lucha interna en el Partido Comunista; el propio Giuliano en su ensayo introductorio a los documentos a veces juega con esa posibilidad. A mi juicio, esa apreciación es errónea. Las variadas y encontradas posiciones de los investigadores del CEA sobre la economía y el sistema político cubanos tuvieron una gran acogida, al menos como temas de discusión, entre los sectores profesionales, técnicos e intelectuales del país. Los ceístas intentaron funcionar como intelectuales orgánicos al proyecto del socialismo cubano en el nuevo contexto de los 90; sólo tenían el poder de sus ideas. Se enfrentaron al análisis de problemas muy peliagudos con ojos críticos (¿es que un intelectual puede tener otro tipo de ojos?), entre ellos, la legalización de la pequeña y mediana empresa nacional y el papel del Partido Comunista. Sus relaciones con el Poder Popular, la CTC, la oficina de Lage, el MINREX y los medios de comunicación fluían naturalmente de esa organicidad que buscaban. El CEA tenía poder simbólico y sobre todo prospectivo: el discurso oficial está irremediablemente en bancarrota y si ese llamado proyecto de socialismo cubano tiene salvación, como algunos todavía sueñan, sólo la tendría por los senderos que caminaron los ceístas. El haberse atrevido a formular alternativas dentro del proyecto y el que otros dentro de ese mismo proyecto los escucharan destruyó al CEA. Pero, desafortunadamente, la corriente de pensamiento encarnada por el CEA, no ajena del todo para determinados sectores políticos, aún no tiene una corporeidad de poder real dentro de las estructuras del PCC.

En los años 60, en medio de la guerra en Vietnam, el senador William Fulbright acuñó una frase lapidaria que caracterizaba a la empecinada política de la administración Johnson en el sudeste asiático: la arrogancia del poder. Dos décadas después, Mikhail Gorbachev se refirió a la enquistada burocracia soviética en los mismos términos. Esa misma arrogancia se trasluce en casi todas las intervenciones de los miembros de la Comisión durante las reuniones con el colectivo del CEA. Lo cierto es que los ceístas fueron unos provocadores: no bajaron la cabeza, rindiéndose como mansas palomas cuando leyeron en el *Granma* el informe al Comité Central que prácticamente los tildaba de contrarrevolucionarios. Al contrario, en el primer balance político que le sometieron a los *apparatchiki* registraron su protesta: «Discrepamos con el método empleado de enjuiciar públicamente a un colectivo de trabajadores y militantes con los cuales no se ha producido discusión alguna, a los que no se les ha informado previamente de tales criterios y a quienes no se le ha dado la oportunidad de expresarse» (p. 154). Rolando Alfonso, jefe del Departamento Ideológico del Comité Central, les reprochó la osadía: «No veo en el documento ni un sólo análisis autocrítico, tal pareciera que este centro es un dechado de virtudes y lo que ustedes hacen en el documento es contestar la valoración que sobre ustedes hizo el Partido y no cumplieron el mandato de que se hiciera un análisis autocrítico» (p. 179). La conclusión de esa primera reunión fue exigirle al CEA un nuevo balance político y así se hizo pero aún sin la nota de sumisión que demandaba la Comisión. «Tenemos el criterio de que el CEA se ha sobrevalorado mucho», dijo Balaguer en sus palabras finales. En breve, los ceístas nunca aceptaron el juicio que sobre ellos había emitido la alta dirigencia del país: el colectivo se mantuvo incólume frente al poder que los agredió.

*El Caso CEA* abarca sólo una parte del proceso contra el Centro de Estudios sobre América y la conocemos gracias a que Giuliano, de alguna manera, obtuvo los documentos. Independientemente de cómo estos materiales llegaron a sus manos, el que se hayan publicado es una contribución inestimable a la verdad. La recopilación no contiene toda la historia pero nos abre la puerta para acercarnos a ella y prepara el terreno para que algún día el colectivo nos la complete. Por el momento, no se cumplió el mezquino designio de Darío Machado (nombrado director del CEA al comienzo de la crisis y miembro a su vez de la comisión partidista) de destruir todo el récord de las sesiones. ¿Puede haber mejor evidencia de esa arrogancia del poder? Afortunadamente, se interpusieron otros designios que nos proporcionaron esta mirada dolorosa pero necesaria a la pesadilla vivida por el Centro de Estudios sobre América.

# La transición y el futuro de Cuba

*Alberto Recarte*

## INTRODUCCIÓN

El fracaso del castrismo se puede medir por los cambios en las relaciones internacionales en los últimos diez años: la URSS ha desaparecido, junto con los subsidios al régimen cubano para pagar la educación y la sanidad; acabó la guerra fría y con ella el papel de fuerza expedicionaria del castrismo; la economía de mercado es la norma de organización política y económica en todo el mundo: La libertad de movimientos de bienes, servicios y capitales es el principio articulador de la actividad económica de casi todos los países, incluso de los menos desarrollados. La empresa privada es la referencia de la mayoría de las políticas económicas nacionales. Los países latinoamericanos —el entorno político de la sociedad cubana— se han transformado, mayoritariamente, en democracias, que liberalizan los sectores más intervenidos y privatizan las empresas públicas con rapidez. Las alternativas revolucionarias, igualitaristas y populistas se han hundido en el desprestigio de la miseria y el hambre de las poblaciones que han tenido que soportarlos.

El castrismo ha muerto. Aunque en la lápida falte la fecha del fallecimiento y la pobreza, privaciones, humillaciones y persecuciones que todavía causará al pueblo cubano sean de imposible medición.

Probablemente nada hay más duro para los cubanos del exilio y para los disidentes perseguidos, para todos los que defienden la libertad, que constatar que el castrismo ha sobrevivido al hundimiento de los países del socialismo real y a la desaparición de las dictaduras militares y los regímenes autoritarios de Latinoamérica. Y no sólo eso; peor aún es enfrentarse a la certeza de que mientras Castro se mantenga en el poder no se respetarán los derechos de nadie.

El castrismo ha preferido la miseria general antes que renunciar a un ápice de poder. Ha demostrado que está

dispuesto a gobernar con cualquier nivel de privaciones de la población. Igual que los dictadores de Corea de Norte e Irak. El resto de las viejas dictaduras han perdido el poder o cedido una parte significativa del mismo. Lo que no es evidente es que a la muerte del dictador, o tras un golpe de Estado, aparezca, sin solución de continuidad, la democracia.

Por eso es el momento de hablar del futuro de Cuba. ¿Cómo será el futuro, cuando el castrismo desaparezca y cómo será la transición, mientras el régimen se debilita? ¿Se podría consolidar un régimen no castrista, pero despótico? ¿Cómo conjugar los intereses de la población cubana y de la clase dirigente del régimen en este período? ¿Tiene el crecimiento económico poderes taumatúrgicos que aseguren que, si se produce, un régimen democrático sería inevitable?

Desde esta perspectiva lo importante es olvidarse del autócrata y analizar, con la menor pasión posible, si hay algún cambio en la política de los países democráticos respecto a la dictadura que pudiera influir positivamente en una democratización post-castrista. En este sentido, la gran tentación es pensar que una política de concesiones económicas facilitaría la vía a la democracia o, alternativamente, que una política que reste facilidades de crédito, ayuda o comercio, contribuiría a debilitar significativamente el régimen. La presión exterior, el embargo, ha funcionado en muchos casos como, por ejemplo, Sudáfrica, Haití o Bosnia Herzegovina y ha contribuido en muchos otros, como la propia España en su día, para limitar los excesos de los dictadores. Pero en otros, como Irak, Corea del Norte y Cuba, no lo ha hecho.

En el caso de Cuba es seguro que la salida del país de más de un millón de personas ha hecho el cambio más difícil. La reacción interior es imposible cuando, durante cuarenta años, se expulsa o facilita la salida a los más abiertos o a los que tenían lazos con el exterior o a los que se sentían más capaces o estaban mejor preparados para afrontar una nueva vida en otro país. Los disidentes saben que siempre tienen abierta la puerta para irse del país. Para ellos, lo más difícil es, paradójicamente, quedarse.

#### **LOS FUNDAMENTOS DE LA ECONOMÍA DE MERCADO**

La política económica no es algo aséptico, mejorable por los tecnócratas de turno, al margen de la organización política. Creerlo me parece una aberración. Desde este punto de vista tendrían poca influencia las innumerables asesorías económicas externas, solicitadas por el castrismo en momentos de debilidad, que han terminado siendo manipuladas y distorsionadas.

Castro ha dejado de hablar del marxismo-leninismo como forma de organización política y económica. Sus interminables monólogos son ahora mucho más nacionalistas y populistas, más intrínsecamente fascistas. El abandono de las categorías del socialismo real no anuncia, pues, el cambio. La economía de mercado necesita un sistema democrático para desarrollarse. Nunca fue posible ni el socialismo de mercado, con el que teorizó Óscar Lange, ni el capitalismo con «valores» asiáticos. La crisis de este continente es una evidencia más de que la planificación, dirigida por las Juntas Centrales de

Planificación socialistas o por los conglomerados político-económicos de reparto de poder y de selección de sectores estratégicos, no funciona. Asia es la última víctima de la creencia de que la economía de mercado puede «manejarse» por los poderes políticos. La economía de mercado exige democracia y reparto —claro y terminante— de poderes. Exige, en definitiva, el repliegue de los poderes políticos a los ámbitos que les son propios y donde nadie puede sustituirles: el mantenimiento de la ley y el monopolio de la violencia. En definitiva, las funciones clásicas del Estado, y ninguna otra.

Por supuesto que el éxito económico necesita, además, muchos otros ingredientes: una cultura permeable, responsabilidad individual, hábitos de respeto a la propiedad, libertad de movimientos de personas, de elección de bienes, servicios y la posibilidad de adquirir la formación necesaria sin cortapisas ideológicas, un sistema fiscal no expropiador, un gasto público moderado, un equilibrio de las cuentas públicas. En fin, las condiciones del éxito económico son tan exigentes que las posibilidades de fracaso o de problemas, incluso con un régimen democrático, son siempre elevadas. En Rusia, por ejemplo, aunque las elecciones aseguren, en teoría, una alternativa al poder, es imposible que se desarrolle una economía de mercado, pues el Estado es incapaz de recaudar impuestos que compensen los ingresos fiscales que ha dejado de percibir por su intervención en la producción de bienes y servicios.

La dolarización de parte de la economía cubana no es antecedente, ni paso previo, al capitalismo. Los precios de ese mercado en dólares no son precios de economía de mercado. Aunque habría que añadir que está anticipando un hecho, la desaparición de las monedas nacionales, inevitable en el caso de países muy abiertos al exterior, pequeños, integrados en un área económica importante. Ha sido el caso de la peseta española, del peso argentino; y lo será del peso cubano. Vivimos el mundo del patrón dólar y, probablemente, del patrón euro; y casi ninguna otra moneda.

Si, por una parte, se abandonan características muy marcadas de un sistema socialista, como la fijación de precios por decreto o la eliminación del dinero de las transacciones económicas, como se hizo en Cuba y, por otra, se distribuye la propiedad pública entre diversas organizaciones de la nomenclatura que sostienen el régimen, como se ha hecho en Rusia y se está haciendo en Cuba, el resultado tendrá apariencia de capitalismo, de economía de mercado, pero será un sistema próximo al corporativismo fascista, con nulas posibilidades de éxito y de generar riqueza para toda la población.

La enorme influencia del marxismo nos puede hacer olvidar que, en el mundo de los humanos, nada ocurre mecánicamente, automáticamente, si no hay personas que toman decisiones individuales en los momentos cruciales.

El «progreso» económico no se traduce mecánicamente en democracia; la adopción de políticas económicas menos disparatadas, aun cuando éstas logren mayores crecimientos, no aseguran que el futuro será cada vez más brillante y democrático. No hay una «estructura» de producción que exija una determinada «superestructura». Todo ese pensamiento es una patraña, sin consistencia lógica. Pero hay que admitir que la renuncia a los análisis lógicos

es omnipresente. Desde «lo importante del gato es que caza ratones» hasta «la democracia cuando se alcancen los 1.000 dólares de renta per cápita» (un ministro español en los años sesenta).

### **LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA: ¿POLÍTICA O ECONÓMICA?**

La transición política española puede interpretarse incorrectamente si se pone el acento en lo económico en lugar de en lo político.

La versión economicista de la transición española, de velada inspiración marxista, es que los cimientos políticos del franquismo habrían sido socavados por las transformaciones económicas de los años sesenta y setenta de tal forma que, cuando murió Franco, el cambio de régimen a una democracia fue poco menos que automático.

El siguiente paso en ese razonamiento es que la prosperidad económica se habría logrado gracias al efecto «corruptor» del turismo y a la capacidad de presión de los inversores extranjeros que, una vez que estuvieron asentados en España, terminaron por ejercer un gran poder, a través de la defensa de sus intereses mercantiles por la intermediación de los gobiernos de sus países de origen. La versión más rosa de este cambio inevitable convertiría a esos inversores en agentes inintencionados de la democracia, lo que no les impediría disfrutar de sus beneficios monopolísticos (si es que los lograban) en la dictadura. Si esto hubiera sido así, la italiana FIAT o el Manufacturers Hannover Bank de Estados Unidos, habrían sido dos de los catalizadores de la transición española.

La historia de la transición española es bastante más compleja, por supuesto. La realidad es que fue mucho antes, a principios de los cincuenta, al firmar acuerdos internacionales con Estados Unidos para la construcción de bases militares y con la Santa Sede para regular las actividades de la Iglesia en España cuando, por primera vez, se aceptaron límites exteriores explícitos a los poderes del franquismo. El régimen español optó por el pacto y la cesión de poderes para asegurar el poder político, pero ya con limitaciones.

A lo largo de los años cincuenta se fueron reconociendo derechos individuales económicos, por encima de los del Estado. Aunque el Estado intervenía intensamente: se fijaban oficialmente muchos precios y salarios, quién invertía, en qué sector, con qué mercado reservado, a qué tipos de interés, con qué subvenciones, quién importaba y exportaba, y a qué tipos de cambio.

En 1959, el agotamiento de las reservas de divisas anunciaba una nueva crisis económica. En esta ocasión Franco aceptó la tutela y los créditos del FMI y el Banco Mundial y apostó por la liberalización, que fue un éxito; empañado, posteriormente, por los Planes de Desarrollo, que copiaron el intervencionismo francés, en lugar de profundizar en el modelo alemán de economía social de mercado.

Lo más importante del cambio de política económica fueron las decisiones políticas, al aceptarse abiertamente que el Estado no podía sobrepasar ciertos límites aunque, en las sucesivas leyes constitucionales que se fueron aprobando, Franco conservó, hasta su muerte, el carácter de «dictador», la capacidad personal, indelegable, de alterar el ordenamiento jurídico.

Se respetó la libertad personal (excepto la política), los registros de la propiedad eran plenamente operativos y era imposible la expropiación sin indemnización. Tanto la Administración Pública como los tribunales de justicia respetaron estos principios bastante escrupulosamente, con escasas concesiones a la corrupción. El auténtico fundamento de la mejoría económica estuvo en la aceptación de la autonomía económica personal como eje central de la política de desarrollo.

Ya se ha mencionado que el crecimiento económico convivió, durante bastante tiempo, con un intervencionismo agobiante. Contradicción que se ha repetido en otros países en las primeras fases del desarrollo. Quizá porque es relativamente sencillo decidir, al margen del sistema de precios de mercado, dónde invertir: energía, agricultura, construcción, infraestructuras e industrias que cubran las necesidades más elementales de la población. Esa compatibilidad es imposible en los años noventa: la libertad de movimientos de bienes y servicios y de capitales, al tiempo que elimina el límite que la falta de capitales significó para el desarrollo económico de las décadas anteriores, reduce los sectores en los que es posible invertir sin precios de mercado.

La única forma de no equivocarse es la plena operatividad de todas las instituciones de una economía de mercado, que permita que el sistema de precios, sin intervención pública, asigne los factores de producción, evitando la tentación de elegir sectores «estratégicos» nacionales. La planificación al estilo japonés y coreano no fija oficialmente precios ni subvenciones, pero utiliza el sistema financiero nacional que se convierte, así, en un asignador de recursos al margen del sistema de precios y termina por socavar sus propios fundamentos económicos. No es una casualidad que las crisis de los países asiáticos hayan comenzado por sus sistemas financieros.

El éxito económico de Asia durante un larguísimo período no ha producido, automáticamente, cambios políticos. Por el contrario, la soberbia de los que creían posible un «capitalismo asiático» ha entorpecido y descuidado las imprescindibles reformas políticas.

Si se quisiera utilizar la transición española como ejemplo para una posible transición en Cuba, hay que hacerlo con rigor, sin minimizar los cambios políticos que ocurrieron tanto antes como después de la muerte de Franco, y sin maximizar la importancia de los cambios en algunas políticas, como el turismo y la inversión extranjera.

El cambio político español estuvo repleto de tensiones y enfrentamientos entre las diversas familias del franquismo. Pero el cambio definitivo no ocurrió hasta la muerte de Franco. Y no tuvo lugar mecánicamente. Hubo que esperar dos años, hasta 1977, momento en el que, a instancias de la Corona y bajo la dirección de Adolfo Suárez, recientemente designado Presidente del Gobierno, unas Cortes no democráticas aprobaron una Ley de Reforma Política por la que renunciaban a todos sus poderes y se abrían las puertas a la democracia.

Una posible transición cubana a la democracia y el capitalismo tiene, afortunadamente, muchos ejemplos próximos en que inspirarse. Además

de España, son especialmente relevantes los logros de Chile, Brasil y Argentina, unidos a Cuba por lazos culturales, familiares, políticos, económicos y sociales.

### **LA POLÍTICA EXTERIOR DE LAS DEMOCRACIAS**

Mientras existió la URSS y la guerra fría, no era posible, siquiera, plantearse cuál debería ser el papel de las democracias en relación con el régimen castrista. El conjunto de países formalmente socialistas y el de los incluidos en su área de influencia eran una parte sustancial de la humanidad, lo que hacía imposible un ejercicio de este tipo. La situación ha cambiado. Ese planteamiento es, ahora, una exigencia ética. Aunque ya se ha hecho mención a que hay países, entre los que se encuentra Cuba, que no reaccionan ante ningún tipo de influencia externa. ¿Qué es, en estas circunstancias, positivo, admisible o contraproducente? ¿Hay algún tipo de política que pudiera ayudar a Cuba a evolucionar hacia la democracia y la economía de mercado, durante la agonía del castrismo?

Estas difíciles preguntas no tienen respuestas obvias, máxime cuando la experiencia demuestra la habilidad del castrismo para abusar de los deseos de solidaridad de incontables países y organizaciones de todo tipo, religiosas, políticas y sociales.

Las respuestas deberían tener en cuenta la realidad internacional a que hago referencia al comienzo, la falta de alternativas del régimen, su enorme nivel de endeudamiento en todo tipo de monedas e instrumentos y la edad del dictador; y distinguir entre el ámbito de actuación político de las democracias, que incluye la concesión de ayudas, subvenciones y créditos públicos y la posible condonación de parte de la deuda externa y las actuaciones de empresas privadas, sean bancos, industrias o suministradores de servicios, que pueden decidir dar créditos, comerciar, o invertir en Cuba, sin limitación, defendiendo sus intereses, aunque sujetos, naturalmente, a las posibles reclamaciones de ciudadanos cubanos o norteamericanos que se sientan perjudicados, si han comprado bienes de su propiedad sin su consentimiento.

Desde el punto de vista público creo que es aconsejable la concesión de ayudas y subvenciones para la formación política, para las actividades de organizaciones de defensa de los derechos humanos, para la compra de medicinas y envío de alimentos en momentos determinados. Incluso para la realización de determinadas infraestructuras, como conducciones de agua y redes de saneamiento, imprescindibles para mantener el nivel de vida de la población por encima de un mínimo; aún a sabiendas de que nunca se van a recuperar los créditos públicos con que se financien.

No me parece, en cambio, aceptable otorgar nuevos créditos públicos para actividades comerciales y económicas, a menos que se condicionen a cambios políticos y económicos o a las reglas que pudiera fijar el Club de París u otros organismos internacionales, como el FMI. Tampoco parece lógico que se aseguren, con fondos públicos, inversiones privadas en Cuba, ni que se plantee una condonación de la deuda externa, posibilidades que sólo deberían ofre-

cerse a un régimen democrático o cuando se hubieran llevando a cabo reformas políticas y económicas significativas.

Si difícil es acertar con las recetas, más complicado aún es garantizar un resultado, porque el régimen ha demostrado que está dispuesto a interpretar cualquier signo de generosidad como debilidad. Al margen de que ha conseguido vivir cuarenta años explotando la actividad productiva de otras sociedades.

La economía del castrismo comenzó a funcionar aprovechando las infraestructuras, inversiones y formación de la mano de obra costeadas antes de la Revolución; después, durante treinta años convirtió a la URSS en el mayor donante de ayuda internacional de la edad moderna; al tiempo que era capaz de presentar una cara tecnocrática y rigurosa a banqueros y autoridades políticas occidentales, que concedieron créditos superiores a los 8.000 millones de dólares; ahora, la explotación alcanza a los exiliados, a los que se permite enviar transferencias a sus familias, tras años de despreciarlos e insultarlos; finalmente, busca desesperadamente inversores extranjeros, a los que ofrece participar en los monopolios públicos, a precios mucho más bajos de los que se fijarían en un mercado abierto y competitivo renunciando, en gran parte, a ingresos futuros mucho más sustanciales y a otras condiciones que suelen existir en los casos de privatización de las principales empresas públicas. Lo importante para el castrismo es sobrevivir, no ser creativo o productivo y sólo sabe hacerlo a costa del trabajo de los demás.

Una revisión de este tipo puede ser descorazonadora y destructiva. Es el ejercicio que no hay que hacer. No tiene ningún interés seguir escudriñando en el pasado. Hay que hacer el esfuerzo de mirar al futuro y analizar, sin pasión, sabiendo que el castrismo ha fracasado, qué políticas internas podrían ser positivas en el post-castrismo y cuál podría ser la política exterior de países que tienen interés en Cuba, como España y Estados Unidos.

Desde este punto de vista sería mejor para los cubanos que Estados Unidos levantara el embargo, que el turismo se desarrollara, que se incrementaran los programas de ayuda exterior para la formación de dirigentes y profesionales y que no se cedieran a empresas extranjeras mercados fundamentales para el desarrollo posterior del país. Por supuesto que el castrismo se aprovecharía de los ingresos recibidos y de los resultados positivos de los cambios para restringir otras actividades productivas autónomas; el resultado final sería un juego de suma cero. Pero, quizá prepararía a muchos cubanos para el post-castrismo. Ya he mencionado lo positivo de la dolarización. Lo negativo es que la intensificación de este funcionamiento económico con dos monedas (o tres, si se tienen en cuenta los precios artificiales de los productos que se consiguen todavía en las libretas de racionamiento) agudiza las divisiones en la sociedad cubana, entre quienes tienen dólares (porque tienen familia en el exterior que les ayuda, o consiguen dinero del turismo o son miembros de la nomenclatura) y los que trabajan en actividades económicas que se pagan en pesos.

El levantamiento del embargo y el aumento de inversiones extranjeras en turismo no afianzaría más al régimen, pero el mantenimiento del embargo y la paralización de inversiones tampoco ayudarían a socavarlo. Simplemente,

no son hoy cambios suficientemente significativos, aunque durante muchos años la batalla política se haya dado en torno a esas ideas.

#### **EL LEVANTAMIENTO DEL EMBARGO**

Si se acepta que el castrismo ha dejado de ser una amenaza militar para los Estados Unidos, como acaba de hacer el Consejo de Seguridad Nacional Norteamericano, la política del embargo pierde su principal fundamento. Durante más de treinta años el régimen castrista ha utilizado todos los recursos económicos a su disposición, cedidos principalmente por la URSS, para desestabilizar política y militarmente a los países considerados enemigos. En esos años, algunos de gran bonanza económica, se sacrificó el crecimiento económico y el nivel de vida de la población a los juegos de guerra del dictador. Hoy, las amenazas para el exterior sólo pueden ser retóricas, si bien, en el interior, las persecuciones, la violencia y la intimidación siguen siendo la norma de comportamiento habitual.

No están resueltos los problemas jurídicos derivados de las expropiaciones sin compensación de ciudadanos norteamericanos, por lo que cualquier decisión unilateral por parte del Gobierno de Estados Unidos sólo podría derivarse de su generosidad o de un nuevo planteamiento político. En el caso de los cubanos todas las organizaciones importantes del exilio han declarado formalmente que nunca se reclamará la vivienda a sus actuales ocupantes.

Desde un punto de vista económico, el embargo ha desplazado el comercio tradicional de Cuba con Estados Unidos hacia otros países desarrollados. No puede decirse que haya sido una buena operación económica para las autoridades públicas y los bancos de los países occidentales, aunque sí para muchas empresas exportadoras, que han cobrado de sus aseguradores públicos (en su mayoría) o privados.

Mientras, y desde hace tiempo, las importaciones cubanas se hacen previo pago, al contado o con créditos revolving, con límites máximos congelados; excepto en el caso de España, que recientemente (1997) autorizó una extensión de los créditos —inmediatamente utilizados e impagados— superior a los diez millones de dólares. Los pagos aplazados conllevan tipos de interés elevadísimos, como corresponde a un país de nula fiabilidad.

Esta situación no iba a cambiar aunque se levantara el embargo. Las exportaciones españolas o canadienses serían sustituidas por las de Estados Unidos, pero no es imaginable un aumento del crédito externo de Cuba. Lo importante de ese paso es que acercaría la economía cubana a su ámbito geográfico, tecnológico y económico natural.

Podría parecer que lo peor de la crisis económica ya ha pasado y que es imposible que el nivel de vida descienda todavía más. Quizá es cierto lo segundo, pero la estructura productiva de la economía cubana sigue siendo una espantosa combinación de obsoletas tecnologías socialistas, hoy desaparecidas, con repuestos de las más diversas procedencias. El levantamiento del embargo reorientaría el comercio y haría desaparecer el complejo industrial que todavía subsiste en Cuba. Sería un nuevo shock para la economía cubana.

Un shock inevitable, que sería compensado, probablemente, por sustanciales ahorros en lo que queda del sistema productivo.

#### **LA DERROTA DEL CASTRISMO. UN FUTURO PROMETEDOR**

Los cambios de política económica que han tenido lugar en Cuba desde 1990 son mucho más profundos de lo que es aparente a primera vista. El turismo es la principal actividad económica, por delante de la producción de azúcar, después de que, durante más de treinta años, desde 1959 a 1990, el líder máximo asegurara que «esa lacra» no volvería jamás a la isla. Y, de hecho, en ese período, disminuyó el número de camas de la industria hotelera y los ingresos por turismo.

El segundo gran cambio es que la principal fuente de divisas no es ni el turismo ni la exportación de azúcar, sino las transferencias de los exiliados cubanos. Las familias cubanas, mayoritariamente acogidas por Estados Unidos, han roto el embargo y han forzado, simultáneamente, a las autoridades cubanas a cambiar el discurso respecto al grueso de los que han podido dejar la isla, han huido o han sido expulsados; aunque el respeto temeroso e interesado que los exiliados inspiran a las autoridades se intente ocultar con palabras gruesas contra todo tipo de organizaciones en el exilio.

Dos piezas básicas del futuro económico de la isla —el turismo y las transferencias de los exiliados cubanos— se han consolidado en estos años de decadencia del dictador. Como era de esperar los cambios, a pesar de su calado, no han significado nada para el bienestar general de la población. Han servido, y es mucho, para evitar la extensión del hambre. Pero no se ha logrado más porque, para el líder máximo, un aumento del bienestar podría generar sentimientos de independencia individual.

La tercera pieza del futuro económico de Cuba, la reforma agraria, la devolución de la tierra y la libertad a los campesinos, ha demostrado ya varias veces sus posibilidades de éxito, en momentos de escasez de alimentos. En una primera ocasión, a finales de los setenta, el ensayo de apertura coincidió con una época de reformas imposibles, pero bienintencionadas, en el campo socialista; la segunda ocasión, el período especial, no se ha cerrado del todo. En ambos casos se permitió a los campesinos producir para vender en lo que se denominaron, «mercados libres campesinos». Al éxito acompañó, como no podía menos de ocurrir, la acumulación de cierta cantidad de dinero fiduciario en manos de los agricultores. Un riesgo excesivo para el líder máximo que, en cuanto pudo, dio marcha atrás, a sabiendas de que la producción agraria volvería a resentirse. A pesar de las atrocidades perpetradas por el líder máximo en el campo cubano —su finca personal de experimentación— los campesinos parecen conservar los conocimientos suficientes para volver a alimentar a la población; incluso para exportar, como se hacía antes de la Revolución. La vuelta atrás, por dos veces, en una política que se había demostrado eficaz en momentos de gran necesidad de alimentos demuestra, mejor que ninguna otra explicación, en qué consiste la política económica del castrismo.

El régimen dedica todos sus esfuerzos a lograr fondos de terceros con los que sobrevivir siempre que su consecución no consolide la autonomía econó-

mica personal en Cuba. Se fomenta el turismo en la medida en que la acumulación de capital se produce en compañías extranjeras (ahora, participadas también por parte de la nomenclatura) y acepta las transferencias de los exiliados, porque a los que las reciben les permite comprar alimentos, pero no tolera actividades productivas, como la agricultura en libertad, porque genera ahorros, confianza, independencia económica y autonomía. El auténtico enemigo.

La combinación de estas potencialidades: atractivo para el turismo, una colonia de exiliados numerosa y caritativa y un sector agrario productivo, no dejarían de ser un conjunto de factores positivos que se repiten en otros países que no consiguen un desarrollo sostenido. Pero Cuba tiene otra característica, su proximidad geográfica, cultural y ahora, gracias al exilio, étnica y política, con los Estados Unidos, que multiplica sus posibilidades de éxito.

Tiene Cuba, además, otro rasgo que la diferencia de muchos países latinoamericanos: el elevado nivel cultural y los hábitos de trabajo de la población. Antes de la Revolución, esas características se tradujeron en éxito económico. En 1958 Cuba tenía una renta per cápita y una tasa de alfabetización más altas que las de España en esos mismos años. Lo significativo de este rasgo es que, de entre los países europeos que se han liberado del comunismo, están teniendo más éxito los que antes del comunismo tenían tradiciones de libertad política, de logros económicos y los que contaban con un mayor nivel de formación académica, técnica y profesional. Para Cuba es un rayo de esperanza saber que el despotismo comunista no ha logrado destruir totalmente las tradiciones de libertad y responsabilidad personal, al menos en Europa. El sentir general de los que tienen contactos en los cuadros medios cubanos es que, con otro sistema político y económico que les devolviera la iniciativa, se recuperaría rápidamente el nivel de muchas actividades, aunque los mejores colegios y universidades hayan desaparecido y los conocimientos tecnológicos hayan quedado obsoletos.

Desgraciadamente, hay otros factores que podrían afectar negativamente el futuro económico, una vez desaparecido el castrismo. En primer lugar, el grado de deterioro de las infraestructuras, de las viviendas, de la producción y suministro de electricidad, el abastecimiento de agua, la red de saneamiento, las carreteras, los ferrocarriles y los puertos, que han entrado en un punto de no retorno. Cuanto más tiempo transcurra en las actuales circunstancias más difícil será la recuperación, porque habrá que invertir una ingente cantidad de recursos en estos sectores antes de poder sostener, con estabilidad, cualquier otra actividad productiva. En segundo lugar, la población sigue escapándose de la isla, aprovechando viajes de negocios o encuentros deportivos o políticos o en balsas o a través de conexiones de familiares o jugando a la lotería americana. Mientras que los que se significan profesional o políticamente o en defensa de los derechos humanos son expulsados de su propio país, sin explicaciones ni posibilidades de retornar. En tercer lugar, la carencia de servicios básicos, la falta de medios para la educación y la sanidad, debe estar haciendo mella en el nivel formativo, la cultura y el carácter de las generaciones más jóvenes de cubanos.

¿Y cuál es el papel de la inversión extranjera? ¿Podría dinamizar el país, ayudar a preparar la economía para después de la desaparición del líder máximo? Creo que hay que distinguir entre los sectores en que se invierte. Hay un interés cierto por invertir en turismo, en hoteles; en parte por conseguir las rentas de situación de una posición monopolista negociada con el Estado cubano y, en parte, por estar bien situados, para cuando el turismo sea una industria verdaderamente importante. Al margen de los problemas legales que puedan encontrarse los que inviertan en inmuebles o propiedades de personas que han sido expropiadas sin indemnización y de la reacción de la población cubana cuando sean libres, ante quien ha discriminado entre los cubanos, con y sin dólares. Pero cuanto más personal especializado y formado en turismo exista en la isla, mejor para la economía cubana.

Así como es inevitable que se produzca una drástica reducción del comercio hispano-cubano tan pronto se levante el embargo, también es lógico esperar una presencia masiva de inversores españoles en los sectores en que las empresas españolas son más competitivas: banca, construcción, electricidad, gas, petróleo, teléfonos y comunicaciones. Al contrario que en el caso del turismo, no es previsible que, a corto plazo, se produzca ninguna inversión significativa en ninguno de estos sectores, porque los resultados serían económicamente catastróficos. Y si se alcanzaran acuerdos podrían ser negativos para el futuro por las razones ya expuestas.

Podría parecer que todos estos activos: turismo, emigrantes, agricultura y potenciales inversores extranjeros no son suficientes para desarrollar la economía cubana en el futuro. Quiero recordar, a los que así razonan, que la espina dorsal de la economía española sigue siendo el turismo, donde se contabilizan 13.000 hoteles, la mayor parte propiedad de empresas familiares, que consiguen ingresos anuales, en divisas, superiores a los 26.000 millones de dólares, con unas ventas totales que sobrepasan el 10% del PIB español. Gracias al turismo y, durante años cruciales, gracias también a los ingresos por las exportaciones agrarias, se ha podido capitalizar España. Al igual que ya ocurre con Cuba, también los emigrantes españoles equilibraron la balanza de pagos durante muchos años con las transferencias a sus familias. Y, siguiendo con las comparaciones, la inversión extranjera aportó tecnología, preparó a la mano de obra y exportó. Finalmente, todos estos factores positivos fueron potenciados por la situación geográfica de España, nuestra auténtica renta de situación, al sur de una Europa cada vez más próspera, con más ocio y más posibilidades de gasto e inversión. Como Cuba respecto a Estados Unidos.

Pero, volviendo al principio, en el caso de España, todo ello fue posible porque hubo un cambio político, porque los dirigentes de los años finales del franquismo, a lo largo de un extenso período, fueron respetuosos con las leyes, excepto con las que reconocían derechos políticos, y muerto Franco renunciaron a sus poderes, permitiendo la plena democratización. El cambio político no fue una consecuencia del éxito económico. Durante mucho tiempo fueron de la mano; hasta que la democratización nos abrió las puertas de Europa.

Si la actual clase dirigente cubana no es capaz de democratizar el país cuando Castro desaparezca, todas esas posibilidades no ocurrirán; el país se deslizará hacia la corrupción al estilo ruso, consumando la traición de Castro a los principios que movieron a la población cubana para levantarse contra la tiranía de Batista.

En las actuales circunstancias de la economía cubana y de las relaciones políticas internacionales los grandes temas no son el embargo y las inversiones extranjeras, sino la búsqueda de medios materiales, de fondos públicos y privados extranjeros, para transmitir formación e información, para ayudar y explicar a los potenciales dirigentes cubanos que lo auténticamente importante es el cambio político, la división de poderes, el respeto a los derechos de propiedad y la independencia de la justicia.



Alberto Recarte  
Compositor  
San Francisco, CA

## ***Encuentro,* entre la isla y el exilio**

François Masperó

(Entrevista a Jesús Díaz publicada en *Le Monde*, viernes 29 de mayo, 1998)

*La revista creada en 1996 por Jesús Díaz ha abierto un espacio de debate donde se encuentran los intelectuales exiliados y los que permanecen en Cuba. Puente de unión por encima de todos los antagonismos, Encuentro ha revelado una nueva generación de escritores cubanos.*

**D**ESPUÉS DE MÁS DE TREINTA AÑOS DE ruptura, de rechazos mutuos y de anatemas, los cubanos que viven en la Isla y en el exilio han decidido dialogar y publicar juntos: así nació en 1996 en Madrid la revista *Encuentro de la cultura cubana*, cuyo fundador, Jesús Díaz, afirma que «la cultura cubana es una»:

«La revista dio respuesta a una necesidad profunda. Un lugar de encuentro democrático, donde sean al fin superados los antagonismos: no sólo aquéllos que oponen La Habana a Miami, sino los que existen en el interior del exilio y en el interior de la Isla. De tres mil ejemplares de tirada, mil se envían a Cuba a través de amigos, viajeros... En la Isla, cada ejemplar lo leen más de treinta personas. La policía ha visitado a nuestros amigos y colaboradores, pero ellos han decidido continuar».

— *Después de siete números, casi todo aquel que cuenta en una vida cultural «trágicamente fragmentada» ha encontrado su espacio en la revista. Lugar de encuentro entre contemporáneos, es también una encrucijada de generaciones, retomando la tradición de revistas culturales cubanas como la Revista de Avance en los años 30 y Orígenes en los 40. Años dominados por dos grandes figuras: Alejo Carpentier y José Lezama Lima.*

— «Lezama Lima decía: «Un país frustrado en lo esencial político puede encontrar su expresión en cotos de mayor realeza». Para él, como para sus contemporáneos Eliseo Diego y el propio Virgilio Piñera, que cultivó más la prosa, esta realidad más vasta era la poesía. Ésta es la causa de la actualidad de Lezama, la razón por la cual tantos jóvenes cubanos se reconocen en él, en nuestra Isla siempre frustrada en su esencial político. Carpentier, por el contrario, está pasando por un eclipse, lo que es injusto ya que, a mi entender, es un modelo absoluto: *El Siglo de las Luces* será siempre un monumento de la lengua española. Ese eclipse se debe probablemente a que durante los primeros años del castrismo él ocupó, como Nicolás Guillén, un primer plano, mientras que Lezama Lima continuaba viviendo como siempre había vivido, apartado. También es cierto que Lezama, quien como todos, había acogido con entusiasmo la victoria de la revolución, no podía ser bien recibido a la larga por el régimen que se proclamó comunista: lo dejaron publicar *Paradiso*, pero terminó sus días en un vacío, una trayectoria amarga que no sólo le tocó vivir a él: al final de los años 60 toda la intelligentsia cubana estaba bajo

sospecha. Aunque no fueran perseguidos abiertamente, los escritores de la generación de Orígenes fueron hostigados, negados».

«En 1959, con el triunfo de la revolución, apareció una generación, la de *Lunes de Revolución* —el suplemento del periódico *Revolución*— aunque Guillermo Cabrera Infante, Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla habían publicado antes. Casi todos estaban marcados por una fuerte influencia de la poesía anglosajona —Eliot, Pound, Auden, Whitman— lo que les permitió romper con una cierta retórica hispánica. Además del grupo de *Lunes*, hay que citar a Fayad Jamís, influenciado por la poesía francesa, a Roberto Fernández Retamar, a Manuel Díaz Martínez. Esa generación, que creyó en la revolución, se ha dividido: Cabrera Infante partió muy pronto, después de la publicación de *Tres tristes tigres*, al igual que Eduardo Manet y Severo Sarduy (pese a que éste último se mantuvo al margen de todo activismo político) quienes se establecieron en Francia; Padilla, para mí el mejor poeta de esa etapa, acabó instalándose en los Estados Unidos; Manuel Díaz Martínez, de formación comunista, sin embargo, firmó en 1991 la «Carta de los Diez» (reclamando la democratización de la vida política) y ha encontrado refugio en Canarias... Otros se han quedado: con una gran dignidad, como el poeta César López o con ambigüedades, como Pablo Armando Fernández, o incluso con servilismo como Retamar».

«La generación siguiente es la mía, la de *El Caimán Barbudo*, que comienza en 1965, prefigurada por una pequeña editora, El Puente, en la que publicaron por primera vez Miguel Barnet, la poeta Nancy Morejón. Aparecen entonces Raúl Rivero, Luis Rogelio Noguera, Guillermo Rodríguez Rivera, Reinaldo Arenas... Aquí una vez más los destinos se separan, después de la liquidación del grupo de *El Caimán* en el 68. Luis Rogelio Noguera, el mejor poeta del grupo, murió

en Cuba; la trayectoria de Arenas es conocida, muerto en el exilio; Barnet sigue en Cuba; Rodríguez Rivera enseña en La Habana y no duda en publicar en *Encuentro*; Rivero también vive allí, ha fundado una agencia de prensa independiente y continúa escribiendo poesía cada vez más depurada, con un coraje cívico excepcional, pese a prisiones y persecuciones.

— Y, hoy en día, ¿podría hablarse de una generación de *Encuentro*?

— «Lo más importante es el surgimiento de un grupo de ensayistas, historiadores, aspirantes a filósofos que se han propuesto como meta pensar el país. Mi generación, después del fracaso de nuestra tentativa de reflexión crítica en la revista *Pensamiento Crítico*, ha sido, por fuerza, una generación de silencio. Y he aquí que ahora emerge un grupo de escritores en la treintena, algunos del interior, otros del exterior, que comienzan a producir un trabajo de interpretación de nuestra realidad de alto nivel. Entre ellos: Rafael Rojas, que vive en México y ha publicado en Madrid un libro admirable, *El arte de la espera*; Iván de la Nuez, que organizó en Barcelona una gran exposición «La Isla Posible»; Emilio Ichikawa, filósofo y poeta, que vive en Cuba».

«Esta generación también tiene sus poetas y sus novelistas, víctimas ellos mismos en algunos casos de la tragedia de Cuba. Pienso en Raúl Hernández, poeta que se suicidó en La Habana a los 30 años; en Guillermo Rosales, autor de una maravillosa novela poco conocida, *Boarding Home*, que se suicidó en Miami. Pienso en Carlos Victoria, que vive en Miami y en su novela *Puente en la oscuridad*, de un humor feroz; en Julio Miranda, instalado en Venezuela, autor de *Casa de Cuba*, que transcurre en París, en la Ciudad Universitaria de los años 60. En estos días aparece en Madrid una obra importante, de un novelista que vive en Cuba, Abilio Estévez: *Tuyo es el reino*. Todos los nombres que he citado son colaboradores habituales de *Encuentro*.

— ¿Y los novelistas más conocidos en Europa, de los que el periódico español El País ha dicho que constituyen un «boom de la literatura cubana», como Zoe Valdés, Mayra Montero y otros?

— «Los autores a los que me he referido están impregnados de nuestra realidad: son duros —duros tanto para el castrismo como para el exilio— y expresan como nunca la gran frustración de sus personajes y de su pueblo. El éxito comercial de Zoe Valdés proviene de que ella escribe lo que cierta parte del público europeo desea leer: una dosis de feminismo, una dosis de sexo, una dosis de desarraigo, una pizca de Lezama Lima. Es una forma de turismo literario, en el momento en que Cuba se convierte en un paraíso del sexo barato. Se ha comercializado la tragedia cubana. La literatura, la verdadera, es el lugar imposible donde tratan de expresarse la tragedia y la comedia, el abismo y la ambigüedad entre los que se mueve este siglo; toda la complejidad del destino humano. Son necesarias la lucidez y la locura y no una fuga hacia unos personajes que no son otra cosa que marionetas ideológicas. El caso de Mayra Montero es diferente: escritora auténtica, en Puerto Rico, donde vive, no se le reconoce, y en Cuba no se le considera cubana; se encuentra en un vacío que es la expresión misma de las circunstancias que vive su país. Se ha refugiado en el mundo de Haití, que conoce bien y al que da vida con un estilo personal y mucha fuerza.

— Este «vacío» que pueden sentir los que viven la tragedia cubana, se diría que su revista se ha propuesto llenarlo no sólo por vía del análisis de la realidad actual, sino también por un retorno sobre el pasado, sobre ciertas «palabras perdidas» (como el título de una de sus novelas) de la historia, de personajes olvidados...

— «Es preciso ajustar cuentas con los mitos, tanto con los de La Habana como con los de Miami. Esclarecer nuestra historia —por ejemplo, terminar con la visión de una guerra de independencia en la que los americanos intervinieron en el momento en que la victoria cubana era un hecho, lo que es falso. Tratar aquellos problemas que constituyen parte esencial de nuestra historia —por ejemplo, la situación actual del negro y sus perspectivas. Reunir las piezas dispersas de nuestra cultura —es lo que hemos hecho rescatando del olvido una figura como la de Jorge Mañach, pensador de los años 30, uno de los más penetrantes que hemos tenido. Terminar también con el mito de la excepcionalidad del caso cubano, que impediría toda solución alternativa al régimen: en nuestro número 6/7 se hace un análisis del fin de los regímenes autoritarios en España, Portugal, América Latina y Europa del Este, lo que permite avanzar en esta dirección. Lo esencial es que encontramos cada vez más complicidades, que actuamos como un amante que cada día encuentra más lazos de unión».

# ¿Requiem por Amistad 404?

Carlos Luis Rodríguez

(Publicado en *Palabra Nueva*, Año V, nº 56, La Habana, marzo-abril 1997)

*La casa que la luz fuerte derriba / me  
da un gusto de polvo en la garganta,  
deshumbra / como un dolor su lenta de-  
cisión de morir, su fatigosa / decisión  
de morir, su pena inmensa.*

«La Ruina»  
ELISEO DIEGO

**D**E PASO POR LA CALLE AMISTAD, EN LA barriada de Centro Habana, no pude menos que detener mi andar y presenciar que parte del edificio donde habitara el compositor y director cubano Gonzalo Roig (1890-1970) es sólo ruinas, todo ha quedado entre vigas desgarradas, polvo y los picos que van demoliendo lo que quedó en pie. Cuántos recuerdos vinieron a la memoria en ese instante, muy especialmente las tardes de sábado en que allí nos reuníamos poetas y músicos en la habitual peña o tertulia que convocaba Zoila Salomón, viuda de Roig. Aquella casona del primer piso parecía detenida en el tiempo, en un tiempo que no conocía de restauración capital o parcial, en un tiempo que iba más allá de palabras y de alguna composición nacida en ese espacio tan familiar y lleno de vivencias.

Las impresiones que me transmiten Zoila Salomón, su hija Mayra Pastrana y Dulcila

Cañizares en entrevistas realizadas con respecto a este derrumbe no son menos que conmovedoras y reflexivas. A mi entender algo tan terrible bien se pudo evitar.

**C. R.:** Me gustaría que ustedes tres, tan vinculadas al maestro Gonzalo Roig, me comentaran recuerdos relacionados con la casona de Amistad 404.

**D. C.:** La primera vez que estuve en Amistad 404 fue para solicitarle una entrevista al maestro Roig, en 1970. Luego estuve dos tardes más con él. Pero el primer recuerdo es la gran sala, con sus paredes cubiertas de fotografías y pinturas; las vitrinas de su colección de perritos, batutas, trofeos y objetos que eran golosina para los ojos de un investigador; el busto que le hiciera Gelabert, sus bastones en la antigua bastonera, el piano y su sillón. Casi todos tenemos un lugar preferido para descansar, leer, conversar con los amigos, y Roig tenía el suyo, único lugar donde se sentaba en la sala, con la excepción de la butaca del piano, cuando tocaba. Era un sillón viejo, con el fondo remendado con madera y un cojín que atenuaba su dureza. No era más que un viejo sillón, pero era «el sillón del Maestro», y para mí, como para muchos de sus amigos, devino símbolo, lugar casi sagrado en el que —lo confieso— no me atrevía a sentarme, porque hubiera sido una falta de respeto, casi una profanación.

Recuerdo con detalles precisos la primera vez que vi a Gonzalo Roig en su casa. Eran más de las cuatro de la tarde y Zoila Salomón —a quien tampoco conocía personalmente— me recibió y me pidió que esperara, porque el Maestro estaba durmiendo su respetada siesta. Me senté en la sala y me detuve en el entorno, que tenía un sello muy personal. De pronto sentí pasos que se acercaban por la habitación contigua a la sala y vi que se acercaba un viejecito con grandes dificultades para caminar. Zoila lo traía del brazo y sus pasos eran cortos, inseguros. Daba una impresión de fragilidad, de vencimiento físico. Me impresionó verlo tan anciano, porque hacía mucho que no aparecía por ninguna parte y la imagen que guardaba de él era bien distinta a la que tenía ante mí. Saludó y se sentó, siempre ayudado por Zoila, en su sillón. Empezamos a conversar y le expliqué que quería una entrevista en la cual me hiciera una panorámica de la música en la primera década de este siglo, para un estudio sobre el Barrio de San Isidro que tendría como hilo conductor a Alberto Yarini, el famoso proxeneta. Entre otras cosas, yo deseaba romper «el mito Yarini». Cuando comenzó a hablar, una anécdota se enlazaba con otra y sus carcajadas eran contagiosas, alegres, agradables. Su conversación era inacabable y yo me sentí alucinada, porque, de pronto, dejé de verlo viejo. Era su magia. Durante aquellas tres tardes me envolvió en una especie de sortilegio, de inolvidable hechizo. Habló de lo que le pregunté y de lo que se le ocurrió, de recuerdos de su infancia, su abuela, su música, aparte de las preguntas que le hice. Fueron tres tardes de encanto, de poesía, de risas y carcajadas, de ternuras y recuentos: horas en que me habló bien, regular y mal de muchas personas vivas y muertas. Fueron un inolvidable regalo que me hizo la vida aquellas tardes junto al maestro Roig, hechicero de la palabra y la carcajada y de lograr que los espejuelos, casi en la

punta de la nariz, no se le cayeran y le sirvieran, increíblemente, para ver. Tres meses más tarde falleció Gonzalo Roig y pasado un tiempo su viuda me solicitó que hiciera su biografía. A partir de entonces, Amistad 404 se convirtió en mi segunda casa, gracias a la bondad y la confianza que Zoila depositó en mí. Me permitió registrar hasta el último cajón, las gavetas de los viejos escaparates, el archivo de Roig. Todo, todo... Esa casa dejó de tener misterios para mí, aunque, de manera inevitable, era ella misma un misterio. Supe que había tenido una enredadera de rosas amarillas en el patio central, donde Zoila sembró disímiles plantas en vasijas de cualquier tipo, que me encantaban. Cuando finalicé la biografía del Maestro, me alejé físicamente de la casona, aunque siempre mantuve conversaciones telefónicas con Zoila. Un día me dijo que habían apuntalado la sala, porque su estado era cada vez peor. Fui para allá y me invadió una sorda tristeza: me dolía que la casa del maestro Gonzalo Roig estuviera en ese mal estado de conservación. He estado al tanto para solucionar la reconstrucción del edificio, pero el derrumbe me dejó anonadada. La existencia de sus muebles, sus vitrinas, los cuadros, sus enormes fotografías, el piano de cola, los libros, el sello personal de aquella sala, se han perdido para siempre.

**Z. S.:** Estoy muy disgustada, no por mí, sino por Gonzalo Roig; es su memoria la que hay que salvar. Él fue una persona que lo dio todo por Cuba, y en Cuba. Yo comienzo a vivir en Amistad 404 cuando él enferma, en 1967. Su familia ya lo había abandonado. Siempre respeté sus hábitos de diario vivir. Yo siempre lo priorizaba por encima de mi familia, tomó mucha dependencia conmigo. Estoy segura de que él murió satisfecho de mi deber cumplido. Yo sabía lo que él significaba, no sólo en el plano personal sino también como músico. *Quiéreme mucho* es casi nuestro segundo himno nacional.

**C. R.:** ¿Poseía Roig un carácter místico, de personalidad compleja?

**Z. S.:** Roig, como todo ser humano, y como artista al fin, unos días andaba con los pies y otros con la cabeza. Afable, tierno, caballeroso, por momentos lo invadía un mal carácter...

**D. C.:** Pero también muy jaranero, muy conversador, te maravillaba platicar con él.

**Z. S.:** Era una persona de muchos proyectos, meses antes de morir tenía grandes planes de componer.

**C. R.:** ¿Entre esos planes inconclusos se podría mencionar la ópera *Francisco*?

**Z. S.:** Roig me planteó un día que tenía el primer acto y el segundo, pero en su mente; ya la facilidad para escribir, que no poseía, no le permitía plasmarlo en el papel. Muchas otras composiciones se perdieron. Recuerdo una anécdota de Roig que me contó estando en un pueblo del interior; allí alguien se le acercó y le mostró una composición escrita sobre un mantel, de papel o de tela. Roig al verla le dijo que era bonita, que estaba bien elaborada, el individuo le replicó que ésa era de él. Dime, ¿dónde crees que quedó eso?

**C. R.:** ¿Roig nunca le planteó la posibilidad de mudarse?

**Z. S.:** No, él nunca saldría de allí, ése era su espacio, la casa de su abuela Magina. Aquello era algo que él veneraba por encima de todo. Ésta es también una posible respuesta al carácter místico que él poseía y que me preguntabas anteriormente. Su fe era muy abierta, y entre sus amigos se podían contar los que profesaban las más variadas creencias religiosas.

**C. R.:** La partida de la familia Roig hacia el exterior, ¿cree usted que afectó su delicado estado de salud?

**Z. S.:** Sí, muy especialmente la de su nieta Cecilia, por quien sentía una gran devoción. En diciembre de 1969 partieron su hija Matilde y su nieta. Seis meses después él falleció.

**D. C.:** Es cierto Zoila, pero también se afectó luego de que se marchara su hija Magina.

**Z. S.:** Puede ser, pero lo que él nunca aceptó fue abandonar Cuba. Oportunidades tuvo de sobra y nunca aceptó alguna, ni siquiera las presiones familiares.

**C. R.:** A partir del fallecimiento de Roig, ¿cómo ha logrado usted mantener viva la personalidad de este artista?

**Z. S.:** Entre otras cosas he tratado de mantener una Peña que, primero, tuve en la casa de Amistad, y por el temor de un posible derrumbe la suspendí. En la actualidad se realiza en la Galería Galiano.

**C. R.:** Esta peña quedó interrumpida y con ella toda la labor dentro de la casa por la aprobación de un proyecto de restauración en el año 1984. Mayra, ¿en qué consistía ese proyecto, en qué devino, quedó tronchado con el derrumbe, se mantienen los planes iniciales?

**M. P.:** Espero que se puedan llevar a efecto, incluso se ha ratificado para acometerlo, a pesar del derrumbe. El Poder Popular en un principio no contempló en sus planes la restauración del inmueble, tiempo después se aprobó un plan en el que no sólo interviene este organismo, se unen otras instituciones y personalidades. Después tomó fuerzas y auge: se confeccionó un proyecto cultural que abarcaba no sólo la restauración y reconstrucción de la casa, sino, además, la creación de un complejo cultural que ocuparía todo el edificio. El grupo decidió incorporar el segundo piso, pero allí vive una familia a la que hay que ubicar en otra casa. Una vez hecho esto, empezarán todas las obras. La casa para esa familia nunca apareció. El dinero para la inversión está garantizado tanto en moneda nacional como en divisas. Ésta última fue aprobada por la Oficina del Historiador.

Durante el pasado año, mi madre y yo trasladamos para mi casa muchas pertenencias de Roig, las más frágiles y las de más valor, previendo un derrumbe. Incluso tratamos de que

el Instituto de la Música se llevara el piano para una total reparación, pero jamás se hizo.

En la madrugada del jueves 30 de enero ocurrió el derrumbe de la sala y el estudio continuo. Todo lo que allí había se perdió: el piano, el busto de Gelabert, los estantes y librerías, el sillón de Roig... Aún no te puedo precisar las pérdidas.

Hay un apoyo, por lo menos verbal, incluso material en muchos aspectos, para mantener y priorizar la reconstrucción. Te repito, no sé en qué termine toda esta desagradable situación.

**D. C:** Espero que se realicen los trabajos de reconstrucción pero, por desgracia, ya nunca será como fue, porque aquel sello de Gonzalo Roig, sus huellas, el viejo sillón donde se sentaba, ya han desaparecido para siempre.

Salvar este recinto es también salvar la memoria, la identidad cultural de nuestra patria. La razón y las buenas intenciones deben imponerse más allá de tantas limitaciones. Los cubanos agradeceríamos ver levantada de sus ruinas la casona de Amistad 404.



# LETRA

---

## INTERNACIONAL

N.º 57 (Julio-Agosto 1998)

### ESTUDIOS CULTURALES Y CRÍTICA LITERARIA

Beatriz Sarlo

**YAŞAR KEMAL. EL ABOGADO DE LOS DERECHOS HUMANOS**

Günter Grass

---

### TODO ES AJEDREZ

José Lezama Lima, Ricardo Calvo, Juan Benet,

Joaquín P. de Arriaga, José Luis de Aranguren, Josep Mercadé Riambau,

Jorge Guillén, Ramón Gómez de la Serna, René Mayer,

Juan Cueto, Juan María Solare, Fernando Savater,

Eduardo Scala, Javier Echeverría

---

### EL PENÚLTIMO

Amelia Valcárcel

---

J. M. Caballero Bonald • M. Rubio • Oscar Scopa

Manuel Rico • Soledad Puértolas • M. R. Barnatán

Suscripción 6 números:

España:		4.800 ptas.
Europa:	correo ordinario	5.500 ptas.
	correo aéreo	7.100 ptas.
América:	correo aéreo	7.500 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

**Redacción y Administración:**

Monte Esquinza, 30 2.º dcha.

Tel.: 91 310 46 96 - Fax: 91 319 45 85 - 28010 Madrid

# Bestiario

Juan Leyva Guerra

## CAMALEONES

Jonás 2

*Entonces oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez,*

2 y dijo:

*Invocé en mi angustia a Jehová,*

*y él me oyó;*

*Desde el seno del Seol clamé,*

*Y mi voz oíste:*

Saurios sin melena, cola prensil, lengua ajustable. Son los primeros en rajarse ante el miedo y amoldarse a los planos macabros de los jefes. Estos saurios en época de revolución se metamorfosean: La escama se le hace piel, el pico calcáreo se le vuelve sonrisa y boca. Su disfraz es tan adecuado que se acercan a la invisibilidad, confundiendo con cualquier pacífico implume. Sólo lo pierde su afición a la mujer del hermano, a las bestias del vecino, a las cosechas de los otros. Mueren con las caras inocentes vendadas, arrastrando rodillas, lágrimas y preguntas:

«¿Por qué, Señor, por qué?»

1968

## CULEBRAS

Jonás 4

1 *Pero Jonás se apresadumbró en extremo, y se enojó.*

No porque arrastren y cambien el pellejo cada año, las culebras dejan de soñar con mil escamas de oro. Llegar a mil imposible con lo escaso del dorado, pero ellas practican en las horas de oficinas con modelos oficiales: Acuñados, presillados, deben ser veinte modelos. Deben contarse hasta cincuenta veces en orden escrupuloso, acopiándolos a cada cuenta, de modo que no

sobresalga ninguno. La raya se colocará en la hoja número veinte. Será una rayita delgada, casi imperceptible, para no dejar huellas que rompan la estabilidad.

La concentración debe ser absoluta, pues la revolución viene atacando al burocratismo. Cuando se tienen cincuenta rayas, ya habremos sobrepasado el tiempo necesario y lo haremos saber al día siguiente, de forma casual menosprecio.

A fin de mes nos pasarán el recibo con veinte horas de trabajo socialista, que colocaremos junto a otros recibos hermanos, y cuando repartan los sellos de los vanguardias, habrá para los que saben contar mil escamas de oro.

Y como las culebras no entienden de historia, ni de revolución, una mañana se le romperán las mil cuentas de su mundo. Tal vez una mañana con más sol que otras, en que ellas vean oscuro de preguntar y preguntar: Ah Jehová: Dónde está el error, si no he roto las reglas, si todo lo hice dentro del juego.

1968

#### ELEFANTES

Las guaguas se van al trabajo de madrugada, sacan a los elefantes de las camas a medio dormir. En sus asientos, mientras cubren el cuerpo de ropas, ven a los osos hormigueros cantándoles a las montañas, y al final de algunos viajes, aparecen los viejitos a punto de morir llenando botellas con sol.

Las guaguas no quieren saber de los viejos, y corren mucho en esos días, alegan que tienen prisa de que sus elefantes de Dios marquen sus tarjetas de pacíficos.

En las oficinas, los jefes y secuaces lo borran todo minuciosamente, pero hay días distintos, ajenos al juego, en que se recuerda a los viejitos guardando sol en sus botellas a medio llenar; y se inquietan al no saber para qué acaparan aquel sol sin venta, y siguen inquietos, con oídos atentos de elefantes, esperando un indicio de los viejos que aún conservan trampas y colas.

1966

# El cuento ése de la patria

---

Andrés Jorge

EL PATIO DE MI CASA, YA LO SABEN TODOS, ES MUY PARTICULAR, PERO MUCHO más lo es el traspatio, la traspatria de la que hablamos aún discretamente, convencidos de que no vale la pena contar a extraños historias tan difícilmente creíbles, medio absurdas. Me veo forzado a incluir una certificación de que la fábula íntimamente nacional que aquí narro se inscribe dentro del más puro realismo: personajes típicos en circunstancias típicas. Realismo sin apellidos. Si no uso el arquetipo estilo Borges de que escuché la historia a Fulano, quien a su vez la oyó de Ciclanejo, es porque es mi historia. La coincidencia con situaciones o personajes reales es... inevitable.

El asunto es el siguiente: hace unos años un amigo y yo conocimos no muy accidentalmente a dos jóvenes alemanas en un hotel. Durante dos días anduvimos juntos (mi amigo mucho más que yo, después explico por qué) y cuando las germanas Mann se marcharon finalmente del hotel y del país, esgarrando un adiós en su tupido idioma y arrastrando unos vestidos largos fuera de lugar que no se habían quitado en toda la tropical jornada, los isleños fuimos interpelados por uno de esos agentes de la Seguridad del Estado —llamados héroes anónimos de la patria por los medios nacionales—, quien de forma individual nos hizo saber que estábamos haciendo algo políticamente incorrecto, para usar un término de moda («*political correctness*», EE UU, 80's) al establecer ese tipo de relaciones o cualquiera con extranjeros; pero, toda vez que ya el hecho no tenía solución y, en consideración a ciertas circunstancias relacionadas con el constante asedio de los enemigos de la Patria, era posible revertir el mal hacia la posición opuesta: si las alemanas querían mantener de alguna forma la relación establecida, fuese cual fuera ésta, correspondencia, por ejemplo (como en efecto habíamos acordado sin mucho entusiasmo de mi parte), podíamos hacerle llegar al combatiente<sup>1</sup> que nos entrevistaba el contenido de tales misivas.

Ambos, según corroboré más tarde, expresamos en ese momento nuestra mejor disposición a entregar los documentos, que según la perspectiva de un especialista, podían siempre estar vinculados a manipulaciones del imperialismo.

---

<sup>1</sup> La palabra «chivatiente», de uso común en el argot popular cubano unos años atrás, que sería aquí el término más preciso, además de matices irreverentes, tiene un contenido demasiado local, y en el presente texto estoy apostando por un público más internacional.

Pero yo no entregué ninguna carta, ni mi amigo, al menos que yo sepa. La realidad es que nunca pensé que la te(u)tona amiga mía fuera a tomarse muy en serio una amistad de dos días, en la que además no hubo otra cosa.

El caso de mi amigo y su correspondiente te(u)tona (no tanto, era hija de un sueco) tomó poco a poco un camino diferente, pero yo no había logrado interesarme demasiado por la relación, ni le veía mucho fundamento a mantener la comunicación con la *frau*, así que dejé su segunda carta en un latón de basura, sin contestar, igual que la primera. Mi amiga estaba interesada en cosas y gente que a mí ya no me motivaban tanto; en el Che Guevara, por ejemplo, en el hombre nuevo y la revolución latinoamericana. Si exceptuáramos al primero, yo no había oído en mi corta vida a ningún ser humano común y corriente hablar en serio de semejantes cosas. Descubrí, por último, ya más alerta en el cuidado de la Patria, que había alguna tendencia de propósitos poco confiables en la insistencia en hablar del Che Guevara como de un pésimo economista.

En fin, la mujer no me atraía en ningún sentido. Si exceptuáramos su mirada, tenía un aspecto miserable y sucio, y desde el punto de vista intelectual me resultaba anodina, así que me olvidé rápidamente del asunto.

Pero no los ojos insomnes de la Patria.

El agente apareció tres veces más, inquisitivo. Negué la existencia de cartas. En la última ocasión me dijo: «Pensábamos que se podía confiar en ti». Después, por alguna razón, durante bastante tiempo de mi vida he tenido el privilegio de la presencia de esa imagen corporeizada de mi ángel de la guarda, pero digamos que eso no tiene que ver directamente con *esta* historia.

En el caso de mi amigo el romance se prolonga en tiempo y espacio y va a dar hasta Alemania Federal. Hay un idilio matizado por varias visitas de la europea y el divorcio del cubano. El giro que tomaría esta relación, que había comenzado con «vamos al Hotel a templarnos a unas alemanas» resultó impredecible para mí. Pero también la actitud de mi amigo: me habló cierta vez de una confrontación con el combatiente con motivo de la entrega de las cartas, tal cosa era una violación de su intimidad y asumía un cambio de posición al respecto: no tenía que entregarle nada a nadie. Yo realmente no había pensado en esos términos, el argumento de «la Patria primero» me parecía incontestable en esos tiempos, pero tampoco había nada de íntimo en mi caso y en última instancia me resultaba una idea bastante peregrina eso de enfrentarse nada menos que a la (in)Seguridad del Estado.

Yo no podía creer entonces que se hubiese enamorado, después tampoco; pero el amor es... el amor, se presta a todo tipo de juegos e interpretaciones. Mi amigo y yo no volvimos a hablar del tema, cambió de trabajo y nos habíamos alejado ya lo suficiente como para no despedirnos cuando salió de Cuba. En realidad nunca habíamos sido grandes amigos.

Hasta aquí llegan los elementos más o menos esenciales de la historia, no sé qué tan interesantes sean en realidad, lo importante para mí son las posibilidades especulativas que se abren al analizar desde diferentes perspectivas los elementos que la conforman y añadir algunas visiones periféricas a los hechos.

Primero tendría que aclarar que mi amigo era (es, a no ser que hoy tenga el dinero y la nevada obsesión de Michael Jackson... o que en realidad haya muerto) lo que en mi país se llamaría un negro prieto (azul), *black as the night is black, dark as the depths of his Africa*, diría Langston Hughes. Esto añade una perspectiva racial (que según pienso yo es la de menor importancia) al tema amoroso.

Todos conocíamos a la esposa cubana de mi amigo, era la clásica mulata  *fina*, azúcar refinada, que sumaba a su belleza un filoso sentido del humor y un ostensible orgullo de su raza, o de su mezcla. Cuando algunos la importunábamos sobre el hecho de su divorcio, decía riéndose: «Eso me pasa por casarme con un negro, estaba advertida». No mostró sus pesares a nadie cercano y siguió sola criando a sus dos hijos pequeños sin perder una sonrisa aquiescente y la agilidad de expresión.

Coincidimos cierta vez en un almuerzo.

— ¿Qué sabes de... Chicho? —le pregunté con cubana discreción.

— Está cumpliendo una misión internacionalista —me dijo. La ironía en su rostro era la misma de siempre y yo no pude descifrar seriedad, burla o, en última instancia, rencor.

Pero sí podía acomodar esta visión a otros argumentos.

Hay por lo menos una decena de interpretaciones de los que han estado más o menos enterados de la historia, que van como ya he dicho desde el análisis racista hasta especulaciones desmedidas sobre el posible papel de mi notan-amigo en arcanos manejos de la Patria.

*La variante racial.* Ya he hablado de la negritud del personaje. En las desgarradas tierras latinoamericanas aún persiste, por muchas razones, ese sueño eurocentrado y rubicundo al que en nuestro caso específico una exacerbada insularidad añade tonos dramáticos: muchísimos quisieran, como mi amigo, vivir un romance mediterráneo, incluso eslavo, escandinavo, aunque para ello, en la gran mayoría de los casos, haya que soportar ciertos olores, axilas pobladas (tan ingratas al gusto de nuestras tierras), piel lechosa, en fin, toda una degradación erótica verdaderamente abominable para los estándares nacionales y que sólo asumiríamos en este tipo de idilios internacionales y en honor a la vieja Europa, que conociera el rapto inmemorial del toro y «ese Marr Mediterráneo, crrrisol de todas nuestrrras culturrras» según Alejo Carpentier, que nos sigue llamando como un verdadero *mare nostrum*, de todos. Eso, para no ahondar en la fuerza centrífuga de nuestra isla y la capacidad que tiene hoy de dispersar por el mundo a sus pobladores.

Ese sueño está permeado en el caso que nos ocupa por una relación interracial, donde no hay tonos de café con leche. Resulta evidente que ciertos mitos occidentales y modernos de una raza y la otra, al margen de otros intereses por la parte tercermundista, han acudido en apoyo del idilio, el color de la piel ha tenido repercusiones nada desestimables. Muchos creyeron que los *skinheads* harían pagar caro al intruso su atrevimiento y el oscuro anhelo de tocar el sol, mi ex amigo no era exactamente el moro de Venecia y no podría esconder su ancestral africanidad, sin embargo, para desaire de quienes por

alguna razón previeron un descalabro futuro, las cosas fueron bien durante bastante tiempo; en contra de la mayoría de los pronósticos (y en favor de algunos más suspicaces) volvió más de una vez a Cuba, aunque se mantuvo a cierta distancia de sus antiguas amistades y siempre habló feliz de su vida conyugal, demasiado feliz, diría yo, para alguien que había sido hasta entonces poco dado a la fidelidad y a creerse lo del amor.

*El aspecto intelectual.* Mi antiguo compañero de estudios había sido un alumno brillante en la carrera, tenía un absoluto manejo de los idiomas y voluntad de saber por saber. A los veintiséis años dominaba perfectamente, además del español, el inglés, el francés y el alemán y dedicaba mucho más tiempo que todos nosotros a su formación políglota; sabía manejar las horas entre el bar, el romance y su horario de trabajo cuando los demás hacíamos demasiado hincapié en los dos primeros renglones. Tal interés afloraría en esta relación: le confesó a alguien que lo que más le atraía de su amante te(u)tona era su volumen intelectual. A falta de pan, cazabe, porque la que sí tenía unos volúmenes apreciables y mejor, mucho mejor distribuidos, era y es la mulata que dejó allá para colirio de los nacionales. De pronto cambió su interés por la lengua en sí (era profesor de lingüística comparada) para volcarse en profundidad al estudio de la literatura alemana. En los dos años que duró su relación transoceánica, ella le enviaba o traía libros en alemán de autores contemporáneos, que él leía y exhibía un poco, por motivos amorosos suponíamos. Entonces nunca se me ocurrió preguntarle si el agente no le había pedido los libros del peligroso Max Weber.<sup>2</sup> Aunque ya alguno que otro entre nuestro círculo más o menos allegado desconfiara de él y los motivos que lo habían convertido de la noche a la mañana en un «negro germanófilo», lector de Nietzsche, yo vivía demasiado centrado en mi propia búsqueda intelectual para preocuparme mucho por el romance y había descubierto antes a Yeats, De Quincey, Sterne y Swift, entre otros, sin necesidad de tener delante de mí a *Lady Chatterley*. Además, siempre preferí ignorar la posibilidad de que alguien fuese algo más de lo que yo mismo veía, en ciertas circunstancias se puede llegar a considerar con desconfianza la actitud de entre el ochenta y el ochenta y cinco por ciento de los que te rodean, a pesar de que haya relaciones imprescindibles en nuestra vida.<sup>3</sup>

En lo particular dejé con el tiempo de interesarme por nuestro amigo, escuchaba de vez en cuando la evolución de su romance, de su viaje de ida a Alemania y alguna que otra aparición por el ámbito. Hasta que un día, en una larga conversación de fin de mes, en Rumayor, un bar ideal para las tiradas

<sup>2</sup> Es en realidad muy difícil de creer que un agente de la Seguridad del Estado cubana, ni siquiera en las versiones televisivas de moda entonces, supiera de la existencia de alguien con ese nombre. Y en cuanto a «niche» (más adelante) en Cuba es un vulgarismo por negro. La única diferencia peligrosa era que esos libros se enviaban de Alemania... Federal, además.

<sup>3</sup> Ver 1984, de G. Orwell sobre el tema. También *El caso Oppenheimer*, de no sé quién, un dramaturgo.

largas de cerveza, escuché la historia de que lo habían matado. Bueno, en realidad no había ninguna historia, nadie sabía nada a ciencia cierta, pero se resumía más o menos a que el tipo estaba en una playa en España y había amanecido con unas puñaladas, en un hotel, drogas o algo por el estilo. Yo soy bastante incrédulo.

Me interesé por las circunstancias y nadie me las supo dar, ya había pasado un año, el último en enterarse era yo. Dije que no creía la versión de las drogas, sin embargo, por muy asentada que estuviera ya. Hay dos razones, la primera: por una de esas casualidades, en los años de estudiante, cuando éramos más jóvenes y maleables, yo había compartido con él la opinión de que las mezclas farmacéuticas que tomaban algunos estudiantes en las fiestas (que yo recuerde incluían pentobarbital sódico y esedrina compuesta + alcohol) y sus poses de «empastillados» sobre todo, eran no sólo una excentricidad barata, sino una forma burda de ganar reconocimiento de grupo y de llenarse de valor con las mujeres, porque generalmente eran los de peor aceptación. Posiciones como ésa regían entonces nuestras vidas, en una época en que teníamos la absoluta certeza de que nosotros íbamos por el carril de los ganadores. En general Chicho era un tipo sano, muy racional, que ni siquiera terminaba borracho una fiesta. La segunda razón es lo chocante que resulta la idea de que tantos de los que salían del país como renegados, según esas versiones que maduran y se cocinan en la calle, terminaban presos o muertos por drogadictos; siempre me había parecido excesivo el promedio. Por lo demás, si uno no sabía apenas lo que pasaba en La Habana, viviendo en provincia, a doscientos kilómetros ¿cómo siempre se sabía tanto de los que se habían ido?, ¿cómo carajo de un negro muerto a puñaladas en un hotel de la costa española, ciudadano alemán de origen cubano, además? Demasiado pelicolón.

La verdad es que ni siquiera entonces le dediqué mucho tiempo a otras especulaciones que surgieron. Yo casi había olvidado todo el asunto cuando vi a Chicho o a su doble, pero de piel más clara, en el aeropuerto de la Ciudad de México, después de cuatro años de muerto. Entonces ya yo también era un renegado: había tenido el atrevimiento de pensar, o peor, ha(b)lar a contracorriente, a ello debía el hecho de estar ese día sentado en una cafetería del aeropuerto internacional chilango, devorando unas enchiladas y en espera de un amigo para enviar cartas a mi país.

Yo no había olvidado del todo a Chicho, pero tampoco imaginaba que lo volvería a ver. En tiempos posteriores a nuestra circunstancial amistad, perdido el candor y la ductilidad de la primera juventud, alguna que otra vez tuve que volver sobre su idea del equilibrio entre el derecho individual y los intereses de la Patria (¿de qué Patria?, ¿la de quién?)<sup>4</sup> y con el tiempo y experiencias

<sup>4</sup> *Dos patrias tengo yo, Cuba y la noche*, José Martí / *Dos patrias tengo yo, Cuba y la mía*, Roque Dalton / *Tres patrias tengo yo: Cuba, la mía y la que dice el periódico Granma*, Raúl Rivero. Sobre el tema consultar también «Patria, Nación y Estado cubanos en proceso múltiple de semantización», de Ernesto Prieto Rojas, revista *Temas* oct. '94.

cercanas a esa primera, se había hecho más que claro que Chicho tenía toda la razón. ¿Qué derecho de ningún tipo se podía esgrimir para pedirle a un hombre sus cartas íntimas, viniesen de donde viniesen? ¿Qué derecho tenían a hacerte saber de aquella manera descarada que tu vida y tus asuntos eran de su conocimiento, que sabían tus pasos? ¿Por qué tendríamos que acostumbrarnos a vivir con la duda que corrompe, la incertidumbre sobre el otro, la certeza de que alguien escudriña, y de que el vecino y esa rubia de rostro ya familiar que lo visita a cualquier hora no tienen en realidad ningún amor pasional, que probablemente son otra cosa?

Con su rechazo a la intromisión de la Patria en sus asuntos personales, mi amigo me había sugerido una visión alternativa ¡oh, peligro! Y por ello yo estuve seguro casi todo el tiempo de que él mismo no podía ser... un agente. Por mucho que una y otra vez los amigos dijeran quién sabe, todos somos, hubo cosas raras... Estuve seguro por lo menos hasta ese día en que lo vi en el aeropuerto de la Ciudad de México, ya mulato pero él mismo, después de cuatro años de haber sido apuñalado en España. Vuelvo la espalda al escuchar la voz del amigo amigo que entregará mis cartas y en el fondo, detrás de la puerta de cristal de una casa de cambio está Chicho mirándome. No voy a decir lo que sentí al verlo, porque no lo sé exactamente, lo cierto es que mi primera reacción fue la de acercarme a él y la de él alejarse, salir del lugar y comenzar a caminar con pasos apresurados, mirar si lo seguía y aumentar la velocidad ya sin el menor disimulo. No lo seguí todo el tiempo, por supuesto, no tengo espíritu persecutorio, pero desde esa ocasión lo he visto muchas veces, de asiático, de músico, de perro, en los lugares más insospechados.

Hay, como dije casi al principio, muchas posibilidades especulativas en esta historia, pero finalmente lo que podría suceder es que, a pesar mío, matice cada vez más el elemento paranoico y ésa no es la intención, la idea inicial era contar simplemente una historia: la existencia de este ex amigo germanófilo y resucitado, dentro de un contexto existencial también singular. Pude haberla concebido desde la perspectiva de lo absurdo, porque no deja de tener elementos para ello, e incluso desde el cuento fantástico, pero no me queda bien lo fantástico, soy demasiado incrédulo, ya dije. Tanto, que ya ni siquiera escucho o leo con aprehensión palabras como Patria... y he adquirido la costumbre de desembarazarme rápidamente de todo lo que me pueda comprometer, tirar a la basura no ya una simple carta, sino cosas más abstractas; por si acaso, ando *desnudo... como los hijos de la mar*.

# Casal y Maceo en *La Habana Elegante*

Oscar Montero

«**E**L CAMPO ES NUESTRO», ESCRIBE ANTONIO MACEO en julio de 1895. La ciudad queda lejos de su alcance. Maceo cae en una escaramuza menor en diciembre de 1896. Más de veinte cicatrices marcan en su cuerpo, «como imprescindibles condecoraciones», las victorias del campo de batalla. En una escena muy distante del campo de Maceo, en el encierro de la capital, que conserva todavía el recuerdo viviente de las murallas, ¿cómo marca Julián del Casal su propio cuerpo? Esos dos cuerpos centran órbitas lejanas: una representa la hombradía heroica del general campesino; la otra, la enfermedad, el aislamiento y las anomalías eróticas del poeta decadente.

En la historia de la cultura del fin de siglo, el peregrinaje agreste de Maceo se opone a la fijeza urbana de Casal. Tanto en la biografía de Maceo como en la de Casal, su encuentro en La Habana constituye un incidente menor pero significativo. En la reconstrucción parcial de las respectivas trayectorias del guerrero y el poeta se revelan las tensiones peculiares del ambiente cultural de la capital cubana en la víspera de la guerra. Por otra parte, el encuentro entre Casal y Maceo revela la importancia del contacto personal y afectivo en la creación de espacios intermedios en la construcción de la nación, espacios de supervivencia y creatividad que, después de la derrota de 1898, se transformarían a lo largo del próximo siglo.

Después de su visita a La Habana, desde febrero hasta julio de 1890, Maceo se aleja de la capital sin el apoyo de la recelosa burguesía autonomista. Casal conserva el retrato del héroe con la amable dedicatoria y regresa a «la Habana elegante», la ciudad colonial con ínfulas parisinas, y la revista, que publica el soneto burilado junto a la pacotilla publicitaria. La historia nacional transforma al héroe y al poeta en estereotipos contrarios, que centran zonas polarizadas y antagónicas: las armas y las letras; la acción viril y la creación débil; el compromiso y la evasión; el

cuerpo y la escritura. En la lectura de las respectivas trayectorias que conducen a aquel encuentro habanero, quiero reconsiderar los límites de esos estereotipos, el Titán de Bronce y el bardo decadente, para aflojar las tensiones que los oponen y para meditar sobre su impacto en la formación de la república.<sup>1</sup>

Es conocida la leyenda de Maceo el guerrero, el líder militar más temido y más respetado por las autoridades españolas. En cambio, durante su viaje a La Habana, Maceo desempeña un papel menos conocido y sin duda apenas relacionado a su reputación heroica. Una vez en La Habana, Maceo se dirige a las autoridades españolas con la tiesa cortesía del diplomático de carrera. Para la desorganizada resistencia insular al gobierno colonial, es el *agent provocateur* necesario para consolidar la oposición. Durante la primera entrevista de Maceo en el palacio de la Plaza de Armas, el capitán general de la isla pregunta asombrado: «¿Por qué está usted aquí?» (Franco 345). Maceo, que ha aprovechado los cambios en la política colonial española para regresar a Cuba con la intención de consolidar las diversas facciones de la oposición local al gobierno metropolitano, se las arregla para no responder jamás a la pregunta.

Tan hábil en las jugadas diplomáticas como en el campo de batalla, Maceo evita una segunda entrevista con el capitán general. Se excusa por escrito y se entrega, literalmente bajo las narices de las autoridades españolas, a la tarea de reunirse con los líderes independentistas radicados en la isla y con la juventud cubana. En La Habana Maceo asiste a las tertulias en la redacción de *El Figaro*. Se entrevista con Enrique José Varona y con jóvenes periodistas como Manuel de la Cruz. Es durante una de esas entrevistas en el Hotel Inglaterra que Maceo, asediado por las preguntas de los jóvenes periodistas, se desnuda el pecho para contar la historia de cada una de las cicatrices que lo marcan: «condecoraciones indelebles y girones gloriosos de la historia de la rebeldía cubana» (Franco 347).

Casal se reúne con Maceo probablemente en abril o en mayo de 1890, tal vez unas semanas después. Maceo dedica su retrato a Casal y luego Casal se hace retratar con el General. Me detengo en dos imágenes: el cuerpo del héroe historiado de cicatrices y la fotografía de Casal. Cada cicatriz del cuerpo señala un relato; señalar la cicatriz es evocar el heroísmo del campo de batalla, respaldado tautológicamente por la presencia de esa marca sobre el cuerpo. En la ciudad colonial, el cuerpo cicatrizado de Maceo es la prueba de la realidad bélica, mantenida a distancia de la ciudad. Es también el recuerdo del cuerpo torturado del esclavo, redimido en la figura heroica de Maceo.<sup>2</sup> En

<sup>1</sup> Sobre el «héroe guerrero» y el «héroe letrado» en Martí, ver Díaz-Quinones, «Martí: guerra desde las nubes». En su conocida polémica con Gómez y Maceo (1884), Martí rechaza la «invasión despótica» y defiende los ideales democráticos; sin embargo, en cartas posteriores y en el «Antonio Maceo» que publica en *Patria*, 6 de octubre de 1893 (*O. C.* 4: 453-4), Martí afirma la fuerza del vínculo fraternal que los une. Ver, por ejemplo, la carta de Nueva York, 20 de abril de 1894, *Epistolario* 30-1. Por eso son desgarradoras las palabras de Martí sobre la aspereza de Maceo durante su última entrevista. *Diario*, 5 de mayo de 1895. *Obras completas* 19: 228-9.

<sup>2</sup> Sobre «cuerpo, lengua, subjetividad», ver Ramos, *Paradojas de la letra*, especialmente la sección «Límites» 3-70. En los rumores racistas dirigidos contra Maceo y en los elogios póstumos que lo transforman en el Titán de Bronce, proscrito del saber y de las letras, es evidente el legado de las

cambio, en la fotografía de Casal y Maceo todo es superficie. «La fotografía», en la frase de Roland Barthes, «leads the corpus I need back to the body I see» (resulta ser el corpus que necesito para ver el cuerpo). La voz del héroe da vida a un relato que emana de su propio cuerpo. La fotografía es la inmanencia de la repetición y de la muerte. El cuerpo historiado y la mirada muerta de la fotografía son los emblemas de dos trayectorias distintas, que sin embargo se cruzan en 1890 en un lugar de La Habana, en un instante de respeto, admiración e incluso amor mutuos.

Los ideales progresistas que caracterizan el pensamiento de Maceo no terminan con su muerte, pero la desaparición del cuerpo heroico inexorablemente los transforman en material de uso en la formación de la retórica nacional. Uno de los puntos clave del proyecto cultural de Casal, que incluye no sólo su creación literaria sino la producción de una leyenda propia, es la decadencia del cuerpo, la incertidumbre de su solidez, y por consiguiente el triunfo de la imagen representada en el artefacto cultural: el poema, la pintura, la fotografía. En la fotografía que comparten, Maceo entra en la órbita de Proserpina de Casal, para parafrasear a Lezama. La astucia política de Maceo y el poder de su liderato militar concluyen con su muerte. No ocurre el Ayacucho deseado por Maceo; tampoco logra la entrada triunfal en la capital. La guerra se gana y se deshace al mismo tiempo. Hoy manejamos los restos de aquella derrota, la leyenda del héroe, la fotografía y el soneto. ¿Qué dicen todavía esas cosas viejas?

En su visita a La Habana de 1890, Maceo busca la alianza con los representantes de la cultura criolla, entre ellos Casal. Cualquier comentario sobre el sentido de su encuentro se somete a la evidencia, valga decir a la violencia, de una polarización cultural ineludible entre los consabidos contrarios: cuerpo y escritura; pujanza y debilidad; el campo y la ciudad. En su obra, Casal cincela la materia prima de esos contrarios. En la biografía de Maceo, el encuentro con Casal es poco más que un curioso detalle, un pequeño relieve habanero en el friso del monumento al héroe de Baraguá. Mi intención es ampliar ese detalle, hasta lo grotesco si es necesario, para sugerir otros sentidos, que a su vez orienten la relectura de la compleja relación entre la política rebelde, encarnada en Maceo, y la cultura insular del fin de siglo cubano, representada por Casal.

Desde un principio, la transformación de Maceo en el Titán de Bronce legendario significa la construcción de una figura heroica de una sola pieza, temible en el campo de batalla pero carente de un intelecto fuerte; en otras palabras, conservados los contrarios, el intelecto fuerte no puede habitar el cuerpo viril y poderoso del guerrero. La valoración del heroísmo de Maceo a expensas de sus dotes intelectuales se convierte en un tópico de su biografía, a tal punto que el historiador Roig de Leuchsenring afirma hacia 1950: «Su heroísmo sin par [ha] dado motivo de que la generación cubana de nuestros

---

contradicciones entre «cuerpo y lengua», diversa y complejamente representadas en los textos del XIX comentados a lo largo del imprescindible libro de Ramos.

días ignore, o conozca imperfectamente, otras facetas de su personalidad» (XXII). Los triunfos de Maceo en el campo de batalla, que lo acercan a las afueras de la capital de la isla y al triunfo definitivo, inquietan a los dirigentes del Comité Revolucionario, hombres blancos, algunos de familias linajudas, deseosos de proteger sus privilegios de raza y de clase. En un ensayo de 1942, Juan Marinello sintetiza el impacto del racismo que sufrió Maceo: «Mil veces fue mostrado su color como razón limitadora, como circunstancia que desvaloraba su grandeza» (39). «Por su condición de revolucionario y de mulato», Maceo vive, dice Marinello, «en un crucero de acechanzas», donde siente «la angustia de lo fronterizo» (146).

Desde los comienzos de la Guerra de los Diez Años, a medida que crece su prestigio militar, Maceo se ve obligado una y otra vez a desmentir los rumores sobre su intención de fundar una república negra. En cartas y comunicados, Maceo revela el poder de su elocuencia cuando a la vez afirma el orgullo de su identidad racial y defiende la participación en una cubanía libre de prejuicios de raza y de clase. En palabras que recuerdan las ideas martianas sobre la igualdad de las razas, Maceo enfrenta los rumores sobre sus ambiciones políticas. A pesar de sus defensas, las autoridades españolas aprovechan el espectro de Haití para dividir a la oposición criolla, sobre todo para distanciar a los líderes del Partido Autonomista del movimiento independentista.<sup>3</sup>

Después de la muerte de Maceo, su entrada en el panteón nacional es inevitable; sin embargo, la importancia de Maceo como divulgador de los ideales republicanos, e incluso como agente cultural astuto y visionario, se diluye en la fundición del bronce ecuestre que lo representa en la república mediatizada. Se convierte en «héroe escultórico, no para la pluma ni el pincel» (Marinello 13). La dignidad estatuarial del héroe también margina y silencia.

La transformación de Maceo en el arquetipo de lo heroico tiene un momento definidor en 1916, el año en que se inaugura en La Habana el monumento al Titán de Bronce. Con motivo del festejo, se reparte una edición conjunta de *De la campaña*, fragmentos de cartas y comunicados de Maceo, y *Jornada de Gloria*, una selección de las *Crónicas de guerra* del General José Miró Argenter (1852-1925), el periodista y militante catalán que llegó a ser jefe del Estado Mayor de Maceo. En el prólogo «Al lector», Néstor Carbonell (1883-1966), director de la edición, ofrece un retrato del héroe que revela cómo se traman los elogios y los prejuicios para terminar, en más de un sentido, la imagen histórica del héroe y transformarla en efigie definitiva. «De otros cubanos fue la tarea de escribir: de Antonio Maceo, pelear», comienza el elogio de Carbonell. «De otros, dar alas al pensamiento y luz a la idea: de él, subir lomas,

<sup>3</sup> Ver, por ejemplo, la protesta de Maceo contra los rumores racistas sobre su intención de enfrentar los soldados negros bajo su mando a los soldados blancos: «Maceo al Presidente de la República». Baraguá, 16 de mayo, 1876. Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País. *Documentos históricos de interés* (La Habana, 1885). 1:44. Citada en Foner 61-63. Sobre el mismo tema, ver Franco 107.

vadear ríos, recorrer largas jornadas». La retórica casi martiana de Carbonell, «dar alas al pensamiento y luz a la idea», establece la relación entre el paisaje insular y la presencia bélica de Maceo. En otras palabras, el Maceo heroico encarna la naturaleza misma. El contraste se amplía hacia la oposición cervantina entre las armas y las letras; al contraste se añade la preferencia romántica por lo natural y el comentario enjuiciador, muy de la época, sobre la debilidad del quehacer intelectual. Escribe Carbonell: «De otros, vivir de casquete de seda y lentes de oro, inclinados sobre los libros: de él, vivir a caballo, vivir guerreando y sin ultrajar la dignidad humana ni cargar botín de aventurero» (3).

Maceo se enfrenta tanto al racismo como al clasismo de los líderes independentistas. En cartas y comunicados, afirma con orgullo su identidad racial y a la vez se refiere a su «cuna humilde». Como Sarmiento, Maceo es en efecto el autodidacta típico del XIX. En su biografía se encuentran numerosas referencias a su interés por la lectura y la educación. No obstante, veinte años después de la muerte de Maceo, Carbonell insiste en el heroísmo iletrado del Titán de Bronce. «El tiempo le faltó para hacerse bachiller y aprender gramática y aritmética, mas no para hacerse profesional del heroísmo [...] no fué, pues, un pensador, sino un guerrero genial, el Héroe por antonomasia» (3).

En sus palabras «Al lector», Carbonell transforma al «Héroe por antonomasia» en un *tableau vivant*, el complemento del monumento que se inaugura en la capital. El héroe, escribe Carbonell, «se verá siempre, en la inmutable serenidad de la Historia, explorando la sabana primero, y luego, con arrogante gesto, cayendo, seguido de sus soldados, alto el machete y desplegada la bandera, sobre el cuadro enemigo...» (3). En la joven república, la realidad de su proyecto revolucionario se transforma en efigie inmutable y muda, retirada de toda posibilidad dialógica. El argumento de Carbonell se resume en la negación retórica que paradójicamente revela la crudeza de una versión de Maceo que comienza a construirse desde sus primeros éxitos en la Guerra de los Diez Años. «Ahora bien», dice sentenciosamente Carbonell, «no era Maceo, tampoco, lo que creen muchos, un león sin seso. Fuera del combate, era caballero de exquisita corrección, cátedra de juiciosos razonamientos, con dinamos de ensueños y de poesía». El impulso hacia lo sublime añade a la imagen imponente del guerrero negro la suavidad de otro estereotipo: el mulato elegante, capaz de brillar en los más reservados salones, como en efecto lo hace Maceo, poseedor de simpatía y de gran atractivo físico. A la imagen final de Maceo se suma otra versión del estereotipo racista: el negro de alma blanca. Su vida ha sido, escribe Carbonell, «una línea recta desde la aurora al ocaso»; fue «bronce por fuera, y por dentro, mármol purísimo, sin una veta negra» (4). En 1916, Maceo ya es el icono imprescindible, necesario para respaldar las frases incluidas en la edición, «llamas de ideal», «ante el pueblo podrido de escepticismo».

Maceo llega a Santiago de Cuba de Port-au-Prince el 29 de enero de 1890, a bordo de un barco español, con un salvoconducto obtenido del cónsul español en Jamaica (Foner 135), respaldado por una nota del entonces capitán

general de la isla, Manuel Salamanca. «Fue una noche angustiosa y terrible», escribe Maceo de la travesía, «me perturbaba la idea de regresar a mi país en una nave española, en son de paz y concordia cuando en realidad quería la guerra y la exterminación del sistema colonial en Cuba».<sup>4</sup>

A pesar del apoyo que recibe en la capital, La Habana no deja de ser para Maceo el centro del poder español colonial, que apenas tolera su presencia, y que sin duda la permite para averiguar los detalles de sus planes. Antes de desembarcar en La Habana, un periodista del diario habanero *La Lucha* entrevista a Maceo, que comenta, «Hacia todo lo que veo siento repugnancia», aludiendo tanto a la condición deteriorada de la ciudad como a la pobreza del pueblo y a la falta de libertad (Aparicio 327).

A pesar de la suciedad de las calles y la pobreza de muchos de sus habitantes, La Habana de 1890 todavía está lejos de los horrores de la guerra en la manigua del interior. Es la Habana del café y la tienda de departamentos, de demimondaines, prostitutas y homosexuales callejeros. Es el centro, reducido pero influyente, de un sistema económico que incluso en aquel entonces comienza a desbordar los límites ideológicos del proyecto nacional imaginado por Maceo y Martí, que a pesar de sus conocidas deferencias, coinciden en una visión nacional autóctona. La Habana de 1890 es el producto del fracaso de la primera guerra de independencia, el resultado de la deshonra del Pacto del Zanjón y del creciente acercamiento a los mercados europeos y norteamericanos.

A pesar de la soltura y confianza de Maceo durante su gestión propagandística, a pesar de la acogida de los grupos independentistas, de más está decir que la situación de Maceo en La Habana es difícil, incluso peligrosa; por otra parte, el eje de su personalidad y de su identidad nacional es Santiago, la ciudad oriental de su juventud y la zona de sus primeros triunfos militares. En cambio, a pesar del breve periplo europeo, Julián del Casal vive y escribe la ciudad capital donde «la fiebre del derroche», dice en una de sus crónicas, disfraza la pobreza de las calles y la angustia del espíritu. Nadie intuye, como Casal, que La Habana de 1890 es la ciudad del futuro. Nadie reconoce mejor el atractivo perverso de la ciudad de la Derrochadora, la compradora en una de sus crónicas, ávida de objetos y jamás satisfecha con sus compras, emblema mismo del vacío existencial del consumo. Casal mira el horror de las calles y lo transforma en imágenes de otro género, en la recompensa frágil de la derrota por venir.

En La Habana de 1890, Maceo observa las consecuencias sociales del sistema económico colonial. El ambiente cosmopolita de la capital se decora de productos suntuarios importados. Además, la relativa prosperidad de la capital permite la construcción de un ambiente social y cultural ajeno a los sacrificios en el campo de batalla: más sensación causa en La Habana la llegada de un transatlántico europeo que el lejano rumor de una escaramuza en la manigua del interior. «La prensa de La Habana», dice Miró y Argenter, «no daba

<sup>4</sup> Carta incluida en *Epistolario de héroes* 203-7, citada por Foner 136.

aún cuenta de los últimos sucesos [bélicos], por más que eran públicos en la población» (Miró 1: 303). El comentario de Miró señala la distancia entre la realidad histórica que atraviesa la isla y el encierro y aislamiento de la capital. Por otra parte, hay que añadir que la prensa habanera lleva a cabo otro género de militancia nacionalista, a la vez que sin duda participa en las jugadas ambiguas características de la condición colonial.

Las publicaciones del círculo de escritores a que pertenece Casal afirman implícitamente los valores de la cultura nacional; incluso, se publican ataques a las autoridades españolas, entre ellos los artículos de Casal sobre el entonces capitán general Sabas Marín y su familia, que provoca una crisis en la capital. En los capítulos de «La sociedad de La Habana», publicados en *La Habana Elegante* a partir del 25 de febrero de 1888, Casal transforma la crítica de arte en arma política. Al burlarse de las recepciones, de las costumbres y hasta del aspecto físico del capitán general y su esposa, Casal sugiere que los valores del arte y del bien pertenecen a lo nacional, mientras que la vulgaridad y la tiranía se dan la mano en los salones de la Capitanía General y en la residencia del capitán: «El arte está proscrito de ambos lugares» (Prosas 1: 133).<sup>5</sup> Como ha señalado Emilio de Armas, Casal funde valores asociados a la antigua nobleza cubana con ideales nacionalistas, respaldados por *La Habana Elegante* y su joven cuerpo de redactores, dirigido por Enrique Hernández Miyares. Después de la publicación de los capítulos de «La Sociedad de La Habana» sobre el capitán general, Casal pierde su puesto en la Intendencia de Hacienda y el modesto sueldo que le había proporcionado, a la vez que establece su reputación de escritor importante entre los intelectuales separatistas de la capital.

Por otra parte, el nacionalismo cultural de *La Habana Elegante* apoya implícitamente una economía de importación y consumo que suplementa la destrucción de la industria azucarera en el resto de la isla. Las reseñas sobre las tiendas y sus productos suntuarios, las crónicas sobre los viajes y la moda, los artículos sobre la literatura extranjera, y por supuesto los anuncios y notas publicitarias constituyen un desafío evidente a las limitaciones comerciales impuestas por la metrópolis. Constituyen un nacionalismo cultural que sobrevive la ruina de los ideales republicanos defendidos por Martí, Maceo y los militantes independentistas. Después de 1898, la retórica oficial de la república mediatizada, hija legítima de la oratoria autonomista, contrasta con la pervivencia soterrada de los valores culturales divulgados por Casal y *La Habana Elegante*.

En La Habana que visita Maceo en 1890 coexisten el progreso técnico, el ferrocarril, el alumbrado de gas, el telégrafo, con la explotación y la pobreza: «el espléndido lujo europeo», escribe Venegas Fornias, «con la sordida miseria» (44). En la ausencia de la industria «natural» y nacional, «nacidas del propio suelo» en la frase de Martí, la economía colonial de la capital adapta la

<sup>5</sup> Sobre la publicación de «La Sociedad de La Habana» y la crisis que provocó, ver de Armas 60-78.

mercancía extranjera al consumo local en una especie de simulacro nacional.<sup>6</sup> Casal responde a la situación colonial con el simulacro del arte. Para ser eficaz y generadora, la respuesta insular de Casal a la situación colonial sigue la ambigua ruta de lo estético. En sus reseñas sobre la tienda habanera, Casal cumple con su tarea de elogiar los nuevos productos. Al mismo tiempo, representa el carácter ambiguo de la mercancía, amontonada para garantizar su variedad ya que no siempre su calidad. En los conocidos términos del ensayo de Walter Benjamin, Casal se enfrenta a la pérdida del aura del objeto de arte. En la mirada de Casal se reflejan las ambigüedades inherentes a la producción del objeto estético. Es decir, si el valor del objeto estético, reproducido y degradado en la mercancía recién importada, es ambiguo, también es ambigua la posición y la naturaleza del sujeto que escribe consciente de los límites y las trampas de su empresa. Sin estatuario que lo conmemore, ese sujeto extravagante, ambiguo y perturbador es el sujeto fuerte de la cubanía.

Si el heroísmo de Maceo es legible en las cicatrices de su cuerpo, en más de un sentido, las cicatrices de Casal son internas. Hasta el final, los síntomas de su enfermedad son discretos, reservados para la noche de insomnio. El otro mal, los «abismos insondables de tristeza» (53), también pertenecen al interior, a las profundidades «insondables» del alma del poeta. Sin embargo, de la melancolía de los primeros poemas, Casal avanza hacia otro registro simbólico. El interior anímico «insondable» no se presenta ya en los términos convencionales de la lírica romántica sino que se manifiesta oblicua y grotescamente en una escritura suntuosa, donde la cicatriz interior se revela, se exterioriza, en los detalles decorativos a veces literalmente incrustados en un cuerpo huidizo: «con veste de brocado, estrellada de ardiente pedrería» (114).

La trayectoria de Casal revela la necesidad política de la producción cultural que luego se resume, y en gran medida se deslee, bajo la rúbrica de «modernismo». Sin duda, «[e]l fetichismo del significante», en la frase de Baudrillard (93), caracteriza un aspecto clave de la estética modernista. El «fetichismo» letrado de Casal, que según algunos críticos coetáneos, se desliza hacia el «sin-sentido», contrasta con la lucha coetánea por el sentido único de la nación, como si pertenecieran a órbitas enemigas. El encuentro entre Maceo y Casal sugiere la superposición y el contacto de esas órbitas. En La Habana elegante, los fragmentos en la construcción estética de Casal son, para citar otro fragmento oportuno de Baudrillard, «tatuajes, labios distendidos, pies contrahechos de las chinas —sombreador de párpados, base de maquillaje, depilación, rimmel—, a más de brazaletes, collares, joyas, accesorios: todo es bueno para reescribir sobre el cuerpo el orden cultural, y esto es lo que surte efecto de belleza» (97).

Casal vive la tensión característicamente moderna entre el cuerpo y el orden cultural: de ahí la pervivencia dinámica de su aporte frente a la triste

<sup>6</sup> En «Las industrias en los países nuevos», publicado en *La América*, New York, junio de 1883, Martí escribe sobre la industria en México y propone la relación natural y el sano equilibrio entre las industrias nacionales y la importación (*O. C.* 7: 26-8).

fijeza ecuestre del Titán. La producción cultural de Casal, la insistencia de su obra y de su persona literaria, figuran en la economía política del signo de la capital colonial, el remedo insular de la gran metrópoli. La muralla de estirpe medieval protege a la capital hasta mediados del XIX. En vida de Casal, otras fronteras, invisibles y eficaces, marcan el plano de la ciudad colonial. En la calle, el caos de la ciudad irrita los sentidos; en el interior sosegado de la tienda, «en el lujoso establecimiento del señor Hierro», se privilegia el sentido de la vista: «Penetré ayer [en la tienda] atraído por los innumerables objetos que fulguran en su interior (*Prosas* 2: 75). En el exterior, irritan los aspectos más notorios de la modernidad urbana: el ruido, la contaminación, la miseria callejera, la avidéz insaciable de fragmentos inconsecuentes de información; en el interior, se encuentra el sosiego fugaz de la contemplación secular y muda del objeto precioso.

La crónica de Casal sobre la tienda de Hierro y Compañía comienza con el encomio característico del anuncio publicitario. Sin embargo, en la mirada del cronista se agrieta la visión fulgurante de los «brillantes anaqueles» del emporio. Pasamos, «sin distinción de jerarquía», a la mezcla del objeto artístico con la pacotilla de la era de la reproducción mecánica, donde lo valioso se confunde con lo *kitsch*: «tíbores japoneses, alrededor de los cuales vuelan monstruos, pájaros y flores; lámparas de metal, con su pantalla de seda, guarnecida de encajes; relojes de mesa, encerrados en urnas de cristal; vasos de Sèvres, de distintos tamaños, búcaros de barro húngaro y barro italiano, traídos de la exposición de París». La enumeración caótica se agota en «un número infinito de *bibelots*» (2: 75-7). La tienda amontona el objeto artístico con el bibelot de pacotilla, y así perturba la categoría clasista del «buen gusto»; puesto que está dispuesta a abrir sus puertas a cualquier compradora decorosa, tanto a la gran señora como a la sirvienta que ya imita su atuendo y sus modales.

Por otra parte, como lugar privilegiado de una economía que ya anuncia las exclusiones de la llamada globalización contemporánea, la tienda vira la espalda a la miseria de la calle y a aquéllos que no pueden tener acceso a sus brillantes anaqueles: «Tras la verja de hierro que lo [el departamento de juguetes] separa de la calle, los niños se asoman, con la boca abierta y las pupilas dilatadas, tratando de introducir el rostro por los barrotes» (*Prosas* 2: 77).

En la ciudad colonial «las maravillas artísticas» del interior se esfuman ante «el espectáculo de las calles», que impresiona al cronista «dolorosamente». La crítica de Casal llega a un impasse moral característico. Acorralado entre paredes de objetos amontonados, el cronista se fuga a través de la transformación estética llevada a su extremo: la tienda habanera se transforma en un «antiguo palacio italiano» que el cronista abandona para bajar hasta el fondo de «inmundos subterráneos, interminables y angostos, llenos de quejas, gritos y blasfemias, semejantes a los que se contemplan en las aguafuertes de Piraneso [sic.]» (*Prosas* 2: 77).

«El soberbio establecimiento» de La Habana elegante se convierte en la cárcel fabulosa de un valor engañoso y seductor que hace que los niños callejeros «malgasten el tesoro de sus lágrimas». Las visiones fantásticas de calabozos

y celdas llenos de cuerpos contrahechos y escenas de horror y tortura de Piranesi se han convertido en «parte de la imaginación del siglo XX».<sup>7</sup> La visión de Casal de la ciudad colonial parece anunciar esa «imaginación» del siglo XX. La visión estética de Casal de la ciudad colonial, contrahecha y grotesca, no sólo revela la realidad política de la situación colonial a finales del XIX sino que anuncia la realidad política de la pseudo-república en el siglo XX. En los finales del siglo XX, la tienda-calabozo de Casal resurge como la imagen fantasmal y certera de la era de la «economía global», del paroxismo industrializador y la crasa mitología del consumo.

En el encuentro entre Maceo y Casal en La Habana, la admiración es mutua y sincera. Casal conserva el retrato de Maceo, dedicado de esta manera: «Recuerdo al simpático vate cubano e inteligente joven Don Julián del Casal de su afectísimo Maceo» (de Armas 132). En sus comentarios sobre «este breve y luminoso encuentro», Emilio de Armas escribe: «no pertenece, pues, a la vida social del poeta, sino a su vida interior, al oscuro recinto donde la casualidad se convierte en necesidad reveladora» (133). En el soneto de Casal dedicado a Maceo, publicado en 1892, dos años después de la visita de Maceo, la visión retrospectiva transforma al héroe en la imagen insólita que centra otra versión estetizada de la situación colonial. Es cierto que Maceo entra en la vida interior de Casal, y es un interior hecho de superficies, de superposiciones, de adjetivos suntuosos y escenarios desolados.

En una carta del primero de agosto de 1890, una de sus primeras cartas a Esteban Borrero Echevarría, quien sería su amigo y confidente, Casal expresa su simpatía por Maceo. En una frase capta eficazmente la figura del General; y en un segundo párrafo, se retrata a sí mismo a través del contraste dramático con el héroe:

Sólo he encontrado en estos días una persona que me ha sido simpática. ¿Quién se figura que sea? Maceo, que es un hombre bello, de complexión robusta, inteligencia clarísima y voluntad de hierro.

No sé si esa simpatía que siento por nuestro General es efecto de la neurosis que padezco y que me hace admirar los seres de condiciones y cualidades opuestas a las mías; pero lo que le aseguro es que pocos hombres me han hecho tan grata impresión como él. Ya se ha marchado y no sé si volverá. Después de todo me alegro, porque las personas aparecen mejor a nuestros ojos vistas de lejos (*Prosas* 3: 82).

En la carta, el tono inicial casi frívolo, la frase epigramática, la mención tópica de la neurosis, el contraste audaz entre las dos personalidades, contrastan con la admiración sincera, resumida en la expresión, «nuestro General», que una vez más vinculan a Casal con los aliados de la lucha independentista.

<sup>7</sup> The Arthur Sackler Collection, *Piranesi: Drawings and Etchings at the Avery Architectural Library*, Columbia University, 1975, 13.

Después de su encuentro en 1890, las rutas de Casal y Maceo se apartan vertiginosamente. Maceo regresa a la solidaridad de la lucha. Después de su muerte y con la derrota del proyecto nacionalista, toma su lugar prominente en el panteón nacional. Los biógrafos aprovechan la metáfora de la línea recta y limpia para representar la trayectoria estelar del héroe, de la humilde cuna a la gloria nacional. En cambio, Casal se identifica con el desvío y la marginación. Como es sabido, su adaptación de los ideales estéticos del fin de siglo es única en Cuba y tal vez en el mundo hispano; sin embargo, su prestigio nunca pierde el viso de lo extraño, lo marginal y lo extraviado. Después de la visita de Maceo, comienzan los años del mal comprendido aislamiento de Casal y de su definitiva anomalía en el ambiente cultural de la colonia.

Consciente de que su obra se hace a contrapelo de los valores literarios locales, Casal se aparta de los círculos periodísticos de la capital, pero no quiere decir eso que carezca de amigos íntimos o de contactos sociales; tampoco quiere decir que decae su interés por los proyectos artísticos. Al contrario, Casal parece comprender que debe reservar sus escasas energías para los proyectos que realmente le interesan. Después de la publicación de *Nieve* en 1892, Casal recibe el elogio y la simpatía de Verlaine, que lee el libro en su versión original. En cambio, de los críticos cubanos recibe los comentarios más chapuceros, que llegan hasta la parodia ramplona del gacetillero. En su reseña de *Nieve*, Enrique José Varona aconseja al poeta con una cita en inglés de Keats: «never to write for the sake of writing». No escribir para casar colores, ni cincelar frases, que resulten vacías.<sup>8</sup> Otros críticos no son tan sutiles. Por ejemplo, la reseña de Wen Gálvez vuelve una y otra vez sobre el tópico del desvío. Los poemas de *Nieve*, escribe Gálvez, «son la labor de un extraviado que se ha propuesto combinar palabras para no decir nada».<sup>9</sup> Además, la actitud pesimista del decadentismo de Casal no debe influir a los jóvenes: «es una lástima que Casal [...] pierda su tiempo en esos extravíos, envolviendo en su caída ¡Quién sabe a cuantos!...» (*The Poetry of Julián del Casal* 2: 431).

La crítica local no sólo rechaza la renovación modernista de Casal sino que pretende corregir la influencia que la obra de Casal ya ejerce sobre la juventud literaria. Como es de imaginar, Casal no entra en la polémica ni jamás hace un comentario público sobre el asunto. Se retira a la habitación en los altos de *El País*, que le ofrece su amigo Ricardo del Monte. La habitación, evocada en la admirable descripción de Ramón Meza (de Armas 162-3), es el refugio final, el lugar de la productividad y la creación, ya definitivamente separado de la vida pública. Casal reduce su espacio vital a medida que aumenta el poder de su imaginación literaria. En ese espacio, en ese momento, escribe sus últimas páginas, entre ellas el soneto a Maceo.

<sup>8</sup> Varona, «*Nieve* por Julián del Casal», *Revista Cubana* 16 (agosto 1892): 142-146. En *The Poetry of Julián del Casal* 2: 436-439, de donde cito.

<sup>9</sup> Gálvez, «*Nieve*», *El Figaro* (12 de junio, 1892): 6. En *The Poetry of Julián del Casal* 2: 428-43, de donde cito.

El soneto a Maceo no es sólo el elogio del héroe. El poema reconfigura el regreso del héroe, y los valores asociados con su persona, a las playas cubanas, incluso a la habitación de Casal, para representar, de manera anamórfica, el ambiente de la isla y para producir una imagen distorsionada de sí mismo en el retrato de uno de «los seres de condiciones y cualidades opuestas a las mías». Casal publica «A un héroe» en *La Habana Elegante*, el 30 de octubre de 1892, junto a otros dos sonetos, «O Altitudo» y «Profanación». en «O Altitudo», el poeta se dirige a un «joven» desilusionado, de quien dice en la segunda estrofa:

*Nadie sabe tu mal; porque tú mismo  
ahogando en flor mortales sensaciones,  
vivir en la tiniebla te propones  
como un dios condenado al ostracismo.*<sup>10</sup>

En «O Altitudo» y «A un héroe», los personajes de los sonetos, el joven «condenado al ostracismo» y el héroe se enfrentan de manera teatral, como se opone Casal a Maceo en la nota a Borrero. Por la ruta del contraste, el Maceo de «A un héroe» entra en la órbita de Casal. El soneto es la compacta biografía del héroe en la versión poética creada por Casal. Los detalles más conocidos sobre la visita de Maceo a La Habana se transforman en la imagen reconstruída, fragmentada y rearmada del soneto. El soneto glosa y a la vez transforma en imagen los detalles del periplo de Maceo:

*Como galeón de izadas banderolas  
que arrastra de la mar por los eriales  
su vientre hinchado de oro y de corales,  
con rumbo hacia las playas españolas,  
y, al arrojar el áncora en las olas  
del puerto ansiado, ve plagas mortales  
despoblar los vetustos arrabales,  
vacío el muelle y las orillas solas;  
así al tornar de costas extranjeras,  
cargado de magnánimas quimeras,  
a enardecer tus compañeros bravos,  
hallas sólo que luchan sin decoro  
espíritus famélicos de oro  
imperando entre míseros esclavos. (1: 218)*

Ya se mencionó la congoja de Maceo al tener que regresar a Cuba en una nave española. En un símil que se transforma ingeniosamente en sinécdoque,

<sup>10</sup> *The Poetry of Julián del Casal*, ed. Glickmam, 1: 215. Todas las citas a la poesía de Casal remiten a esta edición y se darán por volumen y número de página.

Casal transforma al «héroe» en galeón español, es decir, en el emblema opulento del poder y la gloria. Por otra parte, la primera estrofa apenas oculta en «los eriales» de la mar, en la mar transformada en el campo sin arar, el lugar común sobre la futilidad de «arar en el mar», sin duda alusión a la difícil empresa de Maceo: unificar los fragmentos conflictivos de la oposición local al gobierno metropolitano. El galeón-héroe ancla en el paisaje desolado de la costa, que recuerda la versión habanera de Piranesi en la crónica de Casal sobre la tienda: «ve plagas mortales / despoblar los vetustos arrabales». Una vez establecida la imagen de lo heroico que llega al paisaje hostil y desolado, los tercetos se refieren a los detalles de la visita del héroe que regresa «de costas extranjeras [...] a enardecer tus compañeros bravos». En el terceto final, los «compañeros bravos» de la estrofa anterior se transforman en «espíritus famélicos de oro», en seres horrendos, incorpóreos, desde el punto de vista ético sugerido en la frase «luchan sin decoro». Al mismo tiempo, a la censura de carácter moral, «luchan sin decoro», se superpone el impacto estético de la imagen final de esos «espíritus», espíritus materialistas, porque sienten hambre de oro, y a la vez, espíritus «famélicos», es decir hambrientos y débiles, hechos de oro. Perversamente, el joven «condenado al ostracismo», en el soneto que se publica junto a «A un héroe», se asocia a uno de esos «espíritus» débiles, cuya lucha «indecorosa» se lleva a cabo en un registro muy distinto de la gestión pública de Maceo.

El último verso del soneto se acerca de nuevo a la realidad histórica del país: los espíritus de oro «imperando entre míseros esclavos». Es sabido que la abolición de la esclavitud y luego la lucha a favor de los derechos de la población negra en Cuba son puntos constantes del proyecto de Maceo. El último verso del soneto regresa sobre el tema de la esclavitud, que Casal equipara a la situación colonial. El verso sobre «Los míseros esclavos» del último terceto no se refiere sólo a la gente traída de África y a sus descendientes cubanos. Se refiere a toda la población cubana en su situación colonial.

Después de su gestión en La Habana, Maceo regresa a Santiago de Cuba, donde organiza, con los generales Guillermo Moncada y Flor Crombet, la toma de la ciudad, para facilitar la entrada de Máximo Gómez y sus tropas, que esperan el momento propicio para la invasión. Aterrorizados por los planes de Maceo, los criollos dueños de las minas de manganeso y de las haciendas azucareras de Oriente se oponen a la guerra. Surgen de nuevo los rumores racistas sobre las «aspiraciones» políticas de Maceo. Ya a estas alturas, las autoridades españolas han descubierto los planes de Maceo. Lo detienen en el hotel, junto a su familia. Al próximo día, 30 de agosto, Maceo y su esposa son escoltados al muelle e inmediatamente zarpan con rumbo a Nueva York (Foner 144-7).

No es difícil reconocer en los «espíritus famélicos de oro» de Casal la versión estética de los hacendados preocupados por sus bienes y poco dispuestos a apoyar, aunque fuera por la causa de la independencia, un conflicto bélico que arruinaría sus propiedades, como en efecto ocurre en la Guerra de los Diez Años. Por otra parte, por exquisita y estilizada, la imagen final del soneto de Casal se asocia también a una producción cultural análoga a la del propio

Casal. A pesar de los reparos que hace a la obra de Casal, en su reseña de Nieve, Varona capta magistralmente la esencia del proyecto cultural de Casal: «El poeta, hastiado de nuestra vida prosaica de factoría americana, se escapa a las regiones soñadas de ese oriente remoto forjado en la fantasía de invernadero de Judith Gautier».<sup>11</sup> Varona no sólo capta las deficiencias del ambiente colonial sino que parece vislumbrar la posible situación de la Cuba futura. Varona requiere del talento de Casal algo más que el orientalismo importado, tan rastrero como las chinerías de yeso que se amontonan en las tiendas de la calle de Obispo. Requiere un arte más sublime, más elevado, no el remedo orientalista de los juguetes exóticos fabricados por la escritora francesa.

Varona prefiere la gota amarga de los *Marfiles viejos* de Casal; quiere corregir lo postizo y lo superficial de los sonetos arqueológicos de *Mi museo ideal*. Sin embargo, en Casal no hay síntesis satisfactoria, al menos satisfactoria para Varona, entre lo sublime y los aspectos perturbadores del poema, entre el sentimiento sincero de *Marfiles viejos* y la opulencia escénica de *Mi museo ideal*. Al contrario, Casal cultiva el efecto teatral de los contrastes, sin síntesis romántica posible. Maneja en su obra la tensión constante entre la sinceridad y la fatuidad, entre lo sublime y el descenso, la decadencia se decía entonces, hacia temas más ambiguos, hacia representaciones de superficies sugerentes, pero carentes de la limpidez deseada por Varona.

La sincera admiración de Casal por el héroe Maceo no entra por el arco triunfal del encomio clásico, todavía admirado e imitado magistralmente por Varona. La ruta heroica del soldado no es traducible a la escritura idiosincrática elaborada por Casal en los altos de la redacción del periódico habanero. Maceo entra en el museo de Casal desfigurado por un proceso marcado por la riqueza ambigua de superposiciones temáticas y formales insólitas. Para Casal, es la única representación posible, incluso la única autorrepresentación en el momento histórico y en la cultura en que vive.

Hay algo de insólito en la muerte de Maceo, como si después de contemplar su vida, quedara uno convencido de su inmortalidad. La muerte de Maceo, en una escaramuza menor el 7 de diciembre de 1896, sin duda disipa las inquietudes de aquéllos que ven en su poderío indiscutible el espectro temido de una república mulata. Los sobrevivientes, incluso los antiguos enemigos, se encargan de forjar la leyenda del héroe invencible, transformado en el monumento ecuestre del Titán de Bronce, mudo y glorioso hasta la eternidad. En vida de Maceo impresiona la solidez de su cuerpo; en la muerte, se transforma definitivamente en la fijeza de la estatua de bronce.

El legado de Casal se fabrica de un material menos sólido, aunque no menos duradero. Casal transforma el fracaso, del cuerpo, de la amistad, de la ciudad colonial, en visión poética. Honra al héroe en el soneto integrándolo al territorio fragmentado de su imaginación. En una última visita al poeta

<sup>11</sup> *The Poetry of Julián del Casal* 2: 439.

enfermo, Manuel Sanguily, veterano de la Guerra Grande e ilustre líder independentista, capta perfectamente la naturaleza, mejor dicho, la anti-naturaleza de la imaginación casaliana.

Escribe Sanguily en la «Corona Fúnebre» que dedica a Casal: «en su cabeza —como caleidoscopio que voltease sin parar— las imágenes de un mundo de formas pasajeras se sucedían a otras imágenes análogas, combinándose unas con otras y deformándose sucesivamente».<sup>12</sup> En el comentario de Sanguily, la deformación, la sucesión de imágenes análogas pasajeras, la secuencia incontenible aluden a los puntos clave, y más perturbadores, de la estética modernista forjada por Casal. Su emblema impactante es la máscara que horroriza al amigo patriota en su última visita al poeta: «la horrible máscara asiática, colgada de la pared, abriendo eternamente una boca espantosa armada de dientes de carnicero» (*Prosas* 1: 30).

Después de la guerra, después de la retirada del nuevo invasor, llega por fin la añorada república, fundada sobre la concesión, el compromiso y la exclusión. En la ausencia de verdaderos valores democráticos nacionales, aquéllos por los que luchan y mueren Maceo, Martí y una generación de patriotas, importan los rituales de lo nacional: el acto cívico, la parada, la oratoria de ocasión, la conmemoración del monumento heroico. En cambio, la máscara de Casal no se integra de esa forma; más bien queda al margen de la cultura oficial, colgada sobre el lecho de muerte. Desde esa orilla, influye a su manera y cobra fuerza.

Desde la perspectiva de la situación actual de la nación cubana, he querido meditar sobre el insólito encuentro habanero entre el héroe y el poeta, para expresar algo de la admiración, del placer y del asombro que provocan sus trayectorias y también para esperar que, en cualquier ruta futura, sepamos aprovecharlas.

#### Obras citadas

- Aparicio, Raúl. *Hombradía de Antonio Maceo*. La Habana: Ediciones Unión, 1967.
- Armas, Emilio de. *Casal*. La Habana: Letras Cubanas, 1981.
- Barthes, Roland. *La chambre claire*. Paris: Seuil, 1980.
- Baudrillard, Jean. *Crítica de la economía política del signo*. 1972; México: Siglo XXI Editores, 1974.
- Cabrales, Gonzalo. *Epistolario de héroes. Cartas y documentos históricos*. La Habana: Imprenta del Siglo XX, 1922.
- Casal, Julián del. *The Poetry of Julián del Casal*. Ed. Robert J. Glickman. 3 tomos. Gainesville, Fl.: The University of Florida Press, 1978.
- *Prosas*. Edición del Centenario. 3 tomos. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1963.
- Díaz-Quinones, Arcadio. «Martí: la guerra desde las nubes». Manuscrito.
- Foner, Philip S. *Antonio Maceo. The «Bronze Titan» of Cuba's Struggle for Independence*. New York: Monthly Review Press, 1977.
- Franco, José L. *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*. 1951; La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

<sup>12</sup> «Corona Fúnebre» se publicó el 31 de octubre, 1893, diez días después de la muerte de Casal, en *Hojas Literarias*, la revista fundada por Manuel Sanguily. En *Prosas* 1: 29-31, de donde cito.

- Gálvez Wen. *El Figaro* (12 junio 1892). En *The Poetry of Julián del Casal* 2: 428-31.
- Maceo, Antonio. *De la campaña*. José Miró. *Jornada de Gloria*. Néstor Carbonell, director. La Habana: Imprenta «La Prueba», 1916.
- Marinello, Juan. *Maceo: líder y masa*. La Habana: Editorial Páginas, 1942.
- Martí, José. *Obras Completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- Miró y Argenter, José. *Cuba: crónicas de la guerra. Las campañas de invasión y de occidente, 1895-1896*. 3 tomos. La Habana: Editorial Lex, 1942.
- Ramos, Julio. *Paradojas de la letra*. Caracas: Ediciones eXcultura, 1996.
- Roig de Leuchsenring, Emilio. «Ideología política de Antonio Maceo». En *Antonio Maceo. Ideología política. Cartas y otros documentos*. Edición nacional del Centenario de su nacimiento. 2 tomos. La Habana: Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, 1950.
- The Arthur Sackler Collection. *Piranesi: Drawings and Etchings at the Avery Architectural Library*. Columbia University, 1975.
- Varona, Enrique José. «Nieves». *Revista Cubana* 16 (agosto 1892). 142-6. En *The Poetry of Julián del Casal* 2: 436-9.
- Venegas Fornias, Carlos. «La Habana Vieja: Patrimonio de la Humanidad» en *La Habana: fotografías de Manuel Méndez Guerrero*. La Habana: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.



# Notas en torno a Plácido

## Guerras genealógicas y los intersticios de la identidad en Cuba ante el noventa y ocho

Agnes Lugo-Ortiz

### OBERTURA: LA NACIÓN ENTRE LA MEMORIA Y EL OLVIDO

En su importante ensayo *¿Qué es una nación?* (1882), Ernst Renan insistía en pensar el hecho «nacional» como un fenómeno del espíritu, articulado en el triple juego de la memoria, del olvido y el deseo. Escrito, como se recordará, en el contexto puntual de las disputas territoriales en torno a la región francesa, pero germano-hablante de Alsacia, el texto de Renan asumía una posición polémica frente a las teorías que a lo largo de la primera mitad del siglo XIX habían intentado definir «lo nacional» partiendo de categorías lingüísticas, raciales, religiosas, territoriales o, inclusive, de intereses. Para Renan, por el contrario, más que una instancia contingente (o la materialidad de un naturalizado «cuerpo geográfico» —constituído en la posesión de unas supuestas «fronteras naturales», o por los límites de una exterioridad sensible) la nación era esencialmente una entidad incorpórea, un «principio espiritual», «un alma»:

Dos cosas que, en verdad, tan sólo hacen una, constituyen esta alma [...] La una está en el pasado, la otra en el presente. La una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; la otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa [...] Un pasado heroico, grandes hombres, gloria [...] he aquí el capital social sobre el que se asienta una idea nacional. Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos, querer aún

hacerlas; he aquí las condiciones esenciales para ser un pueblo. Ámase en proporción de los sacrificios consentidos, de los males sufridos. Ámase la casa que se ha construído y se transmite. El canto espartano: «Somos lo que fuisteis; seremos lo que sois», es en su sencillez el himno abreviado de toda patria.<sup>1</sup>

En el centro de la ontología nacional de Renan se encuentra el «querer» como fuerza motora de esa alma. La nación no es un hecho dado sino un fenómeno frágil de la voluntad («un plebiscito de todos los días», según reza su conocido dictado). Y más que en el impulso hacia un futuro incierto (aunque también), ese querer se afirma, sobre todo, en una voluntad genealógica. El presente de la nación no es el tiempo de lo fugaz evanescente sino la morada fuerte de una memoria indivisa. Cual inmovilizando el tiempo («somos lo que fuisteis, seremos lo que sois»), el presente se ofrece como la casa del pasado, es el hogar de los ancestros. Los sacrificios ancestrales, la memoria de esos sacrificios, el dolor reverente y la disposición al sufrimiento son para Renan los fundamentos del amor y el deseo de ser nación que, al igual que como sucede en Martí, se analoga al deseo de preservar la casa heredada: «En cuestión de recuerdos nacionales más valen los duelos que los triunfos, pues ellos imponen deberes; piden esfuerzo en común» (38). Lo nacional —territorio incorpóreo, habitado por fantasmas heroicos— se vertebra, en la propuesta de Renan, por la obligación que impone una deuda; y se hace real gracias a una orientación mimética y deseante hacia los muertos amados, cimentada permanentemente en el horizonte del dolor.<sup>2</sup>

Tan temprano como 1873, Martí en «La República española ante la Revolución cubana» participaba de estas modernas formulaciones de lo nacional. En ese texto, Martí argumentaba que justamente la ausencia de «lazos de fraternidad y amor» entre Cuba y España imposibilitaba que formaran parte de una misma comunidad nacional: se carecía de una «amorosa» memoria compartida, de un sufrimiento común, y en consecuencia, de un «espíritu» (de un «alma») semejante:

Y no viven los cubanos como los peninsulares viven; no es la historia de los cubanos la historia de los peninsulares; lo que para España fue gloria inmarcesible, España misma ha querido que sea para ellos desgracia profundísima. De distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se regocijan. No hay entre ellos aspiraciones comunes ni fines idé-

<sup>1</sup> Ernst Renan, «Qu'est-ce Qu'une Nation?» [1882]. La traducción es de Rodrigo Fernández-Carvajal. *¿Qué es una nación?* Segunda edición. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1983; págs. 36-37.

<sup>2</sup> Aunque la lógica temporal de la nación parecería existir, para Renan, en el interior de otra temporalidad, ésta sí sometida a las leyes de la caducidad: «Las naciones no son algo eterno. Han comenzado y concluirán» (39). Por deducción, cabría pensar que icónicamente el fin de las naciones tendría entonces que ver con el agotamiento del deseo de vivir una eterna mismidad agónica, para entrar en un tiempo de fuga, contingente y finito.

ticos, ni recuerdos amados que los unan. El espíritu cubano piensa con amargura en las tristezas que le ha traído el espíritu español; lucha vigorosamente contra la dominación de España. —Y si faltan pues todas las comunidades, todas las identidades que hacen la patria íntegra, se invoca un fantasma que no ha de responder, se invoca una mentira engañadora cuando se invoca la integridad de la patria. —Los pueblos no se unen sino con lazos de fraternidad y amor.<sup>3</sup>

El proyecto nacional de Martí se justifica discursivamente proponiendo una diferencia radical e irreconciliable: diferencia de historia y vivencias vitales, de mercado, de costumbres y placeres, de deseos y ambiciones de futuro, de amorosas memorias. Y uno de los ejes principales de ese diferendo es el posicionamiento desigual en la economía del sufrir, el desencuentro en la experiencia agónica. Nada marcaría más ese desencuentro en la narrativa histórica martiana que la Guerra de los Diez Años:

[...] fecundóse el campo de la lucha con sangre de los mártires [...] Cuba no puede ya pertenecerle [a España]. La sima que dividía a España y Cuba se ha llenado, por la voluntad de España, de cadáveres. —No vive sobre los cadáveres amor ni concordia [...]. (*Obras completas*, vol. I; págs. 90 y 93)

Cual si estuviera reescribiendo los afamados versos de Heredia en su «Himno del desterrado» (1825) «Del tirano es inútil la saña, / que no en vano entre Cuba y España / Tiende inmenso sus olas el mar», Martí en «La República española ante la revolución Cubana» diría: «La República conoce cómo la separa de la isla sin ventura ancho espacio que llenan los muertos». El mar océano que para Heredia separaba a la isla de su metrópoli se ha transformado en Martí en un mar de sangre —sin recuerdos amados que los unan.

Pero distinto a Martí, en la reflexión de Renan las operaciones de la memoria y del deseo (que estructuran su idea del «alma nacional») son explícitamente inseparables de su «otro»: el olvido. «La unidad [de la nación, escribe Renan] siempre se hace brutalmente [...] la esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también que todos hayan olvidado muchas cosas (14-16).

Según esta moderna formulación de lo nacional, la historia de las patrias se propone como el recuento de una memoria rota (para evocar el título del bello libro de Arcadio Díaz-Quñones): la supresión, represión o sublimación de los recuerdos malditos en aras de erigir la imagen de una totalidad armonizada.<sup>4</sup> ¿Cuál es la historia, las «aspiraciones comunes», los «fines idénticos», los «lazos de fraternidad y amor», al decir de Martí, que unificarían a una nación salida de la esclavitud? ¿Cuáles los «recuerdos amados» o las agonías compartidas

<sup>3</sup> José Martí, «La República española ante la revolución cubana». *Obras completas*, vol. I. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1953; pág. 94.

<sup>4</sup> Arcadio Díaz-Quñones, *La memoria rota*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1993.

entre antiguos amos y ex-esclavos? ¿Cuál su gloriosa herencia indivisa, sus muertos amados? ¿Cuál su genealogía? ¿Cuál su principio espiritual, cuál su alma?

Si bien en la interpretación de Martí los sacrificios de la guerra, la sangre de los muertos, vinieron a sellar para siempre las diferencias entre Cuba y España, esos mismos sacrificios, esa misma sangre, también tuvieron por contrapartida una función ecuménica: la de salvar definitivamente las distancias entre cubanos negros y blancos, la de unir al negro y al blanco en un mismo ser con una misma memoria / ancestría heroica y mártir. En su afán por erosionar simbólicamente la desigual historia de sufrimiento cubana, la voluntad mitificadora de Martí desplazaría la conflictiva memoria de la violencia esclavista con una nueva memoria purificada y purificadora: las agonías y sacrificios compartidos por esclavos negros y amos blancos en los campos de batalla durante la guerra de los Diez Años. Para Martí, en la guerra (crisol del alma nacional) se ofició un ritual de expiación histórica y de perdón. Por ella se consumó un olvido. En la visión martiana, con la sangre de la guerra se lavaron / borraron las culpas del pasado esclavista y se escribió un nuevo origen nacional libre de contingencias raciales o económicas («En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros», escribiría en su ensayo «Mi raza»<sup>5</sup>). Y esa purificación fue tanto más significativa en cuanto, para Martí, supuso un acto de renuncia voluntaria al privilegio social y de autoinmolación sacrificial por parte de los hacendados criollos dueños de esclavos, quienes abrazaron la pobreza material y abolieron la esclavitud —según esto, redefiniendo su lugar en la memoria de los antiguos dominados, y estableciendo nuevas afiliaciones (preciso decirlo, no exentas de tonos paternalistas).

La visión articulada por Martí de la guerra (que es uno de los modelos primordiales para estructurar la forma del recuerdo nacional en Cuba en la antesala del noventa y ocho y aún hasta hoy<sup>6</sup>) es conjuntamente la inscripción de una memoria agónica —la fundación de un imaginario genealógico de carácter ecuménico y sacrificial— y el ejercicio de una tachadura, una estrategia para el olvido.

Es con esto en mente —pensando en ese entrelazo de lo que se inscribe y de lo que se borra— que en este trabajo quisiera abordar los intensos y acres debates genealógicos que se dieron en Cuba a mediados de la década del

---

<sup>5</sup> José Martí, «Mi raza». En *Ensayos y crónicas*. Edición de José Olivio Jiménez. Madrid: Anaya & Mario Muchnik, 1995; págs. 129-131).

<sup>6</sup> Piénsese en la conclusión de Ramiro Guerra a su monumental historia de la Guerra de los Diez Años: «Y aún tuvo otra función más alta en la historia cubana la Guerra de los Diez Años, en el proceso de la definitiva creación y consolidación de la nacionalidad cubana. Una patria es en su esencia un ser histórico, una entidad moral con un pasado y un porvenir. Requiere poseer un patrimonio espiritual de gloria y de heroísmo, de epopeya y leyenda. No hay pueblo fuerte ni nacionalidad robusta que no lo posea. A Cuba la faltaba, antes del 68, en gran parte, ese patrimonio, y la Guerra de los Diez Años se lo creó riquísimo e insuperable. Después de El Zanjón, y no obstante éste, Cuba poseyó una alta tradición patriótica que reverenciar y amar». *Guerra de los Diez Años*. Dos tomos. Vol. II. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1972; pág. 388.

noventa en torno a la problemática figura del poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido. Lo que quisiera examinar (según se verá con mayor claridad en breve) es una grieta de ese juego discursivo entre memoria y olvido, reparando en una figura que, por así decirlo, aparece como una suerte de palimpsesto intersticial en el que se registran las fricciones entre aquello que se quiere olvidar o silenciar (la violencia interna del pasado esclavista —el antagonismo entre negros y blancos, ya criollos o españoles) y el recuerdo que se quiere inscribir (el impulso hacia una memoria ecuménica que posibilitara la fundación nacional). En los debates sobre Plácido se hace visible una zona límite y de inmensa intratabilidad (si no de imposibilidad) en las narrativas genealógicas cubanas y sus ambiciones totalizadoras. No creo exagerar si digo que en esa polémica se halla la operación biográfica más compleja (y tal vez la más importante) del siglo XIX cubano. En ella vinieron a concentrarse simbólicamente lo difícil y racialmente conflictivo de los procesos de reconfiguración socio-cultural en la Cuba de la postemancipación y entreguerras. No sólo participaron en ella las voces pro-coloniales de la historiografía oficial española, los cuadros letrados del liberalismo criollo o la intelectualidad obrera del emergente movimiento anarco-sindicalista.<sup>7</sup> Ella también involucró, desde posiciones racialmente antagónicas, a varios dirigentes del propio movimiento revolucionario, amenazando con fracturar las frágiles posibilidades de unidad política procuradas por el proyecto nacional de Martí. Es este campo de guerras interpretativas el que parcialmente quisiera cartografiar en el presente trabajo (específicamente las luchas internas de los dirigentes separatistas Juan Gualberto Gómez y Manuel Sanguily), en cuanto índice de lo que en Cuba fue la coyuntura del noventa y ocho, de la complejidad de los proyectos políticos y culturales que la constituyeron, y de la puntualidad que en ella tuvieron los discursos biográficos.

#### **GUERRAS GENEALÓGICAS: EL CONFLICTO EN TORNO A PLÁCIDO**

Junto a José María Heredia, Gertrudis Gómez de Avellaneda y José Jacinto Milanés, Plácido (1809-1844) fue el poeta más destacado en Cuba durante la primera mitad del siglo XIX. Cotizado por las élites criollas, invitado como trovador e improvisador a sus eventos sociales, laureado en concursos literarios convocados para celebrar la llegada de nuevas autoridades españolas a la colonia, ni siquiera Heredia gozó de tanta popularidad ni su obra fue reeditada tantas veces a lo largo del siglo como lo fue en el caso de Plácido. Hibridizada entre una estética neoclásica y el romanticismo, su poesía —gramaticalmente errática, dada una desigual formación letrada— vino a ser vista por no pocos críticos de la época (con fervor romántico) como la expresión espontánea y

<sup>7</sup> Cf. José Ahumada y Centurión, *Memoria histórico política de la isla de Cuba*. La Habana, 1874; Justo Zaragoza, *Las insurrecciones en Cuba: Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo*. 2 vols. Madrid, 1872-1873; Antonio Bachiller y Morales, «Plácido». *Revista Cubana*. Tomo 2. Diciembre, 1885; págs. 547-561; José de Jesús Márquez, *Plácido. Los conspiradores de 1844*. La Habana: Imprenta la Constancia, 1894.

primigenia de una «genio salvaje», la poderosa creatividad natural de un espíritu no civilizado.<sup>8</sup>

Pero el dudoso encanto tuvo un límite. En 1844 las autoridades coloniales acusan a Plácido de ser uno de los cabecillas de una alegada conspiración de esclavos dirigida a derrocar el gobierno de la colonia y a aniquilar a la raza blanca en la isla —lo que ha venido a conocerse como la Conspiración de la Escalera. Lo apresan y bajo tortura logran que Plácido implique a varios patricios criollos en el supuesto complot, entre ellos a Domingo Del Monte y a José de la Luz y Caballero (éste último, «el silencioso fundador» de la nacionalidad cubana, según lo llamó Martí; figura central de las genealogías patricias criollas). El 28 de junio de 1844 pasan a Plácido por las armas, aunque hasta el último momento éste sostuviera que era inocente. Camino del paredón —cual si estuviera tratando de subrayar la irrealidad del momento, haciendo de la instancia de la muerte un instante lírico, y afirmando su identidad primordial de poeta— Plácido fue recitando de memoria los versos de algunos de sus mejores y más conmovedores poemas.<sup>9</sup>

Con la muerte de Plácido se abre uno de los espacios de mayor irresolución simbólica en el imaginario cultural cubano hasta el día de hoy. Figura intersticial, nacido de madre blanca y padre pardo, encabalgado entre dos mundos culturales signados distintamente por la oralidad y la escritura, artesano pobre y escritor solicitado por las élites, ninguna otra figura en la historia cultural cubana ha sido objeto de mayores y más obsesivos interrogatorios, de más intensos y polémicos estudios: ¿fue patriota liberal embozado, cuyos versos codifican secretamente un ansia libertaria, o fue el cantor servil de la monarquía, el colonialismo y la sacarocracia?, ¿fue conspirador sagaz, simulador magistral ante el poder, o una víctima cobarde?, ¿delator o héroe?, ¿escoria histórica o fundador egregio de la nacionalidad? Irónicamente, la querida transparencia de aquella voz «salvaje», proveniente de una soñada hondura natural, «homéricamente» auténtica, ha devenido en la historia cultural cubana un enigma incómodo. Imposibilidad epistemológica, opacidad acechante, tal pareciera

---

<sup>8</sup> Algunos ejemplos: Jacinto de Salas y Quiroga [1839]: «en sus cantos medio salvajes, tiene los arranques más sublimes y generosos [...] La incorrección es falta de instrucción; la inspiración es celestial» (Recogido por Salvador Bueno en *Acerca de Plácido*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1985; págs. 33 y 40); Francisco Calcagno homologándolo a Homero: «alma sencilla y grande de Plácido, se parecía á la de esos genios predestinados que fundan las literaturas [...] esto [...] espontaneidad [...] cantaba lo que sentía (sic.), su corazón era una arpa eólica que resonaba a las menores impresiones que lo hirieran; por eso su forma era más adecuada aunque alguna vez menos pulida» (*Poetas de Color*. La Habana: Imprenta Militar de la Viuda de Soler y Compañía, 1878; págs. 8 y 18). Marcelino Menéndez y Pelayo más tarde en su *Historia de la poesía hispanoamericana* [1911] lo llamaría «genio inculto, cuya aparición es ya tan rara en nuestras sociedades» (Bueno, 150). Domingo Del Monte le negó esta cualidad de «genio salvaje» pero sólo para atribuírsela, por contraste, a Manzano —reinscribiendo la idea del «salvaje letrado» como paradigma privilegiado para la interpretación y valoración de la literatura producida por escritores de color.

<sup>9</sup> El trabajo más completo y convincente sobre este evento es el de Robert Paquette, *Sugar is Made with Blood. The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba*. Middletown: Wesleyan UP, 1988.

que determinar la verdad sobre Plácido se hubiera convertido en clave inaccesible para develar a la nación en su verdad, a la nación como verdad.<sup>10</sup>

Inmediatamente después de su fusilamiento en 1844, las autoridades españolas prohíben la circulación de la obra de Plácido en la isla y cualquier debate público acerca de los eventos relacionados con la Escalera. No fue sino hasta mediados de la década del ochenta —en un contexto de relativa apertura liberal en la isla, cuando España extiende, no sin accidentes, ciertas garantías civiles a la colonia— que se comienza a dar una discusión pública no sólo en torno a su poesía sino también respecto a la veracidad de la supuesta conspiración de esclavos y al rol que Plácido pudiera haber tenido en ella.

Es en ese contexto (de la postemancipación y de apertura liberal) que a principios de la década del noventa, miembros de una recién constituida comunidad intelectual habanera de color —vinculada al Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color y a sus luchas en pro de la igualdad ciudadana— organizan una serie de actos conmemorativos para homenajear la memoria de Plácido, y comienzan a explorar la posibilidad de erigirle una estatua pública. Contra las versiones dominantes tanto entre los liberales criollos reformistas (que veían en Plácido un ente sumiso, víctima de la arbitrariedad española) como entre la oficialidad metropolitana (para la que Plácido era un hipócrita traidor, enemigo de la raza blanca y merecedor del más ejemplar castigo), en el emergente imaginario de los sectores de color, Plácido era informalmente visto como un gran poeta popular, mártir y héroe de la raza.

---

<sup>10</sup> Como muestra de la irresolución del caso de Plácido en el imaginario cultural cubano apenas cito aquí algunos trabajos notables: Salvador Bueno, *Acercas de Plácido*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1985 (esta colección recoge algunos de los más importantes textos críticos sobre Plácido publicados desde el siglo XIX hasta el presente, aunque inexplicablemente no se incluye ninguno de los escritos de los intelectuales de color publicados en la década del noventa del siglo pasado; entre los textos antologizados se encuentran escritos de Dolores María de Ximeno, Domingo del Monte, Eugenio María de Hostos, Pedro José Guiteras, Manuel Sanguily, Enrique Piñeyro y Aurelio Mitjans, entre otros); Francisco Calcagno, *Poetas de Color*. La Habana: Imprenta Militar de la Viuda de Soler y Compañía, 1878; Antonio Bachiller y Morales, «Plácido». *Revista Cubana* 2 (1885): págs. 547-561; Sebastián Alfredo de Morales, «Introducción» a *Plácido. Poesías completas*. La Habana: La Primera de Papel, 1886; Juan Gualberto Gómez, «Velada-Plácido. Discurso, resumen». *La Igualdad* 1.2 (7 de julio de 1892): págs. 2-3; Tomás Carrión, *A vuelo de pluma. Haití. Plácido y Manuel Sanguily*. La Habana: Imprenta La Constancia, 1894; José de Jesús Márquez, *Plácido y los conspiradores de 1844*. La Habana: Imprenta La Constancia, 1894; Domingo Figarola-Caneda, *Milanes y Plácido. Réplica al Sr. Federico Milanes*. La Habana: Imprenta «El Siglo XX», 1914 y *Plácido (poeta cubano). Contribución histórico-literaria*. La Habana: Imprenta «El Siglo XX», 1922; Manuel García Garófolo Mesa, *Plácido, poeta y mártir*. México: Botas, 1938; Jorge Casals, *Plácido como poeta cubano*. La Habana: Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1944; Leopoldo Horrego Estuch, *Plácido, el poeta infortunado* [versión original 1944]. Edición definitiva, aumentada y corregida. La Habana: Dirección General de Cultura, Ministerio de Educación, 1960; Itzhak Bar-Lewaw, *Plácido, vida y obra*. México: Botas, 1960; José Luciano Franco, *Plácido (Una polémica que tiene cien años) y otros ensayos*. La Habana: Ediciones Unión, 1964; Frederick Stimson, *Cuba's Romantic Poet. The Story of Plácido*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1964; Salvador Arias, *Tres poetas en la mirilla*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1981; Jorge Castellanos, *Plácido, poeta social y político*. Miami: Ediciones Universal, 1984. Para una de las más completas bibliografías críticas sobre Plácido véase de Enildo García, *Cuba: Plácido, Poeta cubano de la emancipación (1809-1844)*. NY: Senda Nueva de Ediciones, 1986.

Entre los letrados de color responsables de formalizar esta visión de Plácido, se encontraba Juan Gualberto Gómez, uno de los miembros fundadores del Directorio y una de las figuras clave para la coordinación en la isla de la guerra que desde el exilio preparaba Martí.

Separatista consecuente que había sufrido años de expatriación por su colaboración con los esfuerzos revolucionarios durante la Guerra de los Diez Años y en la Guerra Chiquita, Gómez había regresado a Cuba a principios de los años noventa, integrándose inmediatamente a la lucha ciudadana de los sectores de color —para él, distinto a otros, inseparable de la lucha por la independencia nacional. En 1892, año de la fundación del Partido Revolucionario Cubano en el exilio, y en ocasión de un notable homenaje a Plácido coauspiciado por uno de los principales periódicos de los sectores de color en la isla, *La Igualdad*, Gómez intentaría una delicada síntesis simbólica en la que el poeta aparecería no como dirigente de una conspiración cuyo principal objetivo era la defensa libertaria y particular de la raza de color, sino como figura representativa, universal, de la unidad y liberación nacional de todos los cubanos. Para Gómez, la denigración a la que había sido sometido Plácido en la década del cuarenta sólo era una instancia más de los continuos atentados dirigidos por la metrópoli para fomentar injustificadas suspicacias raciales en la isla, en un momento en el que los sectores de color comenzaban a dejar sentir su presencia en la vida socio-cultural y económica de la colonia (una situación significativamente análoga a la década del noventa):

La clase de color de Matanzas en aquella época ocupaba una situación interesantísima en el medio insular: rica, ilustrada, culta, de conducta digna y levantada, su existencia tenía que preocupar a los gobernantes de entonces, que pensando con cierta perspicacia, no podían desconocer que aquellos hombres tenían que aborrecer el despotismo y que, por lo tanto, más tarde o más temprano, habrían de cooperar a toda empresa que tendiera a llevar a la práctica el propósito de asegurar la libertad de su raza y los derechos de su país. Por eso la tiranía no se contentó con arrebatarles la vida, sino que también se esforzó por atribuirles maquiavélicamente el odioso proyecto del asesinato de los blancos, con el fin de indignar y atemorizar a éstos, estableciendo una valla divisoria entre las dos grandes ramas de la familia cubana [...].<sup>11</sup>

Gómez es uno de los primeros en articular la tesis de que la llamada Conspiración de la Escalera sirvió para que el gobierno colonial desatara una polí-

---

<sup>11</sup> Juan Gualberto Gómez, «Velada-Plácido. Discurso, resumen». *La Igualdad* 1.27 (7 de julio de 1892); págs. 2-3. Citado por Salvador Arias en su «Prólogo» a las *Poesías Escogidas* de Plácido. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1977 (recogido por Bueno, págs. 398-426; 406). Útil para el estudio del pensamiento político de Juan Gualberto Gómez es el volumen editado con un estudio preliminar por Emilio Roig de Leuchsenring *Juan Gualberto Gómez. Por Cuba Libre. Homenaje de la Ciudad de La Habana al gran cubano en el centenario de su nacimiento 1854-1954*. La Habana: Oficina del Historiador de la Ciudad, 1954.

tica de represión dirigida a eliminar a la creciente pequeña burguesía de color en la isla y a suprimir, mediante el terror a una manifiesta guerra de razas, cualquier asomo de voluntad nacional insurreccional entre el patriciado criollo ilustrado. La supuesta «Conspiración» no era sino una estrategia antinacional promovida por el poder y Plácido su carnada. Tras la versión metropolitana se escondía un relato anti-familiar, tendiente a la disolución de los lazos de fraternidad, amor y confianza necesarios para sedimentar a las «dos grandes ramas de la familia [nacional] cubana». Similar a la visión que recorre los textos de Martí, para Gómez, las clases de color, capaces de ser ricas y civilizadas, podrían abrigar una voluntad libertaria pero nunca proyectos vengativos de aniquilación racial. Como corolario de esta concepción, Plácido aparecería, no como víctima o traidor sino como figura cimera de la raza de color cubana («el más ilustre de los cubanos de nuestra raza») y, más aún, de la cultura nacional misma (el «más inspirado de los poetas de nuestra patria»<sup>12</sup>). Reivindicar a Plácido, integrarlo a las genealogías nacionales en cuanto metonimia de la integración de los sectores de color a la comunidad nacional, aparece en la operación simbólica de Gómez, casi como condición de posibilidad para el desmantelamiento de los juegos elaborados por el imaginario del poder colonial y, en consecuencia, para la fundación de la patria misma.

Héroe y mártir, la reconstrucción de Plácido dramatiza el deseo de una profunda alteración en las narrativas de las genealogías cubanas (que habían estado dominadas hasta entrada la segunda mitad del siglo por los relatos patricios). Para los sectores de color en particular, esta reivindicación también permitía la integración de dos modelos de intervención pública deseables para los procesos de subjetivación ciudadana (o revolucionaria) en curso durante el período de la postemancipación. En cuanto poeta, Plácido codificaba el ejercicio de la letra, la ordenación gramatológica y racional del sujeto (cuestionando las visiones racistas sobre la incapacidad de los negros para la producción simbólica); y en cuanto disidente de la esclavitud, un desafiante modelo de acción política, de libertad ciudadana y de protagonismo histórico. No es incidental que la reivindicación de Plácido también coincidiera con los esfuerzos realizados por los sectores de color a principios de los años noventa por hacer cumplir las inoperantes leyes de igualdad educativa y contra la segregación en las escuelas. En el período de la postemancipación, la educación vino a ser vista por los afrocubanos como vía principal de integración socio-cultural y avance económico, convirtiéndose en una de las mayores prioridades de su programa político. En el interior de estas luchas, los esfuerzos por reivindicar y reapropiarse de la figura de Plácido adquieren otro nivel de especificidad. Plácido, autodidacta, es también un héroe del saber y de la escritura, un modelo (monumental, en el sentido nietzscheano) de la capacidad

<sup>12</sup> Citado por Salvador Arias en Bueno, 406.

de los sectores de color para la educación y la «civilización», aún en las condiciones más adversas.<sup>13</sup>

Contra estas reescrituras racialmente integradoras de las genealogías nacionales (y de las posibilidades ciudadanas) uno de los más prominentes dirigentes militares de la Guerra de los Diez Años, el abogado y crítico literario Manuel Sanguily, esgrimiría el más virulento y hostil de los ataques que jamás se hayan hecho contra Plácido, volatilizando la frágil unidad racial que Juan Gualberto Gómez y José Martí procuraban para su proyecto nacional en la antesala de la guerra. Una unidad racial que, dicho sea de paso, relativizaba el discurso de identidad cubana blanca requerido por aquellos sectores del separatismo deseosos de sentar las bases y legitimar una posición (racialmente «respetable») desde donde negociar un pacto de proximidad, cuando no de anexión, a los Estados Unidos.

Ya desde principios de la década del noventa, Sanguily había venido polemizando con las interpretaciones de la historia cubana, y en particular de la Guerra de los Diez Años, propuestas por algunos letrados de color desde las páginas de *La Igualdad*. En el centro de esa polémica se estaba debatiendo quiénes habían sido los «verdaderos» fundadores de la nacionalidad por su participación heroica y decisiva en la guerra del 1868, y quiénes los responsables por el fin de la esclavitud en la isla. Esto es: lo que se estaba debatiendo era el crisol del alma cubana misma (según lo había concebido Martí).

En abierto antagonismo frente a los intentos afrocubanos por inscribir su propio protagonismo histórico —narrando su lugar en los hechos de la guerra, recordando cómo fueron ellos los últimos en deponer las armas y los primeros en oponerse al Pacto del Zanjón, e insistiendo en las implicaciones que todo ello tuvo para la eventual abolición de la esclavitud en la isla— Sanguily, recurrentemente, habría de restarle importancia y significado a esa participación:

Así hayan sido millones los hombres de color que estuvieron junto a los blancos en la Revolución, el origen de ésta, su preparación, su iniciativa, su programa y

---

<sup>13</sup> Según lo ha discutido Aline Helg, desde 1878 el gobierno español había decretado el derecho de negros y mulatos a ingresar a escuelas secundarias, profesionales y universitarias. Pero el valor de esta ley era el de letra muerta. En la práctica, los jóvenes de color no eran admitidos a este tipo de instituciones educativas y, por ende, no recibían educación alguna. En 1893 un grupo de ciudadanos de color le exige al gobernador de la isla que se cumplieran las disposiciones de ley decretadas en 1878, y que se les permitiera la entrada a los niños y niñas de este sector a las escuelas municipales. En lo que se vio en aquel entonces como una victoria, el gobernador aprueba la petición. En 1894, cuando el debate en torno a Plácido está en su momento álgido, el Directorio de las Sociedades de la Raza de Color y su vocero periodístico *La Igualdad*, hacen un llamado a que todos los niños y niñas de color en edad escolar estuvieran presentes en las escuelas el primer día de clases. La desegregación, para que no fuese teórica, requería la presencia efectiva de negros y mulatos en las aulas. Era esa presencia el único medio de impugnar la norma de exclusividad racial defendida por principales y otras autoridades políticas y educativas de las municipalidades. Cf. Aline Helg, *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1995. Fundamental para el análisis de la transición del régimen esclavista a uno de trabajo asalariado es de Rebecca Scott, *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Princeton: PUP, 1985.

su dirección, esto es, la Revolución en su carácter, su esencia y sus aspiraciones, fué la obra exclusiva de los blancos. El hombre de color fué llamado por ellos, y por ellos colocado *por primera vez en la historia de Cuba* en condiciones de *figurar*, de prestar *eminentes servicios*, de *distinguirse* tanto como los blancos [...] Fué preciso que el cubano blanco hiciera la Revolución, que desafiara *él solo* las fuerzas considerables de España. Para eso se arruinó, sacrificó su vida, su hacienda, la paz de sus hogares, el porvenir de sus hijos. El negro era entonces un esclavo y el que no era esclavo era algo como un paria. El uno iba a exponerlo todo. El otro nada exponía [...] El cubano, su antiguo amo, su redentor entonces, su única providencia, le citó para su propio festín, le atrajo en un abrazo fraternal [...] Olvidar lo que hicieron los blancos cubanos por los hombres de color, ¿no es una ingratitude manifiesta? (Cursivas en el original).<sup>14</sup>

Estructuralmente, la visión que tiene Sanguily del protagonismo patricio de la guerra no se aleja tanto de lo propuesto por Martí, pero sí tiene otros acentos carentes de espíritu y voluntad ecuménicos. Mientras para Martí las renunciaciones de los hacendados sirvieron para legitimar un nuevo tipo de consenso social armónico (aunque ciertamente no libre de jerarquizaciones normativas), para Sanguily los sacrificios patricios aparecen como prueba de un diferendo radical entre negros y blancos. En Sanguily se trata de despojar a los negros de cualquier posibilidad de protagonismo histórico esencial y, por ende, de pertenencia activa (fundadora) a la comunidad nacional. A su vez, la presencia de los negros en la guerra fue sólo un apéndice de la racionalidad e iniciativas emancipadoras de los blancos, una corroboración más de la supremacía racial de éstos ante la ausencia de subjetividad y autonomía de aquéllos.<sup>15</sup> En

<sup>14</sup> Manuel Sanguily, «Los negros y su emancipación». *Hojas Literarias*, 31 de marzo del 1893. Recogido en *Brega de libertad*. Selección y prólogo de Ernesto Ardura. La Habana: Publicaciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura, 1950; págs. 193-195, 193-194. Nótese que la mayoría de las cursivas en la cita es una alusión directa a los términos en los que los letrados afrocubanos en sus artículos periodísticos reivindicaban su participación en la guerra: «figurar», «prestar servicios eminentes», «distinguirse». Adviértase también cómo en la cita de Sanguily el gentilicio «cubano» sólo se aplica a los blancos. Siguiendo las distinciones racistas claramente formuladas por José Antonio Saco en las primeras décadas del siglo, en Cuba hay «negros» o «gente de color» y «cubanos». Los negros no son «cubanos». Sin renunciar a sus convicciones racistas, más adelante Sanguily cambiaría esta posición: «El negro [descendiente de africano] es un cubano: cubano por nacimiento, cubano por costumbres, cubano por el dialecto o por la lengua, cubano, en fin, por las aspiraciones». «Negros y blancos (Puntos de vista)». *Hojas Literarias*, 31 de enero del 1894 (Reproducido en *Brega de libertad*, págs. 196-216; 205).

<sup>15</sup> «Sanguily's denigrations were partly the result of fears shared by many that Afro-Cubans, now organized behind the Directorio, constituted a distinctive political force and would deprive them [a los blancos] of a certain measure of power after independence. But the spreading of such slander by a man who had fought in the Ten Year's War also indicated the permanence of racism among Cuba's white separatist elite» (Helg, 47). [Las descalificaciones de Sanguily eran en parte el resultado de los temores compartidos por muchos respecto a que los afrocubanos, ahora organizados tras el Directorio, constituyeran una fuerza política definida y pudieran arrebatar a los blancos alguna parcela de poder después de la independencia. Pero el hecho de que un hombre que había peleado en la Guerra de los Diez Años propagara esa especie también es un indicador de la persistencia del racismo entre la élite separatista de Cuba.]

esta línea de contención racista se insertan los violentos ataques que le dirigiera Sanguily a Plácido en 1894, a raíz de la propuesta surgida de entre los sectores de color para erigir una estatua pública del poeta.

[Plácido] no fue nada de eso: ni poeta cubano, ni poeta de los siervos, ni poeta de ninguna raza, ni menos un artista. Fue en substancia un coplero, un simple versificador [...] El arte fue para él un instrumento de ruín subsistencia; y antes que un poeta, y menos un gran poeta, fue sólo un pobre histrión [...] Era esencialmente falso, y por eso fue tan absoluta, tan lastimosamente adular [...] Cubano, constantemente no hizo otra cosa que adular a España; descendiente inmediato de blancos, se inclinó a ellos sólo para adularlos [...] Y cuando la fatalidad le llevó hasta el borde de la muerte, hizo cuanto pudo por defender y conservar una existencia desastrada. Entonces el cubano insigne, el patriota immaculado, el revolucionario ejemplar —causa horror pensarlo y mayor tristeza decirlo—, ¡apenas si fue un hombre! No se acordó a esa hora sino de que había sido el cantor de Isabel y de Cristina!<sup>16</sup>

Yo no me sentí nunca movido respecto a Plácido más que de lástima, y nunca tampoco hubiera escrito sobre él si no me hubiera enterado de las cosas estupendas que se dijeron este mismo año, y se venían diciendo desde muy atrás, para culminar en el pensamiento de erigirle una estatua; pero nada me decidió tanto como el sostenerse en público que el pobre turiferario «manifestó en *todos los actos* de su vida *el más vivo deseo de sacrificarlo todo, incluso la existencia, en aras del ideal sublime de la patria!*» y, sobre todo, que se hubiera dicho, y luego impreso, que, en consecuencia, debían —no sé si los negros únicamente, o todos los cubanos— tomar *su ejemplo* como «norma infalible» de conducta [...] No, yo no soy irrespetuoso ni desobligado con las glorias legítimas de ningún pueblo [...] pero Plácido no es una gloria verdadera de Cuba. Haya o no sido el hipócrita conspirador contra los blancos, no fue en definitiva más que un pobre diablo: un poeta sin dignidad; un artesano vicioso; un mestizo sin alma ni decoro; un cubano miserable; un desgraciado, un abyecto delator... (Cursivas en el original).<sup>17</sup>

Ni poeta, ni héroe patriótico y moral, ni siquiera un hombre, Plácido, en la construcción de Sanguily, es la imagen de una impostura, de un doblez; indigno de pertenecer a las genealogías literarias, políticas o éticas de la nación. La visión racista de Sanguily se manifiesta como malestar ante una entidad que no se entiende como idea «clara y distinta» sino incierta e indiferenciada: «mestizo», «histrión», «falso». «¿Cuándo, pues, mentía? ¿Cuándo puede asegurarse que no mentía?», se pregunta Sanguily.<sup>18</sup>

<sup>16</sup> Manuel Sanguily, «Un improvisador cubano». *Hojas Literarias*, 28 de febrero del 1894 (recogido por Bueno en *Acerca de Plácido* 160-175; 164 y 167)

<sup>17</sup> Manuel Sanguily, «Una opinión asendereada». *Hojas Literarias*, 30 de noviembre del 1894 (recogido por Bueno, 191-200; 199 y 200).

<sup>18</sup> Manuel Sanguily, «Un improvisador cubano...» 165. En otro texto escribiría: «Era un mestizo por la sangre, y fue también mestizo por el sentimiento en cuanto mezcló en su alma el despego respecto

Contaminación del ser y opacidad del saber, Plácido no podía ser «norma infalible de conducta» porque no se prestaba a la producción inequívoca de una verdad; y en la visión positivista de Sanguily, la nación sólo podía cristalizar icónicamente en el horizonte de las certidumbres absolutas. Ante los esfuerzos realizados por los sectores de color para estabilizar semánticamente a Plácido como héroe de la nacionalidad, la lógica de Sanguily vería en él (haría de él) un intersticio incómodo, una figura de indeterminación e incoherencia, de fuga e inconsistencia moral.<sup>19</sup> En esta operación simbólica la desestabilización de Plácido funciona como vía para estabilizar su valencia negativa y justificar por ello su exclusión del orden de la memoria. Podría decirse que es la vía para rematar su muerte al nivel del valor simbólico. Los textos de Sanguily aparecen como un nuevo cadalso para Plácido, la reinscripción de su suplicio y condena. El propio Sanguily se da cuenta de las implicaciones de ello y su incomodidad es notoria: «Y ya que se me compele a que sufra el pobre poeta nuevo y póstumo martirio, cúlpense a sí propios sus apasionados e indiscretos defensores».

La violencia de los ataques de Sanguily contra el potencial simbólico de Plácido fue sucedida por numerosas respuestas defensivas (algunas igualmente virulentas) que vinieron a dramatizar la dificultad de constituir un imaginario genealógico común entre negros y blancos a finales del siglo —a socavar las armonías homogeneizantes deseadas por Martí. No obstante, aún desde *La Igualdad* se insistiría en tratar de resolver estas tensiones proponiendo —como medio para realizar la «íntima unión» entre cubanos de ambas razas— una suerte de segregación acrítica de la memoria histórica, en la que cubanos negros y blancos poseerían distintas genealogías heroicas intocables:

[...] así como todo negro cubano está obligado a no profanar con ninguna crítica la admiración que los blancos profesan por la gran figura de don José de la Luz y Caballero, los blancos verdaderamente amantes de la concordia entre los hijos de Cuba, no debieran arrojar mancha ninguna sobre el nombre glorioso de Plácido, que es EL ÍDOLO DE LOS CUBANOS NEGROS (Mayúsculas en el original).<sup>20</sup>

Sanguily, ex-discípulo de Luz y Caballero (y uno de sus primeros biógrafos) preocupado por determinar su preeminencia y unicidad en el imaginario nacional, rechazaría la analogía y el intento conciliador de *La Igualdad*:

[...] parangonar a Plácido con José de la Luz y Caballero es una impropiedad extravagancia. Eran como dos polos opuestos. El uno fue un santo, un hombre

---

del blanco y el desprecio hacia el negro y, en el entre tanto, procuró explotar a unos y a otros», «Otra vez Plácido». *Hojas Literarias*, 31 de marzo del 1894 (recogido por Bueno, 176-190; 178).

<sup>19</sup> «Una opinión asendereada», 200.

<sup>20</sup> Citado por Sanguily en su «Otra vez Plácido y Menéndez y Pelayo». *Hojas Literarias*, 31 de marzo del 1894 (Recogido por Bueno, 176-190; 187).

inmaculado [...] El otro, por lo pronto, no se sabe lo que realmente fuese, lo que realmente pensaba.<sup>21</sup>

Está la historia nacional en su verdad única, inmaculada e inequívocamente posible, emblematizada en la figura patricia y sagrada de Luz, y está la otreidad abismal, oscura, caótica, indiferenciadora, abyecta y traidora del elemento negro.<sup>22</sup>

A la guerra nacional disputada por los cuerpos, y reiniciada en el 1895 con el Grito de Baire, le precedieron otras guerras internas: las de las genealogías y los símbolos. Sin embargo, es preciso decir que paradójicamente tal vez ningún otro texto en la historia cultural cubana haya tenido más importancia para la preservación y reproducción de la memoria de Plácido que los ataques llenos de odio dirigidos por Sanguily a finales del siglo pasado. No sería exagerado decir que una gran parte de las defensas que se han hecho de Plácido a lo largo del siglo XX no han sido sino esfuerzos por rebatir sus posturas. Me pregunto si el que aún se sienta necesario disputar unas interpretaciones generadas a finales del siglo XIX, más que síntoma de la opacidad de la figura de Plácido, sea sobre todo signo de la innombrable vigencia en la cultura cubana de los conflictos raciales y nacionales que se codificaron en él.

A partir de los textos de Sanguily y los debates que lo acompañaron, ahondó en las discursividades históricas de lo cubano un intersticio, una grieta, una duda, un vacío de «saber» (como fenómeno constitutivo de esas mismas discursividades). Y tal pareciera que ese vacío, en la medida en que dramatiza la imposibilidad de hacer a la nación presente en una historia verdadera e inequívoca, la estuviera convocando y constituyendo una y otra vez en una búsqueda: en el deseo de resolver un enigma para producirse a sí misma como verdad. Las zonas de opacidad en el recuerdo nacional (esos lugares carentes de certezas, intermedios entre la memoria y el olvido, y no previstos por Renan) son también sitios fundacionales de los imaginarios nacionales. Esa indeterminación que determina es una de las dinámicas culturales presentes en eso que llamamos el noventa y ocho.

<sup>21</sup> Sanguily, «Otra vez Plácido...», 189.

<sup>22</sup> Para una breve pero lúcida discusión de la polémica en torno a Plácido, véase de Moreno Fragnals, *Cuba / España, España / Cuba. Historia común*, 261.

# El noventa y ocho

**N**O TENGO QUE IR MUY LEJOS PARA ENCONTRAR EL 98, ni investigar o teorizar para encontrar sus raíces y sus ramas.

El 98 está en mi voz.

El 98 no me deja vivir en paz; se aparece cuando lo busco, lo cual es natural, como aquí y ahora —pero también aparece cuando no lo busco. Se ha convertido en parte de mi pensamiento.

Unos cuantos ejemplos.

Lo primero que me vino a la cabeza cuando empecé a sentirme presionado a escribir con una computadora, porque la computadora no es un instrumento sino una compañera caprichosa e inteligente, fue la exclamación de Unamuno: «¡Que inventen ellos!» Me pide cosas que no sé darle, y a veces ni siquiera entiendo lo que espera de mí. La computadora, esa compañera nacida en otra lengua, me mira y amenaza con adueñarse de mis torpes palabras. «Que inventen ellos.» Y lo mismo ocurrió de nuevo cuando ingresé en el internet. [www@SpanishAmericanWar.com.org](http://www.SpanishAmericanWar.com.org). «¡Que inventen ellos!»

No se lo deseo a nadie, pero la verdad es que nací en español, y por lo tanto estoy condenado a sentir el 98 transcurrir por mis venas. Tanto la terquedad como el fracaso y la arrogancia están en los genes de mi idioma.

Otro caso. Cada vez que termino de escribir un texto, me siento obligado a pulirlo, revisarlo una y otra vez. Creo, como un idiota, que una buena revisión de estilo es todo lo que necesito para salvar el contenido de un texto. Y todo se lo debo a cierta admiración adolescente por el estilo de Ortega y Gasset, y por su defensa de la perfección de un texto repulido: «Ese toque de piedra pómez que lo es todo y que no es nada». Inclusive perdí un par de horas revisando este texto que ahora están leyendo.

Si algo consolidó mi entrega al abrazo sofocante de la Revolución Cubana fue la lectura apasionada, durante años, de la obra de Antonio Machado. Del lobo tres pelos.

«La verdad es la verdad, díjala Agamenón o su porquero.

«Agamenón —Conforme.

El porquero —No me convence».

Y:

«¡Lo que sabemos entre todos! ¡Oh, eso es lo que no sabe nadie!»

Y:

«El ojo que ves no es

«ojo porque tú lo veas;

«es ojo porque te ve».

Recuerdo noches de guardia, durante mis años de miliciano en Cuba, leyendo las obras completas de Antonio Machado y desatendiendo la vigilancia de mi posta. Era una edición en papel biblia, de 1940, publicada en México, y que podía llevar sin dificultad en el enorme bolsillo de mi pantalón verde olivo. Es uno de los pocos libros que llevaba en la maleta el día que tomé el avión decidido a no regresar jamás a la isla. Pero me acompañaba la lengua española y Machado con su «torpe aliño indumentario».

Mis contradicciones, mi pasión y mi irritación con la revolución, también se definen en un pensamiento de Unamuno: «Nada se parece más al abrazo que la lucha cuerpo a cuerpo».

Para terminar los ejemplos del 98 en mis venas ahí está el Pensador de Rodin. Cada vez que veo la imagen reproducida —su uso y abuso es una experiencia cotidiana— no puedo evitar una sonrisa en mi fuero interno. Y es por el comentario de Baroja ante la estatua: «No lo entiendo. La verdad, para mí, es que a ese señor parece que le cuesta harto trabajo pensar».

Pero el 98 es mucho más que eso —insistirán algunos. Es mucho más que un grupito de escritores y pensadores. Un grupo de escritores que tal vez no sea el más importante del momento. Para mí lo fue. El 98 marca, parafraseando a Lenin, el agresivo principio del imperialismo yanqui. Y marcó el final de la extensa geografía del imperio español. Todo eso para mí es secundario. Los años me han enseñado que los detalles a veces son más importantes que las grandes teorías. Prefiero hoy a Santa Teresa de Ávila mucho más que a Carlos Marx. La verdad está en los pucheros y no en la lucha de clases. Está más en el telón de fondo que en las figuras que se pavonean en el escenario. El problema, las dificultades entre Estados Unidos y Cuba, entre América Latina y los Estados Unidos, entre los nacidos en inglés y los nacidos en español, está en la lengua que hablamos. Más que todo en cómo sentimos y vivimos la lengua.

Actuamos de forma diferente, porque aunque utilicemos las mismas palabras queremos decir algo muy diferente, algo imposible de traducir. El idioma es una manera de pensar y más que todo para los nacidos en español, una manera de sentir y sentirnos. Nosotros tenemos lo que he dado en llamar un ego lingüístico.

Para los pueblos de habla inglesa la lengua es un medio de comunicación, a veces hasta un medio de expresión —para nosotros es algo más concreto: a nosotros nos va la vida en las palabras. Ésa es la gran diferencia: no es la geografía, ni el desarrollo económico, ni la historia —es la realidad física de las palabras.

Asistí en una ocasión a una charla de Umberto Eco, el semiólogo italiano; en la charla Eco llevó a cabo una demostración práctica de la naturaleza del signo. Tomó una hoja de papel, y después de arrugarla en el puño, la lanzó al auditorio. Inmediatamente después le preguntó al estudiante agredido: «¿Es esto un signo?» «Sí,» respondió el estudiante. «No, no es un signo, es un acto.» Y tomó otra hoja de papel arrugado y sólo hizo el gesto de lanzar la bola. Y repitió el gesto: «Esto es un signo,» y nada salió disparado de su puño cerrado sobre el papel.

Para nosotros, sin embargo, las palabras suelen ser, al mismo tiempo, signo y acto. Nosotros utilizamos las palabras tanto como signos que como proyectiles. Nuestro discurso utiliza las palabras tanto como signos que debemos decodificar que como objetos, cosas ante las cuales tenemos que reaccionar muscularmente.

Si Cuba ha tenido alguna resonancia en el mundo moderno, a pesar de sus limitaciones geográficas, es debido, en gran medida, al ego lingüístico de dos de sus magos de la palabra. Situados antes y después del 98, uno es causa y el otro consecuencia de los sucesos que desembocan y descienden de la guerra entre España y los Estados Unidos, son hijos mayores de la palabra. Tanto José Martí como Fidel Castro se bañan en el torrente de la lengua y nos inundan con sus palabras.

La grafomanía de Martí no tuvo límites, todos sus actos y pensamientos tenían que pasar a la palabra escrita para tener algún valor, todavía se habla de las páginas perdidas donde Martí recogió con lujo de detalles sus encuentros sexuales con la mujer. Si no lo anotaba, para Martí nada había ocurrido. El general Máximo Gómez es probablemente responsable de la desaparición y destrucción de un manojito de páginas del último diario de Martí. Diario donde anotó sus diferencias con el mando militar de la guerra. Palabras que seguramente se oponían al control de los generales en el gobierno. La tropa al oír a Martí hablar, con pasión y ternura, había comenzado a llamarlo «Presidente» aunque no había participado jamás en una carga de machete. Había llegado al corazón de los combatientes con la acción de la palabra y no con las armas.

Todos sabemos de las horas que Fidel Castro ha dedicado a convencer y envolver al pueblo cubano con su torrente de palabras. Fidel llegó a exclamar al principio de la revolución: «Es preferible que la isla se hunda en el mar, antes que vivir en la mentira». Palabras para actuar, una base para arriesgarlo todo. Y si se contradecía, no importa, la verdad está en la fuerza y la convicción de las nuevas palabras. La realidad, como en Don Quijote, se adapta a las palabras.

Muchos de ustedes deben conocer esta sabiduría de la lengua inglesa: «Sticks and stones can break my bones but words will never hurt me».<sup>1</sup> Nosotros estamos más cerca de Emiliano Zapata, que en una película mexicana,

---

<sup>1</sup> Los palos y las piedras pueden romper mis huesos, pero las palabras nunca podrán lastimarme.

cuando las tropas han agotado las municiones, ordena a sus hombres: «Echen mentadas, que las mentadas también duelen».

Es posible que las nuevas generaciones se sientan menos habitadas por la palabra y confíen más en los objetos. De ser así dejarán de enloquecer con las palabras, como Don Quijote leyendo los libros de caballería, o morir en el fulgor de una frase patriótica, como José Martí. El español es una lengua de trágica y terca grandeza, tal vez un poco a contrapelo del mundo contemporáneo, pero sin su pasión tendremos más cosas, pero seremos menos.

El lunes pasado, cuando supe al amanecer de la muerte de Octavio Paz, quise sentir su vida y abrí *El mono gramático*:

«Las cosas se vacían y los nombres se llenan, ya no están huecos, los nombres son plétoras, son dadores, están henchidos de sangre, leche, semen, savia, están henchidos de minutos, horas, siglos, grávidos de sentidos y significados y señales, son los signos de inteligencia que el tiempo se hace a sí mismo, los nombres les chupan los tuétanos a las cosas, las cosas se mueren sobre esta página pero los nombres medran y se multiplican, las cosas se mueren para que vivan los nombres».



# Invasiones musicales

*Tony Évora*

UN VERDADERO ALUVIÓN DE VOCES Y RITMOS CRIOLLOS descendió sobre España en plena primavera del centenario del 98. Entre otras actividades, bajo la bandera del «Festival de las Américas» aparecieron en jornadas diferentes y en el Centro Cultural de la Villa de Madrid los artistas Amaury Pérez, Vocal Sampling, César Portillo de la Luz y Carlos Varela, Compay Segundo, Pancho Amat junto a Bárbaro Torres y su Piquete, así como Chucho Valdés e Irakere con Omara Portuondo. Bajo otra entidad pero en el mismo lugar, se presentaron la «Reina del bolero», Olga Guillot y los «reyes de las canas», la popularísima Vieja Trova Santiaguera.

Valga aclarar que las presentaciones que han tenido lugar durante el mes de mayo en el Centro Cultural de la Villa, en la Casa de América y en la Sala Manuel de Falla de la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE) son parte de una estrategia mucho mayor. La SGAE, a la cual pertenecen casi todos los artistas que salen y entran a Cuba (cálculo alrededor de 500 miembros), ha sido la promotora de los más de 70 actos culturales que se integran en el proyecto CUBA'98: 100 AÑOS DE HISTORIA Y CULTURA. Presentado el pasado 30 de enero en el Palacio de Longoria, el vasto plan «pretende estrechar en este primer siglo de emancipación la proximidad histórica, cultural y sentimental entre España y la isla». El programa general (que se está llevando a cabo tanto en Cuba como en España) incluye música clásica y popular, teatro y danza, ediciones y publicaciones, producciones discográficas y otros planes en preparación.

«El esplendor creativo por el que atraviesa Cuba, la constatación de que las raíces y los frutos de una cultura propia han tomado cuerpo en una muy sólida cultura cubana, y el conocimiento que el resto del mundo tiene de sus artistas, ha desembocado en este proyecto de SGAE y Fundación Autor», nos asegura el material informativo distribuido por la SGAE. Así las cosas, paso a comentar la variedad y calidad de aquellos actos a los cuales logré asistir durante el mes de mayo.

La formación autodidacta del cantautor Amaury Pérez Vidal (1953) se explayó en canciones cargadas de contenido poético, incluyendo varias de su reciente disco *Amor difícil*. Amaury formó parte del núcleo de la Nueva Trova a partir de 1972 y después vivió varios años en México. Por su parte, el fenómeno que constituye Vocal Sampling es para disfrutarlo en vivo, de ahí que la sala estuviera repleta el 13 de mayo. Estos seis jóvenes se estrenaron en el Aula Magna de la Universidad de La Habana en 1989 y su fundador fue René Baños. Descubiertos por Poney Gross de Zig Zag Productions, llamaron la atención de Peter Gabriel, quien les grabó algunos números, uno de los cuales apareció en la recopilación de «Luaka Bop» de David Byrne *¡Diablo al infierno!* A partir de ahí se han multiplicado las giras. La fórmula parece fácil: se pone una dosis bucal de ritmos y efectos percutivos, se le añade la dinámica de animadas melodías mientras que la laringe llamada bajo mantiene el compás y el resultado es un efecto sensacional. Pero pasada la impresión del obvio virtuosismo queda la pregunta: ¿sobrevivirá un sexteto *a capella*, de estas características, dentro de la jungla cubana actual?

Compay Segundo, que es muy bueno y siempre aparece sonriente, hizo lo que siempre ha hecho, y con sus tres muchachos, y en este caso también con la voz melodramática de la andaluza Martirio, ofreció una velada de sonos sabrosos. Este inveterado bebedor de ron, que realmente se llama Francisco Repilado (1907), es como un verdadero pedazo de la historia de la música popular cubana. A los 14 años ya acariciaba una guitarra recorriendo las mismas calles santiagueras que conocieran Sindo Garay, Rafael Cueto y tantos otros trovadores o cantadores. Después aprendió a tocar el clarinete (doce años estuvo tocando ese instrumento con el «Conjunto Matamoros»). Más tarde creó el dúo «Los Compadres» con Lorenzo Hierrezuelo. Ahora su voz baja se acompaña de una guitarra de siete cuerdas metálicas que él llama armónico y a la que le saca filo. Y todo el mundo lo quiere escuchar.

No podría hablar de cuerdas sin comentar la deliciosa y dinámica velada que ofreció el tresero Pancho Amat, ex-profesor de física, en duelo y/o dúo con el laúd del virtuoso Bárbaro Torres y su Piquete: cuatro chicos campesinos estupendos (guitarra, tres, bajo y bongó) y una Conchita que tiene una voz tan alta como la de Celina pero más agradable. Lo de Pancho Amat es como un reverdecer de las cuerdas (por poco escribo de las palmas), con un dominio del fraseo que le ha convertido en el mejor tresero de hoy día. Uno de los fundadores del grupo Manguaré en 1971, con ellos Pancho desarrolló su gran versatilidad, que ahora ha logrado aplicar al proyecto de rock montuno de *Juan Perro*. Por su parte, Bárbaro Torres realzó la tonada campesina sonera, imprimiéndole al movimiento melódico arpeggios del grave al agudo, abarcando ámbitos insospechados con su laúd. Al final del espectáculo del 16 de mayo subió al escenario *Juan Perro* Santiago Auserón, ex-Radio Futura, el conocido cantante que tanto ha hecho por difundir la música tradicional cubana en España desde 1992 en que produjo la recopilación *Semilla del son*.

Lo de Omara (1930) y Chucho (1941) fue otra cosa. Desde que en 1997 grabaron el disco *Desafíos* para un sello español, una selección sólo para piano

y voz que no ha logrado la repercusión que debería, estos dos gigantes se han encontrado pocas veces. Y la noche del 21 de mayo se volcaron los nuevos Irakere en una presentación de gran calidad con la imponente voz, cargada de *swing* y *soul* con toques afrocubanos, de Mayra Caridad, hermana de Chucho, quien deslumbró a los asistentes. Cantó un bellissimo *Cómo fue* a dúo con Omara que seguramente habría conmovido a su autor, el pianista Ernesto Duarte, fallecido aquí, en el exilio de Madrid en 1988. ¡Pero Mayra Caridad no ha grabado todavía! Y dije que eran unos nuevos Irakere porque de los fundadores de hace 25 años sólo quedan el guitarrista Carlos Emilio Morales y el juicioso batería Enrique Plá y el propio director. Los ex-Irakere Paquito D’Rivera y Arturo Sandoval han pasado hace años a otros planos en el exilio. Chucho, de quien siempre podremos esperar nuevas concepciones, invitó a un par de saxofonistas muy jóvenes a descargar, y lo hicieron con gusto y aplomo, mientras desde el piano el genial hijo de Bebo Valdés inventaba secuencias apabullantes y los enormes dedos se divertían en coreografías incesantes. Omara Portuondo, la «Novia del filin» como se la conoce en la isla, deleitó con la calidez que siempre la ha distinguido varias canciones de *Desafíos*. La velada terminó con aquello de «Díle a Catalina que me compre un guayo...»

Mas el peso pesado de esta invasión de intérpretes cubanos se hizo sentir en el Palacio de los Deportes, el 27 de mayo, con la actuación de Team Cuba, una gran gala con una orquesta de 20 músicos dirigida por Joaquín Betancourt. Autodefinida como «Somos lo que hay» esta agrupación contó con las participaciones individuales de Juan Formell (de Van Van), Isaac Delgado y el *showman* José Luis Cortés, alias «El Tosco» (la flauta de NG La Banda), David Calzado (de La Charanga Habanera), el sonero Adalberto Álvarez, Paulo FG, y otros cantantes: Mayito, Aramis Galindo, Tony Calá y Michel Maza. En conjunto, son jóvenes, prepotentes e inevitables, aunque desde las páginas de *El Caimán Barbudo* se les critique como música degenerada. Y algunos están irritados porque los Ry Cooder o los Santiago Auserón de este mundo se fijan únicamente en los «viejitos», ignorando lo que es presente candente y turbulento en la radio y televisión de la isla. En resumen: un espectáculo detonador con sabor a ron, que lo mismo cabría calificarlo de salsa, que de hiper-salsa o de «timba», que es como seguramente le gustaría a Juan Formell denominarlo ahora. O mejor de timba *heavy*. ¿Por qué no?

Olga Guillot (1925) comenzó su minigira española en Madrid el 28 de mayo. Por supuesto, no podía faltar en esta invasión de música cubana. Coleccionista de discos de oro (creo que su voz ha aparecido en más de 58 discos) y creadora de una auténtica escuela interpretativa, Olga, la «Reina del bolero» vino a celebrar 60 años de carrera artística con los imborrables *Tú me acostumbraсте* (que canta desde 1957), *Miénteme*, *Adoro*, *Sabor a mí* y tantos otros boleros que le han dado el prestigio de que goza en muchos países. Ella no piensa retirarse, y mucho menos que la olviden. Por eso, desde Miami, Olga Guillot ha declarado al mundo que el trono del bolero sigue ocupado.

Y ahora pasando a las canas: nunca me imaginé cuando en 1994 presenté por primera vez en España a aquellos ancianos, que mis palabras serían tan

proféticas. Fue en la Casa de América de Madrid y ante un nutrido público, pero cuando empezaron a sonar (con sólo cuerdas, voces y un par de maracas) no hubo cadera que permaneciera quieta. Ni siquiera las de estos cinco veteranos, algunos de los cuales conocieron a Antonio Machín. Pues siguen volviendo a España cada año, y realizan extensas giras en que se les cuida como oro, porque aquí adoran la música tradicional, la de tierra adentro, y por supuesto, admiran la picardía y dignidad con que los miembros de la Vieja Trova Santiaguera presentan y redondean cada número. Unos verdaderos profesionales.

Las madrileñas Sociedad General de Autores y Editores (SGAE) y la Casa de América también pusieron sus granitos de arena, especialmente la primera, con una serie de conferencias sucesivas que inició el investigador santiaguero Danilo Orozco el 6 de mayo. Con la titulada «Género Son / Modo Son en un marco intergenérico», Orozco echó una mirada exploratoria sobre los procesos músico-culturales alrededor del son cubano, que fue seguida al día siguiente con «Fusión y confusión en el ámbito musical y sociocultural hacia el siglo XXI», donde el ambicioso, exaltado y solitario musicólogo se lanzó a examinar ciertas convulsiones y polémicas contemporáneas en torno al pensamiento estético-musical, filosófico y sociocultural.

Le siguió el turno el viernes 8 a una presentación de la Fundación Ceiba por Jesús Cosano y Bladimir Zamora. Con sede en Sevilla, Ceiba tiene como principal objetivo el estudio y divulgación de las culturas de los pueblos africanos que alcanzaron la península ibérica y que poblaron el continente americano. Tengo entendido que la mitad de los socios patronos son cubanos. Finalmente, después de un fin de semana para asimilar todo lo anterior, el lunes 11 de mayo el compositor y musicólogo Faustino Núñez (Vigo, 1961), ofreció una apasionante charla con el título «Cuba en la música española». Colaborador habitual del ballet del bailarín Antonio Gades y autor, junto a la cubana María Teresa Linares (1920), de *La música entre Cuba y España*, un importante volumen recientemente publicado por la Fundación Autor (filial de la SGAE) y que reseño aparte, Faustino Núñez insistió con claridad y vehemencia en que, aparte de los llamados cantes de ida y vuelta del flamenco, la presencia musical cubana no se limitó a las conocidas habaneras que todavía se cantan cada año en casi todo el litoral ibérico, sino que también influyó en parte de Europa con sus traviosos modos desde los primeros siglos de la colonia. ¡Vaya, que el travieso Elegguá se estuvo colando antes de que nos diéramos cuenta!

Los actos en la sala Manuel de Falla de la SGAE culminaron el 16 de mayo con una conferencia-concierto, presentada por Reynaldo González, de un repertorio de música tradicional cubana interpretado por la soprano Alina Sánchez y el pianista Eduardo Ernand, con obras que incluyeron tanto composiciones del maestro Lecuona como cantos yorubas, pregones y varios aires de zarzuelas cubanas. La voz de Alina vibró excelente en la pequeña sala, el piano fue un poco tímido aunque certero y el hábil hilo de la conferencia tuvo como guión el libro *Contradanzas y latigazos* del propio presentador.

César Portillo de la Luz (1922), alumbró con su habitual lucidez una no tan lúcida presentación de Bladimir Zamora sobre la trova cubana en la Casa de América el 12 de mayo. «Canto, luego existo» fue su *motto* para extenderse sobre aquel movimiento habanero de finales de los años 40 llamado filin (del inglés *feeling*, sentimiento, porque en verdad tiene bastante de la música norteamericana). Elevando su guitarra afirmó sonriente: «Yo le digo a España: mira lo que hicimos con el instrumento que nos prestaste». Allí en el anfiteatro de la Casa, poco antes de comenzar, Portillo me había dedicado su hermoso volumen de 176 pp., *El filin*, publicado por la Fundación Autor (SGAE) y compilado por Radamés Giro, que comentaré en otras páginas de esta revista. El autor de *Contigo en la distancia* (1946), *Tú, mi delirio* (1954) y *Realidad y fantasía* (1946) recordó a su gran amigo José Antonio Méndez y logró intimar con los asistentes, hasta el grado de rumbear, a su manera tan parca, un tema que repite: «Óyelo bien bailador, allá en New York o en París, dondequiera que estés, no podrás bailar el son como lo bailaste aquí», para luego marcar en el estribillo: «Para gozar el son, La Habana...»

Y quisiera aprovechar la mención de *El King* José Antonio Méndez, muerto accidentalmente hace diez años, para recordar los trazados melódico-armónicos de este cantautor que lo entregaba todo con su voz encantadoramente ronca. Bohemio pulcro, uno de los fundadores del filin, este mulato de baja estatura, de mirada penetrante y conducta afable, creó un ramillete de títulos imperecederos: *Novia mía*, *La gloria eres tú*, *Si me comprendieras*, *Me faltabas tú*, *Por nuestra cobardía*, entre otras canciones que le brotaban en la terraza del habanero hotel Saint Johns. Recuerdo aquella voz, casi un susurro áspero como la lija, que no hacía otra cosa que pulir hasta la saciedad cada canción a fuerza de sentimiento y calidad interpretativa.

Después del maestro Portillo de la Luz, habló el también cantautor Carlos Varela, quien buscó un plano desde el cual conectarse con el público. Ya había aclarado Portillo que ambas generaciones afinaban o desafinaban por coincidencias tanto como por desavenencias, y que aunque existían en la misma finca ocupaban distintas parcelas, cada vez más ricas por la sedimentación de tantos talentos y voces. Carlos Varela (1963) interpretó, entre otras, las tribulaciones de *Lucas y Lucía* y más tarde, un homenaje a Miguel Matamoros con su tema *Como los peces*, una versión para los años 90 del conocido boleroson *Lágrimas negras*.

Durante dos tardes consecutivas (14 y 15 de mayo) se pudieron ver, también en el anfiteatro de la Casa de América varios documentales musicales de muy diversa duración, producidos por el Instituto de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC) entre 1967 y 1984. Bien presentados por el narrador Reynaldo González, director desde hace nueve años de la Cinemateca de Cuba, la muestra adoleció de una pobreza de imagen y de un defectuoso sonido que sólo lograron irritar innecesariamente a los espectadores.

No todo iba a ser organizado por la SGAE. Una tarde de domingo, a principios de mayo, fui a escuchar al gran pianista cubano José Luis Fajardo en el Ateneo de Madrid, como parte de un vasto ciclo de piano. Ganador de varios

premios internacionales y en la actualidad profesor del Conservatorio Profesional de Música de Amaniel, Fajardo, que reside en Madrid, ha realizado grabaciones y ofrecido recitales en innumerables ciudades españolas y en el extranjero. En 1995 participó activamente en el homenaje a la música viva del maestro Lecuona que logró organizar en la Casa de América. Esta vez presentó un nutrido y variado programa que incluyó contradanzas de Saumell, danzas de Cervantes y varias danzas portorriqueñas seguidas de obras de Lecuona, incluyendo la apasionante *Rapsodia negra*. Finalizó con sus propias *Variaciones sobre el zapateado cubano*. Un recital brillante.

Francisco Céspedes, el médico romántico, ofreció en la sala Galileo Galilei una selección de su disco «Vida loca», distribuido por Warner. Le conocí a principios de 1995 en una fiesta privada en México, donde reside, y me impresionó entonces su estilo de cantar sus propias composiciones y los boleros de otros. Ayudado por Miguel Bosé ha logrado cruzar a esta orilla del Atlántico. Considero que *Pancho* es una personalidad que habrá que seguir muy de cerca.

La voz sensual de Lucrecia, la mulata con las piernas más largas y el pelo más colorido de Barcelona colmó la Plaza Mayor madrileña durante las fiestas de San Isidro. Aunque aparece asiduamente en televisión, es realmente en persona cuando ella se pone a gozar y lo comunica a la muchedumbre. Su estilo alterna entre el son y unos boleros muy sentidos, acompañada por unos músicos que cada vez se acoplan más a lo que ella quiere lograr.

Y cuando empezaba a recuperarme de tanto trajín musical, desembarca Natalia Bolívar en la Casa de América el 26, 27 y 28 de mayo, cargada de los atributos necesarios para hacerle un tributo imprescindible a la etnóloga Lydia Cabrera (1900-94), la autora de *El Monte*, en una hermosa presentación en que fue respaldada por su hija Natalia del Río y la poderosa voz y dicción de Coralía Rodríguez. Creo que habría ayudado mucho al público una breve reseña de Lydia y su obra, a modo de introducción, antes de meterse en referencias que sólo los iniciados habrán podido apreciar. Pero lo más fresco, inaudito y autóctono para mí, fue la experiencia de escuchar al grupo Los Nany, que interpretan rumba matancera de carácter religioso además de constituir un fuerte equipo de olubató, o sea, tocadores de los tres tambores batá. Para mí fue un gustazo tener en mis manos un *iyá*, un *itótele* y un *okónkolo* contruidos por un artesano matancero que siguió fielmente la tradición del siglo XIX. Con un guión que intercalaba las tres voces femeninas con los cánticos afrocubanos se dividieron tres tardes que incluyeron referencias a la actualmente abandonada Laguna Sagrada de San Joaquín en Matanzas, así como a la riqueza de la oralidad del negro en la obra de Lydia Cabrera.

Y mientras escribo y llevo el diskette a la revista, ya habrán recorrido el espacio español otras músicas cubanas, en medio de una invasión que no cesa, y en tanto se maqueta, se imprime, encuaderna, distribuye y se lee *Encuentro*, me imagino otras oleadas de intérpretes participando en nuevos proyectos y festivales.

## Morir del texto y vivir de la osadía

CARLOS ESPINOSA

---

Rosa Ileana Boudet  
*Morir del texto (antología)*  
 Ediciones Unión  
 La Habana, 1995, 390 pp.

---

EN CONTRASTE CON EL CINE, CUYA PRODUCCIÓN se ha visto reducida a uno o dos títulos por año, y la literatura, que en el terreno editorial ha experimentado un descenso notorio, el teatro en Cuba conoce hoy una etapa tan activa como interesante, lo que lo ha llevado a situarse, junto con la música popular, entre las manifestaciones artísticas más vitales. Un variado espectro de propuestas estéticas y una mayor complejidad de los asuntos dan cuenta de este buen momento del quehacer escénico, que ha podido recuperar el apoyo de un auditorio cómplice que había ido desertando de las salas. Estamos además, y es algo que tiene mucho que ver con lo antes apuntado, ante un panorama que se ha rejuvenecido por la incorporación de nuevos creadores, que traen al teatro algo más que la juventud que les da su edad. Su acceso a los escenarios ha sido posible gracias a los cambios en las estructuras organizativas introducidos a fines de la década del ochenta, que eliminaron las trabas de índole extra-artística que limitaban y entorpecían la labor de los teatristas. Del obsoleto e inoperante esquema de los grupos profesionales con elenco fijo, se pasó al mucho más flexible de los proyectos, que en pocos años ha demostrado su eficacia. Impulsado fundamentalmente por la gente joven, se inicia así en la escena nacional un proceso de ruptura y transformaciones, en la búsqueda de un teatro creado, hasta donde ello es posible bajo un régimen totalitario, al margen de las instituciones oficiales. Pronto su presencia se hizo sentir en el panorama escénico: en 1989, el recién instituido

Premio de la Crítica recayó en trabajos gestados fuera de las compañías establecidas y nacidos en torno a proyectos con intereses artísticos comunes.

Esas búsquedas cristalizaron en la revelación de directores jóvenes como Carlos A. Díaz y Víctor Varela y en el surgimiento de propuestas como las de El Público y Teatro del Obstáculo, así como en la creación de un discurso dramático que reacciona contra «la banalización del conflicto, la superficialidad y el tratamiento epidérmico de los temas». Ése es, a juicio de Rosa Ileana Boudet, el rasgo que emparenta a los diez textos recopilados por ella en la antología *Morir del texto* y que están firmados por autores nacidos entre 1950 y 1966. Señala asimismo sus vínculos con la tradición precedente (del Teatro Alhambra a autores como José Triana, Héctor Quintero y Abelardo Estorino, pasando por los llamados dramaturgos de transición), en lo que denomina una historicidad asumida, que pasa siempre por la experiencia individual, por la vivencia y la memoria vivida. Hay que decir, de entrada, que la selección realizada por ella admite pocos reproches: los creadores incluidos son sin duda los que mejor representan a esta nueva promoción de dramaturgos que constituyen ya, en más de un caso, nombres imprescindibles del mejor teatro que se está escribiendo hoy en la isla.

Hay en *Morir del texto* varios exponentes del autor dramático en solitario. A esa categoría pertenecen Abilio Estévez, Reinaldo Montero y, en cierta medida, Amado del Pino. Los más, en cambio, han realizado su labor autoral individual vinculados a la práctica teatral, lo que no sólo ha facilitado el rápido acceso de sus obras a los escenarios, sino que además les ha impuesto un sello distintivo. Así, *La verdadera culpa de Juan Clemente Zenea*, de Estévez, y *Los equívocos morales*, de Montero, son obras estructuradas dramáticamente como textos autosuficientes, en las cuales la palabra adquiere un valor capital y está elaborada con evidentes ambiciones literarias, sin que ello implique el descuido de los recursos teatrales. Por el contrario, *Ópera ciega*, de Varela, y *Safo*, de

Carlos Celdrán y Antonia Fernández, apuestan por una escritura en la que el lenguaje verbal es relegado a un segundo plano, para potenciar los signos escénicos y la labor actoral. Sus autores —y aquí seguramente el término será impugnado por los más puristas— las concibieron como partituras para ser materializadas y completadas en las tablas, pues es allí, y no en la página impresa, donde cobran su verdadera dimensión. El que va más lejos en ese aspecto es, sin embargo, Joel Cano, quien en *Timeball* o *El juego de perder el tiempo* propone un juego de cartomancia teatral, cuyo orden deberá escoger el director, quien determinará, en definitiva, el devenir de la historia y el desarrollo de los personajes. La valoración de esos textos como literatura teatral suele ser poco justa, y hay que agradecer a la compiladora la audacia de haber seguido en esos casos un criterio cuyo propósito no es invitar a su posible montaje. Pretender reducir *Ópera ciega* y *Safo* a las palabras sería, como apuntó alguien a propósito de un espectáculo de Tadeusz Kantor, algo así como intentar atrapar el agua en las manos.

Asimismo las obras reunidas en *Morir del texto* evidencian el poco aprecio que estos autores tienen por el costumbrismo en su vertiente más pintoresquista, la reproducción magnetofónica del diálogo coloquial y doméstico y el tratamiento naturalista de las temáticas. En *Tren hacia la dicha*, Amado del Pino opta por un lenguaje de sostenido lirismo, muy adecuado para una pieza confesional y de cámara que busca una comunicación más cercana e íntima con el espectador. Ricardo Muñoz, por su parte, adopta en *Las rosas de María Fonseca* un estilo exuberante, barroco e impregnado de resonancias poéticas. Y cabe apuntar, en fin, como señala Rosa Ileana Boudet en el prólogo, la mirada paródica, la analogía y la parábola, resortes que algunos de esos autores emplean para indagar en la realidad.

Esta búsqueda de lenguajes nuevos (algunos, no obstante, no lo son tanto: en la estética de Víctor Varela, por ejemplo, están presentes las enseñanzas aprendidas en Artaud, Grotowski, el Living Theatre, Eugenio Barba, el surrealismo, que son, en su mayo-

ría, las mismas fuentes en las que bebió Vicente Revuelta para su experiencia con Los Doce, a fines de los sesenta) se complementa con un tratamiento también nuevo de las temáticas ya conocidas (los temas propiamente nuevos son más bien pocos). *Mantecca*, de Alberto Pedro, aborda desde una óptica polémica y cuestionadora las carencias y dificultades de la vida cotidiana en la Cuba actual y el hundimiento de una utopía. El teatro político, del cual la obra es una magnífica muestra, está asumido desde presupuestos estéticos nada ortodoxos que, al decir de Boudet, no distinguen dicotomías entre vías realistas y no realistas. Un motivo recurrente en nuestra dramaturgia, el problema generacional, es desarrollado por Carmen Duarte en *¿Cuánto me das marinero?* Su tratamiento, sin embargo, elude el maniqueísmo, los lugares comunes, la forzada reconciliación final, y enriquece el conflicto con problemas como la soledad, la incomunicación y el suicidio como intento de salida. De ese alcance crítico y esa mirada poco complaciente participa también *Ópera ciega*, en la que Varela, desde la amargura de una generación insatisfecha, expresa su rechazo de la insensibilidad, el autoritarismo, el vacío de la retórica y la intolerancia. Rafael González, por su parte, se ocupa en *Calle Cuba bajo la lluvia* de los problemas del ser humano y de la crisis de las relaciones de pareja, provocadas por el aplazamiento de los proyectos personales en una sociedad que dio prioridad a la masa.

Autores como Estévez y Montero acuden a la historia como un recurso para iluminar el presente. No hay pretensiones historiográficas ni de reconstrucción documental en el acercamiento del primero a la figura del poeta Juan Clemente Zenea. Su interés, por el contrario, se centra en la postura del intelectual ante su época. En 1898, durante el bloqueo naval a Santiago de Cuba, sitúa Montero la acción de *Los equívocos morales*, en la que propone un debate de plena vigencia en la isla un siglo después. Ante el dilema de rendirse a las fuerzas norteamericanas o acatar las órdenes de España, para quien sus marinos eran «más útiles a la Patria muertos», el Almirante Cervera decide

desobedecer a sus superiores y evitar así un sacrificio inútil. Lejos del acartonamiento y la grandilocuencia del tono épico de las piezas históricas, *La verdadera culpa de Juan Clemente Zenea* y *Los equívocos morales* indagan en el pasado desde la perspectiva de hoy, para arrojar luz sobre zonas esenciales del presente.

Se advierte en la contraportada que *Morir del texto* se presenta como un proceso de búsqueda y no de tendencias dominantes o representativas de la dramaturgia que se escribe actualmente en Cuba. Su lectura demuestra, en todo caso, que las búsquedas de los nuevos autores andan bien encaminadas. ■

---

## Una poética del éxodo

RAFAEL ROJAS

---

Iván de la Nuez

*La balsa perpetua.*

*Soledad y conexiones de la cultura cubana*

Editorial Casiopea

Barcelona, 1998, 168 pp.

---

**I**VÁN DE LA NUEZ DESCRIBE TODO UN SÍNTOMA de la cultura cubana a fines del siglo XX: la traslación. Entre el rumor doméstico de *Las comidas profundas* de Antonio José Ponte y la resuelta exterioridad de *Perfil derecho* de Ernesto Hernández Busto, *La balsa perpetua* explora una zona de dislocación y fuga: el no lugar del abandono. Si el primero narra el adentro y el segundo el afuera, el tercero se interna ya en ese pensamiento migratorio que, al decir de James Clifford, encara la constitución de los sujetos nómadas del siglo XXI. No es casual que esa perfecta geografía del saber sea obra de los tres ensayistas mejor dotados de la nueva literatura cubana.

Lo primero que impresiona de este libro es su fragmentaria horizontalidad. Tan mal acostumbrados a la intelección «nacional» de los «problemas nacionales», Iván de la Nuez nos sorprende con una mirada a la isla,

desde sus conexiones con América Latina, Estados Unidos y Europa. El ya tedioso protagonismo histórico de Cuba sería, según De la Nuez, resultado de un juego pendular entre la soledad en el Caribe y el intercambio con Occidente. Pero además de la amplitud de esta interpretación, asombra el descentramiento mismo de la escritura. Los motivos del texto son tan fugitivos e inasibles como el tema que los convoca: una página de Lezama, otra de Harold Bloom; un cuadro de Frida Kahlo, otro de Luis Cruz Azaceta; una idea de Foucault, otra de Benítez Rojo. Y toda esta vastedad, hilvanada por un estilo acabalgado y, a la vez, cuidadoso, que no funda sus aseveraciones en lo meramente libresco, sino en el *flâneur*, en la mirada que planea la calle, en el feliz enlace entre memoria personal e imaginación sociológica.

Buen indicio de la vitalidad intelectual de esta prosa es su inventario de paradojas: la paradoja del destierro como una máquina globalizadora de la cultura cubana, la paradoja de la convergencia entre el discurso neoconservador de la *New Right* norteamericana y el discurso de la identidad nacional de la élite del poder castrista, la paradoja de que el aristócrata y decadente Rodó sea lectura de cabecera de la izquierda latinoamericana en los 60, la paradoja de la dolarización del mercado del arte cubano como fuente de un exotismo etno-erótico, que reproduce viejos estereotipos nacionales, la paradoja del asfixiante autorreconocimiento que, como respuesta al canon occidental, produce la cultura latinoamericana... Hay en el ensayo de Iván de la Nuez un afán de esclarecer dichas paradojas, para luego rebelarse contra el absurdo que ellas entrañan. Me gustaría ver en esa rebelión cierto residuo del modernismo ilustrado que, a la manera de Kant, operaba colocando las ideas frente al tribunal de la razón.

Sin ese débil legado del modernismo sería impensable el diálogo que, desde una política postmoderna radical —cercana al ideal del anarca de Ernst Jünger—, entabla el autor con la izquierda latinoamericana. El ensayo «¿Demócrates Alter?», que es, tal vez, el texto más genealógico del libro, resulta, a

propósito, ejemplar. Las palabras finales: «todo un reto para la izquierda latinoamericana si quiere formar parte del presente. Reconocer que en su día, cuando se deshizo del pragmatismo, arrojó también la democracia y la diferencia», transmiten un reclamo, que no descarta, pues, cierta voluntad performativa, encaminada a concebir un perfil democrático radicalizado para la izquierda latinoamericana, similar, acaso, al que esbozan Chantal Mouffe y Ernesto Laclau en sus últimos libros.

En cuanto a la política del estilo, percibo en *La balsa perpetua* dos formas de escritura. La de la «costa» y la de la «travesía». La primera es más interpretativa; unas veces genealógica, es decir, próxima a la filosofía, la historia y la sociología; otras, arqueológica, cercana a la crítica cultural. La segunda, en cambio, es inscripción de otros saberes: la experiencia, el cuerpo, la memoria, el sueño, la mirada. Una vez más el eterno dilema cartesiano entre la sensación y el razonamiento. Si colocáramos este libro frente a la tipología binaria del ensayo occidental, caerían las «costas» en el modelo de Bacon y las «travesías» en el modelo de Montaigne. Imaginación sociológica y memoria personal. «Sobrevolando el canon» y «El paisaje de los discursos». No sé si tal convivencia de escrituras se deba a una normalización de la guerra textual o si, simplemente, anuncia el triunfo de una sobre la otra. El admirable texto «La ciudad postcomunista», en el que Miami es leída a través de un *flâneur* cultural, tal vez sea indicio de lo segundo.

El eje narrativo de estos ensayos es algo tan fijo como una metáfora; sólo que se trata de una metáfora que alude a la traslación perpetua: «quizá la tragedia de los balseiros sea la más absoluta metáfora de Cuba y, a la vez, de las utopías y frustraciones que han mareado el Atlántico. La balsa como una isla flotante...» Debo admitir que, a pesar de que dicho eje sea, más bien, invisible, puesto que no ocupa el centro de la argumentación, la metáfora me ofrece algunas dificultades. No sólo porque desde Heidegger hasta Rovatti la filosofía occidental busca una nueva forma de saber que propicie un abandono o, al menos, un aligeramiento de

la metáfora, sino porque hay cierta violencia, cierta voluntad de representación totalizante en cualquier *logos* metafórico. Toda metáfora, aunque se trate de aquélla que mejor figure un fragmento, es absoluta, ya que desemboca siempre en la razón simétrica, en la analogía. La metáfora de la «balsa» corre el mismo riesgo que la del «ajiaco»: el riesgo de convertirse en una metáfora nacional, en un «cubanísimo metafórico», como decía Ortiz, aún cuando aspire a todo lo contrario. ¿Acaso el emblema de la balsa representa, por igual, a un *cuban-american one and a half*, a un *yuppie* hispanocubano de la Generación X y a un guajiro pinareño que no ha visitado, siquiera, la Isla de Pinos?

De cualquier modo, el uso de la metáfora no es gratuito, ya que Iván de la Nuez no propone una filosofía sino una poética, una «poética del éxodo». La idea tiene algunas resonancias en Lezama, quien, por cierto, sólo realizó dos brevísimos viajes en toda su vida: a la Ciudad de México y a Montego Bay. Me refiero al poema «Llamado del deseoso», que alguna vez glosara Reinaldo Arenas: «Deseoso es aquél que huye de su madre / Despedirse es cultivar un rocío para unirlo con la secularidad de la saliva. / La hondura del deseo no va por el secuestro del fruto... / Es la ausencia del sucedido de un día que se prolonga / y es a la noche que esa ausencia se va ahondando como un cuchillo. / En esa ausencia se abre una torre, en esa torre baila un fuego hueco». Muy apegado al *ethos* estoico, Lezama, al igual que María Zambrano, entendía la fuga como un llamado del deseo y la ausencia como la condición de posibilidad para la poesía: el «baile del fuego hueco». De la Nuez, más cerca de Epicuro que de Séneca, entiende el abandono, esa transgresión corporal que precede a la lejanía, como la experiencia que asegura un saber poético.

*La balsa perpetua* desprende esa «poética del éxodo» de las lecturas que el autor practica en su propio cuerpo. Pero paralela a esta operación de hermenéutica personal, dicha poética se edifica, en el texto, por medio de una idea de la crítica como género del arte. El joven ensayista mexicano Christopher Domínguez Michael ha llegado, desde

la literatura, al mismo punto: la vindicación del arte de la crítica. En su reciente libro *Servidumbre y grandeza de la crítica literaria* se pregunta y se responde Domínguez: «¿el crítico es un artista? Si Oscar Wilde no convenció con su respuesta, nadie puede defenderse contra la bofetada de Clea». Entre nosotros, es Iván de la Nuez quien mejor satisface aquella demanda que, hace un siglo, unió las voces de Wilde y Baudelaire: en él la crítica del arte se vuelve, a plenitud, arte de la crítica. ■

---

## De lo profano y lo divino

DAÍNA CHAVIANO

---

Andrés Jorge  
*Pan de mi cuerpo*  
Joaquín Mortiz  
México, 1997, 142 pp.

---

UNA MUJER HERMOSA: DEMASIADO PERFECTA para ser real, demasiado piadosa para parecer humana, demasiado deseada para pasar inadvertida... Ésta es Graciela Vidal, la protagonista —muerta desde el comienzo— sobre la que descansa la trama de una novela cuya estructura semeja una encuesta periodística. La historia se sumerge en el mundillo de un pueblo de provincias —San Juan y Martínez, en la zona occidental de Cuba— allá por los años 40, para intentar desentrañar qué hubo de milagro o de divino castigo en la extraña muerte de una viuda que empleaba su dinero en obras de caridad...Ora beata, ora espectro, ora pecadora, ora bruja: así de múltiples son los retratos que de esta mujer inaprensible hacen los personajes al cronista que pretende reconstruir los hechos.

La estructura de esta obra —ganadora del Premio Joaquín Mortiz a una Primera Novela— hace casi imposible desdeñar la comparación con un clásico de la cinematografía: *Rashomon*, del japonés Akira Kurosawa,

basado en dos cuentos de su coterráneo Ryunosuke Akutagawa (1892-1927). En la película, como se recordará, cada personaje narra un mismo episodio desde su punto de vista. Pero sus versiones, pese a que corroboran las ajenas en ciertos detalles, resultan contradictorias entre sí.

En el caso de *Pan de mi cuerpo*, su autor ha introducido una variante igualmente caledoscópica, aunque esta vez el foco de interés es el retrato biográfico de una mujer que, ya en vida, era un enigma para el pueblo, y cuya insólita muerte no hace más que aumentar las divergencias sobre su imagen.

«Graciela no distinguía entre el pecado y la apostasía y las obras del Demonio en la tierra...», asegura un personaje. Mientras que una ex-prostituta afirma: «Muy bien que parecía una virgen, si es que ya en este mundo pecador... bueno. Tenía la cara y el cuerpo de una virgen, además. Yo la pongo en un altar».

No hay una línea argumental, en el sentido ortodoxo del término. La historia va tejiéndose a partir de estos testimonios narrados por personajes que, a su vez, carecen de toda descripción física, anímica o emotiva... a la manera también convencional. Porque parte del placer que nos llega con esta lectura es que, gracias a los diversos discursos y matices del habla, el lector queda en libertad para hacerse su propio retrato del entrevistado. Y, lo más importante, lo hace cómplice de este juego de confianzas en el que se puede tomar partido por una u otra versión.

Incluso el título induce a una doble lectura: lo santo y lo profano, lo elevado y lo prosaico, la carne y el espíritu. Tomar la sagrada hostia —a la que alude la expresión «pan de mi cuerpo»— simboliza la comunión con lo divino, pero es también el procedimiento mediante el cual la sacralidad de una oblea se incorpora a la digestión del corrupto cuerpo humano. En ese pan angélico se encuentra aquello que puede elevar o aquello que puede ser destruido: doble alegoría para esta obra de múltiples aristas. Parábola también sobre la falibilidad del testimonio humano a la hora de enjuiciar a otros; tal vez una advertencia sobre los peli-

gros de pretender buscar explicaciones absolutas y únicas ante un mismo hecho.

Amén del divertimento estructural, el autor recurre a los diversos tonos del lenguaje, moviéndose con la misma facilidad desde el más poético hasta el más descarnado —como las frases que aparecen grabadas ante el altar de la venerada mujer.

La burla, el absurdo, lo inexplicable y el desconcierto son los principales elementos que se alternan en este retozo de la palabra con el lector. Pero quizás lo más grato sea la plasticidad del propio lenguaje, la manera en que su autor engarza las imágenes para crear una atmósfera perennemente crepuscular, anegada con el aura espectral de una mujer: un arrollador torrente en el que, de alguna manera, se las arregla para hacernos degustar nuestros sonidos y ritmos idiomáticos. Oficio raramente logrado, sobre todo en un escritor que comienza. ■



## Inventario de asombros

RAFAEL ROJAS

Eliseo Alberto  
*Caracol Beach*  
Alfaguara  
Barcelona, 1998, 366 pp.

BORGES SUGERÍA, EN «LAS RUINAS CIRCULARES», que el reto mayor de la imaginación literaria era concebir un pequeño lugar, donde pudiera narrarse una historia infinita. Poco a poco, esa disposición de pequeños lugares, en los que la fantasía experimenta su esencial desbordamiento, se convierte en el sello estilístico de la narrativa de Eliseo Alberto Diego. La fascinación de este autor ante el espectáculo de la diversidad, que ofrecen los circos (*La eternidad por fin comienza un lunes*) y los zoológicos (*Fábula de un hombre*), revela un gusto por la taxonomía, por la aglomeración de identidades únicas e irrepetibles en un espacio reducido.

Algo de Linneo, de Darwin y, también, de Pavlov, hay en la imaginación literaria de Lichi Diego.

El trailer donde vive Beto Milanés, el héroe de esta tragedia, que fabrica su destino fatal en el transcurso de una noche, fue, alguna vez, un carromato de feria. En sus paredes metálicas todavía puede leerse una inscripción: «Arena Cinco Estrellas. Rodeo Ambulante. Atracciones y Adivinos. Gitanos. Animales Inteligentes. Cunas y Camerinos». Esta alegoría del circo anuncia, desde las primeras páginas de la novela, el ingreso a un mundo limitado y, a la vez, inagotable, de personajes caprichosamente descritos, que se rigen por la lógica de la excepción y el súbito. Todos los personajes de *Caracol Beach*, que de por sí son excepcionales, actuarán de un modo ajeno a sus temperamentos en la situación límite de aquella noche del 19 de junio de 1994. Hijo de su padre, este escritor entiende la literatura como un inventario de asombros.

Eliseo Alberto ha imaginado un lugar para su narración. Pero a diferencia del Zemyock de André Schwarz-Bart y el Macondo de Gabriel García Márquez, *Caracol Beach* no remite a un lugar, sino a dos: la ciudad de Santa Fe y la playa de Caracol Beach. La primera ofrece algunas claves para su localización: es una ciudad multiétnica, donde conviven anglosajones e hispanos (españoles, mexicanos, guatemaltecos, panameños, puertorriqueños y, sobre todo, cubanos), donde se puede asistir lo mismo a un show de Albita Rodríguez que a un homenaje a Reinaldo Arenas, en fin, donde la colonia cubana hace de la oposición al régimen castrista el centro de su vida diaria. Es difícil, pues, no asociar Santa Fe con Miami. En cambio, Caracol Beach sí resulta plenamente imaginaria: playa hedonista y decadente, habitada por generales hawaianos retirados y pescadores haitianos blancos que beben agua de coco y escuchan canciones de Edith Piaf. Así, la trama de la novela se mueve entre uno y otro lugar, entre Santa Fe y Caracol Beach, es decir, entre la realidad y la ficción.

Carlos Fuentes ha dicho que este relato es una tragedia moderna. Si el *Ulises* de Joyce, *El sonido y la furia* de Faulkner y *Crónica*

de una muerte anunciada de García Márquez son tragedias modernas, entonces *Caracol Beach* es, más bien, una tragedia postmoderna. No sólo porque su autor escribe en plena condición postmoderna, sino porque la historia transcurre en un lugar alegórico del muticulturalismo postnacional y sus personajes son criaturas que se resisten a las identidades fuertes y centradas de la modernidad y actúan con la ingravidez de sujetos que se saben nómadas, itinerantes. *Caracol Beach* carece, además, de un elemento constitutivo del modernismo literario: la utopía. Su invención narrativa del lugar, a diferencia de *Cien años de soledad*, no responde tanto a la búsqueda de un orden mágico de infinitas posibilidades, donde el mito reemplaza a la razón como a cierto venero exótico, que hace del texto una taxonomía de rarezas psicológicas, un zoológico humano.

Pero esto no quiere decir, en modo alguno, que la herencia del realismo mágico y, en especial, de García Márquez, no sea perceptible en la prosa de Eliseo Alberto. En su libro *Historia verdadera del realismo mágico*, Seymour Menton asegura que «el gato es el emblema del arte mágico realista». En la más amplia interpretación de esta poética, que algún crítico haya ofrecido, Menton rastrea la imagen del gato en algunos textos de Borges, Schwarz-Bart. Musil, Julieta Campos, Cortázar, y en pinturas de algunos expressionistas alemanes, como Niklaus Stöcklin, George Grosz y Georg Schrimpf. Y aunque Menton sólo menciona a la chicana Ana Castillo y la cubano-americana Cristina García como jóvenes herederas del realismo mágico, tal vez pueda hallarse también una presencia de dicha poética en el tigre evanescente que obsesiona a Beto Milanés, el protagonista de *Caracol Beach*. Al igual que William Saroyan, en *El tigre de Tracy*, Eliseo Alberto hace de esta fiera un símbolo de la autodestrucción humana, la inquietante señal de un destino revelado.

Menos lírica y más dramática que *La eternidad por fin comienza un lunes*, *Caracol Beach* es una novela que nace de un guión cinematográfico. De ahí su velocidad de *thriller* y, sobre todo, su ambientación casi fílmica. A lo largo de este siglo hemos visto cómo el cine

se ha alimentado de la literatura moderna. Ahora que el siglo acaba y que aquel invento de los Lumière se vuelve tradición, veremos cómo el cine y, también, la televisión y el video se convierten en campos referenciales de la literatura postmoderna. *Caracol Beach* tal vez sea, en este sentido, una novela precursora.

En relación con su narrativa anterior, el nuevo libro de Eliseo Alberto es una obra que exhibe su tejido; acaso liviana, manipulable, hospitalaria, y que abandona, por momentos, ese canon barroco que todavía controla estéticamente una amplia zona de la literatura latinoamericana. Sin embargo, *Caracol Beach*, quizá por haber sido escrita después de *Informe contra mí mismo*, se interna en una nueva densidad: la densidad moral de la historia. Es muy raro encontrar en medio de la última literatura cubana, tan dada a la alegoría del pasado o a la burda sublimación erótica, una novela como ésta, capaz de reflejar dos dramas nacionales, aún vivos, el de la guerra de Angola y el del exilio, sin estetizarlos irresponsablemente. «Clemencia es una palabra que se usa poco»: ese humilde reclamo, con que abre y cierra *Caracol Beach*, es una buena inscripción de aquella «mínima moralía» que, al decir de Adorno, impide a la literatura convertirse en un ritual del holocausto. ■

---

## La historia que espera

JOAQUÍN ORDOQUI GARCÍA

---

Rafael Rojas  
*El arte de la espera*  
 Editorial Colibrí  
 Madrid, 1998, 222 pp.

---

**D**URANTE APROXIMADAMENTE TREINTA años, los cubanos se han visto a sí mismos desde una lógica binaria. Al parecer, arcángeles y demonios erigieron el territorio de la isla y zonas adyacentes para dirimir sus

eternidades. No importa cuán cultos o sofisticados hayan sido nuestros intelectuales, casi todos aceptamos las reglas del juego. Por muy encarnizada que haya sido la pelea, había un consenso en cuanto al modo de jugar la partida. Han transcurrido casi cuarenta años desde el primer movimiento y se han sucedido las generaciones: seres humanos que eran niños o no habían nacido cuando se pactaron los odios, recibieron esa incómoda herencia con más libertad que sus antecesores y comienzan a cuestionar no ya la calidad (moral o intelectual, da lo mismo) de los contendientes, sino las razones de la contienda.

Por suerte, esta nueva visión que me atrevería a calificar de generacional, se produce, simultáneamente, en el paraíso y en el infierno, sea cual fuere la ubicación geográfica de estos curiosos estados del alma; por sólo mencionar tres nombres, Marifeli Pérez-Stable, Iván de la Nuez y Enrique Patterson.<sup>1</sup>

*El arte de la espera*, de Rafael Rojas, es una de las propuestas más lúcidas, provocativas y estimulantes de esa nueva forma de relacionarse con la historia, con nuestra historia. Se trata de una colección de ensayos, escritos (y muchos de ellos publicados) en diferentes momentos, circunstancias y lugares, pero que leídos en conjunto, comparten una *Weltanschauung* que rompe con los presupuestos maximalistas a los que tanto nos hemos acostumbrado. La verdad deja paso a las posibilidades, lo teleológico a lo electivo, el determinismo a la libertad.

He escrito, a propósito, la palabra *Weltanschauung*. Una de las estupideces más socorridas en la actualidad, es considerar que el pensamiento postmoderno consiste en la falta de una cosmovisión, es entender lo relativo como la nada o el caos. No veo cómo se puede pensar sin intentar entender, sin interpretar, sin establecer escalas de valores. Otra cosa es que nuestros entendimientos y nuestras escalas de valores no preten-

dan establecer un sistema de pensamiento que permita interpretar, definitivamente, ese infinito y disímil conjunto de elementos que solemos llamar la realidad. Rafael Rojas evidencia en *El arte de la espera* una mirada con criterios y escalas de valores muy sólidos, sólo que en su interpretación de nuestra historia los aplica a partir de las realidades que escruta y no desde un presupuesto ideológico.

Dentro del conjunto de textos que conforman *El arte de la espera*, hay algunos que considero claves para la comprensión no sólo de los demás, sino de los avatares de nuestro país. Pienso en «Preguntas a una historiografía naciente», donde Rojas sitúa el nacimiento de la percepción de lo cubano a partir de esa forma de ideología llamada Romanticismo, que presupone la nación como un destino y no como un espacio cultural que hacen y rehacen quienes lo habitan, de acuerdo con los cambiantes deseos e intereses de los diferentes grupos humanos que actúan en dicho espacio en un momento determinado, o de los caminos que van encontrando las generaciones que lo pueblan en el tiempo.

A partir de la hipótesis, que comparto del todo, según la cual el triunfo de la concepción teleológica de la cubanidad ha decidido el destino político de Cuba, Rojas ilumina diferentes aspectos y momentos de esa historia que más que vivir hemos sufrido, muchas veces sin comprender por qué. Una de las múltiples virtudes del libro es su permanente renuencia a la simplificación. Todos sabemos que en Cuba rige una de las dictaduras unipersonales más longevas de nuestro siglo. Se han escrito toneladas de volúmenes denunciando atrocidades, demostrando la irracionalidad de un dictador capaz de cualquier cosa por perpetuarse. Lo que muchos parecen olvidar es la cantidad de seres humanos que, durante tanto tiempo, han (hemos) estado involucrados de una u otra forma en esa perpetuación.

Para Rojas, lo ocurrido en Cuba a partir de 1959 es, entre otras cosas, la consecuencia extrema del triunfo de una tendencia del pensamiento cubano desde el siglo pasado: «La búsqueda de una 'tradicción por futuridad', como le llamaba José Lezama Lima,

<sup>1</sup> Por razones obvias, entiendo como escritores «de adentro» o «de afuera», aquéllos que se han formado en uno u otro lugar, independientemente de dónde residan en la actualidad.

ha sido el objetivo moral y poético de una buena parte de la alta cultura cubana desde el siglo XIX».<sup>2</sup>

Es decir, independientemente de la voluntad de poder que sin duda tiene y ejerce el señor Fidel Castro, existían en la tradición de la cubanidad elementos que, hábilmente manipulados, propiciaron el alcance de sus objetivos, de la misma forma como Hitler se apoyó en la exaltada tradición del *Sturm und Drang* para edificar su macabro edificio, aunque seguramente los hermanos Grimm se hubieran horrorizado al conocer los quehaceres de Auschwitz o Treblinka.<sup>3</sup>

Nos horrorizamos con los lemas *Patria o Muerte* o *Socialismo o Muerte*. Olvidamos que el himno nacional de Cuba —que a diferencia de lo ocurrido en otros países comunistas nunca ha cambiado— dice aquello de *...morir por la patria es vivir*. Olvidamos aquella otra frase terrible de José Martí: *La patria es ara, no pedestal*. Ara, no es otra cosa que altar o piedra de sacrificios ¿humanos?<sup>4</sup>

*Vivir por la patria es vivir... la patria podría ser el pedestal donde los seres humanos que la habitan puedan erigir su propia e individual felicidad...*, parece decirnos Rojas, cuando propone que de tanto fabricarle el alma a la nación la hemos dejado sin cuerpo.

He optado por reseñar la forma de pensamiento que la lectura de *El arte de la espera* me sugiere, ya que detenerme en las diversas propuestas que incluyen los 37 ensayos que conforman el libro hubiera sido imposible por razones de espacio. Preferí intentar aproximarme y aproximarlos a una visión general de nuestra historia que me

parece novedosa y necesaria, a intentar desglosar con ustedes los múltiples e inteligentes asombros a que nos somete el autor. En ese sentido, baste decir que aunque muchos de estos argumentos son el germen de libros que, estoy seguro, disfrutaremos dentro de algunos años, Rojas revive el género del ensayo breve de forma textualmente magistral, no sólo por el atrevimiento de lo que dice, sino por la magnífica relación que se establece entre el tema y el estilo, que es impecable.

Otra de las virtudes de Rojas es la consecuencia. En «El epitafio de Saco» ofrece —gratuitamente y sin recargos— una lección de cómo se puede polemizar con ideas, no contra individuos, cómo se puede rescatar lo válido de opiniones que difieren de las propias y cómo se puede sostener criterios litigantes sin acudir a la descalificación o al insulto, esas bochornosas facilidades tan comunes en nuestra vida política o ¿cultural?

No sé ahora exactamente en qué estoy de acuerdo con Rafael Rojas, pero sé que en mucho; con igual inexactitud recuerdo en qué estoy en desacuerdo, aunque sé que en poco. Pero más allá de afinidades o desavenencias, sé que *El arte de la espera* es un libro de necesaria lectura para todo aquél interesado en saber qué hemos sido, qué somos y, sobre todo, qué podríamos llegar a ser. ■

---

## El sueño como exorcismo

PÍO E. SERRANO

---

Nivaria Tejera  
*J'attends la nuit pour te rêver, Révolution*  
Editions L'Harmattan  
París, 1997, 156 pp.

---

**E**S COMO EL PROCESO DE UNA LARGA Y DOLOROSA desintoxicación. Precisemos, es como la terapia agresiva e intensa a que se

<sup>2</sup> Rafael Rojas, *El arte de la espera*, Editorial Colibrí, 1998, pág. 70.

<sup>3</sup> A quienes puedan pensar que la relación entre los hermanos Grimm y Hitler es forzada, les recomiendo la lectura de *Respuesta a Madame Stäel*, de Heinrich Heine, acaso el primer futurólogo de la era moderna. En dicho libro, Heine textualmente vaticina el holocausto si la espiritualidad implícita en las tradiciones románticas germánicas fuera asumida por un proyecto político.

<sup>4</sup> No sé todavía por qué los cubanos suelen elegir esta faceta patética e irracional de José Martí, y desdennan la más amable que propone, por ejemplo, *con todos y para el bien de todos*.

somete el toxicómano rebosante de una droga —adicción letal— que lo ha colmado de la sutil sustancia de que se componen los sueños. ¿Cómo desembarazarse del mentido placer que te corroe el entusiasmo, te perfora la sacralizada región de las ilusiones primeras? Porque hubo el gozoso hervor de la inocencia compartida en las plazas, en las calles... Digámoslo de otra manera. Otra metáfora. ¿Cuántas metáforas serán necesarias? El tren avanza velozmente, vértigo que adormece la razón. Cualquier intento por bajarse de él puede ser fatal. Las magulladuras dejarán una huella siniestra. Un signo por el que siempre será reconocida. Permanente. El del réprobo. 1965. La escritora lo intenta. Al fin se deja caer del tren que todos afirman que conduce a Utopía. Mientras, aplauden los otros. Los de afuera. Alientan la velocidad turbadora de la máquina. Una máquina que en su desplazamiento hacia el futuro regresa al sistema de plantación. Una máquina feroz que, como

en una película de los hermanos Marx, se alimenta de los coches que conduce. En el trayecto se revela autofágica. Un apetito desmedido, saturnal. Parece no haber reglas para este juego. Como la Reina de Corazones, el maquinista impone a voluntad nuevas reglas del juego. Como Asmodeus lo devora todo. Una sola voluntad conduce la máquina. Se aplaude. Frenéticamente. Desde afuera. La escritora se lanza al vacío. Todavía no sabe que una vacuidad densa y oscura la aguarda en la caída. En su estar fuera. Por supuesto, no sale ilesa. El lento, doloroso proceso de recuperación de esta caída es el tema de este libro. Será el hilo conductor, el único asidero para la desesperada Ariadna. Desde las cenizas inicia el proceso de reinventarse, de reencontrarse y asume el coraje necesario para denunciar el monstruoso equívoco.

Con lucidez desgarradora la escritura de Nivaria Tejera dibuja el trayecto que va de la ilusión amigada en la muchedumbre a la



EDICIONES UNIVERSAL, con su filial, Librería & Distribuidora Universal, es una empresa que desde 1965 se dedica a la distribución y edición de libros en español en general y especialmente de autores y temas cubanos. Juan Manuel Salvat, su esposa e hijos, dirigen esta empresa que ha publicado más de 900 títulos de temas históricos, literarios y de aprendizaje.

**Solicite nuestros catálogos gratis e información sobre los temas o autores que prefiera.**

**SERVIMOS PEDIDOS A TODAS PARTES DEL MUNDO**

**EDICIONES UNIVERSAL**  
(EDITORES - DISTRIBUIDORES - LIBREROS)

3090 S.W. 8 Street  
Miami, FL 33135. USA.

Tel: (305) 642-3234  
Fax: (305) 642-7978

e-mail: [ediciones@kampung.net](mailto:ediciones@kampung.net)

<http://www.ediciones.com>

soledad intolerable de una conciencia crítica en el exilio. El texto se construye fragmentariamente, desde el eficaz ejercicio de una pasión intensa, iluminación poética desentendida de los precarios argumentos del político. Exorcismo fatal, irrenunciable de sí misma. De la memoria ardiente. Como fragmentos incandescentes de una lava que no cesa de manar, el texto devela con pulcritud atormentada la aventura del *poder tropical*. Un poder que se instala en el circuito de su propia representación interminable y fanática, y que genera un *religare*, una religión que se oculta en su propia escenificación. Sucesión de máscaras. Doctrina convertida en fe irracional de los desesperados. Religión que alcanza la apoteosis en la deificación del Máximo Líder, celebrante único de un ritual apócrifo.

Nívaria Tejera, narradora y poeta, emprende en este texto su particular asedio al poder. Reflexión y relato se articulan a un ritmo alucinatorio para deconstruir el torpe discurso del poder. El lenguaje busca indistintamente los resortes del sueño y de la vigilia para poner en evidencia la oralidad del poder que se desdice y miente a conciencia. El despiece de Nívaria Tejera descubre los procedimientos por los cuales la oralidad del poder se articula hacia el exterior en la meticulosa instrumentación de la ortopedia con la que borra la sociedad civil precedente (CDR, CTC, INRA, ANAP, UNEAC, et caetera et caetera et caetera). Una instrumentación que disciplina el entusiasmo, domestica la conciencia, adormece la inteligencia. Un poder, en fin, que expulsa del paraíso a los renegados que, a su vez, arrumban hacia una nueva pesadilla, la frígida zona del que está *afuera*, la vacuidad raigal del exilio. Otra vuelta de tuerca a la que se somete a un pueblo forzado a perder su aguja de marear. La escapada masiva hacia los paraísos artificiales, desraizados, condenados a multiplicar la isla —islas ellos mismos— en la dispersión.

La autora no ahorra detalles. La fuga del réprobo no encuentra asideros. En su experiencia francesa los intelectuales, los periodistas, los latinoamericanos que han emigrado de otros horrores la interrogan perplejos

antes de repudiarla. ¿Cómo se puede escapar del paraíso? Estamos en 1965 y un fantasma recorre América Latina y las buenas conciencias de la intelectualidad burguesa europea. Es el vendaval desatado por la impronta icónica de la joven revolución cubana. (¿Hasta cuándo joven? ¿Hasta cuándo «revolución»? ¿Hasta dónde cubana?). Los tiempos exigen —desencantados del stalinismo, del maoísmo, del titoísmo— encontrar un nuevo referente que esta vez sí libere a los pueblos de la opresión y de la miseria. Un modelo que venza la antinomia: libertad-igualdad. Los europeos, recuperando la visión de los ilustrados, muestran su entusiasmo por el buen salvaje rebelde, una lejana aventura que es sólo proyección de su propia esterilidad. ¿Cómo, a quién, explicar, entonces, la corrupción, el secuestro de una revolución que secreta continuamente un doble discurso: el monólogo populista y demagógico y el factual que progresivamente decapita todas las capas de la sociedad? Ante la excluyente logorrea del poder y el encantamiento que produce fuera, la escritora deberá defenderse en el silencio. Al fin ha aprendido que la historia del renegado es la de una batalla interior. La escritora no sólo silencia su voz, calla su escritura. Parece no interesar a nadie. Cortázar cruzará la calle para no saludarla.

Fueron los años de una conspiración iniqua. Los juramentados —editores franceses, italianos, alemanes y españoles—, todos ellos solidarios con el *engagement* y dóciles a los requerimientos de La Habana, se prometieron que los escritores réprobos cubanos no pasarían, quedarían excluidos del derecho a la palabra. Los resultados de este conciliábulo perverso debieron sufrirlo Guillermo Cabrera Infante, Juan Arcocha, Ana María Simo, Lydia Cabrera, Lino Novás Calvo, Matías Montes Huidobro, José Mario... y habría de coadyuvar al suicidio de Calvert Casey en Roma. Lo ha contado minuciosamente el italiano Valerio Riva, uno de los completados de entonces, y lo ha denunciado Jeanninine Verdès-Leroux en *La Lune et le Caudillo. Le rêve des intellectuels et le régime cubain (1959-1971)*. Habría que esperar hasta 1971, al desatarse el escándalo internacional del «caso

Padilla»<sup>1</sup> y que se publicase el crítico libro de K. S. Karol *Los guerrilleros en el poder*, para que se les devolviese la palabra. Una confabulación aquélla que no han padecido los nuevos réprobos que han engrosado el exilio en los últimos años.

Ahora, al fin, Nivaria Tejera ha encontrado la libertad necesaria para entregarnos su fervoroso alegato. Porque se trata de un largo viaje hacia la libertad. Como de libertad se trata el ejercicio del áspero lenguaje que Zoé Valdés —al otro extremo generacional de Nivaria Tejera— escoge en *La nada cotidiana* para lanzar el testimonio transgresor de una oralidad insular degradada desde las entrañas mismas del régimen. La degradación —*Hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère!*—, nos viene a decir la tímida y modosa Zoé Valdés, no es mía, la malsonante no soy yo, éste es el resultado de un sistema que nos prometió situarnos a la cabeza de la educación en América y nos ha dejado únicamente la nostálgica indignancia de un sueño frustrado y la procacidad de un coloquio elemental de pueblo primitivo. La evidencia del gran salto adelante para caer hacia atrás, denunciado por Cabrera Infante en 1965.

Nivaria Tejera (Premio Biblioteca Breve 1971, Seix Barral, por su novela *Sonámbulo del sol*) pertenece a una generación de escritores que mereció mejor suerte. Los exiliados tempranos de la generación del 50 —Cabrera Infante, Arcocha, Montes Huidobro, Casey, Nivaria— debieron pagar con un tributo de largo silencio y de sostenida sospecha; los incómodos que quedaron en el interior —Heberto Padilla, Antón Arrufat, César López, Manuel Díaz Martínez, Armando Álvarez Bravo...— sufrieron la postergación y la represión; los acomodados —Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero, Pablo Armando Fernández, Luis Suardiá...— han padecido su propio éxito. De todos nos queda la melancólica certidumbre de que su mejor palabra no ha sido escrita. Les fue secuestrada. ■

<sup>1</sup> Ver Manuel Díaz Martínez, «El caso Padilla: crimen y castigo», *Encuentro* 4/5, Primavera/Verano de 1997, pp. 88-96.

## Dos libros que hacen trilogía

TONY ÉVORA

Fernando Ortiz  
*La africanía de la música folklórica de Cuba*  
Editorial Música Mundana Maqueda  
Madrid, 1998, 270 pp.

Fernando Ortiz  
*Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*  
Editorial Música Mundana Maqueda  
Madrid, 1998, 238 pp.

PARA COMENTAR ESTOS LIBROS TENDRÉ que empezar por invocar un fragmento de la introducción a *Los negros curros* de Ortiz, «esperando que ahora no nos amarre nuestro empeño la mala voluntad de *Mabuya*, que desde la época precolombina es en Cuba quien entorpece los buenos propósitos de los humanos, junto con los entremetidos *Elegguá* y los *Ndoki* que a Cuba llevaron los negros, y el maldito *Satanás* que llegó con los blancos en gran familiaridad».

En el Prólogo a mi libro *Orígenes de la música cubana. Los amores de las cuerdas y el tambor*, publicado el año pasado por Alianza Editorial, doy fe de la inmensa deuda intelectual que tengo contraída con la obra de don Fernando Ortiz. Y por supuesto tenía que ser así. Arduo investigador y racionalista inconforme, defensor incansable del aporte africano, Ortiz fue pionero en el estudio y divulgación de la música afrocubana (vocablo que lanzara en 1906, cuando publicó su primer libro: *Los negros brujos*). Nacido en La Habana en 1881 y fallecido en la misma ciudad en 1969, fue Ortiz una de las grandes figuras de la cultura contemporánea en lengua española. Como historiador, antropólogo y etnólogo realizó una labor descomunal para el mejor conocimiento de la nacionalidad cubana. Sus profundas pesquisas y observaciones personales aclararon la par-

te más oscura de la nación cubana, para beneficio de ambos: negros y blancos. En 1936, un año antes de que este comentarista naciera, y en medio de la indiferencia de la burguesía criolla —de cuyas filas provenía— Fernando Ortiz tuvo el inmenso valor (¡y el favor del oricha Changó!) de presentar su primera conferencia pública en el escenario del teatro Campoamor acerca de «La música sagrada de los negros yorubas en Cuba», y la ilustró con un grupo de *olubatá* o tocadores de tambores batá, cantadores y bailarines. Después, con algunas variantes, trató dicho tema sobre todo en cursos de la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana. Para entonces, ya había dedicado más de treinta años de investigaciones rigurosas a las múltiples facetas de la importante presencia negra en la isla.

Publicadas en 1950 y 1951 respectivamente, las dos obras que pasaré a comentar forman parte de una trilogía, publicada ahora por el Sr. Gregorio Maqueda de Editorial Música Mundana de Madrid, con la ayuda de Nanda Ortiz, hija del sabio cubano. Originariamente, los dos títulos que siguieron a *La africanía de la música folklórica de Cuba* fueron *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba* y *Los instrumentos de la música afrocubana*, éste último publicado por Maqueda en 1996 y en dos volúmenes (la edición príncipe constaba de cinco tomos en formato más pequeño). Véase mi reseña en la revista *Encuentro* 6/7, pág. 250.

Un análisis oportuno de la trilogía original de Ortiz la suscribió el musicólogo norteamericano Gilbert Chase en la *Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington, 1957, el cual estableció que no se trataba de una obra destinada a la descripción de los fenómenos artísticos, sino que pretendía, y lo lograba, establecer en toda su dimensión la base social en que se fundamentaban mediante: «la ponderada consideración que el autor concede a los factores geográficos, históricos y sociales en la formación de la música afrocubana». Y más adelante establece: «La historia musical, en tanto que es una rama de la historia de la cultura, debe fundarse en la premisa de que la música es hecha por hombres y mujeres situados histórica-

mente en un tiempo y un espacio, cuyas dimensiones culturales son precisamente aquellos factores geográficos, sociales, etnográficos, lingüísticos y hasta económicos, en los que hace hincapié el autor».

Por su parte, en su Prólogo a *Los instrumentos...*, la musicóloga cubana Victoria Eli considera que con esta trilogía Ortiz alcanzó el punto climático de su pensamiento científico. Y agrega: «Ortiz no desdeñó en estos libros la búsqueda y recopilación de evidencias por intermedio de los testimonios, método que constituía el principal sostén para arribar a conclusiones en los estudios etnológicos...». El propio Ortiz ofrece en su Introducción a *La africanía de la música folklórica de Cuba* una definición cabal de la importancia de los factores étnicos y sociales en el estudio de la música afrocubana: «...exige la consideración detenida y en su integridad del ambiente humano en que se forma y de los elementos culturales que en ella se refunden. Olvidarlos ha llevado casi siempre a inaceptables simplismos, a disparatados criterios y a concebir la historia de la música popular de Cuba como una relación biográfica de músicos y un catálogo cronológico de sus composiciones, sin referencia a los muy complejos factores humanos que la hicieron germinar, crecer y dar frutos diversos según los tiempos, las sustancias que alimentaron sus raíces y las brisas o ráfagas que movieron su follaje».

*La africanía de la música folklórica de Cuba* es un libro sumamente revelador. En su primer capítulo Fernando Ortiz desmenuza las ilusorias teorías acerca de la música de los indocubanos y su pretendida influencia en el folclor (erróneo prejuicio que «impedía» entre muchos el reconocimiento de las realidades étnicas de Cuba). No es éste un estudio paleoetnográfico al estilo de *Las cuatro culturas indias de Cuba* (La Habana, 1943), sino una manera de poner fin al racismo de los blancos que habían encontrado su mejor portavoz en la figura del sutil compositor Eduardo Sánchez de Fuentes (autor de la habanera *Tú*, entre otras obras importantes). También analiza Ortiz, en el mismo capítulo, las importantes funciones sociales del areíto antillano y lo concluye con una

diatriba dirigida al «cucambelismo» musical. Este último término se refiere a los seguidores de un poeta popular de la primera mitad del siglo pasado, Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, que usaba el seudónimo *El Cucalambé* (proveniente de *cook*, que en inglés significa cocinero y *calambé*, voz siboney que indicaba taparrabos, aunque también podría ser un anagrama de *Cuba clamé*, quizá por la incorporación del poeta costumbrista al movimiento insurreccional a través de décimas y proclamas que incitaban a la lucha). Importantes compositores populares como Sindo Garay caerían dentro de esa definición de cucambelismo musical.

En cinco fascinantes capítulos vertió Fernando Ortiz el contenido de *La africanía...*: la música afrocubana y la indocubana, la expresividad musical y oral de los negros africanos, orígenes de la poesía y el canto entre los negros africanos, los ritmos y melodías en la música africana y finalmente, la música instrumental y coral de los negros. Es precisamente en este último capítulo donde abarca el lenguaje de los tambores, la tonométrica específica de los tres tambores batá y su función para invocar a los dioses con breves locuciones rítmicas y tonales, cada una con su propia significación convencional y alusiva al oricha correspondiente. Vale destacar la complejidad de los 24 toques dedicados a los orichas, en los cuales algunos expertos han llegado a identificar más de 50 ritmos distintos, especialmente en los «llames» o «murumacas» del gran tambor *iyá* para dirigir la atención de los otros dos tamboreros hacia el toque que sigue en turno.

De especial interés resulta, en el mismo capítulo quinto, su estudio sobre «los cordoneros de Orilé», extraños grupos corales especialmente conservados en las comarcas de Bayamo y Manzanillo, en la región más oriental. Valga observar que en Cuba nunca llegaron a formarse grandes coros exclusivamente de negros y mulatos al estilo de los famosos orfeones norteamericanos, pero la aparición espontánea de estos cuantiosos grupos del Orilé en los años 30 se debió posiblemente a los mismos factores que determinaron la creación de los *spirituals* en Estados Unidos, o sea, el maridaje de la emotividad

religiosa de los negros con ciertos cánticos de los protestantes blancos. En los cantos del Orilé —verdaderas misas espirituales— hubo reminiscencias de las viejas letanías católicas de la Cruz de Mayo de Andalucía, que se estima existieron en Cuba hasta comienzos del siglo XIX, y posiblemente canciones del folclor infantil. Ortiz creía que la esencia del Orilé eran los ritos afroespiritistas: «Llegado un momento del rito, callan todas las voces, se sueltan las manos, colocándose todos mirando hacia el centro del corro y comienzan a agitar ambos brazos a la vez, acompasadamente, hacia arriba y hacia abajo, respirando con fuerza a cada movimiento». Agrega Ortiz que a los rítmicos resoplidos con las dos tonalidades alternantes de aspiración e inspiración, se unían los ruidos con que se marcaban los pasos rotantes, dados a contratiempo.

*La africanía...* es para mí la obra más audientemente defensora de los valores negros en la música folclórica de la isla de Cuba. Escrita con vehemencia de abogado, es posiblemente también la creación más claramente documentada de Ortiz. Fue publicada cuando el investigador ya tenía 69 años de edad y había acumulado un verdadero caudal de información sobre el folclor negro a través de innumerables toques de tambor y conversaciones con tamboreros, *olubata* e *iyalochas*.

Aludiendo a los orígenes de la embriagadora música afrocubana y no sin entreverada ironía, refiere Ortiz la crónica del Pentateuco bíblico o leyenda cosmogónica de los tiempos de Noé, el del arca. Sorprendido por su hijo Cam en total estado de embriaguez, éste tuvo la ligereza de burlarse del patriarca mientras sus dos hermanos cuidaron del padre. Según la tradición, «por esa falta de respeto, Canaán, hijo de Cam, y todos sus descendientes, los negros y los indios, fueron malditos y destinados a servidumbre por los siglos de los siglos; y la prole de sus otros hijos, los blancos, recibió bendiciones». Pero no termina aquí la fascinante historia. Basándose en muy peregrinas razones se creía entonces que un hijo de Jafet, llamado Túbal, fue el inventor de la música, descubierta en el martilleo del hierro sobre

el yunque. Otro dato fascinante: la progenie de Jafet debió de extenderse hasta Cuba, ya que el nombre de La Habana fue en honor de Javán, que así se llamó otro hijo de Jafet y hermano de Túbal. ¿Lo entienden ahora? Este mito fue luego aplicado por eclesiásticos españoles a los africanos y a los indios del Nuevo Mundo. Desde el padre Clavigero hasta fray Juan de Torquemada (el de México), un buen número de teólogos racistas elaboraron interminables páginas cargadas de odio y de fanática intolerancia, para justificar lo injustificable.

En mi reseña a *Los instrumentos...* en la revista *Encuentro* 6/7, mencioné una curiosa afirmación del injustamente olvidado compositor Gilberto Valdés sobre el concepto de la síncopa entre los tamboreros cubanos, que había sorprendido a Ortiz. Como es sabido, el entretreído de los ritmos es por lo general preciso y apretado, especialmente cuando se regulariza en música de baile. Pero según Gilberto Valdés «...raramente se encontrará un canto acentuado en sus partes fuertes», y mucho menos en aquellos ritmos donde las partes fuertes son representadas con «silencios». Son silencios en la música afrocubana aquellos fragmentos métricos del compás que no se expresan con notas sonoras pero que son registradas mentalmente por el tamborero, o bien reflejados en los movimientos de su cuerpo, o por insonoros contactos de sus manos con el tambor, por ademanes a menudo inconscientes, o incluso «pujando» el silencio con una expresión gutural, inaudible, pero percibida en el cerebro.

Cuba es el país del «poco más o menos», afirmó otro escritor criollo aludiendo a ese desapego general por la exactitud. Esto pensaría Ortiz después de sopesar los comentarios que le hacía la soprano Zoila Gálvez en cuanto a una característica peculiar: la intervención de un cierto *rubato* (acentuación borrosa) en la modulación de la síncopa. Aparentemente, esta sutil inconsistencia se encuentra en la música afroide de Cuba, Puerto Rico y Brasil, pero no en la música blanca, ni siquiera en la de naciones tan hondamente negras como Haití. La travesía intromisión del *rubato* en las síncopas es,

aparentemente, uno de los secretos mejor guardados de la música afrocubana, contribuyendo a que sus acordes sean más cadenciosos, más lánguidos, con ese sabroso denegue de indolencia tropical.

Con su habitual método de sobre-simplificación, Ortiz se propone explicar lo anterior aludiendo a una causa histórica: Cuba, Puerto Rico y Brasil fueron los países donde la esclavitud tardó más en ser abolida (1886). Paso a citar a Ortiz: «Aún cuando oficialmente clandestina, pero consentida por complicidad, (la trata esclavera) duró hasta muy entrada la segunda mitad del siglo XIX, lo cual hizo que sólo a esos países fuesen traídos grandes cargamentos de yorubas, ibos, iyésás, takuás, egguados y demás negros de Nigeria y los Calabares cuando ya en los demás países de América (como Haití, Santo Domingo, Antillas Menores, Venezuela, Colombia, México, Luisiana, Florida, etc.) no se importaban esclavos, al menos directamente de África, y sus viejas poblaciones negras, arribadas hasta fines del siglo XVIII o primer tercio del XIX, y predominantemente bantús, del Congo y Angola, y guineos de la Costa de Oro y de la de los Esclavos, se fueron amalgamando sin la levadura yoruba, que es acaso la de más fermentación musical entre las culturas negras».

Por supuesto, la síncopa no es exclusiva de la música africana y por ende, de la afrocubana. En mis largos años en Gran Bretaña la encontré decenas de veces en la música folclórica escocesa, por ejemplo, de donde proceden no pocas canciones norteamericanas. Y más tarde, estudiando todos estos aspectos, me encuentro en los libros de Ortiz las citas de investigadores como Hornbostel que analizan cómo ese tipismo musical escocés se infiltró en ciertos cantos afroamericanos y especialmente en el jazz.

El segundo libro que quiero reseñar aquí, *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba* es otra obra monumental que Ortiz cargó de datos y juicios de antropólogos, exploradores, misioneros, etnógrafos y musicólogos, desde los del XVI a los de la primera mitad de este siglo. Documenta así la característica sociabilidad funcional de la música negra, las danzas, pantomimas y mi-

modramas tradicionales, litúrgicos o sacromágicos de los negros yorubas (o lucumís), ararás, carabalís, congos, y de otras naciones afrooccidentales, cuyos hijos fueron forzados inmigrantes y pobladores de Cuba durante casi cuatro siglos.

Los títulos de los cuatro capítulos de *Los bailes y el teatro...* son significativos: la socialidad de la música africana, los bailes de los negros, la pantomima entre los negros y el teatro entre los negros. Ilustrada con aproximadamente 100 figuras que incluyen dibujos, fotografías y transcripciones musicales de toques de genuinos tamboreros, u *olubatá*, realizadas por músicos calificados, esta obra fue prologada por el humanista mexicano Alfonso Reyes. En su propia Introducción, Ortiz repite sus amplios conceptos sobre el folklore, ya aparecidos en *La africanía...*, pero hace hincapié en que: «Hoy día no puede considerarse que una música folklórica nazca y viva siempre y exclusivamente en el folk». Y esto fue escrito hace casi medio siglo.

Como la propia evolución, la música es invisible, pero no así los bailes, pantomimas y el teatro. La pantomima fue seguramente la forma originaria del drama, y representaba una función litúrgica de religión o de magia. En los ritos de los negros la teatralidad es indispensable para inclinar la voluntad de los seres ultramundanos. A menudo la mimesis de los bailes rituales adopta la personificación de entes sobrenaturales: para ello se usan vestimentas, insignias y colores alegóricos, y caretas tremebundas, de rasgos simbólicos y a menudo terroríficas para dar presencia a un dios o al espíritu de un antepasado.

Por su parte, las danzas relacionadas con animales se encuentran en casi todas las sociedades primitivas. Y también en las no tan primitivas: pienso cómo de los negros norteamericanos han salido bailes llamados *fox-trot*, *turkey-trot* y otros cuya zoonimia evidencia una ascendencia entre las danzas de animales que los antepasados practicaban en África. En la Cuba colonial fue muy popular entre los negros el baile de «matar la culebra». Durante el «Día de Reyes» se paseaba un enorme culebrón artificial de varios

metros de largo, que se detenía frente a las casonas donde les daban aguinaldos. Mientras alguien pretendía matar al reptil entre vigorosos ademanes el coro repetía: «Y mírale los ojos, parecen candela. Y mírale los dientes, parecen filé». Y muchos lectores recordarán la habanera comparsa «El alacrán».

Según Ortiz, en Santiago de Cuba fue popular en la segunda mitad del siglo XIX una comparsa de mamarrachos llamada «Las auras»; sus componentes vestían de negro y envolvían la cabeza en capuchones rojos, imitando así a esas aves pestilentes, popularmente conocidas en Cuba como auras tiñosas y buitres en España: «Amparados con tal disfraz iban por las calles y plazas sueltos o en bandadas y se metían en todas partes, hasta en los patios interiores de las casas, razón por la cual eran utilizados como mensajeros por los cubanos alzados en guerra contra el coloniaje».

Es curioso anotar que en casi toda Europa la Epifanía fue antiguamente el día señalado para espantar a las brujas y a los malos espíritus, de ahí que la duodécima noche después de Navidad sea fuente de infinitas supersticiones. En el confuso jolgorio del «Día de Reyes» habanero, que se celebró hasta 1880, caracterizado por la extremada e impune licencia que ese día tenían los esclavos, todos los cabildos de negros se echaban a la calle, y entre la barahúnda de diversos «diablitos» o *íremes* danzantes aparecían dibujadas con carbón figuras de animales para espantar a los malos espíritus.

En cuanto a ritmo, «relleno» y ruido, Ortiz supo diferenciar entre la tendencia muy común a exagerar el relieve rítmico, infantilismo o defecto de bulto de bastante música popular cubana, que en su afán de marcar el ritmo ahogan las voces de los cantantes o la de otros instrumentos encargados de melodías o armonías. El abuso de tímboles, guayos, tumbadoras, cencerros, güiros, claves, bongoses, quijadas de burro, maracas, etc, «es simplemente una extralimitación de la artillería musical», imputable a los intérpretes y no a los compositores. Sin embargo, en *Los bailes y el teatro...* el autor hace una preciosa descripción del *remplissage*, ese complejo tejido rítmico que es orgullo y sabrosu-

ra de la música afrocubana: «El tamborero negro, consciente de los recursos de su arte, se deja llevar por el virtuosismo rítmico y va dividiendo y subdividiendo los espacios de sus ritmos, con sonidos más y más breves, pero eludiendo la monotonía del redoble, y utilizando los varios elementos del sonido (duraciones, tonos y timbres) para combinarlos en filigranas, en mosaicos de miniaturas sonoras, geometrizadas en ritmos». A Fernando Ortiz lo desquiciaba el ruido innecesario y la ola de chabacanería que envolvía a muchas expresiones populares: «Vivimos en época megafónica y desentonada, ruidosa y rítmica, por causas que no pueden achacarse simplemente a influjos africanos, sino más bien a las resonancias de las técnicas otacústicas y a los ritmismos y cacofonías de las mecánicas».

Por su incesante labor investigativa Fernando Ortiz merece todo nuestro respeto y agradecimiento. Él buscó y supo encontrar. Para mí fue un sabio enamorado de la música sacromágica de los negros y a ellos entregó su mejor esfuerzo. Si alguna crítica podría hacerse de este trabajador ejemplar es la excesiva cantidad de citas con que intenta sustentar sus criterios. Algunos resultan realmente rebuscados o traídos por los pelos. ¿Acaso creía que sus propios argumentos no eran suficientes? A menudo pienso que sus libros podrían haberse logrado con la mitad de las razones que esgrime, e *idem* número de páginas. Pero como buen cubano, Ortiz fue a menudo hiperbólico en su empeño de convencer hasta la saciedad. Sin embargo, reconozco que aquí habría que referirse a otro dicho criollo: «Lo que abunda no daña» y preguntarse si quizá no tuvo otra opción a su erudición, rodeado como estaba de tanta indiferencia y prejuicios raciales, sino continuar añadiendo condimentos a su particular «ajjaco» intelectual.

Estoy convencido de que la fabulosa obra orticiana perdurará como gran Elegguá que fue. Al agradecer una vez más al Sr. Maqueda por publicar en España esta formidable trilogía, me gustaría finalizar con una cita significativa de Fernando Ortiz. En 1936, al constituirse la Sociedad de Estudios Afrocubanos, Ortiz proclamaba en su declaración de prin-

cipios: «Blancos y negros deben conocerse y reconocerse recíprocamente en Cuba; y sintiéndose conjuntamente responsables de la fuerza histórica que integran, propender honradamente, en una identificación total, al examen profundo, inteligente, valeroso e imparcial de los fenómenos producidos en la isla a causa del contacto entre sus pobladores más étnicamente característicos». ■

---

## Siente La Habana, La Habana siente<sup>1</sup>

GUILLERMO AVELLO CALVIÑO

---

Pepe Navarro  
*es La Habana*  
Editorial Blume  
Barcelona, 1996, 320 pp.

---

CINCO SON LAS CLAVES QUE EMPLEA EL FOTÓGRAFO catalán Pepe Navarro para sumergirnos en la ciudad de La Habana de los años noventa: el silencio, la palabra, la oración, el grito y la despedida. Cinco vocablos que quedan escasos al comprobar la multiplicidad de motivos, ambientes, situaciones... que confluyen en este ingente trabajo, uno de los documentos más enriquecedores e ilustrativos de la vida que fluye en una ciudad tan compleja y difícil de abarcar como La Habana.

Si algo destilan las imágenes de Navarro es sinceridad, porque su visión es la del que

---

<sup>1</sup> Debemos destacar la apuesta de la editorial Blume al llevar a cabo una iniciativa tan arriesgada como ésta. Libro de 320 páginas, formato de grandes proporciones, calidad de papel, cuidadísima maquetación, magnífica impresión, trabajo en suma acorde con la maestría de las fotografías que nos muestra Pepe Navarro, que en un país como España donde los libros de fotografías son publicados casi con cuentagotas hacen de él una verdadera *rara avis*, una auténtica pieza de coleccionista.

se acerca al motivo para empaparse de él, fundirse con él... Con una mirada subjetiva que evita el distanciamiento, no mirando a través de una cerradura sino recorriendo unas grandes cortinas que nos permitan introducirnos de lleno en esos pequeños fragmentos de vida, para conseguir por medio de esa manifiesta subjetividad, que sintamos lo que «sus personajes» o él mismo han vivido.

Las páginas pasan y las imágenes se van fundiendo en nuestra retina. Al acabar el libro nos quedamos con la vaga sensación de que le faltan hojas, de que no debería terminar de esa manera, de que no debería terminar... porque el autor ha conseguido que formemos parte de la ciudad, de sus gentes, que seamos uno más, que podamos hablar de tú a tú con ellos y que sintamos en todos nuestros poros lo mismo que ellos sienten y padecen.

Nos preguntamos ¿cuántas imágenes hemos visto? Se nos hace realmente difícil hacer un cálculo aproximado ya que nos ocurre igual que con esas películas en las cuales hemos estado tan inmersos en la narración que somos incapaces de calibrar el tiempo que hemos «vivido» esas imágenes.

La maestría en el uso del blanco y negro nos recuerda en cierto sentido a maestros de la talla de William Klein, Manuel Álvarez Bravo..., que consiguen obviando el cromatismo, alejarse de esa pretendida objetividad del color para hacer hincapié en el trasfondo de cada imagen.

Tiempo, sudor, ron, historia, piel, azules, África, fe, sombras, ilusión, movimiento, prostitución, destellos, arquitectura, noche, miradas, lluvia, tabaco, dominó, oro, sida, orgullo, calma, murmullos, calor, decrepitud, baile, blancos, Cristo, nobleza, sufrimiento, danza, Caribe, trabajo, compases, sexo, arrugas, dignidad, matrimonio, sangre, España, silencio, sonrisas, ritmo, trabajo, cansancio, cielo, Fidel, recuerdos, cultura, mar, homosexualidad, espera, naturalidad, cariño, sol, humildad, Estados Unidos, libros, humedad, cocatrices, madera, humo, santeoría, rojos, soledad, juventud, brutalidad, religión, juego, turismo, huellas, negros, provocación, luz, desmesura, imaginación, boxeo, esperanza... son referentes que nos

pueden ayudar en la comprensión de ese universo que ha intentado reflejar Pepe Navarro con sus instantáneas.

#### EL SILENCIO

Fotografías en las que la arquitectura tanto interior como exterior ocupa un lugar predominante. Aquí las figuras son mostradas en los exteriores casi siempre a contraluz, en movimiento, en pocos casos destacan sobre su contexto, es precisamente lo circundante lo que nos llama poderosamente la atención: la piedra, las paredes, las ventanas, los suelos, las escaleras, los cristales, la arena, la madera... En cambio, es en los retratos donde las miradas nos comunican un cierto aire de lejanía, de quietud, incluso llegaría a decir de desolación. No es precisamente una visión muy optimista.

Escogería dentro de este grupo la serie de tres fotografías del hombre que se encuentra sobre el malecón de La Habana. En la primera de ellas es el paisaje (las nubes, el mar y la propia piedra del malecón) el que empequeñece esa figura humana que se halla en el límite de la ciudad, un límite que es la propia naturaleza, grandiosa, infinita, evocadora. En la segunda toma de la serie, el hombre continúa en el mismo lugar, pero las dos visiones, la suya y la del fotógrafo (la nuestra), nos permiten intuir el otro lado, el interior, la urbe..., centrando nuestra mirada en la comunicación que se establece, mediante las líneas compositivas, entre el personaje y la ciudad. Así se da paso a la última instantánea en la que el hombre cabizbajo camina sobre la frontera que delimita el exterior y el interior de la isla. La ciudad y el mar quedan a la izquierda permitiendo el diálogo naturaleza-civilización, dejándonos abierto un cuadro cargado de sugerencias.

La otra fotografía que destacaría sería ese retrato de una adolescente que se encuentra en un salón destartado. Una instantánea que puede pasar desapercibida ya que carece de fuerza dramática, nada está subrayado, todo está simplemente esbozado y son tantos los detalles que casi resulta inaprensible. Lo primero que llama la atención es la mirada casi perdida de la niña, di-

rigiendo su vista a un espacio «fuera de cuadro» que nos transmite una cierta sensación difícil de describir pero que se halla entre el miedo y la melancolía. Colgado en la pared un antiguo cartel de las líneas aéreas de Etiopía en el que aparece una adolescente cargada de joyas, con una sonrisa pletórica, que nos observa con regocijo ¿ilusión perdida?, ¿futuro deseado? Casi en el centro un pequeño cuadro formado por fotos familiares colgado en la pared llena de desconchones, capas de pintura, agujeros... elementos que objetivizan el paso del tiempo de una manera notoria. El cable del teléfono nos sirve como nexo de unión entre el abanico, la mesilla (repleta de objetos que representan casi un pequeño microcosmos dentro de la estancia), la adolescente y un mundo oscuro que se vislumbra a la derecha del encuadre. El contraste de la lámpara de araña en primer plano con el entorno, nos remite directamente a ese universo cargado de contradicciones que representa tan diáfananamente esta magnífica fotografía.

Cuántas fotos podríamos comentar... El retrato de las dos mujeres; una sentada mirándonos con serenidad y la otra observando ¿el futuro? La de esa calle que nos muestra un cartel de Gorbachov pisoteado que es observado por un par de niñas... Y ese retrato de un anciano con la camisa abierta y el crucifijo colgando... Y esa otra de la negra con su puro, su vestido hecho jirones, su piel, sus arrugas, el suelo... Y por último esos bodegones que se nos hacen casi palpables, que nos integran plenamente en el espacio físico y que describen milimétricamente el estado de un pueblo a través de minúsculos y casi insignificantes detalles.

#### LA PALABRA

Anhelos de vida. Apego a la tierra, a las costumbres. Imágenes radicalmente opuestas a las que nos mostraba el autor en la primera parte del libro. Observamos una faceta más alegre, más optimista, más despreocupada si cabe.

El habanero gozando de lo que posee, da igual que sea poco, que sea mucho, da lo mismo que sean peces de colores, osos de peluche, instrumentos musicales, chimpan-

cés, viejos automóviles, cuentos, microscopios, aros, canciones... es indiferente. El hecho es disfrutar intensamente de la vida tal como viene dada.

Fotografías llenas de luz, de movimiento, de sonrisas... Como la de esa niña que viaja en el asiento trasero de un automóvil e intenta recogerse el pelo, instantánea llena de frescura, de plenitud... O esa otra sonrisa del anciano que casi se confunde con sus libros..., ése parece ser su único universo: una cama y cientos de volúmenes. No puede ser más feliz. Se podría decir que le sobra hasta la luz natural.

Sonrisas, sonrisas. Los niños en el parque observándonos de frente sin ningún pudor, con inocencia... con esas zapatillas desgastadas, mugrientas, que se funden con el suelo que pisan, integrándose plenamente en el entorno (el parque, el barrio, la ciudad...).

Sonrisas como la del militar que mira fascinado esa pequeña serpiente que tiene enroscada en la mano.

Sonrisas como la del mulato que baila bien agarrado a su pareja. Punto de vista a la altura de la cintura, rodeado de caderas en movimiento, casi escuchamos la melodía, casi danzamos con ellos, casi reímos, casi gozamos con ellos.

La palabra, el sonido, el ritmo... tomados como elementos de identidad multicultural. Proyección de un pueblo que se mira a sí mismo con orgullo, pero que a su vez padece de cierta indiferencia hacia lo exterior, hacia lo que le es desconocido. ¿Recuerdan al hombre sobre el malecón?

#### LA ORACIÓN

Virgenes, zapatos teñidos de blanco, crucifijos grabados con dolor sobre la piel, collares de conchas, bautismo, animales sacrificados, penitencia... Ritos heredados. Mestizaje que fusiona culturas tan dispares como la africana y la española, dotándolo de personalidad propia. Religión de religiones, oración de oraciones, creencias en constante transformación que son inseparables del espíritu del pueblo cubano.

Fotografías de códigos que solamente pueden ser interpretados por quienes los conocen en profundidad, símbolos que única-

mente en su contexto adquieren verdadero significado. ¿Realidad imaginada?, ¿falta de interés por lo material?, ¿diálogo interior?, ¿escapismo?

Conductas que se han ido forjando siglo a siglo, emigración tras emigración. Sincretismo religioso que se encuentra en el alma del sentir habanero.

Pepe Navarro se acerca con profundo respeto a estas costumbres, intentando hacer comprensible al espectador la gran complejidad y carga emotiva que subyace en cada celebración.

La instantánea del día de San Lázaro en la que un anciano va arrastrando una enorme piedra que lleva encadenada es una buena muestra de lo citado. Vestido únicamente con un pantalón y una gorra, bajo un sol de mediodía, lleva su carga casi con naturalidad, sin que el esfuerzo le incomode. Le acompaña en su calvario una caja de cartón que le sirve para recoger las monedas que le van echando, dentro de ésta observamos una figurita de San Lázaro. El conjunto no puede resultar más ilustrativo. La sensación de formar parte del espacio es notable ya que al situarnos a la altura de su mirada, nos comunicamos perfectamente con él, el brazo que aparece en el margen superior izquierdo podría ser el nuestro, casi podemos escuchar el tintineo de las monedas en la caja.

#### EL GRITO

Expresión de lo intangible, ¿cuánto sufrimiento podemos llegar a padecer?, ¿cuánto placer podemos llegar a sentir?

Sonido primigenio que acompaña al hombre mucho antes de llegar a serlo. Manifestación de los sentimientos más insondables del ser humano que se transforman en las fotografías del autor en la exaltación de los valores artísticos y deportivos del pueblo cubano.

El boxeo, la danza, la escultura, la música, el teatro, el atletismo, las peleas de gallos, las luchas de perros... nos muestran con cierto dramatismo el afán de expresión de unas gentes que mantienen muy vivos sus valores pese a la escasez de medios materiales con la que se han acostumbrado a convivir.

La luz artificial, los negros profundos, los desenfocados, el «grano» de algunas fotografías, consiguen crear ambientes cargados de electricidad, de tensión, de violencia salvaje como la que observamos en la serie de imágenes obtenida en las peleas de perros... O esos rostros de los transformistas que mientras se acicalan se muestran sonrientes, desbordantes de alegría al encontrarse a sí mismos, tal como son y no como aparentan ser y que al salir a escena se pueblan de gestos de dolor, miedo, amargura...

Es sin duda en la serie sobre los niños boxeando donde el fotógrafo se ha esforzado por captar la plasticidad de los cuerpos, de los movimientos, de los ambientes, que dotan a las imágenes de una fisicidad muy difícil de capturar. Podría parecer que las páginas destilan olor a sudor, a madera barnizada, a humedad. Podemos oír el choque entre los guantes, el crujir de las cuerdas, el zumbido de los puñetazos en el aire...

Me pregunto por qué esa fotografía titulada: «amor» forma parte de este conjunto dedicado al grito, ya que en ella el autor nos introduce en la intimidad de una habitación donde una pareja se abraza sobre una cama. Imagen sobria, respetuosa, nos da la impresión de que es el propio Pepe Navarro el que ha activado el autodisparador para mostrarnos sus más profundos sentimientos. ¿Querría reflejar el grito silencioso de la pasión amorosa? Los amantes son observados por dos rostros de mujer de un cuadro que se encuentra encima de ellos, a la vez que por nosotros mismos. La pareja parece no inmutarse, libres de todo prejuicio se aman sin tapujos, a plena luz del día. ¿Será el grito callado del acercamiento, del encuentro?

#### LA DESPEDIDA

Ciudad sensual, femenina, enigmática, inabarcable... Nos quedamos con las ganas de saber más de ti, pero tú sabes que el deseo satisfecho deja de ser deseo, sabes que habrá más ocasiones de mostrarnos algo nuevo..., despacio..., dándole tiempo al tiempo.

Tu mirada nos subyuga, nos atrapa, siempre estará con nosotros. No hay despedida posible. ■

## De las formas del eco

WALDO PÉREZ CINO

Mayra Montero  
*Como un mensajero tuyo*  
 Tusquets editores  
 Barcelona, 1998, 262 pp.

NO HAY RASTRO DE AUTOR AGAZAPADO O detrás, ni visible, en las páginas de la última novela de Mayra Montero; un inteligente montaje de ecos desplaza cualquier atisbo autorial y sobre su andamiaje —relato del relato, *nota notae*— recorren, como una voz que se presta o repite, los espacios del texto.

Hay, eso sí, un motivo que vertebra las voces y los ecos, y que a primera vista pareciera sólo motivo narrativo: la estadía de Caruso, en La Habana primero, en los varios hitos de un aventurado periplo después, y que es también o sobre todo una historia de amor, además de viaje iniciático y de turbio danzón con la muerte. De hecho, la novela permitiría una lectura apegada exclusivamente a lo diegético, que se dejara llevar por la peripecia y cuya mayor agudeza consista en seguir o reconstruir —contrastando las varias versiones y voces y sus propias secuelas, etc.— qué fue de Caruso y de una mulata china, de nombre Enriqueta Chang, en la Cuba de los años veinte. Sin ir más allá, habría que añadir: bastaría el hilo de una historia fascinante y que, cuando el libro termina, sentimos abandonar.

La estrategia textual, incluso, puede promover esa lectura; toda una serie de anticipaciones y suspensiones del relato, de marcas iterativas y remisiones atrás o adelante (sostenidas a su vez sobre el constante cambio de la voz narrativa) garantizan que la historia se lea con apremio y desplace a un segundo plano otras expectativas —expectativas retóricas e ideológicas, en sentido amplio—. Pues una de las muchas cosas que sabe hacer bien el estilo (la escritura) de *Como un mensajero tuyo* es ocultarse a sí mismo.

Con, sin embargo, una salvedad de cuidado: no se trata de la ansiedad referencial que precisa encubrir las maneras en que se realiza el relato, los modos de referir los hechos que componen la trama para dejarle a esos eventos narrados toda la atención o el escenario completo; se trata, en cierto sentido, de todo lo contrario.

Sobre todo porque, a diferencia de enfoques narrativos que pretenden la transparencia, esto es, un lenguaje a través del cual —como de un cristal— recibamos los hechos narrados, la escritura de Mayra Montero es opaca y, por momentos, especular, en un sentido aquí restringido a la no transparencia o la reflexión de la luz —como un espejo, se dijo—: los hechos rebotan de una voz a otra, se oscurecen sobre superficies tan poco traslúcidas como las que resultan de superponer varias capas de voz y de participación en la historia.

De hecho, y ya desde los orígenes de la novela, hallamos una oposición similar entre —al menos— dos modelos narrativos, y en consecuencia, dos modelos de lectura. Una de las más antiguas menciones de la novela (tal vez la primera) que conozcamos atañe al primero de ellos, de manera casi policíaca: en una carta que en el año 363 d.C. el emperador Juliano escribe a Teodoro, sacerdote del Asia Menor, y que trata sobre la conveniencia de ciertas lecturas para el clero, se lee: «Nos parecería bien que leyeran relatos históricos de los que están compuestos sobre hechos reales. Pero hay que prohibir todas las ficciones difundidas por los de antaño en forma de relato histórico, argumentos amorosos y, en una palabra, todos los demás por el estilo».

Juliano, en tanto lector, ha privilegiado sin duda el plano diegético —lo que se cuenta— sobre la manera en que se cuenta —el plano retórico—. Para él, el lenguaje es un medio y está irremediamente anclado a los hechos que narra: un cristal transparente, a través del cual percibimos una porción de la realidad que nos es referida.

El realismo de andar por casa que abunda (aparte de varios Julianos que ha padecido, pero ése es otro tema) en la narrativa cubana se sostiene, *mutatis mutandi*, sobre ese mismo

principio, sobre la misma concepción del lenguaje y de la lectura: una estrategia textual (o interpretativa, como en este caso) centrada en los elementos referenciales y cuya manera de construirlos importa sólo en la medida que los haga más eficazmente visibles.

Podemos, sí, leer la novela de Mayra Montero sólo como el relato de las vicisitudes de Caruso en Cuba, pero me inclino a creer que esa lectura (sólo esa lectura) nos escamotea lo más interesante de su texto, ese andamiaje de voces distintas y de superficies opacas sobre el que se sostiene la historia.

En cambio, bien distinto del anterior resulta un segundo modelo narrativo (o interpretativo), que nos revela otro documento de la misma época, un tratado de retórica — las *Progymnasmata*, de Hermógenes—, escrito unos cincuenta años después de la carta de Juliano. En él, volvemos a encontrar la mención de la novela (todavía indefinida como género), pero el punto de vista es otro: su autor recomienda a los que estudian la retórica, y particularmente el género epidíctico, que se ejerciten en la *diégesis* o *narratio*, y en la *ékfrasis* o *descriptio*, tomando como modelos los textos de las novelas griegas. No hay que perder de vista que las *Progymnasmata* (uno de tantos manuales de retórica) están orientadas hacia la elaboración preceptiva de las técnicas de composición y de estilo. Aun más, la definición de la *narratio* que propone Hermógenes como propia del género epidíctico concuerda del todo con una protodefinición del género novela: «Aquel género de narración que se basa en las personas, debe tener (...) ánimos disímiles, variedad de hechos, cambio de fortuna, inesperadas calamidades, súbita felicidad, final feliz».<sup>1</sup>

A diferencia de la prohibición de Juliano, basada en lo referencial y la ancilaridad de la forma, la preceptiva oratoria de Hermógenes supone un modelo narrativo (o in-

terpretativo) en el que la trama es una construcción retórica (hoy diríamos: producto de un conjunto de estrategias textuales), y donde lo narrado cuenta tanto —ni más ni menos— como la eficacia o ineficacia de los elementos textuales que lo generan.

Ya no se trata de un lenguaje transparente, hecho para dejar translucir lo que refiere, sino de un cuerpo opaco y autónomo *en el que están* (no *a través del cual* se revelan) los contenidos de la diégesis. Es el principio narrativo y la concepción del lenguaje que sostiene novelas como *Paradiso* o *De dónde son los cantantes* o *Los pasos perdidos* o *El mundo alucinante* o, en general, «todo intento más o menos serio de novelar desde el Caribe»;<sup>2</sup> eso sí, con la diferencia natural —que no implica un juicio valorativo, y que atañe a la *realización* del modelo, no a su misma entidad— entre una escritura que se muestra como terreno o materia de la superficie textual (Lezama, Carpentier, Sarduy, Arenas, o si nos remontamos a los orígenes de la novela, Longo) y otra que, desde el fondo del texto, lo organiza ocultándose (el caso de la novela que nos ocupa, y de por ejemplo, la *Etiópica* de Heliodoro).

He insistido tanto en este deslinde básicamente por dos razones: en primer lugar, dejar claro que, si bien el texto de Mayra Montero soporta muchas lecturas, las más ricas se sitúan más allá del solo apego a la trama —aunque sin perder de vista, claro, la fascinante historia de Caruso y Enriqueta y los cabildos negros y la muerte ya escrita de Caruso y su conjuro imposible—; en segundo término, porque me permitía responderme una pregunta que se fue esbozando ya desde un primer acercamiento a (o deslumbramiento por) la novela: si tratásemos de asociarla con un paradigma narrativo determinado, ¿cuál nos valdría? ¿La novela histórica? ¿La novela de aventuras? ¿*Bildungsroman*? Sin duda, cuando a la hora de explicar algu-

<sup>1</sup> La traducción es mía, sobre la versión latina que aparece en Lausberg, *Manual de retórica literaria*, 1960, Gredos, ep. 291: «Illud genus narrationis quod in personis positum est, debet habere (...) animorum dissimilitudinem (...), rerum varietates, fortunae conmutationem, insperatum incommodum, subitam laetitiam, iucundum exitum rerum».

<sup>2</sup> La valoración es de Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*, Ed. Casiopea, p. 223, que menciona también otros títulos (límito aquí la enumeración a las novelas cubanas), y está referida a la búsqueda de la identidad en la literatura caribeña.

nas características del texto decidí apoyarme sobre el contraste de dos concepciones distintas del lenguaje narrativo, y señalar para ello su presencia ya desde el período helenístico, tenía en mente un vínculo o un parecido cuya formulación podrá resultar desconcertante: esto es, la novela griega antigua, con su doble lectura (y su público doble) de relato maravilloso y de construcción / recreación retórica de tópicos (mujeres griegas de Alejandría que suspiraban por la suerte de los protagonistas, y gramáticos o bibliotecarios que lo hacían por tal o más cuál figura retórica, o la brillante superposición de narradores, o el esquema espacio-temporal); más allá de esa dicotomía común, hay también un repertorio similar de motivos y de soluciones para su desarrollo. El paradigma de la novela griega generalmente se basaba en a) una pareja cuya unión está desde un inicio anticipada o predestinada; b) una serie de peripecias recorridas por esa pareja, casi siempre con elementos violentos y de contenido místico, y que suele asumir la forma de un viaje; c) que son referidas por varios narradores, y desde distintos puntos de vista, por regla general en primera persona; d) que se desarrollan en un ambiente cultural heterogéneo, amalgama de culturas distintas; e) y que suelen desembocar en una revelación mística, asociada casi siempre a deidades locales, con la feliz reunión de la pareja.

Si exceptuamos *la feliz reunión de la pareja*, no resulta difícil encontrar todos estos elementos, abocados muchas veces al paroxismo o la ironía o la parodia, en el texto de Mayra Montero; un texto cuya aparente naturalidad narrativa —como hemos sostenido hasta ahora— no tiene nada de ingenua, sino todo lo contrario. Lo cual, por supuesto, no quiere decir que *Como un mensajero tuyo* tome como referente intertextual la antigua novela griega, ni su canon; sería tan improbable como pretender otra relación cualquiera basada en el eje texto-autoría (de corte psicoanalítica, deconstructivista, siempre *sous rature*) que avalese esa presunta concomitancia intertextual.

Más bien, entiendo que las similitudes vienen dadas por la asunción de un mismo paradigma narrativo (que en este caso se realiza

de una manera muy parecida, lo cual no tendría necesariamente que ser así) ante una situación cultural con muchos puntos de contacto: por un lado, el área del Caribe y del mundo alejandrino constituyen, cada una en su momento, orbes caracterizados por la diversidad (y la amalgama) étnica, lingüística, religiosa, social; curiosamente, en los dos casos esa diversidad comporta una identidad (múltiple, dispersa, ambigua, siempre en fuga, pero identidad al fin y al cabo) que los define con nitidez bastante como para ubicarlos en la Geografía y en la Historia;<sup>3</sup> por otra parte, tanto el período helenístico como la postmodernidad comportan rasgos comunes, que varios autores han hecho notar, y cuyas invariantes —a grandes rasgos— involucran la consciencia de un cambio de época, la ruptura (o tal vez mejor, la desvinculación) con un canon ideológico *fuerte*, expresado en forma de deber ser, y la desjerarquización consecuyente entre lo alto y lo bajo, la descentralización si no del poder lo menos de sus discursos, y el desplazamiento del sentido hacia lo fragmentario, lo plurívoco, la escenificación de sí mismo. En cuanto a la representación, ésta no se da ya en igualdad con el discurso, ni como expresión de un referente oscurecido por el discurso, sino como legitimación de posibilidad —casi siempre, de una manera u otra, en tanto código performativo.<sup>4</sup> De lo que se sigue la ruptura más o menos defi-

<sup>3</sup> Quede dicho así, rápido y mal, por razones de espacio. Benítez Rojo, op. cit., estudia el orbe caribeño a profundidad; su texto maneja la noción de Pueblos del Mar, para describir determinadas constantes culturales, en un sentido muy próximo al que usamos aquí. Sobre el mundo helenístico, y en particular la novela griega, cfr. Hägg, Tomas: 1980: *The novel in antiquity*. Billing and Sons LTD., Great Britain, 1983; Morgan, J.R., & Stoneman, R.: 1994: *Greek fiction. The Greek novel in context*. Routledge, London, New York; Reardon, B. P.: 1991: *The form of Greek Romance*. Princeton UP, New Jersey; Tatum, James et al.: 1994: *The search for the ancient novel*. The John Hopkins Press, USA.

<sup>4</sup> Performativos, en un sentido similar al de Austin cuando habla de 'verbos performativos': como 'prometer' o 'bautizar', los cuales, en la primera persona del presente indicativo no describen, sino constituyen en sí mismos la ejecución de la acción.

nítiva con la mimesis, o con el concepto tradicional de mimesis, cuyo lugar lo ocupan relaciones, a varios niveles, de diferencia y referencialidad entre códigos.

Puede que esos paralelos —áreas culturales similares, epistemes culturales parecidas— expliquen o lo menos ilustren la cercanía entre la novela de Mayra Montero y la antigua novela griega; puede que no, y lo dicho hasta ahora no sea más que *misreading*, lateralidad, escolio bizantino. Sea como fuere, leída con anclaje en la historia o a la deriva del cómo, *Como un mensajero tuyo* es uno de esos libros que confirman al texto como una máquina de placer, y a la lectura como un goce entrañable, carnaval del sentido. ■

---

## Las dos hambres de Daína Chaviano

MADELINE CÁMARA

Daína Chaviano  
*El hombre, la hembra y el hambre*  
Editorial Planeta  
Barcelona, 1998.

CREO QUE SE DEBE A MAUPASSANT UNA frase que me gusta citar: «El talento es una larga paciencia». Sin desconocer la necesaria cuota de innata pasión y sensibilidad, que marca al creador, la observación del escritor francés me parece pertinente para hablar del género literario de la novela. Ya que éste, más que ningún otro, revela que la literatura es ante todo artificio, fruto de un trabajo especializado y no puede prescindir de los instrumentos racionales de la reflexión, el análisis y la investigación, pero ¿era esta introducción necesaria para presentarles la última novela de Daína Chaviano: *El hombre, la hembra y el hambre*? Pienso que sí, en la medida que el premio Azorín, 1998, que recayó sobre la obra, y su exitosa publicación por la editorial Planeta, son el

justo reconocimiento a la trayectoria de sostenida paciencia con que ha moldeado esta escritora su talento creativo.

Para conocerla, permítaseme ahora una breve evocación de los años en que la autora y quien escribe estas líneas vivíamos en Cuba y formábamos parte de la generación literaria de los 80. A pesar de condiciones sociales que no tengo espacio para comentar y son de todos conocidas, en la ciudad de las columnas que la autora bien nos pinta en su novela, se escribía y se amaba hasta el delirio la literatura. Junto a Chely Lima, Alberto Serret y Antonio Orlando Rodríguez, Daína era parte de un grupo de fieles cultores de la literatura fantástica, por ponerle una etiqueta rápida. Como editora de Letras Cubanas, tuve el placer de publicarlos; como amiga, de conocer sus inéditos y de compartir proyectos, conversaciones. Esto fue creando una reciprocidad crítica que nos ha mantenido unidos en la obligada diáspora en que vivimos, practicando el rito caníbal de devorar los últimos textos, y la última noticia del que acaba de llegar de la Isla. Así, textos y más textos me llegan de Ecuador, Costa Rica, Chile, México, España y París, que hoy guarda los restos de Manolo Granados, mi ángel negro de la Jiribilla, novelista cubano que fue a morir como Vallejo a la ciudad más hermosa del mundo.

Por estos privilegios y gracias al infalible correo de este país, tuve en mis manos el texto que hoy reseño y vi su crecimiento fecundo, el amor y la disciplina con que Daína se aplicó a gestarlo, a volcar en él todo su crecimiento como narradora y como persona durante estos años de exilio. Anterior a esta novela, la autora había explorado los géneros de la ciencia ficción y lo fantástico a través de una narrativa en la que se destacan el uso de lo parasicológico, de elementos intertextuales tomados de leyendas y la presencia de un fuerte acento erótico feminista. Marcada por una búsqueda de humanismo, humor y sexo, bajo la añoranza de mundos más amables, su obra se movía, predominantemente, en espacios imaginarios. Por eso la novela que nos ocupa es un *tour de force* donde se obliga a sí misma a encontrar el tono realista que narre la decadente Habana de *fin du siècle*.

Chaviano resuelve el reto en un argumento ameno y bien narrado, con algunas excelentes descripciones de la ciudad que acoge la acción y atractivos personajes. Claudia/La Mora es una joven estudiante universitaria que, luego de ser expulsada de su trabajo por razones ideológicas, deviene «jinetera» para satisfacer las necesidades materiales de la crianza de su hijo. Dotada con un complejo mundo espiritual que rechaza este modo de vida, y el contexto social que la empuja a ello, Claudia lucha a su manera contra el entorno social. Así también sus amantes, amén de los extranjeros de turno, Rubén y Gilberto, profesionales ahora dedicados al mercado negro, son personajes marginales del sistema político que practican la forma de resistencia más extendida: la doble vida, ese desdoblarse en la persona pública que tiene que asentir o callar y la persona privada que se indigna y se rebela. Los tres, con sus mundos fragmentados, conforman un triángulo amoroso cuyas peripecias conducen el hilo dramático del argumento.

Otras líneas confluyen para enriquecerlo. Éstas provienen del mundo fantástico al que Daína no renuncia pero que ahora encauza hacia el rescate de las tradiciones culturales cubanas. Del tiempo colonial nos trae a la esclava Muba, consejera espiritual de Claudia, a quien la negra arrastra hacia hermosas visiones de La Habana de quitrines y cabildos en comparsa, que nos permiten constatar el origen secular del erotismo cubano, la magia del sonido de un tambor, la persistencia del ritmo en los cuerpos, latido irrenunciable. No tan felices, son las apariciones del Indio, y del mulato Onolorio, entes espirituales pues sólo aportan, a mi entender, la posibilidad de conocer mejor el mundo espiritual y las contradicciones de Claudia y carecen del contexto cultural que sí se logra a través de Muba. Gracias a ella, en documentado entrecruzamiento de planos espacio-temporales, el lector viajará al siglo pasado y conocerá una Habana a la que la autora rinde logrado homenaje y se presenta como una pujante llamada al valor moral de la memoria y el culto a nuestro pasado.

Pero más que una novela de amor, un testimonio de época, o un relato con momentos

fantásticos, esta obra, como otras recién publicadas de Zoé Valdés y Eliseo Alberto, es la narrativa de una generación desilusionada, el relato de sus sueños rotos y de su cólera. De ahí la obsesión por contar todo, salvar a través de la memoria hasta el más mínimo detalle de su mundo traicionado, pasión con la que me identifico pero a la vez me obliga a recordar, frente a la urgencia con que esta tendencia se impone, la importancia de las reglas estéticas que nos enseñaron como nadie los rusos, de Gogol a Bulgakov: «lo real» trasciende la realidad.

A pesar de que la novela cuenta con otras líneas de interés que se apartan del dictado de la cotidianeidad y nos conducen a los mundos parasicológicos amados por la escritora de ciencia-ficción, el reto que aún no resuelve *El hombre, la hembra y el hambre* es la ficcionalización de los conflictos ideológicos de actualidad que aborda. Una estrategia peligrosa que la apartaba del chato realismo pero que no estuvo bien lograda es la inclusión de viñetas reflexivas en la voz autoral. Si bien esto le permite desplegar ideas y situaciones que es importante traer a la literatura, es decir a la sensibilidad y conocimiento del lector sobre la Cuba de los 90, hubiera sido más pertinente atenerse a lo que las situaciones dramáticas y los personajes podían mostrar. Sin dudas, cuenta Chaviano con la imaginación suficiente para crear el entramado de hechos y voces que necesita un asunto para ser tema literario, y ello le ayudará, en futuros intentos, a evitar la trampa de la inmediatez y de su propio involucramiento como parte de una historia que es la de su generación.

Dentro del conjunto de lo publicado por la autora, la escritura de la presente obra se me presenta como un excelente rito de iniciación hacia la libertad de crear sin censura, de reflexionar sobre su país y su época con toda la responsabilidad que atañe al intelectual, al pasar ese umbral Daína inicia una nueva etapa en su carrera, la salud y felicitó. Como saldo, *El hombre, la hembra y el hambre* logra comunicar la metáfora de su título. Con Onelio Jorge Cardoso, se nos recuerda que todos tenemos dos hambres y una sola vida para saciarlas, Aunque en la Cuba de los 90 «no hay respuesta porque ni siquiera hay ca-

minos» es importante que la literatura y el arte nos brinden el tan necesario «pan de la imaginación» y la lucidez para entender quiénes somos y hacia dónde podemos ir. ■

## Instantáneas de Néstor en Miami (unas notas del viaje)

ANTONIO JOSÉ PONTE

Néstor Díaz de Villegas  
*Vicio de Miami*  
Schwarz  
Miami, 1997, 74 pp.

*Anarquía en Disneylandia*  
Col. Mañunga, Editions Deleatur  
Angers (Francia), 1997, 16 pp.

COMO UN REINALDO ARENAS, ME DIJERON antes de conocerlo. Pero mejor poeta que Arenas y nada novelista, agregaron. Es tan raro encontrar un buen sonetista, extrañoísimo venir a encontrárselo en Miami: Néstor Díaz de Villegas.

El soneto es una forma teológica. Se hace preciso alzar, con cada uno, un dios a quien ofrendarlo. Un dios, un concepto. El genio del lugar, menciona Ramón Alejandro en una conversación entre escritores. Hablamos de La Habana y Ramón dice: el genio del lugar, lo que la tierra empuja en aquéllos que la habitan. Y ¿con qué puede ayudar a sus escritores, en Miami, el genio del lugar?

Que esta ciudad, la maldición y la alegría de vivir en ella, pueda ser expresada en sonetos, resulta sorprendente. Aunque tal vez sea necesario lo estricto de una forma para expresar un caos, necesarias unas reglas para poder meter dentro de ellas la confusión, lo contradictorio: la maldición y la alegría.

Quien hizo estos sonetos parece haber cruzado el sexo comprado, la droga..., y se habrá inmiscuido. Dejar que la novelaría del

lector imagine sus antros personales. Una demonología literaria cubana tiene que contar a Néstor Díaz de Villegas entre los suyos (Capítulo de endemoniados geométricos, con capacidad para pensar el soneto).

Como no tuvo casa posible, vagabundea por las calles y adonde siempre volvía era al deseo. Escribía en la calle, de memoria, para no levantar sospechas (Peor que los rateros, el poeta). De memoria, es decir, en metro y rima.

Una cuadra puede, perfectamente, tener la misma extensión de un verso, ser endecasílabo. En las esquinas ocurren las cesuras del poema. Las ciudades van escritas en verso. De todos los caminos que se abren en este par de libros, tomo la novela del vagabundo en la ciudad. Otros esperan: una serie de sonetos describe frescos de Andrea Mantegna (Julián del Casal construyó su galería de sonetos, un museo ideal, con cuadros de Moreau), suertes de poéticas de otros.

Y, más raro aún que el soneto excelente, el poema que alíe para bien poesía y política. Terrible pareja. «Carta al Padre», una de las secciones de *Vicio de Miami*, pasa la prueba maravillosamente. Son poemas civiles, se juntan en ellos poesía y dolor, libertad y tristeza. La tierra de Disney sin visitantes o visitas a bajos fondos de Miami, sirven a Néstor Díaz de Villegas para testimoniar el embrollo cubano. La política mueve a un Estado de juguetes: *Anarquía en Disneylandia* (Ramón Alejandro pone en una de las ilustraciones del libro a un demonio de sexo doble, dinamita en mano. Ramón es el preciso Doré para este Milton).

Como antes Casal y luego Sarduy, Néstor Díaz de Villegas trae una modernidad, nuevas confusiones al soneto escrito en Cuba, Miami o La Habana. La modernidad suya es la del arroz con mango floridano (Escribí estas notas en espera de que la aduana habanera requisara mis libros. Para no perderlos, copio algunos poemas en el mismo cuaderno. Ahora que agrupo notas con la misma intención de quien mira fotografías de lugares visitados, está bien que agregue algún poema a mi reseña. Quizás el único sentido que tenga reseñar libros de poemas sea adelantar algunos de sus versos). Es Crack:

*La madrugada en Flagler me dio un hijo  
tosco y oscuro; lo llevé en el carro:  
fuego a la lata, el fondo de jarro  
soltamos descifrando un acertijo.*

*Ángel caído, casi me destarro,  
en mi descenso entré en un escondrijo.  
«Prueba, a ver si te gusta», allí me dijo.  
Vivir por ver si suelto lo que agarro.*

*Sísifo en manicomio lapidario  
dándole vueltas a la misma piedra,  
padrenuestros de un ínfimo rosario.*

*Cocaína en factura tetraedra  
vuelta en un humo consuetudinario  
que se agarra al pulmón como la hiedra.*

En el Downtown, a la salida de una exposición de retratos de personajes cubanos de todos los exilios, Néstor Díaz de Villegas, tan personaje como cualquiera de los fotografiados, se aparta. Va a pasear a solas por las calles que, dentro de poco, al caer la tarde, serán peligrosas. Él las conoce bien, son calles suyas. Está parado en una esquina, un blanco de la página de la ciudad, hasta que cambia la luz del semáforo.

«Es el llamado de la selva», me explica a propósito de algo.

Los aduaneros de La Habana dejaron pasar todos mis libros. En Miami tuve la sorpresa de Néstor Díaz de Villegas, la sorpresa espera al lector en estos libros. ■

---

## La oscura memoria

NATALIA BILLOTTI

---

Yanitzia Canetti  
*Al otro lado*  
Seix Barral  
Barcelona, 1997, 254 pp.

---

*El hombre es el animal que gatea  
por la mañana, cuando es pequeño,  
camina por la tarde cuando es joven*

*y anda en bastón, su tercera pierna,  
por la noche, cuando es anciano.*

EL MITO QUE SUBYACE EN EL ENIGMA PRO-  
puesto por la Esfinge a Edipo se renue-  
va notablemente en este libro cuyo discurso,  
si bien por momentos atrapado por algún  
que otro raptó maniqueo, se sostiene sobre  
pilares más firmes: una evocación narrativa  
que juega el papel de aglutinante entre sus  
muchas figuras y tiempos.

El problema del conocimiento, en una  
escala íntima y femenina, discurre por las  
páginas de *Al otro lado* a través de una serie  
de confesiones —las de una vida entera—  
que realiza una protagonista múltiple y va-  
riable a un cura también múltiple y variable.  
Este juego permite a su vez que las coordena-  
das espacio-temporales se vean duplicadas:  
las del presente —es decir, las de la mucha-  
cha en la iglesia— y las de ese pasado laberín-  
tico y tortuoso que recorre nuestra protago-  
nista de forma bastante lineal y ordenada.

Ya desde un primer momento, se nos ha-  
ce explícita la voluntad cognoscitiva de esta  
mujer: su dualidad y la voluntad de encon-  
trarse a sí misma —eje temático que da uni-  
dad a la novela— se ven secundadas por la  
certeza de que «enunciar» supone apropiar-  
se discursivamente del pasado para poder, a  
su vez, deshacerse de él. De este modo, la  
nominación del mundo no es una descrip-  
ción ni un análisis de su pasado sino simple-  
mente una construcción literal. «Quiero oír-  
me decir lo que soy o creo que soy para  
saber quién vive al otro lado de mí (...) Tal  
vez, si yo me pusiera fuera de mí misma a  
través de la palabra me libraría de ese otro  
ser o no-ser desconocido.» (pág. 14). Por  
otro lado, la voluntad de conocerse a sí mis-  
ma repercute o implica necesariamente en-  
tender o asumir el mundo circundante,  
aquella vida que nos rodea y que muchas ve-  
ces resulta impenetrable.

Nuestra heroína asumirá a lo largo del  
relato toda una serie de personalidades sim-  
bolizadas en figuras mitológicas (Juana de  
Arco, Yocasta, Helena). Pero la voz de los  
«otros» tomará una mayor importancia en  
la definición fundamental de su «yo» y en la

estructura literaria de la narración. Dicha estructura colocará en un primer plano a más de un personaje-protagonista (también con referentes simbólicos como Calígula, el Cid Campeador, Alejandro Magno, o figuras arquetípicas como el Padre, la Madre o la Abuela, entre muchas otras). Su estrategia autobiográfica consistirá en que el «yo» enunciante surja, precisamente, a partir de su nexos e implicación con estos personajes, negando toda posible universalidad de valores absolutos y la de un «sujeto» autónomo. A su vez, hay en todo el texto una clara reflexión sobre la definición de lo que pudiera llamarse identidades colectivas e individuales; reflexión plagada de ambivalencias y ambigüedades que se apoya en un cúmulo de historias cuyo único hilo conductor es el desarrollo biográfico de la protagonista y que se organiza a partir de un entramado repetitivo, acumulativo, cíclico y lleno de «otros», externos e internos.

Finalmente, el último capítulo —«El perdón»— nos deja en un presente que es el resultado directo de todo tiempo pasado y en el que persiste una necesidad comunicativa y legitimadora que se ve revertida —casi que a modo de parodia— en un técnico de teléfonos que reencarna al cura de los capítulos anteriores. De esta manera, pasado y presente (el recuerdo y su enunciación) se funden en un conjunto indivisible que borra los límites temporales y espaciales. Las dudas planteadas desde el comienzo del relato, la necesidad de indagar en el pasado para a partir de él, analizar lo que somos ahora, se vuelcan en toda una serie de cuestionamientos existenciales sobre qué somos y para qué vivimos. Éstos, aunque han estado patentes a lo largo de toda la novela, se plantearán al final —ante la incapacidad de poder resolverlos— de una manera totalmente explícita.

Nuestra Edipo prefiere no responder al enigma de la Esfinge para no caer en el abismo del conocimiento —o, quizás, simplemente no sabe. Prefiere mantenerse en la pregunta y en el acertijo constante. «Mi vida es un signo de interrogación. Somos todos unos signos grandes de interrogación que vamos, pregunta a pregunta, por el pla-

neta.» (pág. 250). La novela termina con un discurso semejante a un susurro. Una vez liberado el lenguaje, éste debe ir en busca de su propia voz. ■

---

## Cantos de ida y vuelta y el filin sin fin de Portillo de la Luz

TONY ÉVORA

---

María Teresa Linares y Faustino Núñez  
*La música entre Cuba y España*  
Fundación Autor  
Madrid, 1998, 334 pp.

---

Radamés Giro  
*El filin. César Portillo de la Luz*  
Fundación Autor  
Madrid, 1998, 176 pp.

LA PRIMAVERA DEL 98 TRAJÓ MUCHA MÚSICA cubana y también varios libros sobre temas musicales. Estos dos, publicados por la filial de la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE) contribuirán a satisfacer la necesidad de información. En otras palabras, música para los oídos y lectura para apreciarla mejor. Bien presentados e ilustrados, forman parte del programa cultural CUBA'98, organizado por la SGAE para conmemorar el primer centenario de la independencia de la isla.

Una hermosa idea originó la colaboración entre una veterana profesora cubana y un joven compositor gallego: los cantos de ida y vuelta. Observar las interinfluencias históricas, que aún hoy perviven, entre ambos países bajo el prisma del ir y venir («¡Qué de barcos, qué de barcos! ¡Qué de negros, qué de negros!» como recordaría el mulato Guillén), de las aristas más significativas de la presencia hispánica en la música cubana. Y tratar de considerar, bajo la fructí-

fera y larga gestación entre los diferentes grupos multiétnicos hispánicos y africanos, lo que tiene de cubano la música española.

Una idea que chocó con deslindes curiosos. ¿Cómo decidir lo que correspondería exactamente a cada una de las dos partes en que se divide el libro? Quizá inadvertidamente, hubo algo de arbitrario en la selección de temas y géneros. Porque hay diversas opiniones entre musicólogos e historiadores sobre dónde surgió lo que surgió, y cómo se desarrolló. Y así como Núñez tuvo que encargarse de todo lo que tuvo que ver con «la vuelta», por ejemplo, la omnipresencia de la habanera, cabría preguntarse cómo se le ocurrió meterse a bailar la rumba (columbia, yambú, guaguancó), tema del que sabe bastante poco y lo que sabe lo ha descubierto en estos últimos años de oquedad rumbera en Cuba, para después parearla con la llamada rumba flamenca. Y esto lo digo con sumo respeto, por supuesto. Como era obvio, Linares cobijó la música campesina, el danzón, el bolero y la guaracha, cubriendo

hasta la ricura del son. Estimo que es ella quien debió haberse hecho cargo de la rumba y Núñez de los ecos de ésta en España. ¡Que no es el nombre de rumba lo que las parea sino el hombre militar, las interpretaciones de la marinería hambrienta y los ciegos, esos copleros ambulantes que cantaban los pliegos de cordel por casi toda la península, y que eran ciegos pero no sordos!

Este despiste aparte, lo cierto es que ambos autores acometieron su trabajo con conocimiento y corazón, «tratando de desenrañar este proceso y cómo se muestran y demuestran las influencias recíprocas en la música y en los variados repertorios creados en uno y otro país, hasta el punto de señalar que están unidos por vínculos musicales inseparables que pertenecen para siempre a los dos flancos en cuestión», asegura en su prólogo Victoria Eli, la musicóloga ahora residente en Madrid.

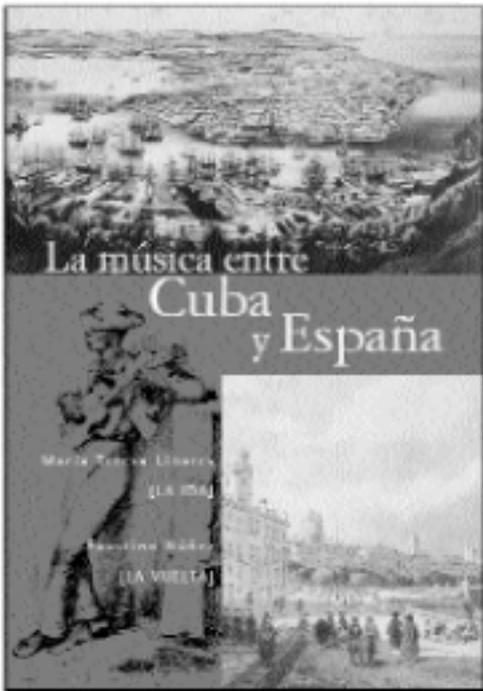
Hace pocos meses que María Teresa Linares (La Habana, 1920) se retiró como directora del Museo Nacional de la Música.

**ACÉRCATE A LA OBRA  
DE NUESTROS CREADORES**



fundación autor

Información y pedidos:  
**FUNDACIÓN AUTOR**  
c/ Bárbara de Braganza, 7 • 28004 Madrid  
Teléfono: 91-503 68 00  
Fax: 91-503 68 19  
E-Mail: [amifon@rsgae.es](mailto:amifon@rsgae.es)



La música entre  
Cuba  
y España

María Teresa Linares  
(LA HABANA)  
Victoria Eli  
(LA VUELTA)

Fue investigadora del Instituto de Etnología y Folklore de la Academia de Ciencias y luego pasó a laborar en la Empresa de Grabaciones y Ediciones Musicales (EGREM). Es la autora de *Ensayo sobre la influencia española en la música cubana* y de *La música y el pueblo*, entre otros títulos. Trabajó largos años junto a su esposo, el fallecido compositor y profesor Argeliers León. Por su parte, Faustino Núñez (Vigo, 1961) obtuvo la licenciatura en musicología en la Universidad de Viena en 1989. Desde hace años ha centrado sus investigaciones en la influencia del Nuevo Mundo en la música europea y la española en particular, viajando a Cuba y otros países americanos en varias ocasiones. Además de haber realizado trabajos de producciones discográficas, es autor de numerosas obras didácticas sobre la música clásica y el flamenco. Últimamente ha trabajado con el coreógrafo Antonio Gades, realizando la selección musical y los arreglos de *Fuenteovejuna*.

En resumen: un periplo razonado por la historia de los vínculos musicales entre am-

bos países, unidos por un cordón umbilical que desde los primeros años de la colonización sirvió para transmitir todo lo que, culturalmente hablando, se venía gestando a ambas orillas del Atlántico.

Y hablando de orillas paso a reseñar otro libro hermoso, en formato A4, que recoge análisis y reflexiones de un creador muy original de la cancionística cubana. Cuantos se acerquen a la vida y trayectoria profesional de Portillo de la Luz a través de estas páginas alcanzarán a comprender cómo ha logrado mantener viva su sensibilidad. «Me gusta la carga poética que tienen las cosas de la vida», asegura el autor de *Contigo en la distancia* y *Realidad y fantasía*, (ambas concebidas en 1946), que siempre ha huido de los caminos trillados y de lo académico. Le interesa más bien el coloquialismo, el modo espontáneo. Pero no se le podría definir como a un autor prolífico. Hombre sin prisas, compone dejando madurar sus ideas, que por algo lleva sangre de tres razas. Nacido en La Habana en 1922, dentro de una fami-

ACERCATE A LA OBRA DE NUESTROS CREADORES

autor

fundación autor

Información y pedidos:  
**FUNDACIÓN AUTOR**  
 c/ Bárbara de Braganza, 7 • 28004 Madrid  
 Teléfono: 91-503 68 00  
 Fax: 91-503 68 19  
 E-Mail: [amilton@fgae.es](mailto:amilton@fgae.es)

el Filin  
**César Portillo de la Luz**

lia de trovadores hogareños, a los 19 años César comenzó a cantar como aficionado, siempre acompañado de las cuerdas. Cuenta en este libro la pasión que sentía por la guitarra cuando era muy joven y cómo un día se encontró con alguien que le preguntó: «¿Sabes lo que es la cuerda tónica? Yo le respondí: Bueno, yo conozco la prima, la segunda, la tercera, la cuarta, la quinta y la sexta, ¿cuál es la tónica? Entonces me dijo: Bueno, mira, la cuerda tónica es donde empieza el acorde, que es el más bajo. Y me dije: a partir de ahora ya sé los sonidos que tengo que buscar para formar un acorde; y empecé a buscar acordes, a buscar acordes...»

A partir de 1946 se presentó en Radio Lavín y en la emisora Mil Diez. Cuando en 1956 entró en el cabaret Sans Souci, contando con el piano de Frank Domínguez y otros músicos acompañantes, ya tenía en su haber un cuerpo de canciones únicas, identificadas como filin (movimiento renovador, con gran influencia del *blues* y el *swing* norteamericano e incluso elementos de la música brasileña).

Sin embargo, se podría afirmar que la creatividad de César Portillo de la Luz comienza

a decrecer a principios de los años 60. Estimo que nunca superó artísticamente las canciones que compuso en los años 40 y 50. Después tuvo que cantarle al «hombre nuevo», a Vietnam, se sintió obligado a componer arengas para continuar una batalla y otras cosas de índole propagandística. Y aburrirse cada noche interpretando *ad nauseam* sus canciones más conocidas, que todo el mundo le pedía, y le sigue pidiendo, repetidamente.

Finalmente, es una pena que el maqueta-dor del libro no haya sabido diferenciar tipográficamente la narración del músico de los comentarios del compilador. Se presta a confusión. También me molesta un obvio problema de legibilidad: las letras de las canciones fueron compuestas en una fuente de escritura, demasiado elaborada y quizá apropiada para anunciar una boda pero no para leer versos compuestos para la segunda mitad de este siglo. Resulta cursi bordeando lo *camp*. La obra incluye las letras de sus principales canciones y ocho partituras transcritas por Alexis Baxter, y termina con un análisis de Silvio Rodríguez sobre las canciones de este maestro del filin y su importante quehacer en la música romántica cubana.



Vigo, 4 de mayo  
1998

Apreciados Jesús y Margarita:

Primero un cálido y fraternal saludo y el deseo sin <sup>ninguna</sup> aclaración innecesaria, de que "Encuentros" continúe su andadura como hasta hoy.

Les adjunto un catálogo de mi última exposición. Si alguna de las piezas reproducidas en él, les sirve para la publicación, pueden usarla sin más.

Si quieren y es conveniente para la revista puedo hacer algunas caligrafías que sirvan como ilustraciones para alguna que otra página, a partir de un texto o previo o no.

Sin más, un abrazo,

L.

# Cartas a *encuentro*

---

✉ Están ustedes haciendo una labor de primera por Cuba. Leyendo *Encuentro* nos damos cuenta de que Cuba no es sólo un país de jineteras y caudillos, sino también, y principalmente, de personas que buscan un sentido y que lo buscan bien, con profundidad y con forma. Una sinfonía de cubanidad de primer rango que no elude la angustia, el testimonio en carne viva o la zumba denunciadora. En un día no se hacen repúblicas, dijo quien sabía lo que decía. A los cubanos nos cuesta mucho la paciencia, de hecho nunca la hemos practicado. Supongo que ahora que nos hemos quedado hasta sin corredores de distancias cortas —¡Oh, Fortún, Figuerola!— no nos va a quedar más remedio —qué bueno—, que aprender el maratón. *Encuentro* está siendo muy útil en ese aprendizaje. Veo que se anuncia un homenaje a Moreno Fraginals. ¡Exacto! Que el marxismo de veras también esté en la revista, que esté la izquierda europea y norteamericana, como estuvo en *Pensamiento Crítico*. Que el encuentro sea verdaderamente amplio. Que el pensamiento postmoderno —débil, lo confiesan— no domine la revista. Que tampoco la abruma la politología. Que no falte la alegría.

RAFAEL ALMANZA (Camagüey)

---

✉ Encuentro en mi buzón *Encuentro* 6/7 gracias a la generosidad de sus editores, o a la de mi amigo Carlos Caso, diseñador callado, al cual se debe el sobrio y elegante diseño de la revista. Agradezco el gesto y también las fotos de Burgos, que como reza el proverbio chino «Una imagen vale más que mil palabras», sobre el malecón habanero, espacio siempre abierto a la candonga, el juego, la libido o el adiós.

UMBERTO PEÑA (Miami)

---

✉ El último número de la revista es excelente. Ya ha adquirido un nivel de óptima calidad y no posee el menor vestigio de subdesarrollo, ni en la presentación, ni en el contenido. Es un «avis rara» tratándose de un producto hispanoamericano. No hay queja, no se le echa la culpa a nadie de los sinsabores que aquejan a la Isla; es más, hay una cierta elegancia compartida por todos los colaboradores, que da una impresión de equilibrio, de complementariedad existente entre ellos. Es un duro esfuerzo, pero es realmente emocionante el resultado.

ELIZABETH BURGOS (París)

---

✉ Los números nuevos de la revista se esperan con verdadera avidez. Como muchos amigos saben que la recibo, comienzan a llamarme cuando se imaginan que ya la tengo. La edad de los lectores oscila entre los 20 y los 70 años (no es un juego). Los jóvenes, en su mayoría, son estudiantes de la Universidad que se la leen en una no-

che. ¡Hasta han llegado a realizar círculos de estudio! Claro, círculos de estudio case-ros, por no decir clandestinos. Los más afortunados, los que «consiguen» (¡qué nos haríamos sin esta palabrita!) un ejemplar para ellos, quieren la colección completa. La revista nos pone al día de cosas que sucedieron hace muchos años y que debíamos haber sabido; y también nos mantiene al día de lo que está pasando ahora mismo, de los libros que se publican, los premios, las conferencias. Creo que por eso gusta tanto y se nos ha hecho imprescindible. Algún día, públicamente, se reconocerá la importancia de la revista y seguro nos llevaremos algunas sorpresas de lectores insospechados.

JUAN JOSÉ MOLINA (Lawton, La Habana)

---

✉ Mi vida transcurre muy organizada, investigando y escribiendo sobre música latina 7 días a la semana, 365 al año. Pero cuando llega *Encuentro*, entonces se paraliza todo: la tengo que leer de cabo a rabo, para sufrir, esperar, pensar y soñar con ustedes. Por favor, sigan interrumpiéndome. Otra cosa: Noto dos errores gramaticales recurrentes en la lista de colaboradores. Algunos dicen «reside» en La Habana: debe decir «resiste» en La Habana. Y otros dicen «residen» en Madrid o EEUU; debe decir «recuerda» en Madrid o EEUU...

CRISTÓBAL DÍAZ AYALA (Puerto Rico)

---

✉ ... La revista *Encuentro* llegó a mis manos prácticamente por casualidad y he leído dos de sus números del año 97. En primer lugar celebro su meridiana objetividad. No soy de los que celebran al gobierno actual de Cuba, pero tampoco me gusta caer en las ingenuas apologías que a menudo realizan otras publicaciones o estaciones radiales. Su revista me ha colocado en un curioso plano, he sentido, mientras la leía, que me encontraba en un país de prensa libre, donde las cosas pueden decirse tal y como son, sin tendencias políticas estereotipadas o desordenadamente apasionadas. Me ha hecho feliz encontrar artículos igualmente de Gastón Baquero como de Rine Leal, pues lo más acertado que puede tener una publicación cultural es el respeto a la obra auténtica, venga de donde venga. (...) Creo que la confrontación agresiva no conduce a parte alguna y que no hay mejor camino que el del medio, el centro, el equilibrio y la armonía entre los seres humanos...

JUANA LIDIA GONZÁLEZ (La Habana)

---

✉ Debo elogiarlos una vez más por el impresionante número 6/7 de la revista. ¿Qué decirles? Soberbio, espectacular (...) «fidedigno» es la palabra adecuada ante el apremiante presente histórico-social-religioso —de reto inexorable por la unidad del alma cubana— que vive nuestro pueblo, fuera y dentro de la isla, en los albores del siglo XXI. Sí, están publicando la mejor revista cubana del momento.

MARIELA A. GUTIÉRREZ (Waterloo, Canadá)

---

✉ Recientemente un amigo me prestó un ejemplar de la revista y así tuve conocimiento de su existencia. Me pareció maravillosa, y me gustaron todos los artículos, por lo cual les hago llegar mis más sinceras felicitaciones. Quisiera saber qué puedo hacer para poder leerla todos los meses, pues de seguro, aquí está prohibida y no debe conseguirse ni en bibliotecas. Veo que incluyen un cupón para la suscripción pe-

ro, como saben, para nosotros es imposible pagar ese precio. ¿Se puede conseguir en algún lugar en pesos cubanos? ¿Dónde?

**LUIS ALBERTO GONZÁLEZ** (Cuba)

---

✉ ¿La revista tiene recursos para seguir más allá de sus dos años? Ojalá sea así para bien de nuestra literatura, siempre a la suerte de naufragios y orillas. Escribo mucho y creo en la insistencia del trabajo silencioso. Algo podremos reconstruir con la escritura. Otra y varias veces muchas gracias.

**ARMANDO VALDÉS** (París)

---

✉ La presentación (de la revista), los índices, los ensayos, relatos, artículos y notas, son de excelente calidad. (...) Como colombiana, he sido una admiradora y ávida consumidora de las letras cubanas. *Encuentro* me ha permitido descubrir mucha gente nueva e informarme sobre el proceso político y social que se vive en la isla. También, naturalmente, conocer y reconocer a quienes viven en el exilio.

**HELENA ARAÚJO** (Lausanne, Suiza)

---

✉ *Encuentro* es un gran logro que viene a llenar muchos vacíos, ¡qué falta le hacía a la cultura cubana esta revista!, aunque, como es de esperar, uno no tiene que estar de acuerdo con todas las opiniones. El artículo de René Vázquez Díaz me parece presuntuoso y antihistórico (ya es más que sabido que la intervención norteamericana en nuestros asuntos fue una carta que nuestros próceres jugaron una y otra vez). En la actualidad, no somos pocos los que vemos en la política del gobierno norteamericano (y en particular en la ley Helms-Burton) una fuerza que el gobierno norteamericano le presta a un segmento del pueblo cubano para poder exigir asiento en la mesa de negociaciones de mañana y no dejar que la transición inevitable la articulen —y la mediaticen— los que aún mandan. Sé que en este punto no estoy de acuerdo con Jesús Díaz —también leí su trabajo «Otra pelea cubana contra los demonios»— y acaso él lleve la razón, pero ver la política norteamericana hacia Cuba como un simple plan injerencista es lo mismo que negar que la intervención de 1898 fue apoyada y celebrada en los campos de Cuba libre.

**VICENTE ECHERRI** (Guttenberg, Nueva York)

---

✉ Los números de la revista circulan constantemente, son de un gran interés para todos y lo mejor es cómo sus artículos pasan a ser objeto de reflexión para historiadores, literatos y economistas. No se habla de ellos en la letra impresa, pero sí en lo que se investiga y en los diálogos, que cada día son más distantes, entre la intelectualidad, pero que aparecen en los lugares más inusitados.

**MARIO ESTEBAN** (La Habana)

---

✉ Desde su primer número *Nexos* incluye la dirección de *Encuentro*, en la sección de enlaces. *Nexos* tiene las mismas aspiraciones de *Encuentro*... Semánticamente coinciden. Tenemos colaboradores comunes, como el poeta Rafael Almanza. (...) Les felicita-

to por la calidad de la Revista, y por el espíritu de plenitud e inteligencia con que la han tocado. Tenemos si no una República, una Patria de letras.

**CARLOS A. SOTUYO** (Miami)

---

✉ ... he tenido la dicha de poder leer varios números de esta publicación y debo felicitarlos por tan magnífica idea, creo que la revista es un precioso tributo a la reconciliación y unidad del pueblo cubano, respetando la libertad de criterio dentro del margen del respeto a la persona y la responsabilidad, ojalá pudiera llegar a la mayor cantidad posible no sólo de intelectuales sino también de ciudadanos pues le haría mucho bien a Cuba.

**JOSÉ MANUEL FERNÁNDEZ-VEGA BARRETO** (Bayamo, Cuba)

---

✉ He leído (prestado por Alejandro González Acosta) un número de *Encuentro*. (...) He visto otros números en casa de Rafael Rojas, Eliseo Alberto y Ernesto Hernández Busto (...) Me parece excelente, necesaria y hermosa.

**CARLOS OLIVARES BARÓ** (México D. F.)

---

✉ Hace unos quince días recibí la colección de *Encuentro* y no encuentro palabras para manifestarles mi felicidad por su envío. Lo que fascina de la revista, aparte del rigor con que se efectúa la selección de lo publicado por su valor literario, es la amplitud de miras que exhibe, ya que lo mismo he encontrado artículos firmados por los exiliados marcados por el nefasto hierro de la revolución que otros procedentes de los voceros castristas cantando loas al sistema. A mi modesto entender, ésa es una muestra de respeto a la inteligencia de los lectores, que pueden obtener de la comparación y la lectura entre líneas un criterio acertado.

En *Encuentro*, que devoré ávidamente, encontré viejos amigos, gentes de las que no sabía hace años y voces nuevas que no conocía, dignas de admiración. Acá en Venezuela, aunque es bien difícil, estoy tratando de editar una hoja dirigida a los cubanos (que son bastantes por acá) titulada *El Diablo Cojuelo vuelve al exilio*, con informaciones recientes de Cuba y algún material literario, pues la cultura está también «cojuela» por estos lares...

Una vez más todo mi agradecimiento por el maravilloso regalo que me han hecho. Gracias a ustedes borré por un tiempo el mar Caribe que me separa de mi isla.

**ÁNGELA MARTÍNEZ** (Barquisimeto, Venezuela)

---

✉ Hemos recibido con gran satisfacción el número 6/7 (Otoño-Invierno de 1997/98). Realmente es formidable, contiene una gran cantidad de excelentes artículos que demuestran la calidad de sus autores (...) y se habrá de discutir entre nosotros durante los seminarios de capacitación que realizamos frecuentemente. (...) nuestra posición es de una gran ecuanimidad, estamos muy lejos de apoyar la creación de la violencia, entendemos que la mejor forma de llegar es basándonos en el entendimiento entre el pueblo cubano y el exilio, dialogar es la única y mejor fórmula de entenderse.

**FARA REY**, *Secretaria Adjunta del Partido Social Revolucionario Democrático de Cuba* (Miami)

☒ Quiero felicitarlos por el éxito de *Encuentro*, difícil proeza (...) para mayor gloria de todos nosotros y de ese cuerpo místico de Cuba que son las palabras de sus hijos.

RAMÓN ALEJANDRO (Miami)

---

☒ Hace tiempo que estaba por escribirles para decirles cuánto me gusta *Encuentro*, me parece un proyecto formidable y de una calidad sorprendente.

JOSÉ MANUEL PRIETO (México D. F.)

---

☒ Dios quiera que al recibo de la presente se encuentren todos bien. Tengo la esperanza de que muchos jóvenes como yo podamos leer *Encuentro*. Conocí la revista a través de un amigo y decidí escribirles para expresarles mi alegría de saber que están haciendo un periodismo libre para nuestro bien.

FERNANDO CUEVAS MARTÍNEZ (La Habana)

---

☒ Deseo felicitarlos por *Encuentro*. El concepto que le da razón de ser provee un espacio literario muy particular, cargado con la diversidad y amplitud de la diáspora.

OLGA NOLLA (San Juan, Puerto Rico)

---

☒ Estimados «aventureros»:

Ayer llegué, regresé del «pueblo de las maravillas» y hoy enseguida llené la suscripción para *Encuentro*. (...) en la UPEC de La Habana circula la publicación de ustedes y hay bastantes personas que entonces leen los artículos con gran interés. Fui allí y gracias a estas personas descubrí *Encuentro*, que ya una vez (el primer número) había caído en mis manos, pero se me había perdido de vista. Realmente considero una buena señal que fue en Cuba misma, donde volví a tener un «encuentro» con esta impresionante publicación (...) entre las pocas publicaciones serias alrededor de la actualidad cultural cubana.

JEANETTE ERFUTH (Colonia)





# Revista de Occidente

N.º 209

Octubre 1998

## DEBATE SOBRE NACIONALISMO VASCO

Coordinado por  
**Cristina Peñamarín**

Participantes:  
**Jon Juaristi, Alfonso Pérez-Agote,  
Fernando Vallespin**

### ROSA CHACEL

Artículos de  
**Clara Janés y Moisés Mori**

**Lester Thurow sobre la crisis asiática**  
**Paul Forman sobre las «dos culturas»  
en la postmodernidad**  
**Mark Lilla sobre revolución y reacción en  
Norteamérica**

## Encuentro en el Cervantes de Nueva York

En la sede del Instituto Cervantes de la ciudad de Nueva York tuvo lugar la presentación del número 8/9 de la revista *Encuentro* el jueves 23 de abril del presente año. En el acto, al que asistió numeroso público, intervinieron Jesús Díaz —invitado a la Gran Manzana por el Cervantes— y José María Conget, director de actividades culturales de dicha institución. El viernes 24, también invitado por el Instituto Cervantes, Díaz participó en el Simposio «Literatura y 98» que tuvo lugar en la Universidad de Montclair, donde volvió a referirse a *Encuentro*. El simposio fue presentado por María Lozano, directora del Cervantes en Nueva York, e intervinieron en él, entre otros escritores, el cubano Edmundo Desnoes y los puertorriqueños Arcadio Díaz Quiñones y Olga Nolla. ●

## Vigía en Madrid

La editorial matancera Vigía presentó el pasado 7 de julio, en la Casa de América de Madrid, una preciosa colección de sus libros y revistas artesanales. Los asistentes pudieron apreciar, entre otras, cuidadas ediciones de poemarios, presentándose además en el mismo acto los libros *Réplicas* de José Kozer y *Corazón sobre la tierra / Tierra en los ojos* de María Elena Blanco. Los libros de Vigía, de escasa tirada y amorosa elaboración, se han convertido en ejemplares codiciados por coleccionistas y bibliómanos, quienes ya han agotado la emblemática caja de tabacos que alberga los poemas de Gastón Baquero. ●

## Dos monólogos

La actriz y directora cubana María Elena Espinosa, después de su exitoso montaje madrileño del clásico de José Triana *La noche de las asesinas*, ha incursionado ahora por los predios del monólogo con *Carta al bebé Rocamadour* extraído de *Rayuela* de Julio Cortázar, y con *Doña Rosita la soltera*, adaptación de la pieza del mismo nombre, de Federico García Lorca. De su versión del texto cortazariano, la propia María Elena Espinosa ha

escrito «que como toda historia podría ser también la de toda, otra, mujer que emigra llevando por dondequiera que vaya su ciudad a cuestas». ●

## Pintura cubana en París

Gina Pellón, Roberto García York y Jorge P. Castaño son los tres pintores cubanos que han realizado en París, entre abril y mayo de este año, una exposición para rendir homenaje al centenario de la independencia de Cuba. La muestra, exhibida en el Louvre, resultó un verdadero éxito de crítica y de público. ●

## Homenaje a Lorca

El IX Concurso y Festival Internacional de Guitarra de La Habana se suma este año a las múltiples actividades de homenaje al gran poeta granadino que se rinden en toda Hispanoamérica y otras latitudes con motivo del centenario de su nacimiento. El Festival concluyó el 17 de mayo con una gran gala flamenca de Diego Carrasco. El primer premio del concurso, dotado con 750.000 pesetas, lo obtuvo la cubana Rosa María Matos. ●

## Cintio y Fina en Madrid

Cintio Vitier y Fina García Marruz, dos figuras particularmente significativas de la cultura cubana de este siglo, han sido durante el mes de junio huéspedes de la Residencia de Estudiantes de Madrid, donde participaron del ciclo «Poesía en Residencia». Mucho han hablado en estas jornadas de la estancia del poeta Juan Ramón Jiménez en La Habana, del músico Julián Orbón, fallecido en Miami en 1991, de Martí, del Padre Varela, de la bahía habanera y su curiosa relación tiempo-espacio, temas todos que conocen y comprenden con singular inteligencia poética. ●

## XVII Reunión del Instituto de Estudios Cubanos (IEC)

Entre el 25 y el 27 de junio se celebró en el North South Center de la Universidad de Miami la XXIX reunión anual del Instituto

de Estudios Cubanos. El programa se dividió en cuatro mesas, una sobre los nuevos actores de la sociedad cubana en los 90, otra sobre el impacto de la visita del Papa a Cuba, otra sobre arte y literatura en la isla y la diáspora y una última sobre la situación actual de la economía cubana. Desde hace algunos años el Instituto vive una intensa renovación, con el tratamiento de nuevos temas, como la cuestión racial, la homosexualidad, el feminismo, y con la inclusión de una nueva membresía. Este año ingresan al Consejo del Instituto algunos jóvenes académicos como Madeline Cámara, Alejandro de la Fuente, Max Castro y María Cristina García. Después de un laborioso período de cuatro años, la Presidencia pasó de Marifeli Pérez-Stable a Francisco León y fueron elegidos dos nuevos vicepresidentes: Rafael Rojas y Uva de Aragón. ●

#### Cuba en la moda editorial

Muchas son las editoriales españolas y muchos los títulos que en este año del centenario del fin de la guerra se ocupan del tema desde diferentes puntos de vista. Alianza ha publicado *Más se perdió en Cuba y La guerra de Cuba*, que solamente entre ellos dos rondan las mil páginas. Planeta, por su parte, ha lanzado *El final de un siglo de pesimismo*. Cátedra ha sacado a la luz *La cara oculta del 98*, mientras que Galaxia/Círculo ha tratado de «desentrañar las claves del Desastre» con *España en 1898*, de Laín Entralgo y Seco Serrano. ●

#### Moliere cubano en París

*El burgués gentilhomme*, la célebre comedia de Moliere, fue representada en el parisino Teatro Chaillot con rotundo éxito. La puesta estuvo a cargo de una compañía eventual integrada por músicos, actores y bailarines cubanos. Anacaona, la Compañía Folklórica JJ, el Quinteto Diapasón, Danza Abierta, lograron un espectáculo depurado técnicamente y de fino humor, que hizo estremecer las tres mil localidades de la sala. ●

#### César López presenta libro

*El tercer libro de la ciudad* es el título del poemario que César López presentó en la

Casa de América de Madrid el pasado 8 de julio ante una nutrida asistencia. *El tercer libro de la ciudad* inauguró la Colección Azul de la editorial Renacimiento, de Sevilla, dirigida con particular esmero por el poeta Abelardo Linares, conocido también por sus extraordinarias colecciones de libros «de viejo». Acompañó a César López el poeta Luis Alberto de Cuenca, director de la Biblioteca Nacional de Madrid. ●

#### Convenio Andrés Bello

En el Palacio de San Carlos, sede de la cancillería cubana en Bogotá, Cuba y Colombia oficializaron el Convenio Andrés Bello de integración educativa, científica, tecnológica y cultural. Este Convenio fue creado en 1990 entre varios países iberoamericanos y España. Ahora Cuba viene a sumarse a este grupo, con lo que cumple un viejo anhelo de los Estados signatarios. ●

#### Lorca y el Festival «La huella de España»

También la décima edición de este festival de la música, la danza y la cultura en general, ha estado dedicada a Lorca este año. Alicia Alonso, presidenta del Festival, ha dicho que «constituye una reafirmación de que los vínculos que nos unen no sólo permanecen en el tiempo, sino que se renuevan y enriquecen con cada uno de estos encuentros». «La huella de España» se efectuó en el Gran Teatro de La Habana, a cuyo 168 aniversario también estuvo dedicado el Festival, y contó con exposiciones fotográficas, representación de zarzuelas y operetas, proyección de filmes, recitales de boleros, conferencias, etc. Su duración fue de seis semanas comprendidas entre los meses de abril y mayo de este año. ●

#### Universidad 98

En el Aula Magna de la Universidad de La Habana se celebró, en el mes de mayo, la Convención Internacional Universidad 98, convocada por la UNESCO. Veinte países y unos doscientos participantes tomaron parte en este evento organizado por el Ministerio de Educación Superior de Cuba. El propósi-

to es posibilitar un intercambio de experiencias acerca de la enseñanza universitaria. ●

#### Calígula en el Trianón

---

El grupo teatral «El Público» dirigido por Carlos Díaz, repondrá en el cine Trianón, su sede habitual, *Calígula*, de Albert Camus y *El Público*, de Lorca. Con estas reposiciones, el grupo pretende, además de mantener en activo su repertorio, dar tiempo para finalizar el montaje de su nuevo espectáculo *Requiem por Yarini*. ●

#### El Amadeo Roldán veinte años después

---

A veces no queda más remedio que contradecir la letra del tango y afirmar que veinte años (por no decir dos veces veinte) sí son algo, y mucho. Por fin, parece que el teatro Amadeo Roldán va ser reconstruido y devuelto, dentro de lo posible, a su aspecto original, después de que permaneciera en ruinas desde junio de 1977, cuando un incendio redujo a escombros el edificio que cincuenta años antes, en 1927, había obtenido el premio del Colegio de Arquitectos a la mejor fachada. Por lo pronto ya han comenzado las obras de reconstrucción y todos los habaneros esperan que no pasen otros veinte años más para que concluyan. ●

#### Gloria Estefan en España

---

La cantante cubana ha venido a la península a promocionar su último disco *Gloria*. En declaraciones a la prensa, la Estefan se lamentó de que «nunca he podido actuar ante el público cubano», y más adelante comentó que «creo que las cosas se van suavizando un poco tras la visita del Papa».

#### Danzabierta

---

*El árbol y el camino* es el título de la última puesta en escena del grupo Danzabierta, que dirige la bailarina y coreógrafa Marianela Boán. El espectáculo fue estrenado en Los Días de la Danza, durante la jornada Mayo Teatral de Casa de las Américas, en el teatro Mella de La Habana. Marianela Boán parte del árbol y sus múltiples significados

en diferentes culturas, para de ahí buscar explicaciones o proponer interpretaciones de una realidad que es a la vez universal y nacional. Toda la puesta está caracterizada por un humor cáustico, a veces beligerante, que sirve de recurso ideal para mostrar el drama de la persona humana vapuleada por ciertas estructuras sociales. ●

#### Julio García Espinosa y Tania Bruguera, becarios

---

La *John Simon Guggenheim Memorial Foundation*, de Nueva York, ha revelado los nombres de los becarios de su programa para el desarrollo de la creación artística y literaria y la investigación científica en América Latina y el Caribe correspondiente al año de 1999. Entre ellos se encuentran los cubanos Julio García Espinosa, cineasta, y Tania Bruguera, artista plástica. Hace unos años, García Espinosa fue fuerte y públicamente criticado por Fidel Castro; su última película es *Reina y Rey*. Tania Bruguera fue una de las principales impulsoras de la excelente revista artístico-literaria *Memorias de la postguerra*, que se publicó en el Instituto Superior de Arte de La Habana, con muy pocos medios y mucha imaginación y talento, hasta que fue clausurada por la censura. ●

#### Latinoamérica en Londres

---

Durante los días 1 y 2 de junio se celebró en la capital inglesa una ronda de conferencias sobre el futuro político y económico de la región. El evento fue organizado por el Latin American Newsletters, en colaboración con el Inter-American Development Bank, y en el mismo participó Carlos Lage, vicepresidente cubano para la economía. ●

#### Títeres en Matanzas

---

En la calle Milanés, situada en lo más céntrico de la ciudad de Matanzas, se ha abierto en mayo un local que tiene como objetivo recuperar lo mejor de la larga tradición cubana del títere. El sitio se llama «El Retablo», y funciona como galería-estudio en el que se impartirán cursos y talleres sobre la historia del títere, así como su realización,

diseño, manipulación, posibilidades dramáticas, etc. El proyecto está dirigido por Zenén Calero, gran conocedor del mundo de los muñecos. ●

#### Visita La Habana el *Juan Sebastián Elcano*

Cien años después de que las tropas españolas salieran definitivamente de Cuba, el buque escuela español *Juan Sebastián Elcano* hizo una escala de cuatro días en La Habana. En la noche del pasado 4 de junio se ofreció una recepción a bordo de la nave, en la que Fidel Castro calificó de héroe al almirante Pascual Cervera, cuya flota fue hundida en Cuba hace un siglo, al finalizar la guerra de independencia. En la tripulación del *Juan Sebastián Elcano* figuran dos tataranietos del almirante y también un familiar de Fulgencio Batista. ●

#### La Charanga y la censura

La Charanga Habanera, grupo dirigido por el músico cubano David Calzado, parece dispuesto a enfrentar el desafío de la censura oficial y sigue adelante con esos temas cuyas letras asumen la realidad como lo que realmente es y no como la beatería conservadora quiere aparentar. El grupo, que ha recibido sanciones severas por eso que en Cuba se podría considerar como «delito de legitimidad», ha desmentido las crónicas cubanas que afirmaban que su reciente gira por Estados Unidos había estado dedicada a los últimos triunfos diplomáticos de Castro. Calzado ha dicho que «eso fue un invento del corresponsal, seguramente quería lavar nuestra imagen ante el gobierno cubano». ●

Curso sobre «Cuba: 1898-1998», en Salamanca.

La institución salmantina Alfonso X el Sabio, ha organizado, del 13 al 24 de julio, un curso que abarca un temario que va desde Literatura Cubana hasta un análisis de la revolución. Participaron como invitados los escritores José Triana y María Elena Cruz Varela, además de Pío Serrano, Osbel Suárez y Carlos Manuel de Céspedes, vicario general de la diócesis de La Habana. ●

Medalla y diploma en Francia para el poeta Rafael Bordao

La Academia de Artes, Ciencias y Letras de Francia ha concedido un *Diplôme de Médaille d'Argent* (medalla de plata y diploma) al poeta cubano Rafael Bordao, quien ha publicado varios libros de poesía y vive exiliado en Nueva York desde 1980. La obra de este creador cubano ha sido traducida al inglés, francés, portugués, italiano y hebreo. Su libro *Propinas para la libertad*, obtuvo el Premio Internacional de Poesía «Poeta en Nueva York», en el presente año. Bordao fue fundador y director de la revista literaria internacional *La Nuez* (1988-93), y actualmente dirige la editorial Arcas / Palmar. ●

#### Premio Nacional de Investigación

En el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Juan Marinello se efectuó la entrega del Premio Nacional de Investigación del Ministerio de Cultura 1997. El galardón lo obtuvo *Letra y Solfa*, obra realizada por un equipo de investigación de la Fundación Alejo Carpentier y que consiste en una selección y elaboración de índices especializados que facilitan considerablemente la labor de estudiosos de la obra del novelista, ensayista y musicólogo cubano. ●

#### En la muerte de Santiago Álvarez

Quizá la opinión más acertada acerca de los filmes del documentalista cubano recientemente fallecido sea la del crítico brasileño Amir Labaki: «No hay por qué negar el carácter panfletariamente ideológico de su obra, sin embargo, la riqueza estética del conjunto de sus filmes, donde se destacan innovaciones en la narrativa, lo hacen trascender y son una marca fundamental de su creación». ●

#### El malecón habanero: un gran sofá

El fotógrafo español Juan Manuel Díaz Burgos inauguró en la Galería del Coleccionista, de la calle madrileña de Claudio Coello, una exposición de sus trabajos sobre el malecón habanero titulada *El gran sofá*. Las fo-

tos, que constituyeron el discurso plástico del número 6/7 de *Encuentro* y que habían sido publicadas como libro por el proyecto Mestizo, de Murcia, captan con rara precisión algo que podría definirse como el subconsciente de la ciudad de La Habana. ●

#### Encuentro sobre economía

---

Del 6 al 8 de agosto tuvo lugar en Miami el octavo encuentro anual de la ASCE, Association for the Study of the Cuban Economy, que trabajó temas como la incidencia del turismo, la bolsa negra, o la visita de Juan Pablo II en la economía de la Isla. Otros temas, como la existencia de una oposición en Cuba o la viabilidad de una transición económica, formaron también parte del temario de discusión. ●

---

### Libros recibidos

---

■ AA.VV.; *Entrevistas a Gastón Baquero*; Ed. Betania, Madrid, 1998, pp. 104. Seis entrevistas al poeta cubano Gastón Baquero, fallecido el año pasado en el exilio madrileño, componen este volumen, además de un prólogo de Pedro Shimose y un epílogo de Pío Serrano. Modestia, inteligencia y sabiduría. No serán las tres virtudes teologales, pero sí las que están presentes todo el tiempo a lo largo de todas las respuestas que da Baquero a sus entrevistadores. Respuestas que van desde datos biográficos a partir de su nacimiento e infancia en Banes hasta conceptos muy claros y certeros acerca del significado y destino de la poesía. El libro constituye un documento imprescindible para aproximarse a esa manera sosegada y tolerante que tuvo Baquero de entender la vida y la creación literaria. Los entrevistadores son los cubanos Felipe Lázaro, Carlos Espinosa, Bladimir Zamora, Efraín Rodríguez y Alberto Díaz, además de Niall Binns, profesor británico radicado en Madrid.

■ AA.VV.; *Más se perdió en Cuba*; Ed. Alianza, Madrid, 1998, pp.528. Muchas han sido las obras publicadas este año en España con motivo del centenario del fin del dominio

español sobre Cuba. En ésta, un grupo de especialistas españoles en economía, política, diplomacia, cultura, indaga a fondo en las causas que originaron esta pérdida y sus consecuencias para el imperio español, que tuvo que comenzar a andar en el siglo XX con el arrastre de ese gran fracaso.

■ ALTUNAGA, ELISEO; *A medianoche llegan los muertos*; Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1997, pp. 258. Lo más sorprendente y encoiable de esta novela que no me atrevo a calificar de histórica, es que más que rastrear acontecimientos significativos del pasado, se propone rastrear el alma de los protagonistas de esos sucesos. El esfuerzo es ciertamente descomunal y no siempre se consigue del todo, pero es ya algo que desborda las posibilidades de cualquier novelista atrapar en su hondura más legítima los sentimientos, los temores, las interrogaciones de hombres como Maceo, Gómez, Martí o «el más oscuro negro escurrido entre la yerba con el des-pavorido machete en alto». Eliseo Altunaga nació en Camagüey en 1941 y reside actualmente en La Habana.

■ ARIEL, SIGFREDO; *Las primeras itálicas*; Ed. Miguel Gómez, Málaga, 1997, pp. 26. Este breve poemario (sólo 15 poemas en una tirada de 250 ejemplares) está compuesto principalmente por textos de libros publicados anteriormente (*El enorme verano* y *Los peces y la vida tropical*), y algún que otro inédito. En todo caso, la selección ha sido —además de cuidadosa— afortunada, sobre todo porque incluye poemas como «Un ciervo», de registro depurado, o «Al margen de Villon», capaz de religar un universo que tiende a escindirse y fragmentarse caprichosamente. Sigfredo Ariel nació en Santa Clara en 1962 y dirige programas culturales de radio en La Habana.

■ BAQUERO, GASTÓN; *Poesía Completa*; Ed. Verbum, Madrid, 1998, pp. 396. Tal vez Gastón Baquero no aspiró nunca a que su poesía ocupara un lugar tan principal en la historia de la poesía cubana. Tenía cierta vocación de silencio y de «invisibilidad», no a la manera del poeta Zequeira y su famoso sombrero, sino a la manera de un profundo conocedor de misterios que nunca hacen ruido y raras veces se dejan ver. Este volumen de su poesía completa, realizado por

Verbum, viene a saldar una cuenta pendiente de Cuba con un poeta que, en el decir del editor, «se ha convertido en el más influyente de las nuevas generaciones cubanas». Gastón Baquero nació en Banes, Cuba, en 1918, y murió en el exilio madrileño (ese destino absurdo que tantos padecemos y nadie se merece) el 15 de mayo de 1997.

■ CACHÁN, MANUEL; *Ángeles con acento sureño*; Ed. Isla Negra, San Juan, Puerto Rico, 1997, pp. 56. Siete relatos de un curioso humor componen este breve libro. Humor que no parece estar concebido para enmascarar la soledad del desarraigado, sino más bien para reafirmarla y completarla: «Alguien le sugirió que se fuera a Cuba, donde no creían ya ni en San Fidel, pero un ángel que se le apareció en uno de sus sueños le cambió la idea y le sugirió que consultara a un babalao en Manhattan». Este trozo, perteneciente al relato «Fragmentos de un crimen», ilustra perfectamente la dirección que ha decidido tomar el narrador para, tal vez, entender y explicar mejor el destino de su generación y el sentido de su exilio. Manuel Cachán nació en el barrio habanero de Marianao y actualmente es profesor de literatura latinoamericana en Valdosta State University, Georgia.

■ CAZORLA, ROBERTO; *Ceiba Mocha*; Ed. Betania, Madrid, 1997, pp. 200. Sería magnífico que cada pueblo de Cuba contara con un cronista como Roberto Cazorla. Y es que cada poblado cubano, por insignificante que fuera en cuanto a recursos económicos o cantidad de habitantes, tenía características particulares y anecdótico local para diferenciarlo de los demás. A partir de 1959 esto se perdió por completo al implantarse esa estandarización de una jerga absurda y un modo de vida importado de otras latitudes donde jamás se vio un taburete ni ningún hombre se llamó Caco Pisa Perra. Libros como éste han de ser muy útiles para reconstruir algún día nuestra verdadera memoria colectiva. Roberto Cazorla es natural de Ceiba Mocha, provincia de Matanzas y actualmente reside en España.

■ COSTA, OCTAVIO R.; *Imagen y trayectoria del cubano en la historia (2)*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 620. El presente volumen es la segunda parte de una obra ambiciosa y abarcadora, que se inicia con el período co-

lonial (1492-1902), y, por ahora, concluye en 1959, es decir con la historia de la República. El autor, sin embargo, posee un sentido muy lúcido de lo que la investigación histórica significa y ofrece al lector un panorama muy amplio del entorno artístico, literario, económico, político social, etc. de los períodos que aborda. Él mismo precisa, en una nota introductoria, que «No es posible que al cabo de tantos años, los cubanos no tengamos un conocimiento lo suficientemente variado y preciso de lo que fue la República en todos sus aspectos. Para lograrlo, era necesario ir más allá de la política».

■ GONZÁLEZ, CELEDONIO; *Fontainebleau Park*; Ed. Universal; Miami, 1998, pp. 140. Este autor, conocido de muchos por sus comentarios radiofónicos llenos de cierto humor criollo tradicional, ofrece ahora esta novela breve en la que se mezclan crímenes pasionales, historia de Cuba, desilusión del exilio, trama policial, etc. Sin embargo, es de lamentar que Celedonio González se ponga demasiado serio y solemne a la hora de novelar, apartándose así de ese otro registro suyo que lo hace más creíble y legítimo. Al fin y al cabo, dicen que Daumier sufría porque sus caricaturas eran brillantes y muy demandadas, mientras que sus «cuadros serios» jamás interesaron a nadie. Celedonio González nació en el pueblo de La Esperanza, antigua provincia de Las Villas, y actualmente reside en los Estados Unidos.

■ GONZÁLEZ ESTEVA, ORLANDO; *Cuerpos en bandeja. Frutas y erotismo en Cuba*; Ed. Ates de México, México, 1998, pp. 126. Libro singular en el que se conjugan la belleza del objeto, la excelencia del texto y la maestría en las ilustraciones de Ramón Alejandro. Se trata, como su autor aclara al inicio, de la recopilación «en un solo texto, de las notas redactadas por mí para un seminario organizado por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en Santa Cruz de Tenerife, del 18 al 22 de marzo de 1996». El tema era nada más y nada menos que «el erotismo en las artes y en la literatura», y González Esteva decidió ceñirlo a las relaciones del pueblo cubano con las frutas.

■ GUTIÉRREZ DE LA SOLANA, ALBERTO; *Apuntes documentados de la lucha por la libertad de Cuba*; Ed. Universal; Miami, 1998, pp. 348.

Decretos, fotos, recortes de periódicos, correspondencia y otra gran variedad de documentos ha logrado reunir el autor en este libro «con la esperanza de que ayude a romper y agrietar el «muro invisible», que la verdad resplandezca...» La recopilación, que abarca desde el triunfo de Fidel Castro hasta nuestros días, ha sido realizada con paciencia, cuidado, y mucho sentido de la selección, por lo que aporta un material de gran utilidad para todo aquel que todavía hoy no entiende bien qué ha pasado en Cuba, y quiere entenderlo.

■ LAGO GONZÁLEZ, DAVID; *La resaca del absurdo*; Ed. Betania, Madrid, 1998, pp. 58. Éste es el segundo libro de poemas que publica su autor en Madrid y está, como el anterior, inspirado por esas ausencias que se obstinan en ser presencias y bordado con versos de una extraña fineza que quizá recuerden algún atisbo final de Eliseo Diego: *Morimos como Julián del Casal: de risa. / Y de fondo, la risa de la risa: la de todos vosotros / que habéis asistido a esta farsa*. Quizá lo mejor que se pueda decir sobre esta obra lo ha afirmado Carlos Victoria en el prólogo: «expresa de una forma brillante, secreta e intrincada, la historia de unas décadas de encierro en Cuba y de otras fuera del encierro de Cuba: un libro que cala como pocos poemarios una experiencia que a pesar de ser muy peculiar se vuelve, a través del discurso poético, un *saber*, un *transcurrir* humanos». David Lago nació en Camagüey en 1950. Reside en Madrid desde 1982.

■ LEZAMA LIMA, ELOÍSA; *Una familia habanera*; Ed. Universal, Miami, 1998; pp. 106. Aunque la historia de la familia de Lezama está sobradamente narrada en *Paradiso*, ahora su hermana aporta esta otra visión que, de alguna manera, viene a completar la trayectoria de José Cemí por este planeta. La misma autora confiesa que «mi hermano me instaba para que agregara páginas a los primeros capítulos de *Paradiso* y que diera mi versión del otro lado de la moneda». Y esa «otra cara de la moneda» es precisamente lo que se consigue con este libro de prosa llana, de precisiones cronológicas y de ausencia de pretensiones. Eloísa Lezama Lima reside actualmente en Miami.

■ ORIHUELA, MARÍA LUISA; *Calle Ocho*; Ed.

Universal; Miami, 1998; pp. 150. Esta novela breve tiene el mérito extraño de estar narrada con desenfado y humor. No se trata de un arduo ejercicio literario ni de una receta debidamente procesada en una cocina narrativa, sino de un simple relato que puede leerse sin esfuerzo y en el que es precisamente la calle 8, esa arteria que los cubanos de Miami han hecho suya, la principal protagonista. María Luisa Orihuela nació en Perú y reside actualmente Key Biscayne, USA.

■ PELLÓN, GINA; *Cuando los Pájaros Duermen*; Ed. Cernuda, Miami, pp. 22. Es éste un libro de textos y de imágenes. La autora ha sido conocida fundamentalmente por su labor como pintora, y ahora ha decidido ilustrarse a sí misma, o añadir palabras a sus dibujos, o crear una interdependencia entre ambos sin que ninguno pierda su autonomía expresiva. En cualquier caso, es de esta última manera como efectivamente funciona este cuaderno, en el que se puede disfrutar de unos dibujos excelentes realizados con pluma y aguada, y se pueden leer también unos textos concebidos con limpia prosa y llenos de curiosas sugerencias: «Vivir largo, morir alto, borrar estrecho». Gina Pellón nació en Cuba, en 1926. Desde 1959 reside en París, ciudad en la que ha realizado numerosas exposiciones personales.

■ PÉREZ CINO, WALDO; *La demora*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1997, pp. 82. Cuatro relatos componen este libro cuya unidad, más que por un centro de atención temático, viene dada por la recurrencia de unos cuantos motivos que se entretengan con lo propiamente ficcional: la cotidianeidad o la historia como texto, lenguaje todo el tiempo recompuesto, cuestionado y, a su vez, la teatralidad que impone esa constante reformulación: la tensión permanente entre lo representado y lo real, las palabras y las cosas, el pasado y su memoria. Se trata de un texto las más de las veces autorreferativo y de un estilo muy alejado, en cualquier caso, de la tendencia testimonial que prima en un grupo considerable de la llamada novísima narrativa cubana (o postnovísima, Redonet *dixit*), y entre los cuales, al menos cronológicamente, se encuentra Pérez Cino (La Habana, 1972).

■ RIVERO, RAÚL; *Herejías Elegidas (Antología poética)*. Ed. Betania, Madrid, 1998, pp. 172.

Por múltiples razones, bien comprensibles muchas de ellas, se tiende a pensar que un libro de un opositor político en Cuba tiene que ser, necesariamente, un libro de propósitos políticos y nunca un libro que entre por derecho propio en un mundo dentro del cual puede estar, y está de hecho, contenida la política, pero que no se reduce a ella. En el caso de esta antología de poemas de Raúl Rivero, se puede decir con satisfacción que es un libro de poesía, independientemente de la actividad política de su autor. Aunque esta independencia es también limitada, puesto que cualquier persona es una sola, no dos, y, como dice José Prats Sariol en su Prefacio a esta edición, «El 'virus' político, entendido como sectarismo fanático, prosigue enfangando la vida cubana, cualquier valoración cultural, incluyendo las literarias». Raúl Rivero nació en Morón, Camagüey, en 1945. En 1995 fundó la agencia de prensa independiente Cuba Press. Reside actualmente en La Habana.

■ ROCA, VLADIMIRO; *La Patria es de todos*, (manuscrito recibido desde Cuba), pp. 8. Pieza teatral en dos actos, de aproximadamente veinte minutos de duración, escrita por Vladimiro Roca, dirigente cubano de la oposición, encarcelado arbitrariamente en la Isla. Esta obra carece de aspiraciones formales o de experimentación de escena y va directa a su asunto, asunto que, por su inmediatez y significado, le otorga un valor que va más allá del estrictamente dramático para convertirla en un documento político, pero desde la sensibilidad. En ella los personajes son llamados por sus nombres reales: El propio Vladimiro, Martha Beatriz Roque, Felix Bonne, Raúl Rivero y otros, además de tres sargentos del G-2, y se cuenta una amarga y diabólica historia de represión policial, encarcelamiento, humillación y disparate. Vladimiro Roca está actualmente encarcelado en La Habana.

■ SOREL, JULIÁN B.; *Nacionalismo y Revolución en Cuba 1823-1998*; Ed. Fundación Liberal José Martí, Madrid, 1998, pp. 188. Ya en el prólogo a este libro, Carlos Alberto Montaner aclara que el nombre del autor es ficticio, y que se trata de alguien «que ha sido un actor notable en estos últimos años de historia cubana». Pero sea quien sea este autor escamo-

teado, lo cierto es que resulta un conocedor profundo de la historia cubana y un analista lúcido y agudo de esa misma historia. Es un libro que se recomienda a todo aquél que quiera conocer detalles precisos de algunos cómo y porqués de nuestra situación actual.

■ VITIER, CINTIO; *De Peña Pobre*; Ed. Centro de Estudios Ramón Areces, Madrid, 1997, pp. 398. Volumen que recoge la trilogía narrativa de este poeta y crítico cubano. En ella se transita a través de diversos períodos de la historia de Cuba, tomando como punto de partida la Guerra de Independencia para concluir en 1970, año de aquella zafra que bien podría ser un monumento universal a la estulticia. A lo largo de todo el discurso narrativo se van mezclando historias familiares, personales, reflexiones sobre la música, etc. Cintio Vitier nació en Cayo Hueso en 1921 y reside actualmente en La Habana.

■ WOTZKOW, CARLOS; *Naturaleza cubana*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 294. Para los amantes de la protección de la naturaleza y la protección del medio ambiente (léase la mayoría de las personas normales) resultará importante y también motivo de angustia este testimonio detallado y preciso de cómo el actual gobierno cubano ha agredido y destruido estos bienes. El autor fue expulsado, en 1990, del Museo de Historia Natural, porque, según el acta de expulsión, no era «un digno ciudadano para representar a Cuba». Guillermo Cabrera Infante, en su prólogo a este libro, asegura que «No conozco otro documento que sea a la vez la señal de la huella del enemigo común y su denuncia». Carlos Wotzkow reside actualmente en Suiza.

---

### *Pasar revista*

---

■ ARTE CUBANO (Nº 1 1998, pp. 96). Revista cubana de Artes Visuales, que contiene críticas e información sobre pintura, grabado, escultura, dibujo, fotografía, cerámica, arquitectura y artes aplicadas. Impresa en Italia, esta revista posee una exquisita presentación gráfica, además de que incluye textos importantes y atractivos, con los que se convierte en un producto muy estimable, tanto

en su propósito cultural como en el comercial. Director/editor: Margarita Ruiz. Dirección: Avenida tercera e/12 y 14, Miramar, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

■ CUBAN AFFAIRS (Nº 4, invierno de 1998, pp. 12). Publicación del Comité Cubano por la Democracia, que se ocupa, como su título indica, de asuntos relacionados con la Isla. El presente número incluye textos de Francisco León, Lillian Pubillones, Alejandro Portes y otros. El lector encontrará también un artículo de Hannah Elinson, en el que se analizan algunas de las causas y las consecuencias probables de ese fenómeno antiqüísimo y que en Cuba se designa actualmente con el eufemismo de jineterismo. Directora: Marifeli Pérez-Stable. Dirección: 1755 Massachusetts Avenue, N.W., Suite 324, Washington, D.C. 20036, USA.

■ BOLETÍN UNEAC (Nº 7, 1997, pp. 4). Boletín de divulgación de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en el que, además de convocar al premio de literatura infantil y juvenil de la UNESCO para 1999, y a otros premios más, se informa acerca de los procesos asamblearios de la organización en las diferentes provincias del país, siempre con «la presencia de dirigentes del Partido, el Gobierno, las instituciones culturales, los medios de difusión masivos y otras organizaciones vinculadas al trabajo de la UNEAC». Director: Alfonso Quiñones. Dirección: calle 17 Nº 354, e/G y H, El Vedado, Ciudad de La Habana.

■ CATÁLOGO DE LETRAS (Nº 13, 1998, pp. 16). Con una foto de portada a toda plana de la escritora cubana Daína Chaviano, se presenta esta nueva entrega de esta Revista Cubana de Divulgación Cultural, realizada en Miami. Además de la portada, también la contraportada y algunas de las páginas centrales están dedicadas al premio español de novela «Azorín» y a la novela *El hombre, la hembra y el hambre*, de Chaviano, que resultó ser la ganadora. Se publica también un excelente trabajo de Alejandro Ríos sobre la poeta cubana Reina María Rodríguez. Director: Sorren Triff. Dirección: P.O. Box 557304, Miami, Florida 33255-7304, USA.

■ CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (Nº 571, 572 y 574, pp. 174, 144 y 158, respectivamente). Publicación de la Agencia Española de

Cooperación Internacional, del Ministerio de Asuntos Exteriores de España. Merecen destacarse especialmente los dossier que incluyen los números de esta revista, dedicados a Mallarmé, al tema del mercado del arte y al novelista peruano Mario Vargas Llosa, en el Nº 574; en este mismo número se le hace promoción a la Casa del Escritor Habanero, institución adscrita al Centro Provincial del Libro y la Literatura de La Habana. Entre los objetivos y proyecciones fundamentales de la Casa, se precisa, está el de «promover la obra de escritores habaneros, que abarca todos los géneros de la literatura». Director: Blas Matamoros. Dirección: Av. de los Reyes Católicos, 4. Ciudad Universitaria; 28040-Madrid, España.

■ CUADERNOS HISPANOAMERICANOS. *Índices Años 1948-1997 - Números 1/570*. Madrid, 1998. Hay que felicitar esta iniciativa de la Agencia Española de Cooperación Internacional, responsable de la edición en CD-ROM de los *Índices de Cuadernos Hispanoamericanos* desde sus inicios hasta 1997. Esta base de datos será de enorme utilidad para los investigadores ya que en su propio lugar de trabajo podrán localizar sin pérdidas de tiempo los temas de su interés tratados por la revista a lo largo de su ya larga vida. El procesamiento de contenidos corrió a cargo de Guzmán Urrero Peña e Infor@rea / S. D. Multimedia se ocupó de la realización técnica.

■ CUBA NEGOCIOS (Año III, abril de 1998, pp. 8). Informe mensual independiente, destinado a ofrecer datos precisos sobre todo tipo de inversiones financieras en la Isla. En esta publicación los trabajos no aparecen firmados, aunque se especifica que los redactores y colaboradores son Ana Álvarez, Luis Aznar, Carlos Puga y John Pearson. En estas páginas el lector podrá encontrar información muy abarcadora que va desde el estado del turismo cubano en el presente año hasta propuestas de solución a la deuda externa cubana. Editor: Íñigo Moré. Dirección: Samaria, 3; 28009-Madrid, España.

■ CRÍTICA (Nº 69 y 70, pp. 120 c/u). Revista bimestral de la Universidad Autónoma de Puebla, dedicada a temas culturales. En el Nº 69 se publica un artículo de Alberto Abreu Arcia, «Sarduy: la destrucción de la escritura», en el que su autor asegura que «*Gestos* es, junto con *Tres tristes tigres*, de Gui-

llo Cabrera Infante, uno de los retratos más hermosos que haya pintado escritor alguno sobre la afamada Habana de finales de los años cincuenta». Este número incluye también dos poemas del cubano Miguel Barnet. En el 70 podrán leerse textos, entre otros, de Atilio Caballero, Alberto Garrandés y Raúl Rivero. Director: Armando Pinto. Dirección: 2 norte 1006, Apartado Postal 1430, C.P. 72000, Puebla, Pue. México.

■ CUBA BUSSINESS (Nº 5 y 6, 1997, pp. 8 y 4, respectivamente). Publicación independiente londinense, sólo para suscriptores, destinada a informar sobre ese complicado universo de los negocios en Cuba. Turismo, industria ronera, azúcar, ley Helms-Burton, son algunos de los temas que abordan estos folletos. Editor Jefe: Gareth Jenkins. Dirección: 254-258 Goswell Road, London EC1V 7EB.

CUBA NUESTRA (Nº 10 y 11, pp. 32 c/u). Publicación del Grupo de Estudios Cubanos en Suecia. Esta revista bimestral representa un esfuerzo considerable por parte del numeroso grupo de cubanos residentes en Estocolmo para preservar su identidad y raíces, al mismo tiempo que para proyectar una Cuba posible a la que poder regresar alguna vez. En ambos números se denuncian múltiples irregularidades cometidas por el régimen de La Habana, tanto en la Isla como en el exterior. Director: Carlos Manuel Estefanía Aulet. Dirección: Madeleine Sjöstedt SILC, c/o *Cuba Nuestra* P.O. BOX 6508 11383 Stockholm Sweden.

■ DIÁSPORAS (Documentos 1 y Documentos 2, pp. 38 y 70, respectivamente). Hay publicaciones que no se sabe bien si son una hazaña o un milagro, y ésta está a medio camino entre ambas posibilidades. Realizada sin más medios de impresión que una simple fotocopiadora, y en tiradas mínimas, *Diásporas* ha logrado reunir en estos dos primeros números textos de mucha importancia y calidad, en su gran mayoría de autores cubanos residentes en la Isla. En este sentido hay que destacar, en Documentos 2, el trabajo de Rogelio Saunders «El fascismo. Apuntes», en el que con agudeza y un sutil sentido del humor, expone algunas de las calamidades del poder. Coordinador: Rolando Sánchez Mejías. Dirección: Aguiar 571, Apto. 404, e/ Muralla y Tte. Rey, Habana Vieja, Cuba.

■ DIARIO DE POESÍA (Nº 44, pp. 32). Periódico trimestral dedicado exclusivamente al ámbito de la poesía en cualquiera de sus manifestaciones. Este número incluye un extenso dossier dedicado a la «nueva poesía de Cuba», y entiende por poesía nueva la escrita por poetas nacidos entre 1957 y 1968. El dossier contiene, entre otros, tres magníficos poemas de Ángel Escobar, poeta cubano que se suicidó en 1996 en La Habana. Director: Daniel Samoilovich. Dirección: Bartolomé Mitre 2094, 1º (1039) Buenos Aires, Argentina.

■ DESAFÍOS (Nº 22, marzo-abril 1998, pp. 48). Revista editada por la Solidaridad de Trabajadores Cubanos (S.T.C.) de Venezuela, es otro esfuerzo más de esa diáspora que ya empieza a ser incuantificable, por no perder sus ligaduras nacionales. Al parecer no existe hoy un rincón del planeta donde no haya una numerosa comunidad de cubanos, y todas enfrentan estos «desafíos» a la caducidad y al absurdo. El presente número dedica muchas de sus páginas a la visita del Papa a Cuba a principios de año, para terminar con una nota de humor criollo al publicar las décimas «¡Qué confusión!»: ¡Ay, San Martí! ¡San Maestro! / ¡Santo Comité Central! / ¿Canto el himno nacional / o murmuró un Padre Nuestro?. Director: Heriberto Fernández. Dirección: Apdo. Postal 50, San Antonio de los Altos, Municipio Los Salias, Edo. Miranda, Venezuela.

■ ENCUENTROS (V. III 7/ IV, pp. 22). Publicación trimestral del Centro Cultural Español de Cooperación Iberoamericana. El presente número está dedicado íntegramente a rendir homenaje a Eugenio Florit, poeta cubano ya casi centenario, que tiene dos méritos rarísimos y merecidísimos: el primero el de ser un poeta magnífico, del que Juan Ramón Jiménez dijera que «pule su vida y su obra como un ágata serena»; y el segundo, el de ser un cubano de larga vida del que nunca nadie, ni siquiera otro cubano, ha hablado mal. Además de muchos poemas correspondientes a diferentes épocas de la vida creativa de Florit, se publican en este homenaje testimonios, elogios, recuerdos, de algunos amigos suyos, entre los que destaca el de María Soledad Carrasco Urgoiti. Director: Santiago Muñoz. Dirección: 800 Douglas Rd., Suite 170, Coral Gables, FL 33134, USA.

■ ENFOQUE (Nº 61, pp. 32). Revista de la Diócesis de Camagüey en la que se hace patente que el sentido de la actividad pastoral, para que sea pleno, ha de llegar también a los múltiples aspectos de la vida social. En este número, en el que también resuena por todas partes el eco de la visita del Papa a Cuba, se incluyen las palabras del Excmo. Sr. Francisco Mayor Zaragoza en la apertura del Coloquio Internacional «Ética y emancipación en el pensamiento anticipador de Félix Varela». Asesor: P. Álvaro Beyra Luarca. Dirección Casa Diocesana «Nuestra Señora de la Merced» Plaza de los Trabajadores Nº 4, Apartado 72, Camagüey, Camagüey. C.P. 70100.

■ ESPACIOS (Nº 4, 4º trimestre 1997; Nº1, 1º trimestre 1998 y Nº 2, 2º trimestre 1998, pp. 44, 46 y 48, respectivamente). Publicación trimestral del Equipo Promotor para la Participación Social del Laico (EPAS), de la Arquidiócesis de La Habana. Puesta en el mismo camino que otras publicaciones de la Iglesia en Cuba, esta revista se hace con medios muy rudimentarios desde el punto de vista tecnológico, y con mucho cuidado y criterio de selección en relación a sus textos, que tampoco se reducen a una comprensión esquemática del terreno de lo pastoral. En el Nº 4 se publica un artículo sobre los trabajadores por cuenta propia en Cuba (prohibidos durante décadas por el Gobierno), en el que se hacen cuatro propuestas muy lúcidas y muy concretas para que esta actividad sea una posibilidad real de vida para muchos cubanos y no una simple maniobra del poder. Director: Eduardo Mesa. Dirección: Casa Laical, Tte. Rey, e/ Bernaza y Villegas, Ciudad Habana, Cuba.

■ ESPEJO DE PACIENCIA (Nº 3, pp. 106). Revista de Literatura y Arte de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Una presentación muy cuidadosa y un trabajo tipográfico esmerado hacen de esta publicación un objeto agradable a primera vista. Después, al adentrarse el lector en sus páginas, se encuentra con textos que terminan de hacer de *Espejo de paciencia* una revista de primera línea. Este número incluye trabajos de varios escritores cubanos, entre los que figuran César López, Raúl Rivero y Manuel Díaz Martínez. Director: Osvaldo Rodríguez P. Dirección: Revista *Espejo de Paciencia*, Univer-

sidad de Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones, C/ Alfonso XIII, 2, 35003-Las Palmas de Gran Canaria, España.

■ LA GACETA DE CUBA (Nº 1, enero-febrero, 1998, pp. 64). Publicación bimestral de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Es indiscutible que esta revista ha mejorado mucho últimamente, pero también es indiscutible que sufre de altibajos y vaivenes pendulares. Es ciertamente curioso que en un mismo grupo de páginas convivan la nota oficial de la UNEAC sobre el otorgamiento del premio «Cervantes» a Guillermo Cabrera Infante, el artículo «Una voz de la Revolución» y el excelente ensayo de Emilio Ichikawa «Sobre el fin de la autonomía del arte». Director: Norberto Codina. Dirección: Calle 17 Nº 354, esq. H, Habana 4.

■ EL HERALDO CUBANO (Nº 32, pp. 20). Publicación bilingüe de Fraternidad Cubana, Organización de Exiliados Cubanos. Revista informativa y de opinión, destinada, al igual que *Cuba Nuestra*, a que ese numeroso grupo de cubanos que han tenido que cambiar el sol tropical por las nieves nórdicas, se mantengan de alguna manera vinculados a la Isla. Entre los trabajos de opinión destaca «¿Poder del pueblo?», de Luis Tornés Aguililla, en el que afirma que «un contexto democrático supone la existencia de una oposición y de conceptos contradictorios en la manera de servir al interés público. Director: Rigoberto Artilles Ruiz. Dirección: El Heraldo Cubano. c/o Fraternidad Cubana. Glamshammarsgatan 48, 4TR. 124 71. Bandhagen. Sweden.

■ HERENCIA (Nº 2, octubre 1997, pp. 58). Revista de Cuban National Heritage. Páginas de reencuentro con el pasado cubano, pero no del pasado visto a través de la urna de un museo, sino del pasado como proyecto de futuro. Gracias a una impresión exquisita, se pueden recorrer calles cubanas que ya parecen perdidas para siempre, ver antiguos centros comerciales, edificios de administración, aspirar olores desaparecidos pertenecientes a otro tiempo. Este Nº 2, que tiene carácter de Edición Especial, aclara que entre sus propósitos está el de «salvar nuestras raíces históricas y reconstruir a nuestra Patria con libertad y democracia». Redacción: Alberto S. Bustamante. Dirección: 300 Aragon Avenue, Suite 260, Coral Gables, Florida 33134, USA.

■ MERIDIANO CERI (Nº 19, feb. 1998, pp. 34). Revista del Centro Español de Relaciones Internacionales (CERI). Este Centro fue creado en 1992, a iniciativa de la Fundación José Ortega y Gasset, y está dedicado a la investigación y difusión de estudios de aquellas cuestiones internacionales más importantes para España. En este número aparece el artículo «España-Cuba: una historia de crisis y reconciliaciones», de Julio Hernández y Silvia Caunedo, en el que sus autores dicen que «Castro siempre sale ganando de estas políticas de abierto enfrentamiento. Es el terreno en el que se siente más cómodo». Director: Antonio Remiro. Dirección: Hortaleza, 104; 28004-Madrid, España.

■ PALABRAS DE LA CEIBA (1º semestre 1998, pp.82). Publicación semestral de CEIBA, Fundación de Cultura Afrohispanoamericana. Este es el primer número de esta publicación que en su Editorial anuncia que entre los temas que abordarán en entregas sucesivas están las diversas manifestaciones sociológicas, religiosas, musicales, plásticas, lingüísticas, etc. de los pueblos del África negra y su influencia en las costumbres y tradiciones de América y la península Ibérica. Incluye la Conferencia del profesor Manuel Moreno Fragnals en Sevilla, con motivo de la presentación de su libro *Cuba / España. España / Cuba: Una historia común*. Director: Jesús Cosano Prieto. Dirección: Rodríguez Martín, 23; 41920-San Juan de Aznalfarache (Sevilla), España.

■ LA PALABRA Y EL HOMBRE (Nº 103, pp. 190). Revista de la Universidad Veracruzana especializada en temas sociológicos y culturales en sentido general y realizada con un riguroso criterio de selección. Este número contiene varios trabajos dedicados al novelista norteamericano William Faulkner, incluidas las tres reseñas que en su momento escribirá Jorge Luis Borges. También aparece un fragmento del libro *Las comidas profundas*, del cubano Antonio José Ponte. Director: Guillermo Villar. Dirección: Apartado Postal Nº 97, Xalapa, Veracruz, México.

■ PALABRA NUEVA (Nº 62 y 64, pp. 56 y 44, respectivamente). Publicación del Departamento de Medios de Comunicación Social de la Arquidiócesis de La Habana. El Nº 62 está dedicado casi en su totalidad a la visita del Papa a Cuba, dentro de esta temática va-

le la pena destacar el artículo «El lugar de la Iglesia en Cuba», de Orlando Márquez, en el que precisa que después de esta visita «algo ha comenzado a cambiar dentro de nosotros mismos». El Nº 64 incluye interesantes secciones de SOCIEDAD, ARTE Y CULTURA, NOTICIAS y APOSTILLAS. Director: Orlando Márquez. Dirección: Habana Nº 152, esq. a Chacón, La Habana Vieja, Cuba. C.P. 10100.

■ PAPELES DEL NUEVO MUNDO (Nº 4-5, marzo-abril 1998, pp.24). Publicación de la Universidad mexicana Nuevo Mundo. El presente número contiene un magnífico comentario de Mario Vargas Llosa en relación al otorgamiento del premio «Cervantes» a Guillermo Cabrera Infante, que concluye afirmando que este premio «no sólo es un acto de justicia para con un gran escritor. Es, también, un desagravio a un creador singular que, por culpa de la intolerancia, el fanatismo y la cobardía ha pasado más de la mitad de su vida viviendo como un fantasma y escribiendo para nadie, en la más irrestricta soledad». Se publica también un artículo de Eliseo Alberto, reciente premio de novela «Alfaguara», que penetra con agudeza en el significado de la visita papal a Cuba. Director: Carlos Olivares Baró. Dirección: Av. de los Cipreses 2010, San Juan Totoplec, Nauacalpan, Edo. de México.

■ PRÓXIMO (Nº 7, verano 1998, pp. 48). Revista de análisis de la realidad cubana, editada por la Fundación Liberal José Martí. Tiene especial interés en este número el largo artículo de Beatriz Bernal «¿Cuba: estado de derecho?», en el que se analizan con rigor teórico los puntos que niegan la posibilidad de que en Cuba exista actualmente un Estado de Derecho, tomando como punto de partida a la propia Constitución cubana. Directora: Gina Montaner. Dirección: Alberto Bosch, 10; Madrid-28014, España.

■ REVISTA HISPANO CUBANA (Nº 1, pp. 204). Revista que acaba de aparecer en Madrid en el mes de junio y que pertenece a la Fundación Hispano Cubana. Contiene trabajos de Fernando Morán, María Elena Cruz Varela, José Luis Prieto Benavent, Néstor Bagueer, y una serie de opiniones sobre el embargo recogidos de distintos medios. Director: Guillermo Gortázar. Dirección: Orfila, 8, 1º A; 28010-Madrid, España.

■ **REVOLUCIÓN Y CULTURA** (Nº 1/97, pp. 70). Revista del Ministerio de Cultura de Cuba que en este número publica dos excelentes trabajos de Emilio Ichikawa y Reinaldo Montero, junto a otros de menor interés. Directora: Elizabeth Díaz. Dirección: Calle 4 Nº 205, e/Línea y 11, Vedado, Plaza de la Revolución, La Habana, Cuba.

■ **TEMAS** (Nº 10/97, pp. 126). Esta revista cubana impresa en Colombia, de certera selección de colaboradores y textos, se presenta como «publicación trimestral, dedicada a la teoría y el análisis de los problemas de la cultura, la ideología y la sociedad contemporáneas», y, al parecer, no se reconoce dependiente de Institución o Ministerio alguno, lo cual resulta ya curioso en una publicación cubana. El presente número contiene una sección de «Controversia», cuya lectura se le recomienda al lector. También resulta de mucho interés el texto de Aurelio Alonso «Wojtyła: el Papa del fin de siglo». Director: Rafael Hernández. Dirección: Calle 15, Nº 602, e/ByC, El Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba.

■ **UNIÓN** (Nº 28 y 29 / 1997, pp. 96 c/u). Hay que decir claramente que esta revista de Literatura y Arte de la UNEAC ha dado un salto de calidad importante. Podría lamentarse, por ejemplo, que Gastón Baquero haya tenido que esperar a morir en la áspera soledad de su exilio madrileño para que *Unión* publique un artículo suyo y lo presente como autor de «algunos de los textos más importantes de la lírica cubana contemporánea». Pero ya se sabe que en Cuba muchos tienen que esperar a morir para que se les mencione. Por lo demás, se recomienda la lectura, en el Nº 29, de «La república escrita», de Rafael Rojas, y también de «Leyendo 'La república escrita' de Rafael Rojas», de Cintio Vitier. Director: Jorge Luis Arcos. Dirección: Calle 17, Nº 354, Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba, C.P. 10400.

■ **VITRAL** (Nº 22, 23, 24 y número especial «Los Piñera», pp. 86, 98, 80, los números ordinarios, respectivamente y 122, el especial). Publicación de carácter socio-cultural del Centro Católico de Formación Cívica y Religiosa. Una felicitación aparte merece el proyecto de Ediciones Vitral por este número especial dedicado a la familia, la persona y

la obra del gran dramaturgo, poeta y cuentista cubano Virgilio Piñera, hombre cuya vida estuvo sometida a los rigores de la estupidez y el absurdo de una presunta política cultural. Sin duda que esta edición servirá, en un futuro, de fuente forzosa para la investigación biográfica del escritor. En el Nº 24, se publican los premios del concurso de poesía convocado por la revista, que demuestran que la lírica religiosa en Cuba no es una simple cuestión de beatería inspirada, sino que es algo serio, legítimo y de gran calidad; baste para reafirmar esto la lectura del poema de Aramis Quintero «Big Bang». Director: Dagoberto Valdés Hernández. Dirección: Obispado de Pinar del Río, c/Máximo Gómez Nº 160 e/ Ave. Ferro y Cmdte. Pinares. Pinar del Río, Cuba. C.P. 20100.



## Convocatorias

### LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

■ Concurso de cuentos «Cuento no-sexista». Está dotado con 280.000 pts. divididas en premios de 150.000, 80.000 y 50.000. Los trabajos estarán destinados a niños y niñas de 8 a 12 años y se valorará la ilustración en forma de cómic. Máximo 5 folios. Cierra el 24 de febrero. Dirección General de la Mujer. Plaza Carlos Trías Bertrán, 7 - 5º; 28080-Madrid.

■ Premio «Jaén. Narrativa Infantil y Juvenil». Dos millones de pesetas como parte de los derechos de autor en la primera edición de la obra en Alfaguara. Mínimo 80 folios y máximo 150. Originales por duplicado. Fecha de cierre: Mayo, 22. Editorial Alfaguara. División Infantil y Juvenil (Premios Literarios Jaén). Torrelaguna, 60; 28043-Madrid.

■ Premio «Leer es vivir. Infantil». Dos millones de pesetas divididas en millón y medio para el ganador y 500.000 para el finalista. Máximo 50 folios. Lectores entre 6 y 11 años. Cierra el 31 de mayo. Editorial Everest. Manuel Tovar, 8; 28034-Madrid.

■ Premio «Leer es vivir. Juvenil». Dos millones de pesetas divididos igual que en el anterior. Extensión máxima 100 folios. Cierra el 31 de mayo. La misma dirección anterior.

**NARRATIVA**

■ Premio «Universidad Nacional a Distancia». 300.000 pts. Entre 5 y 10 folios. La Universidad se reserva el derecho a publicar el relato premiado en la revista *A Distancia*. Cierra el 9 de enero. Universidad Nacional a Distancia UNED. Departamento de Actividades Culturales. Bravo Murillo, 38 - 4º; 28015-Madrid.

■ Premio internacional «Lena». Dotado con 500.000 pts. Extensión máxima 8 folios. Originales por sextuplicado. Cierra el 31 de enero. Ayuntamiento de Lena. Casa Municipal de Cultura. 33630-Pola de Lena.

■ Premio «Ciudad de Huelva». Medio millón de pesetas. Extensión máxima 10 folios. Originales por quintuplicado. Cierra el 1 de marzo. Hasta dos cuentos por autor. Delegación Provincial de la Consejería de Cultura en Huelva. Junta de Andalucía. Avda. Alemania, 1; 21071-Huelva.

■ Premio internacioanal «Max Aub». 400.000 pts. y escultura para el primer premio. Publicación de la obra por Pre-Textos. Entre 5 y 15 folios. Originales por quintuplicado. Cierra el 15 de marzo. Fundación Max Aub. Cronista Jaime Faus, s/n; 12400-Segorbe.

■ Certamen de relato hiperbreve «Todos somos Diferentes». 50 mil pts. para el primer premio y 10 mil para el segundo. Tema: Diversidad racial, étnica, cultural, intolerancia. Extensión máxima: 25 líneas. Originales firmados. Asamblea Juvenil de Derechos Civiles. Marqués de Urquijo, 24; 28008-Madrid.

■ Concurso internacional «Guardo». Primer premio de 150.000 pts. y segundo de 60.000. Extensión máxima de 4 folios. Cierra el 1 de mayo. Grupo Literario Guardense. Apartado de Correos 51; 34880-Guardo.

**NOVELA**

■ Premio «Azorín de novela». Diez millones de pesetas y edición de la obra por Editorial Planeta. Extensión mínima de 150 folios. Originales por duplicado que podrán ir firmados por el autor y siempre acompañados de una declaración que asegure que los derechos de publicación no están comprometidos. El plazo de admisión cierra de 2 de enero. Diputación de Alicante. Editorial Planeta. Tucumán, 8; 03005-Alicante.

■ Premio «Andalucía de novela». Seis millones de pesetas y publicación de la obra en Editorial Alfaguara. Mínimo 150 folios y máximo 300. El autor certificará que los derechos de publicación no están comprometidos y que no ha sido presentada a otro concurso. Originales por duplicado, que podrán ir firmados. Fecha límite: 15 de enero. Banco Bilbao Vizcaya de Andalucía. Avda. de la Palmera, 48; 41012-Sevilla.

■ Premio «Primavera de novela» 25 millones de pesetas como anticipo de derechos y edición de la obra en Espasa-Narrativa con tirada de cien mil ejemplares. Los autores podrán defender públicamente sus obras ante el jurado. Mínimo 150 folios. Originales firmados o con seudónimo. Se acompañará certificación del autor garantizando que los derechos de publicación no están comprometidos. La admisión cierra el 31 de enero. Espasa-Calpe y Ámbito Cultural. Ctra. de Irún, km. 12, 200; 28049-Madrid.

■ Premios «Tiflos». Un millón y medio de pesetas y edición de la obra. Entre 150 y 250 folios. Cierra el 31 de marzo. Organización Nacional de Ciegos ONCE, Sección Cultural. Prado, 24 - 2ª Pl.; 28014-Madrid.

■ Premio «Fernando Lara». Veinte millones de pesetas en concepto de derechos de autor sobre la primera edición de la obra. Las novelas podrán presentarse firmadas. Extensión mínima de 200 folios DIN A-4. Originales por duplicado y sencillamente encuadernados. Se acompañará certificado garantizando no tener comprometidos los derechos de la obra. Cierra el 1 de junio. Editorial Planeta. Córcega, 273-279; 08008-Barcelona.

■ Premio «Felipe Trigo». Tres millones de pesetas y publicación de la obra. Entre 150 y 300 folios. Originales por cuadruplicado, encuadernados o cosidos con tapas de cartulina. Cierra el 30 de junio. Ayuntamiento de Villanueva de la Serena, Consejalía de Cultura. 06700-Villanueva de la Serena.

■ Premio «Planeta de Novela». 62 millones de pesetas divididas en un primer premio de 50 millones y un accésit de 12. Extensión máxima 200 folios. Originales por duplicado y certificación que garantice los derechos de publicación. Las obras podrán ir firmadas o con seudónimo. Editorial Planeta. Córcega, 273-279; 08008-Barcelona.

#### INVESTIGACIÓN

■ Premio «Menéndez Pidal». 300.000 pts. Trabajos sobre estudios literarios o lingüísticos, sobre la obra de un escritor español o hispanoamericano. Cierra el 22 de diciembre. Real Academia Española, Secretaría. Felipe IV, 4; 28071-Madrid.

#### POESÍA

■ Premio «Siesta» 1998 de poesía inédita en lengua española. Edición de la obra ganadora.

Un poema o conjunto de poemas de extensión libre (mínimo 190 versos), en un solo ejemplar con datos completos del autor (incluido número de documento). Quedan excluidos los autores publicados por la editorial. Los derechos de la primera edición serán propiedad de la editorial. Cierra el 21 de diciembre. Editorial Siesta. Casilla de correos 84 - Suc. 26 (B) - 1426 Capital Federal. Rep. Argentina. O bien indicando «Concurso Siesta», e-mail: llach@is.com.ar



IGNORÉ SANTACRUZ ; TUBO

La Editorial Casiopea quiere aprovechar el año 98 para dar cuenta de una literatura cubana alejada de los tópicos al uso. Estos libros, con su diversidad de estilos, recuperan el sentido cosmopolita y transcultural que fundó la cultura cubana y que le ha acompañado en todos sus avatares.

A partir del 1 de Abril



*"Con un lenguaje desenfadado, áspido y agresivo, cruel y limpio, Juan Abreu nos ofrece el testimonio no del derrotado, sino la furia triunfante del renegado."*

RIINALDI ARENAS

Autor de "Antes que anochezca"



*"Un libro para pensar Cuba después de la caída del MURO"*



*"Benítez Rojo escribe de forma maravillosa, con la vida, el estímulo y la densidad de un poema."*

JOHN UPDIKE

A partir de Junio de 1998



PRECIOS AL FAX  
93 201 39 83

EDITORIAL  CASIOPEA

Avda. Fontsera, 8 08021 BARCELONA TEL./FAX (93) 201 39 83

DIPUTACIÓN, 278 - 3º, 2ª - 08009 - BARCELONA - TEL./FAX (93) 201 39 83

# COLABORADORES

- Guillermo Avello Calviño** (La Habana, 1964). Crítico de artes plásticas especializado en fotografía. Reside en Madrid.
- Natalia Billotti** (Argentina, 1971). Licenciada en Filología Clásica por la Universidad de La Habana.
- María Elena Blanco** (La Habana, 1947). Poeta y ensayista. Reside en Viena. Su último poemario es *Corazón sobre la tierra / tierra en los ojos* (1998).
- Olga Cabrera**. Historiadora cubana residente en Brasil. Actualmente es becaria de post-doctorado en Madrid.
- Madeline Cámara**. Ensayista y profesora cubana en San Diego State University, USA.
- Daina Chaviano** (La Habana, 1957). Su última novela es *El hombre, la hembra y el hambre*. Reside en Estados Unidos.
- Edmundo Desnoes** (La Habana, 1930). Novelista y ensayista. Entre sus novelas se encuentra *Memorias del subdesarrollo* (1965) Reside en Estados Unidos.
- Manuel Díaz Martínez** (Santa Clara, 1936). Poeta. Dirige la revista *Espejo de paciencia*, de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, ciudad donde reside.
- Carlos Espinosa** (Guisa, 1950). Crítico e investigador cubano. Reside en Miami.
- Tony Évora**. Artista plástico y musicólogo cubano. Su último libro es el ensayo *Orígenes de la música cubana*. Reside en Madrid.
- Josep Fontana**. Historiador español. Director de la Serie Mayor de Crítica, Editorial Grijalbo Mondadori.
- Alberto Garrandés** (La Habana, 1960). Ha publicado *La narrativa cubana de 1923 a 1958*. Reside en La Habana.
- Bert Hoffmann**. Político alemán, especialista en temas cubanos. Reside en Berlín.
- Isabel Ibarra**. Historiadora cubana residente en Brasil. Actualmente es becaria doctoranda de la Agencia Española de Cooperación Internacional.
- Andrés Jorge** (San Juan y Martínez, 1960) Escritor cubano. Dirige en México, donde reside, la edición en español de *National Geographic*. Ha publicado la novela *Pan de mi cuerpo*.
- Eduardo Labarca** (Santiago de Chile, 1938). Escritor. Ha publicado, entre otros, *Butamalón* (1994). Reside en Viena.
- Juan Leyva Guerra**. Narrador cubano. Reside en Santiago de Cuba.
- Agnes Lugo-Ortiz**. Nació en Puerto Rico. Profesora de Literatura en el Dartmouth College de New Hampshire (USA).
- Oscar Montero**. Profesor de Literatura Cubana en Cunny University de New York, donde reside.
- Joaquín Ordoqui** (La Habana, 1953). Director de Programa de la Asociación de Televisión Educativa Iberoamericana. Reside en Madrid.
- Waldo Pérez Cino** (La Habana, 1972). Ha publicado el libro de relatos *La demora*.
- Marifeli Pérez-Stable**. Ensayista y profesora cubana. La Editorial Colibrí publicará su monografía *La revolución cubana*. Reside en Nueva York.
- Antonio José Ponte** (Matanzas, 1964). Poeta y guionista residente en La Habana. Autor de *Un seguidor de Montaigne mira La Habana*.
- Alberto Recarte** (Madrid, 1947). Economista. Fue Consejero Comercial en la Embajada de España en Cuba desde 1974 hasta 1978. Actualmente es presidente de la Fundación Hispano Cubana.
- Carlos Luis Rodríguez**. Periodista cubano. Reside en La Habana.
- Rafael Rojas** (La Habana, 1965). Historiador. La Editorial Colibrí ha publicado su libro *El arte de la espera*. Reside en Ciudad de México.
- Miguel Ángel Sánchez**. Periodista cubano. Ha publicado entre otros libros una biografía de José Raúl Capablanca. Reside en Nueva York.
- Pío Serrano**. Poeta y ensayista cubano residente en Madrid. Dirige la Editorial Verbum.
- Luis Antonio de Villena** (Madrid, 1951). Poeta, novelista y ensayista. Su obra lírica está reunida en *Poesía 1970-1984*. Su último libro es *Biografía del fracaso*.

---

## D I S T R I B U I D O R E S

---

### Murcia, Albacete

DISTRIBUCIONES ALBA, S.L.  
Avda. San Ginés, 147, Nave D  
30169 San Ginés  
Tel.: (968) 88 44 27

### Valencia, Castellón

ADONAY, S.L.  
Castan Tobeñas, 74  
46018 Valencia  
Tel.: (96) 379 31 51

### Sevilla, Córdoba, Huelva, Cádiz, Ceuta, Campo de Gibraltar

CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO, S.A.  
Polígono La Chaparrilla,  
parcela 34-36  
41016 Sevilla  
Tel.: (95) 440 63 66  
Fax: (95) 440 25 80

### Asturias

DISTRIBUC. CIMADEVILLA  
Polígono Industrial Nave 5  
Roces, 33211 Gijón  
Tel.: (98) 516 79 30

### Madrid, Toledo, Cuenca, Ciudad Real, Guadalajara

DISTRIFORMA, S.A.  
Abtao, 25, patio interior  
28007 Madrid  
Tel.: (91) 501 47 49  
*Sistema de Telepedido:*  
fedd0051@fedecali.es

### País Vasco

PASAIA DISTRIBUCIÓN  
San Pedro 11, 2º  
Pasai San Pedro  
(Guipúzcoa)  
Tel. y Fax: (943) 39 08 17

### Cataluña y Baleares

DISTRIBUC. PROLOGO, S.A.  
Mascaró, 35  
08032 Barcelona  
Tel.: (93) 347 25 11

### Canarias

LEMUS DISTRIBUCIONES  
Catedral, 29  
38204 La Laguna  
Tenerife, Canarias  
Tel.: (922) 25 32 44

### Granada, Almería, Jaén, Málaga,

CENTRO ANDALUZ  
DEL LIBRO, S.A.  
Carrión-Los Negros, 19  
29013 Málaga  
Tel.: (95) 225 10 04

---

## E X P O R T A D O R E S

---

### PUVILL LIBROS, S.A.

Estany, 13, Nave D-1  
08038 Barcelona  
Tels.: (93) 298 89 60  
Fax: (93) 298 89 61

### CELESA

Moratines, 22, 1º B  
28005 Madrid  
Tel.: (91) 517 01 70  
Fax: (91) 517 34 81

## EN PRÓXIMOS NÚMEROS

---

CARMELO MESA-LAGO, CARLOS QUIJANO,  
ALBERTO RECARTE, JOSÉ JUAN RUIZ,  
CARLOS SOLCHAGA  
**MESA REDONDA SOBRE ECONOMÍA CUBANA**

**MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ**

La patria es de todos

**ARCADIO DÍAZ QUIÑONES**

1898: hispanismo y guerra

**JUAN ANTONIO MOLINA**

El espejo y la máscara

**JORGE DÁVILA**

La mensajera

**MARIO PARAJÓN**

23 y 12

**RAÚL HERNÁNDEZ**

Cuba: musicalia de siglo XX

